# Reinarás después de muerta



Javier de Frutos

Contenido

A Laura, esposa, amiga y amante.

A Alejandro, por ser el mejor aprendiz
e incomparable maestro.

# Nota previa del autor

Bienvenido a mi novela *Reinarás después de muerta.* Ahora que estás a solo unas líneas de adentrarte en una de mis novelas más especiales, me gustaría compartir contigo unas pocas líneas.

Si ya has tenido la oportunidad de leer alguno de mis otros libros, sabrás que en mis historias me gusta descubrir para ti esa parte de la realidad que, no por ser sorprendente, deja de ser real.

En este caso, la historia de partida era tan sorprendente, interesante y cautivadora que he querido alejarme lo menos posible de la historia real y solo he dejado volar mi imaginación para narrar lo sucedido de la mejor forma posible.

Espero haberlo conseguido.

Como en los libros anteriores, al final de este también encontrarás una nota del autor más extensa. Esta vez, de nuevo, te invito a que esperes a completar la lectura de la novela para escudriñar esa nota final. En ella, comparto contigo algunos breves apuntes con información relevante o curiosa que no debía ser incluida dentro de la propia novela, pero que creo que puede resultar interesante conocer una vez acabada su lectura.

Ahora solo queda que gires la página y te adentres en esta historia.

Adelante.

Espero que disfrutes.

Javier de Frutos

El destino de un rey es reinar.
El de su reina, darle un heredero.

El de un bastardo,
que quien herede el trono sea él
y no el hijo de los reyes.

# Todo honor

Convento de Santo Domingo de Lisboa
Portugal

1 de junio de 1384

Mi nombre es Álvar Pérez de Castro y vive Dios que, aunque tal vez por ser el más humilde de todos los de mi nombre el mío casi no aparece en los libros de historia, pertenecí a una de las estirpes más nobles de España. Emparentados con la realeza desde nuestros primeros ancestros, fuimos mucho más que nietos e hijos de reyes; fuimos protagonistas de la convulsa historia de esos años en los que todo estaba por decidir, y el destino de un pueblo —y de una familia— podía alterar su rumbo en un solo día. Juegos de tronos y alcobas, conspiraciones y asesinatos, batallas y pactos cambiarían para siempre la historia.

Esta no es la historia que nos tocó vivir.

Esta es la vida por la que luchamos.

La historia que conseguimos crear para nosotros aun a costa de pagar el más alto precio.

Ahora que siento que mis días llegan a su fin, es de justicia que la cuente siendo lo más fiel a la verdad, para que no se pierda entre las lagunas de la memoria y se desdibuje arrastrada por los torrentes de la leyenda.

Todo honor.
Por nuestros cuerpos corre sangre de reyes.

**Álvar Pérez de Castro**
Primer condestable de Portugal
Conde de Arraiolos y de Viana
y señor de Cadaval y Ferreira

# I. De la cuna

Comarca de La Limia
Galicia

Invierno de 1322

Desde el mirador de la reina de la torre del homenaje, mi madre, Aldonza Lorenzo Valladares, vio cómo una nube de polvo empañaba el paisaje. Seguido a cierta distancia por una hueste, cabalgaba a galope tendido en dirección a la fortaleza. Me apuraba en sacar ventaja a aquellos soldados que, prestos para la guerra, iban tras de mí.

Nada podría detenerme.

En cuanto los vigías de la guardia de mi padre me reconocieron, las puertas se abrieron para permitirme el paso.

Antes de que mi caballo se hubiera detenido por completo, desmonté. A la carrera me dirigí a las estancias superiores del torreón. El crujido de los peldaños de madera de la escalera bajo mis pies anticipó a mi madre mi apresurada llegada. Su labor de bordado yacía en el suelo junto a su ánimo. No necesité pronunciar palabra; el rubor de mi rostro lo decía todo. Los peores pensamientos ocupaban ya su mente.

—Por amor de Dios, Álvar, ¿qué sucede?

Como respuesta solo recibió mi apurada pregunta:

—¿Dónde está Inés?

—¿Dónde quieres que esté? —dijo señalando una cuna preciosa.

—Muy lejos de aquí —respondí sin pensar.

Atónita, vio cómo con tanto cuidado como presteza cogía a mi hermanita y la envolvía bien entre las mantitas que solo un instante antes la arropaban.

—Pero ¿qué haces, Álvar? ¿Qué pretendes?

—Lo que padre ordenó.

—¿Qué vas a hacer? Me estás asustando —dijo agarrándome por el hombro.

—No hay tiempo para el miedo, madre —le dije mientras bajaba las escaleras con Inés en brazos—. Solo, para la cautela.

Mis manos se apresuraron a recoger en mis alforjas todo lo necesario para la inminente misión a la que me debía enfrentar.

—¿Adónde vas? ¿Adónde la llevas?

—Muy lejos de aquí, donde nadie pueda hacerle daño. Lo siento tanto o más que vos, madre, pero no puedo decíroslo. Si tiene a bien padre, ya os lo dirá él. Yo no puedo.

Sin embargo, cuando don Pedro Fernández de Castro, mi padre, entró impetuoso en la estancia, no estaba pensando en dar respuestas, sino soluciones:

—¡Rápido! Coge solo lo imprescindible para el camino. Desconfía de todos. No pares hasta encontrar refugio. Quítate la cota de malla. Con el jubón y la capa encerada de viaje irás bien; será más que suficiente.

—¿Pero…?

Una mirada bastó para callarme.

No iba a cuestionar sus órdenes y menos en esas circunstancias. Le entregué a mi hermanita solo durante el tiempo preciso para quitarme la protección de anillas y ponerme el jubón de cuero.

—De poco te serviría la cota, si te apresasen con ella. Será mejor que viajes ligero y cómodo —explicó para acto seguido devolverme al bebé—. Esta noche te toca huir; ya tendrás tiempo de luchar.

Decidido, como un perro obsesionado por recuperar su hueso escondido bajo tierra, mi padre se apresuró a revolver el contenido del baúl de la sala. Una a una lanzó por los aires las prendas que le impedían encontrar lo que buscaba. Emocionado, pensé que trataba de localizar algún arma singular con la que pertrecharme. Tal vez, una antigua espada familiar. O quizá una ballesta. O un poderoso martillo de guerra. O una afiladísima, pero discreta daga.

Solo sacó una gran sábana.

Una vieja sábana blanca.

Un mal pálpito me invadió. No pude evitar ver en ella un sudario. Vi cómo la desenvolvía con rapidez para al instante hacerla jirones y con ellos sujetar firme a mi hermana contra mi pecho. Perdí la cuenta de las vueltas que dieron con aquella tela alrededor de mi torso. Tras atar con firmeza los extremos libres del lienzo a mi espalda, mi padre hizo una última comprobación. Inés estaría más que segura allí.

—¡No te la lleves! —rogó mi madre, demasiado debilitada por la enfermedad como para enfrentarse a mí.

—No hay más que hacer —argumentó mi padre.

—¡Algo podrás! ¿De qué sirve si no todo? ¿Para qué vale que seas Pertiguero Mayor de Santiago? Comandas ejércitos para proteger

al arzobispado, mantienes el orden y administras justicia, pero no eres capaz de mantener a nuestro lado a nuestra hija. ¿De qué nos sirve entonces? ¿De qué vale que tu madre fuese Violante? ¿De qué, todas sus riquezas y castillos? De nada. Ser el hijo bastardo de Sancho IV de Castilla no te vale de nada —sentenció sumida en llanto.

Mi padre hizo oídos sordos a sus reproches.

—Apúrate, Álvar. Te espera un largo camino. Recuerda nuestro lema: «todo honor».

Con un beso no correspondido, me despedí de mi dolida madre justo antes de asegurarme a la cintura mi espada y abandonar para siempre el que hasta aquel día había sido mi hogar.

El caballo más rápido de la yeguada, Tesón, me esperaba ya en el patio de armas. El jefe de cuadras de mi padre se había preocupado de prepararlo para sustituir a mi noble Pardillo, mucho más manso y tranquilo que el rocín que me serviría de cabalgadura de emergencia. Un joven mozo lo sujetaba con firmeza de los frenos como un buen palafrenero, pero a duras penas conseguía evitar que el nervioso equino dejara de piafar. Agitado, se encabritaba poniéndose a dos patas sobre sus ancas, para de inmediato dejar caer con fuerza sus pezuñas delanteras una y otra vez sin avanzar ni un solo paso. Parecía que hasta él se hubiera contagiado del nerviosismo que nos invadía a todos.

Despacio, pasé mi mano por su musculoso cuello. Con aquella caricia relajante intenté ganármelo mientras lo tranquilizaba. No sirvió de mucho. Lo justo para que, ayudado por uno de los mozos de cuadra, lograra colocar el pie en el estribo con firmeza y subir a la silla de montar con seguridad.

Apenas lo hice, mi padre se acercó y me entregó la carta que acababa de firmar mientras yo preparaba mi partida.

—Ya sabes lo que debes hacer. En cuanto llegues, entrégala. ¡Vamos, no te retrases!

Con su mano derecha acarició los lienzos que sujetaban a mi hermana contra mi pecho.

Guardé el sobre y nos cubrí a Inés y a mí con la capa encerada. Estaba listo para marchar.

—Toma —me dijo entregándome una pequeña bolsa de cuero —. Es más de lo que vas a necesitar en mucho tiempo. Ten cuidado, guárdalo bien. No sabes cuándo tendrás que usarlo. Ahora, vete.

No había acabado de decir esto cuando con un manotazo sobre la grupa hizo que Tesón emprendiera la carrera. Salió lanzado hacia la puerta entreabierta de la fortaleza que los vigías estaban entornando. Uno de esos guardias tuvo que retirarse para no ser arroyado por el impetuoso corcel. No sin esfuerzo, conseguí asirme firmemente a las riendas y controlar su galopada.

Por delante, quedaban más leguas de cabalgada de las que hubiera jineteado durante toda mi vida. Por detrás, la mesnada de mi padre quedó a la espera de lo que pudiera suceder a partir de ese momento, preparada para presentar batalla.

## II. Peñafiel

Peñafiel, Valladolid
Señorío de Peñafiel
Reino de Castilla

Atardecía ya cuando llegué a Peñafiel. Con el sol a mi espalda, la estampa que observé quedaría grabada para siempre en mi memoria. Encaramado sobre un estrecho promontorio, un precioso castillo de blanquecinas piedras iluminado por los últimos rayos de la tarde dominaba los valles del Duero y el Duratón.

Bajé el paso de mi caballo casi hasta detenerme, pero evité hacerlo. Inés seguía dormida contra mi pecho y quería que siguiera siendo así al menos hasta que pudiera encontrarme con nuestro tío y protector, el infante don Juan Manuel, señor de Villena y Peñafiel. El trotar rápido de mi cabalgadura parecía tener un efecto sedante sobre ella, pero, por contra, cada vez que notaba que mi corcel se paraba, mi dulce hermanita comenzaba a llorar. Cualquiera hubiera supuesto que era aún más consciente que yo de la urgencia con la que debíamos alcanzar nuestro destino.

Aun así, resultaba fundamental ser discreto. No podía permitirme llamar la atención. Por eso, al llegar a los arrabales, dejé que mi caballo continuase al paso natural. Atravesar las calles a mayor ritmo hubiera resultado alarmante.

De modo que, de memoria, pero a buen ritmo, seguí al pie de la letra las indicaciones que mi padre me había marcado como si hubiera recorrido ese camino cientos de veces. Crucé la muralla a través de la puerta señalada y me dirigí directo hacia el convento de San Pablo. Me sorprendió descubrir que el edificio aún se encontraba en construcción. Poco tenía que ver con los cenobios que había conocido hasta ese momento. No obstante, era tal y como él me lo había descrito. Sus firmes contrafuertes de piedra con vistosos arcos de ladrillo de marcado estilo mudéjar llamaron mi atención. ¿Acaso ya no estábamos en Castilla? ¿Adónde nos había enviado nuestro padre?

No tardaría en descubrirlo.

La puerta del convento se abrió tras mi primera llamada. Nos recibió un monje ataviado con un alba y una esclavina con capucha

blancas, a las que, para protegerse del frío del invierno, había añadido una gruesa capa negra como la que también lucía yo y que nos había hecho más llevadero nuestro viaje. De inmediato, lo identifiqué como uno de los monjes dominicos encargados del convento que había mandado construir el infante don Juan Manuel.

Aquel religioso enjuto no demoró un segundo en pedirme que le acompañara en cuanto supo quién era yo y a quién buscaba. Con voz firme, mandó a un novicio que se ocupase de mi equipaje y mi caballo. Seguí sus pasos por el claustro hasta llegar a una estancia en la base de una de las torres. Allí me esperaba sentado leyendo en silencio el que con los años sería autor de «El Conde Lucanor».

No dio tiempo a que me anunciasen; al verme aparecer, se levantó de su asiento y se acercó a mí con la intención de abrazarme.

—¡Álvar, bienvenido! —exclamó con manifiesta familiaridad.

—¡Bienhallado! —contesté, pero cuando ya estaba a punto de estrecharme entre los brazos, con mi mano izquierda le detuve—. ¡Cuidado!

El infante no entendía nada.

¿Cómo era posible que un mocoso como yo le pusiera límites? Aquella no era una buena forma de empezar.

—Perdón, mi señor —me excusé de inmediato.

Abrí mi capa y entonces pudo ver el motivo de mi preocupación. Inés acababa de despertar. Le miraba con sus inmensos ojos de un intenso color azul, que no tardaron en empaparse de lágrimas. El llanto se desató invadiendo cada rincón del monasterio.

—Parece que no le gusto demasiado —dijo el infante Don Juan Manuel, dando por olvidado el anterior desaire—. No la culpo, los niños nunca se me dieron bien, no como a Elvira.

Elvira, la Gallega, además de mano con los niños, debía de tener un oído prodigioso, ya que, a pesar de que ya no cumpliría ni los veinte ni los treinta, supo a la perfección adónde y con qué acudir nada más escuchar el primer lamento de Inés.

—Mi señor —se presentó en la puerta Elvira, la Gallega, el aya de Constanza Manuel, la hija del infante.

Tras ella, una niña delgada de unos nueve años se debatía entre la curiosidad por ver al bebé y las reservas frente a aquel desconocido con el que parlamentaba su padre.

—Si me permite, mi señor, yo me ocuparé de ella —propuso el aya.

Solo precisó un gesto afirmativo por parte del señor de Peñafiel para con amantísimo cuidado quitarme de los brazos a mi hermana.

—No te preocupes. Está en buenas manos —afirmó don Juan Manuel.

—No creo que haya mejores manos que las mías para cuidarla en estos momentos —me opuse, digno.

—Creo que te equivocas.

En un arrebato de pretendida caballerosidad herida, respondí:

—Sabe bien, señor, que entregaría mi alma por protegerla.

—No lo dudo, aunque creo que Elvira, sin necesidad de entregar su alma, es mejor custodio que tú. ¿O acaso no ves que se lleva ahora a Inés en brazos?

Al ser consciente de ello, intenté detenerla, pero fue la fuerte mano de mi tío la que me detuvo a mí.

—¿Adónde crees que vas, Álvar? Estate tranquilo. Si yo confío en ella para que se ocupe de mi hija, ¿qué razón tienes tú, que debes confiar en mí, para no confiar en ella?

—Padre me dijo que no confiase en nadie hasta que estuviéramos a salvo.

El infante negó con la cabeza decepcionado.

—Tu padre me ha pedido que me encargue de un bebé que acaba de empezar a caminar; lo que no me ha dicho es que también tendré que ocuparme de ti y enseñarte a andar por la vida. Veremos qué podemos hacer contigo.

—¿Adónde lleva a mi hermana?

—No te preocupes —insistió—. La llevará con Constanza a las estancias femeninas. Allí se ocuparán de asearla y alimentarla bien. Todo está preparado para sus cuidados. Elvira se ilusionó tanto cuando le anticipé la noticia de la llegada de un bebé a nuestra casa que ha mandado mover Roma por Santiago para que le buscasen una cuna digna de mi sobrina. Pero dejemos de hablar. Aunque seas joven e intentes disimularlo, tienes que estar cansado y hambriento. Cena y descansa. Aquí tienes una celda esperándote.

—¿Una celda, mi señor?

—Sí, no te asustes. Una celda del convento. No estás preso.

—Pero no vine hasta aquí para vivir como un monje, no es lo que querría padre. Mi lugar está en el castillo.

—Sé muy bien lo que quiere tu padre.

—Estaríamos más seguros todos en él.

—Te equivocas, Álvar. Eres joven e impetuoso, lo que podría ser una ventaja. Sin embargo, la misma sangre adolescente que incendia tu cuerpo preparándote para la lucha es la que ciega tus sentidos y embota tu cerebro impidiéndote pensar con acierto. ¿El castillo? ¿El lugar más seguro donde esconderse es el castillo? Ves lo mismo que ven tus enemigos. Castillos, torres, caballeros y peones es lo único que ves. Y eso solo puede llevarte a la derrota. ¿Sabes de qué huyes?

—De Álvar Núñez Osorio, me dijo padre.

—Sí, Álvar, crees que huyes de tu tocayo Álvar Núñez Osorio. El más fervoroso seguidor del asesino de tu abuelo. Pero no huyes del hombre, no te equivoques. El hombre se cansa, flaquea, duda. De lo que huyes realmente es de su codicia inagotable. De su ansia de poder. Lo conozco bien. Es el segundón de un señor leonés. Un enemigo indeseable. Un arribista que no cejará en su empeño por alcanzar lo que nunca podrá lograr por herencia. Un codicioso dispuesto a todo por medrar.

—Entonces, estamos perdidos, mi señor. Con más razón deberíamos acuartelarnos en el castillo.

—Eso es lo que Osorio esperaría: que preparase mis tropas para defender a tu padre contra él. Que si Inés y tú hubierais buscado refugio a mi lado, nos hiciéramos fuertes en el castillo esperando su ataque. Pero él no sabe que estáis aquí. Ni siquiera lo sospecha. Como tú tampoco sospechas que te encuentras en un lugar mucho más seguro de lo que piensas. El claustro que has atravesado no es otra cosa que el patio de armas del antiguo alcázar. La capilla de San Ildefonso donde mañana escucharás misa también era parte de ese edificio. Incluso esta sala situada en la zona más protegida de la torre no es sino una de las partes de la antigua fortaleza que, convertida en convento, he pretendido hacer pasar desapercibida.

—Nunca lo habría dicho —confesé.

—En eso consiste, muchacho. En conseguir ganar la batalla sin que ni siquiera comience la lucha. En que tu enemigo no se preocupe de ganarte porque todavía no es consciente de que ya ha empezado la guerra. Si tu padre ha hecho todo como le indiqué en nuestra última reunión, lo más probable es que el comandante del infante Felipe crea que huisteis más allá de la frontera de este reino buscando refugio en tierras portuguesas, haciendo valer la influencia en esa corte de la familia de tu madre, los Valladares. Núñez Osorio nunca podría esperarse encontraros aquí. Y espero que así sea por mucho tiempo, pero, para que eso sea posible, debemos mantener la discreción y ser inteligentes con cada uno de nuestros movimientos. Ahora, aliméntate y descansa; por delante quedan aún jornadas muy duras.

Como me confesaría más tarde, el infante don Juan Manuel regresó a su asiento con la intención de escribir hasta que le venciera el sueño. Siempre lo hacía cuando algo le preocupaba y necesitaba sacarlo de su cabeza. Sin embargo, aquella noche temía que despuntase el alba antes de que dominase sus preocupaciones. Sabía que mi padre, Pedro Rodríguez de Castro, protegería con uñas y dientes los títulos y propiedades que su madre Violante le había legado. No entregaría sin presentar batalla la herencia que le había transmitido la hija ilegítima del rey Sancho IV de Castilla.

El estigma de la bastardía, como a mí, perseguía a mi padre,

pero eso no evitaba que llevara sangre de reyes. Así lo demostraba con arrojo e inteligencia en cada decisión que tomaba tanto fuera como dentro del campo de batalla. Por ello, don Juan Manuel estaba seguro de que mi padre, como su padre, mi abuelo asesinado, no dudaría en arriesgar su vida por defender lo que en justicia era nuestro, aunque quien tuviera delante fuera el mismísimo infante don Felipe de Castilla.

# III. Gruñidos

Castillo del infante don Juan Manuel en Peñafiel
Peñafiel, Valladolid
Señorío de Peñafiel
Reino de Castilla

Don Juan Manuel no se había equivocado. Gracias al ardid de darnos su discreta protección allí, los días habían pasado para Inés y para mí ajenos a la problemática que vivía mi padre con el infante Felipe de Castilla y su lugarteniente Álvar Núñez Osorio en tierras gallegas. Como uno más de los habitantes del castillo, me había adaptado a las rutinas de la fortaleza. Cada jornada, antes de laudes, me despedía de mi hermanita en el convento para ser el primero en cumplir mis obligaciones. Participaba en los entrenamientos militares y en las justas como uno más, acompañaba al infante don Juan Manuel cuando salía de cacería con sus halcones y, cómo no, agradecido, le servía de paje.

Aquella mañana, aún no había despuntado el alba cuando el patio de armas ya bullía en un maremágnun de hombres y animales prestos para la batalla. Aquella sería una lucha desigual. En ella no se enfrentarían ejércitos, sino el hombre contra la bestia.

Los monteros tenían todo dispuesto para la jornada de cacería. Las armas estaban listas, las bocinas a la mano para comunicarse entre ellos, las viandas en los zurrones, así como lo necesario para hacer fuego o el hilo y la aguja por lo que pudiera suceder.

Conocían a la perfección los montes aledaños. Los habían estado oteando durante los días anteriores, como hacían año tras año para preparar las monterías. La experiencia les anticipaba que aquel sería un gran día de cacería; así al menos lo auguraban los más viejos.

Pero la jornada sería mucho más que eso.

Aquella montería organizada por el infante don Juan Manuel no pretendía solo lograr importantes piezas de caza ni servir solo de entretenimiento; se trataba sobre todo de mejorar mi adiestramiento militar. Buscaba instruirme en el arte del rastreo y el acecho. Enseñarme a detectar posibles escenarios hostiles y mejorar mi

capacidad de respuesta bajo presión.

Para mi sorpresa, ese día aprendería mucho más de lo que podía imaginar.

Junto a la puerta de entrada al castillo, sobre un bello corcel ruano, me esperaba don Juan Manuel acompañado por los monteros a caballo. Nada más unirme a ellos, salimos hacia el monte. Salvo las perras preñadas y las que estaban en celo, todos los demás canes se unieron a la rehala. Cada dos hombres a caballo iban acompañados de dos alanos. Tras ellos, monteros a pie seguidos por más perros.

Con las cabalgaduras avanzando al paso, recorrimos las lomas atentos a las posibles huellas, ramas rotas y otros indicios que pudieran descubrirnos el paradero del jabalí que buscábamos. En esta ocasión, mi protector, el infante don Juan Manuel, había preferido renunciar a la técnica del buitrón para dar caza al gran puerco. A pesar de que había comprobado lo eficaz que resultaba en la cacería del lobo, esta vez había desechado utilizar la trampa de empalizadas. Y eso que su efectividad era incontestable. Una vez que el animal que se quería capturar entraba en la extraña sucesión de conos, estaba perdido. Como el infante me dijo el día que me mostró el sistema por primera vez: un buitrón se parece mucho a la traición, cuando uno entra en ella, solo puede seguir hacia delante adentrándose más y más, alejándose de la salida, para terminar en una situación cada vez más complicada que, sin remisión, acabará abocando al traidor a enfrentarse cara a cara con su enemigo sin más escapatoria. Y en esa tesitura, como le sucede al lobo, su destino más probable será la muerte.

Para mi desgracia, en esta ocasión, no contaría con tretas como aquella. Solo dispondría de lo que había aprendido en cuanto a las técnicas de rastreo y acecho, y a las armas que llevaba conmigo.

Por suerte, esta vez perseguíamos un gran puerco y no un oso. El oso, comparado con el jabalí, apenas deja rastro y no se deja atrapar tan fácil, además de que puede refugiarse en terrenos más complicados y exigir ser perseguido por más tiempo.

Don Juan Manuel y yo, junto a un grupo de monteros, nos dirigimos en contra del viento hacia la zona más sombría del río mientras otro grupo se adentró en el sotobosque. Aquellas dos eran las zonas en las que a priori podría resultar más probable dar con la pieza que pretendíamos abatir.

Al llegar allí, los perros certificaron que no nos equivocábamos en nuestras suposiciones. Inquietos, se mostraban nerviosos. Olfateaban el aire con insistencia. Husmeaban el suelo olisqueando los distintos olores tratando de seguir el desprendido por la presa.

Levanté mi mano justo antes de descabalgar.

Unas huellas marcadas en la tierra habían llamado mi

atención. No quería que los perros las pisasen desvirtuando la pista. Por su forma, no correspondían a un cérvido, sino a un jabalí y, por su profundidad y dimensiones, no había duda de que pertenecían a un ejemplar de importante tamaño. Su consistencia me hizo pensar que se trataba de un rastro reciente. Hinqué la rodilla como había aprendido para buscar otros signos que confirmasen mis sospechas. Uno de los monteros armado con una azcona imitó mi gesto y se unió a mí en la búsqueda sobre el terreno.

En silencio, busqué sin éxito algún bañadero alrededor. Si lo había, no supe dar con el revolcadero que aquel jabalí usaba para cubrirse de barro. Lo que sí localicé en varios árboles fueron sus inconfundibles cerdas. Esos largos y recios pelos abiertos en sus puntas señalaban que estábamos en su territorio y, por las colmilladas que había dado a alguno de los troncos para reforzar su marca territorial, sin duda se trataba de un macho joven y fuerte, de imponentes caninos.

Un leve asentimiento del montero confirmó mi sospecha. Aquello que le señalaba un poco más allá era una hozadura. No hacía mucho que el puerco había estado levantando el suelo en busca de alimento. Todavía debía de andar cerca.

Me pareció hasta escuchar sus rebudios.

Sin embargo, no fue un gruñido lo que rompió el silencio. Fue una señal de aviso lejana de una bocina de montero. Después vino otra y al poco tiempo, otra más.

Los miembros de la partida que se había dirigido al sotobosque nos informaban así de que habían localizado un gran jabalí. No tardarían en encender las tres fogatas para señalizar el lugar exacto del avistamiento y enviarnos un emisario para comunicárnoslo en persona.

En ese mismo momento, mi compañero de rastreo dio por finalizada la búsqueda de nuestro ejemplar. Por ello, todos volvían ya grupas hacia el sotobosque cuando un ruido a nuestra espalda me puso en alerta. Crucé la mirada con el montero de a pie que acompañaba al infante don Juan Manuel. En sus ojos pude ver el peligro. No tardó en soltar a los alanos que se lanzaron a la carrera. Los seis perros pasaron a mi lado como una exhalación directos a acorralar a aquella mancha oscura de pelo que gruñía como vestiglo salido del mismísimo infierno. Los canes daban vueltas a su alrededor ladrándole y lanzándole dentelladas que no lograban alcanzar su objetivo.

El jabalí boqueaba, sin dejar de arruar. Como un trompo, giraba sobre sí mismo al tiempo que lanzaba navajazos a diestra y siniestra con sus afilados colmillos intentando zafarse de los valientes alanos, que no cejaban de acosarle.

El montero que hasta ese momento me había acompañado en mi rastreo se acercó a los perros con la azcona en ristre. Mientras, yo me apuré en coger la ballesta que colgaba de la silla de mi caballo.

Entonces, se desató el fragor.

Un gemido estridente me hizo girarme de inmediato. Entre lamentos, uno de los perros más grandes volaba por los aires tras sufrir el impetuoso ataque del jabalí, que ahora se dirigía a la carrera hacia el montero de a pie. Este solo tuvo tiempo de intentar defenderse con la azcona, pero esta, lejos de detener al animal, chocó horizontalmente contra el duro cráneo del puerco que siguió su camino directo hacia él hasta derribarlo.

Vi pasar por mi lado como una centella al furioso animal, casi sin tiempo para apuntarle con la ballesta.

No podía errar el tiro.

Si lo hacía, no tendría otra oportunidad.

La flecha salió disparada nada más que apreté el gatillo. Todo lo que hasta ese momento había estado en mi mano, ya no dependía de mí.

El gañido del jabalí herido de muerte en el lomo por mi flecha resonó por el monte confundiéndose con los ladridos de los alanos, que a cierta distancia seguían hostigándole.

El gran puerco, malherido, retomaba violento su ataque y se dirigía de nuevo hacia el montero.

Tuve que tomar rápido la decisión.

No tenía tiempo para recargar una flecha en la ballesta e intentar detener a la fiera con un segundo disparo. Por eso, me decidí a repeler el ataque con la mejor arma que tenía al alcance de la mano. Con un gesto apresurado, recogí del suelo la azcona y, sin dudarlo ni un solo segundo, y aun a riesgo de mi vida, me dirigí al encuentro de la agónica bestia. Sujeté firme la lanza para rechazar su embestida y proteger al indefenso montero. Esta vez la punta metálica no chocó con el cráneo sino que se clavó en el lomo del animal. Como ya había experimentado en las justas, toda la inercia acumulada en el cuerpo de mi víctima se trasmitió hacia mí a través de la vara de madera. Con un firme empujón llegó a derribarme haciéndome caer al suelo.

Así, vencido, con mi espalda sobre la tierra en la que ahora se desdibujaban las huellas del animal, pude ver a la bestia tendida a mi lado.

Su apestoso hálito caliente golpeaba mi cara.

Sus profundísimos ojos brillantes se clavaban en mí.

Ambos nos mirábamos inmóviles, como midiéndonos.

El golpe contra el suelo me había dejado paralizado. Sentía que me costaba respirar. Esperaba que aquella sensación tan desagradable desapareciese al recobrar el aliento, pero en esos

momentos no sabía si podría moverme.

Una sacudida maquinal de la quijada de aquella bestia moribunda y su bronco resuello bastó para que saltasen todas mis alarmas. Todavía estaba a solo un cabeceo para que me dieran alcance sus afilados colmillos.

Si el puerco me atacaba con aquellos lacerantes dientes, corría el riesgo de desangrarme antes de que pudieran detener la hemorragia.

Eché la mano a la empuñadura de mi daga y la saqué de su vaina.

Alertado por mi proceder, el moribundo animal se incorporó sobre sus patas delanteras y lanzó un postrero ataque con su hocico hacia mi cuello.

Por suerte pude esquivarlo.

No tuvo tiempo de repetirlo.

Me incliné hacia él empuñando mi arma.

Con un certero pinchazo de mi acero en su testuz puse fin a su sufrimiento y evité el mío.

Cayó inmóvil.

Las manos me temblaban preso de la tensión acumulada. Sentía el pulso de mi corazón en mis ojos. Mis oídos no eran capaces de distinguir otro sonido que los gruñidos y ladridos de los alanos que, obcecados en ganar la presa que yacía inerte a mi lado, la cubrían de dentelladas.

Un abundante chorro de agua sobre mi rostro me hizo volver en mí.

Mi protector, don Juan Manuel, había descabalgado y me ofrecía la mano para ayudarme a ponerme de pie.

—¿Te encuentras bien? —se interesó.

—Sí, creo que sigo entero —dije mientras golpeándome con la mano abierta intentaba limpiarme las ropas.

—¡Buen lance, Álvar! —me felicitó—. Un puerco así no se ve todos los días.

—Eso espero. Al menos, yo nunca había visto antes uno desde tan cerca —dije jocoso, aún dominado por el nerviosismo—. ¿Qué tal se encuentra…?

No pude terminar la frase. Cuando me disponía a hacerlo, vi cómo varios de sus compañeros monteros le *quitaban el polvo* a aquel que había perdido la azcona. Sin paliativos le estaban dando su merecido al que, lejos de haber sabido protegerme, se había convertido en mi protegido.

—No creo que se le olvide pronto lo sucedido y espero que a ti tampoco. Nunca permitas que lo que sea responsabilidad de otros te aparte de tus preocupaciones. El puerco del sotobosque no era cosa

vuestra. Ya había quien se ocupase de él. Pero, por contra, este, este era solo asunto vuestro.

—Entiendo.

—Más te vale —dijo firme—. Hoy es un gran jabalí el que te ha sorprendido en retirada. Mañana puede ser una emboscada perfectamente urdida por el enemigo la que te ponga entre la espada y la pared. Y ese día puede que tú y los tuyos no tengáis tanta fortuna como hoy.

El infante don Juan Manuel tenía toda la razón. Abochornado, bajé la mirada y fui incapaz de decir una sola palabra. Con paso dubitativo, le seguí hasta encontrarme junto al perrero que, hincado de rodillas, atendía al alano que había sufrido el primer ataque del jabalí. Tenía las manos ensangrentadas. Con tanto cuidado como decisión se esforzaba en devolver los intestinos del pobre perro al interior del abdomen. Los colmillos del jabalí habían abierto en canal al pobre animal que, con agónicos, lamentos no dejaba de quejarse tumbado boca arriba.

Aunque no sabía bien cómo ayudar, no pude negarme a colaborar cuando el montero me lo pidió.

Como haría más tarde demasiadas veces a mis compañeros en el campo de batalla, limpié la herida y con mis propias manos ayudé a meter las tripas al lugar que les era propio. Con más cuidado que destreza, punto por punto cosí una a una las tres capas de piel como me indicaron. No diré que fuera agradable, pero solo saber que con ello podía salvarse una vida hacía que todo lo demás quedara al margen.

Mientras nosotros nos ocupábamos de aquello, otro de los monteros se encargaba de preparar vino caliente con una mezcolanza de molienda de hoja de parra, corteza de encina, resina y una arcilla rojiza que más tarde descubrí que se conocía como bol arménico, muy útil para detener el sangrado y que añadí a mi colección personal de remedios que, junto a otros, me acompañaría el resto de mi vida.

Cuando estuvo lista, colocamos la cataplasma sobre la herida y la cubrimos con una banda de estopa.

—Álvar, aprende pronto que tan importante como saber cómo hacer el mayor de los daños y causar la muerte en el combate es ser capaz de salvar la vida y reducir al máximo el alcance y repercusión de las heridas de aquellos que están de tu lado.

—Así lo haré, mi señor.

# IV. Aojo

Peñafiel, Valladolid
Señorío de Peñafiel
Reino de Castilla

Tras la cacería, había participado junto a los monteros en el reparto y preparación de las piezas abatidas. Don Juan Manuel aprovechó la ocasión para explicarme cuán importante resultaba entender de forma correcta los conceptos de justicia, equidad y generosidad, si quería ganarme el respeto de aquellos que estuvieran por debajo de mí, ya fuese en el monte o en el campo de batalla.

Sentado sobre la cama en el interior de mi celda en el monasterio, leía con curiosidad el Libro del Caballero y del Escudero, que su autor, mi protector el infante don Juan Manuel, me había entregado esa misma tarde. El noble, preocupado como estaba por mi formación, me insistía en que lo leyera, pues afirmaba que en él encontraría grandes enseñanzas que me ayudarían en mi camino de vida hasta convertirme en el caballero que según él estaba llamado a ser. Entonces, no comprendía su empeño en que me formase, aprendiera protocolo e idiomas, pero, sin embargo, echando la vista atrás no puedo estarle más agradecido, pues, si he llegado a ser el hombre que soy, versado tanto en el uso de la pluma como de la espada, he de reconocer que se lo debo a él.

Unos suaves golpes en la puerta me sacaron de mi lectura. Era tarde. Pasaba ya la hora de completas, por lo que me extrañó que alguien llamase a mi celda.

—Álvar —dijo una voz en un susurro.

—Álvar —insistió de nuevo la misma voz que solo entonces fui capaz de identificar.

Sin duda, se trataba de Elvira, la Gallega, el ama de cría de mi prima Constanza y ahora, por añadidura desde nuestra llegada, también de mi hermana Inés.

—Soy yo, Elvira —me confirmó—. Vamos, prepárate, tienes que acompañarme.

—¿Adónde? —pregunté.

—A la judería —dijo bajando aún más la voz.

—¿Qué razón nos lleva allí? ¿Sucede algo? —pregunté temiéndome lo peor.

—No preguntes tanto y apúrate.

Así lo hice, me apresuré a vestir mi jubón y me ajusté la espada y la daga a la cintura. Al abrir la puerta de mi celda, descubrí a Elvira cubierta por una capa parda con un farol de aceite en la mano.

—Chiquillo, ¿has cogido tu daga y tu espada?

—Sí, Elvira —le confirmé mientras levantaba la capa con la que acababa de protegerme solo lo justo para mostrarlas.

—Dios quiera que no tengamos que darles uso esta noche, pero, por si tienes que tirar de ellas, mejor llevarlas que echarlas en falta.

En su voz noté la urgencia.

Abandonamos el convento con toda la discreción que nos fue posible. Recorrimos las calles de Peñafiel como dos sombras camino a las casuchas de las afueras. Todas eran diferentes, pero, sin embargo, a mí todas me parecían iguales. Elvira se detuvo junto a la puerta de una de ellas. Nada la distinguía a primera vista de las demás. Si acaso hubiera dicho que era eso lo único que la diferenciaba del resto: era la más humilde y discreta de todas. Con los nudillos, el aya de Constanza golpeó aquella puerta como si interpretase con cada toque una nueva nota de una particular musiquilla.

Nadie contestó al otro lado, solo el silencio.

Lejos de insistir, el aya de Constanza permaneció a la espera mientras ocultaba el farol bajo su gruesa capa. Quedamos en la penumbra, bajo el relente de la noche. En el silencio de la madrugada, escuché cómo mascullaba algo en voz baja que no supe diferenciar si se trataba de rezo o juramento.

Unos perros ladraron unas calles más allá.

Apoyé mi espalda contra el muro justo cuando Elvira daba por terminada su indescifrable letanía para repetir de inmediato su particular ceremonia de llamar a la puerta.

Tras el último golpe, esta se abrió no más de un palmo. Por el vano dejado entre la hoja y el alféizar pude ver la cara de una joven de profundos ojos negros como de azabache y cabellera aún más oscura si cabe. Me miraba de arriba a abajo con gesto inquisidor. Al parecer superé su examen, ya que después de cruzar su mirada con la de Elvira, nos invitó a entrar.

La estancia en la que nos recibió estaba repleta de lo que supe más tarde eran remedios ancestrales, hierbas de todo tipo que en aquel momento todavía era incapaz de identificar y, mucho menos, saber su uso.

Por los comentarios que intercambiaban mientras la joven le preparaba el encargo a Elvira, me enteré de que acudía allí con

asiduidad para comprar remedios para las molestias estomacales, para los dolores de cabeza, para bajar y subir la libido, incluso para poner fin a las consecuencias de dejar correr las pasiones, cuando el problema ya había sido engendrado.

—Elvira, ya sabes. Cuidado con los polvos que echas y a quién —dijo, desvergonzada, la joven.

—Urraca, te aseguro que no tengo problema con ello —contestó el aya en un arrebato de dignidad.

—A mí no me engañas, por mucho que vivas en el convento, no vas para monja. Que sé bien que te manejas con la cantárida como si hubieras sido tú la que hubiera descubierto al brillante bichejo del amor.

—¡Calla, canalla! —la silenció.

Urraca me dirigió una sonrisa pícara y, sensual, me guiñó un ojo. Con impúdica actitud recolocó su pobre vestimenta recorriendo con las manos su torso desde el busto hasta las caderas. No pude evitar imaginar las formas del cuerpo que ceñían aquellas telas.

—¡Urraca! —le llamó la atención Elvira ante su actitud desvergonzada—. Un respeto.

—Bueno, vale. ¡Que todavía no le he hecho nada al chico! —dijo mordiéndose el labio mientras me miraba con ojos libidinosos.

Con el tiempo, descubrí en aquella casa usos que no creía de hierbas que pocos conocían, y lo que aquel día ni pude imaginar: que la joven vendía algo más que sustancias para darle un empujoncito a la virilidad.

A punto estábamos de marcharnos, cuando una anciana salió de una estancia de la parte trasera de la vivienda.

—Urraca, ¿cómo no me has avisado de que teníamos visita?

—Abuela, yo…

—Ya, ya. No me digas, que no quiero saber.

La anciana echó un vistazo al morral que había preparado Urraca con todas las compras de Elvira.

—Nada de lo que ahí lleves podrá darle solución a lo que sé ha de traerte de cabeza —dijo apesadumbrada.

—Haremos lo que podamos.

—El mal que acecha tu casa no se vence con hierbas ni ungüentos. Ha llegado a mis oídos que hay un caballero leonés dispuesto a todo para hacer mal a vuestro señor. Un tal Osorio, que de tapadillo ha buscado por todas partes quien pueda hacer por él un aojamiento que lleve la desgracia a la casa del infante y a todos los que le rodeáis.

—¿Por qué lo llamas mal de ojo, si no es más que ojeriza? Envidia desmedida en todo caso. Nada a lo que no haya tenido que enfrentarse mi señor don Juan Manuel desde niño.

—Te equivocas, Elvira, es más que eso. Ese Osorio está dispuesto a utilizar cualquier medio a su alcance. Lo sé de buena tinta. Ha ofrecido hasta su alma por conseguir sembrar el dolor entre todos los que rodeáis al infante.

El aya de Constanza negaba con la cabeza.

—Piensa lo que quieras, pero negar la realidad no hará que esta no exista. Ese caballero leonés sabe dónde y cómo hacer daño. Podría haber echado mal de ojo a tu señor don Juan en su propia persona y, sin embargo, no lo ha hecho. Podría haber empeñado su alma en conseguir su propio éxito y aumentar su poder, pero no le ha parecido suficiente. Ansía lograrlo mientras provoca el sufrimiento en aquellos a los que más quiere tu señor.

—No puede ser.

—Sin duda, lo es. ¿Acaso no ves cómo el infante se esfuerza en mantener su poder como tutor del rey en la Corte, sin darse cuenta de cómo su esposa se marchita presa de la enfermedad a más de dos semanas de viaje de aquí en Villena?

—¡Ves aojo donde yo solo veo enfermedad! —replicó Elvira.

—Enfermedad provocada por la envidia, y desgracias solo traídas por la ira —repuso la anciana.

—¡Leovigilda, no me calientes la cabeza con cuentos de vieja!

—Aunque yo sea anciana, sabes bien que no son cuentos de vieja. Sabes que no miento, solo te digo lo que he escuchado. Poco me importa que no quieras oírlo. Es cierto y debo contártelo, pues quien me lo dijo fue protagonista del rito que hicieron para el caballero leonés y me lo compartió en conciliábulo.

—Buena fuente me traes, si quien te lo reveló lo hizo en mitad de un aquelarre.

—¡No pronuncies esa palabra en esta casa!

—Me dirás tú cómo llamar a esa reunión de…

—¡Viejas! —interrumpió la anciana hechicera llena de furia—. Viejas de ojos vidriosos que vemos lo que los jóvenes no veis. Que nos hemos olvidado ya de fornicaciones y otros placeres mundanos y por eso vemos los hilos invisibles que mueven el mundo. Pero eso a vosotros poco os importa.

La anciana, ofendida, se giró hacia la puerta por la que había salido hacía unos minutos y antes de dirigirse a ella, le advirtió a Elvira:

—Yo he hecho todo lo que en mi mano estaba, te he avisado para que actúes en consecuencia. Si no lo haces, no pesará sobre mi conciencia lo que suceda.

—Ve tranquila —respondió Elvira.

—Tranquila estoy, pues he cumplido mi cometido y sé que ese mal nacido de Osorio perderá su alma en vano. Pues solo una cosa

más he de decirte. En mis sueños vi una joven doncella muy querida por tu señor don Juan Manuel, que se casará con un infante… —La anciana cerró los ojos como si se esforzase en recordar— No. Un príncipe. Y, que llegará a reinar a pesar de las dificultades.

—¡Lo que me faltaba, Leovigilda! Deja de decir tonterías, no nos llenes la cabeza con cuentos de príncipes y princesas.

—Elvira, sabes que no miento. Sabes que así es el destino. Reyes, nobles, vasallos y esclavos nos vemos atados a él. Así está escrito: si tu sino es reinar, reinarás en esta vida o reinarás después de muerta. Y el destino de esa chiquilla es ese y no otro.

Salimos de la casa de Leovigilda y Urraca con aquellas palabras todavía resonando en mi interior.

## V. Estafermo

Castillo del infante don Juan Manuel en Peñafiel
Peñafiel, Valladolid
Señorío de Peñafiel
Reino de Castilla

La mañana siguiente a la cacería, el castillo estaba más alborotado que de costumbre. Una sinfonía de alaridos, relinchos y ruido de espadas se entremezclaba con las órdenes y el clangor de los cuernos, bocinas y trompetas de guerra que llegaban desde más allá de las murallas.

La tropa del infante don Juan Manuel había comenzado con los entrenamientos desde nada más romper el alba. Los ejercicios no solo se limitaban a los enfrentamientos a pie con espadas y escudos, hachas y manguales, que ocupaban el patio de armas, sino que también se extendían por los aledaños de la fortaleza. Allí, los guerreros a caballo ensayaban maniobras de ataque y defensa conjuntas e incluso practicaban sus destrezas individuales como jinetes.

Yo no era ajeno a ello.

Armado con mi espada de entrenamiento y mi broquel, me enfrentaba a mi instructor bajo la atenta mirada de mi protector. Luchar contra él nada tenía que ver con las series previas que me veía obligado a realizar golpeando al mártir. Solo cuando me encontraba agotado tras perder la cuenta de las veces que había apaleado el poste de madera me permitía siquiera retarle cara a cara.

—Ahora, Álvar. Ahora sí que puedes enfrentarte a mí.

—Estoy agotado —confesé.

—¡Por eso! —exclamó con firmeza—. Este es el momento.

—Al menos déjeme retomar el aliento y beber algo de agua para reponerme.

—No te vas a morir porque no bebas nada ahora —dijo justo antes de lanzarme su primera acometida—. ¿O acaso crees que cuando estés reventado de lanzar ataques y esquivarlos en el campo de batalla te va a dar opción a reponerte quien venga a darte muerte?

Con un movimiento rápido de mi pequeño escudo de madera pude desviar la arremetida de su espada larga, pero no pude evitar

que con su hombro me empujase haciéndome caer de espaldas.

—Levántate ya, anda —me ordenó.

Hubiera preferido quedarme así tumbado hasta recobrar el aliento, pero sabía que mi instructor no me lo permitiría. Mucho menos estando como estaba presente mi protector, el infante don Juan Manuel. En silencio, observó todos mis ejercicios, tanto aquellos en los que yo manejaba la espada larga como aquellos otros en los que me defendía de ella o de la lanza. Solo tras zafarme de la última serie de ataques por parte de mi instructor, este se dio por satisfecho y entendió que podía poner fin a aquella demostración.

—Veo que has mejorado mucho con la espada larga —valoró el infante.

—Gracias, mi señor.

—Pero aún no es suficiente. Debes mejorar tu forma física y tus destrezas si quieres tener la *suerte* de tu mano. Todavía eres joven y estás a tiempo. No dudes que más pronto que tarde tu vida dependerá de ello… y quién sabe si también la mía.

Aquellas palabras del infante me dejaron pensativo.

—Sé que eres impetuoso y que te encantan los caballos, por eso quiero enseñarte algo —me adelantó cambiando de tema mientras nos dirigíamos a las caballerizas del castillo.

Nada más llegar allí ordenó al maestro de cuadras que sacara a Infierno de su establo.

Nunca había visto un ejemplar como aquel. El caballo destrero del infante era impresionante. Una auténtica bestia destructora que imponía con su sola presencia. Su grueso cuello se desarrollaba formando una poderosa cresta que, lejos de desentonar con el resto del cuerpo musculoso, se integraba con él a la perfección. No quería imaginarme lo que sentiría el enemigo al ver al semental zaíno armado con la gualdrapa listo para cargar en el campo de batalla.

—¿Puedo acercarme? —pregunté interesado.

—Mejor no lo hagas —Me detuvo el infante don Juan Manuel —. Este *corderito* tiene la misma mala leche que un carnero. Solo con un empujón de su pechera podría dejarte fuera de juego.

—Es precioso.

—Lo es —reconoció sin ocultar su orgullo.

—Me encantaría algún día tener uno igual.

—Si te lo ganas, algún día lo tendrás. Pero no te equivoques: por muy buena que sea la cabalgadura, no es el caballo el que hace al caballero, sino lo que es capaz este de hacer con él. Te espero con tu corcel en el palenque.

A lomos de Tesón, recorrí reflexivo el camino desde la cuadra hasta el campo de entrenamiento. Mi caballo poco tenía que ver con Infierno. No era un poderoso destrero de guerra sino un corcel rápido

y ligero. Como supe años más tarde, mucho más apropiado para aprender y desarrollar mis capacidades dentro de la hípica, pero en aquel momento aún no lo sabía.

Mi instructor hablaba con don Juan Manuel mientras preparaba el estafermo contra el que me iba a enfrentar. Guiado por el conocimiento que había acumulado tras sus años de experiencia formando a jóvenes como yo, se apuró a sustituir la cadena con la bola de hierro de uno de los brazos del artilugio por unos sacos de arena bien atados.

Aquella figura giratoria, lejos de parecerme intimidante, me resultaba cómica. Me recordaba a los tentetiesos con los que jugaban los niños, que, por más que los empujases, siempre volvían a su posición vertical.

A la señal de mi instructor, me dirigí lanza en ristre al ataque. Como había visto hacer en otras ocasiones a los caballeros, apuré a Tesón para que alcanzase la mayor velocidad posible antes de que mi lanza impactase contra el escudo del estafermo. Quería demostrar a mi protector de lo que era capaz a lomos de mi cabalgadura.

Y así lo hice.

Mi lanza golpeó con estrépito el escudo de madera del estafermo, que, lejos de detener el impacto, trasmitió toda esa inercia al otro extremo del artefacto en un giro imparable.

No tuve tiempo de verlo venir.

Los sacos de arena describieron una semicircunferencia complementaria a la que recorría el escudo. Pero en este caso, en vez de alejarse de mi cuerpo, se aproximaban vertiginosamente hacia él por mi espalda.

El trastazo me pilló por sorpresa. No porque no supiera que aquello podía suceder, sabía cómo funcionaba el ingenio bélico, sino porque, cabalgando a aquella velocidad, no había sido capaz de anticiparme y esquivarlo.

Tras ser alcanzado por los sacos terreros, no pude evitar que mis huesos dieran contra el suelo. Sin embargo, aquel no sería el golpe más duro que sufriría aquella mañana. La contusión se olvidaría rápido y el daño al orgullo también. Sería el otro golpe, como todos los que afectan al alma, el que tardaría más en superarlo.

Intenté ponerme de pie lo más pronto posible, pero para cuando quise hacerlo, ya se encontraba mi instructor, amenazante, espada en mano frente a mí.

—Como ves, es importante que practiques la lucha a pie. Aunque comiences la batalla a caballo, debes de estar preparado para continuar combatiendo pie a tierra, pues la contienda puede darse la vuelta y si no te manejas también bien sobre el terreno, olvídate de contarla.

Con un gesto amable, el instructor me ofreció la mano para levantarme. Mientras, don Juan Manuel se dirigió a mí con tono paternal:

—Álvar, no lo olvides: la vida es como ese maldito estafermo. Más te vale ser hábil y estar siempre atento, pues cuando más fuerte te creas, cuando pienses que eres invencible, la vida aprovechará toda tu fuerza para derribarte utilizando todo tu ímpetu y vigor en tu contra.

En aquel momento, no era consciente de cuán ciertas podrían llegar a ser aquellas palabras. Me sonaban a una más de aquellas oportunas enseñanzas que el infante siempre tenía listas para compartir conmigo en cualquier circunstancia.

Recogí la lanza del suelo y llamé a Tesón. Una sola vez fue suficiente para que se acercase adonde me encontraba. Como yo, era impetuoso, pero no por ello dejaba de ser obediente en buenas manos. Haciendo honor a su nombre, a fuerza de esfuerzo y tesón, con el tiempo, conseguí convertirle en un buen caballo para la batalla. A cambio, él me enseñó a ser un diestro caballero y a desarrollar mi paciencia.

De nuevo sobre la silla de montar, con los pies firmes en los estribos y la lanza en ristre, me dirigí al otro extremo del palenque. Esta vez no cometería el mismo error, no dejaría que el estafermo me devolviese el golpe.

Esperé la señal de mi instructor para lanzarme a la carga, pero esta no llegó. En su lugar, quien lo hizo fue un heraldo.

Su llegada me emocionó. Podría decir que conocía muy bien aquel sobreveste que lucía, pero sería decir poco. Hubiera sido más correcto decir que me era del todo familiar, ya que ese escudo de armas, un blasón de plata con seis roeles de azur colocados formando dos columnas, era el de mi familia.

Antes de llegar a la altura de don Juan Manuel, el mensajero descabalgó para mostrar sus respetos al infante y darle el mensaje de mi padre que le había llevado hasta allí. Tras escucharlo, mi protector me llamó con un gesto de su mano.

Si mi padre había enviado hasta Peñafiel a uno de sus hombres, la razón tenía que ser importante. Tal vez, había llegado el momento con el que tantas veces había soñado. Quizá, por fin, todo se había normalizado e Inés y yo podíamos volver a casa junto a mis padres.

Una sonrisa se dibujó en mis labios al escuchar las primeras palabras del infante:

—Álvar, tu padre nos manda noticias —me informó don Juan Manuel, pero su gesto era tan serio que contagió mi ánimo de inmediato—. Ya tienes edad más que suficiente para enfrentarte a ello. Él está bien, pero tu madre… Tu madre sabes que llevaba un tiempo

muy enferma.

No quería escuchar lo que tuviera que decirme.

—¿Madre está peor? —pregunté preocupado, leyendo entre líneas lo que tanto le costaba expresar—. Iré yo mismo a cuidarla, si es necesario y vos me lo permitís. Le llevaré las medicinas que precise y haré todo lo que esté en mi mano para que mejore.

Don Juan Manuel bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Ya no hay nada que hacer. De nada serviría.

—Entonces, os pido permiso para ausentarme. He de ir a Galicia, de inmediato. Debo despedirme y compartir con ella sus últimos momentos.

—Es demasiado tarde. Ha muerto.

—No puede ser. ¡No! —Negué con la cabeza mientras controlaba mi rabia—. Al menos déjeme que acompañe al heraldo de regreso y asista al entierro de mi madre —le supliqué.

—Lo siento, pero me temo que, según me ha trasmitido el heraldo, el sepelio se celebró hace unos días. Tu padre ha decidido no contarte nada hasta que estuviese de vuelta en la Corte de Valladolid. No seré yo quien lo juzgue, pero él ha valorado que sería mejor así. Según me ha transmitido, las cosas están aún muy complicadas por Galicia, y no ha considerado conveniente tu regreso a pesar de lo sucedido.

Impotente, rompí en llanto.

Don Juan Manuel, con gesto paternal, me abrazó tratando de consolarme en aquel duro momento.

¡Cómo hubiera deseado tener a mi padre delante! Le hubiera exigido explicaciones. Razones que justificaran su comportamiento, que para mi desgracia, ahora sé que solo hubieran aumentado mi dolor.

Solo la sabiduría de mi protector hizo que aquel día en mi mente se instalase la cordura. Supo retenerme y evitar que a uña de caballo me presentase en la Corte a exigir explicaciones a mi padre por su proceder.

Con el conocimiento que da la experiencia, don Juan Manuel quitó aquella mala idea de mi cabeza y me dirigió a descargar toda mi rabia contra el mártir con el que había estado entrenando a primera hora de la mañana. Mi furia desatada se convirtió en una serie tan inconmensurable de violentos golpes que no me detuve hasta que mi espada de madera se dio por vencida partiéndose en dos como mi alma.

## VI. El Tuerto

Castillo de los Guiado
Cuéllar
Señorío de Cuéllar, Segovia
Reino de Castilla

Pasó algún tiempo hasta que el infante don Juan Manuel encontró el momento adecuado para compartir conmigo sus preocupaciones. No sabía cómo iba a encajar la información que tenía que compartir conmigo, pero, como me explicó, consideraba que ya tenía edad suficiente y había pasado bastante tiempo desde la pérdida de mi madre como para que pudiera enfrentarme a ello.

—Álvar, sabes que desde que llegastéis Inés y tú os he tratado como si fuerais mis propios hijos. Que estoy seguro de que en ningún otro sitio estaríais mejor que aquí. Sin embargo, también soy consciente de que eres un buen hijo y que tu gran corazón te hace que ansíes volver al lado de tu padre.

—Así es, mi señor. No sabría cómo expresar el agradecimiento que os tengo, pero mi sitio está junto a mi padre.

—Lo sé, lo sé. Por eso me duele más lo que debo decirte. Durante algún tiempo pensé que el motivo que había llevado a vuestro padre a no visitaros era mantener la discrección sobre vuestro paradero e intentar por todos los medios protegeros a Inés y a ti. También supuse que lo que le forzaba a abandonar Galicia y establecerse en Valladolid había sido solo acercarse al joven rey para intentar convencerle de que ayudase a vuestra familia a recuperar lo que es vuestro y os ha sido arrebatado. Ahora, dudo de que solo esa fuera la razón. Creo que otros acercamientos e intereses ocupaban la mente de tu padre.

—Discúlpeme, mi señor, no logro comprender.

—No creo que te descubra nada nuevo si te digo que tu madre no era la legítima esposa de tu padre.

—Lo sé. Doña Beatriz de Portugal, ¿no? Su primera esposa.

—También ha muerto.

—Dios la tenga en su gloria, pero…

—Álvar, siento tener que ser yo quien te lo diga. Habría

preferido que hubiera sido él mismo en persona el que te hubiera contado que no ha tardado en casarse con una dama de la Corte, Isabel Ponce de León, y, por lo que sé, aunque tu padre no haya venido aquí a presentártelo y ni siquiera haya mandado una carta para informarte de ello, Inés y tú tenéis un medio hermano: Férnan Ruiz de Castro. Ahora que lo sabes, está en tu mano decidir si quieres volver ahora con tu padre o no. Yo no seré quien te retenga a mi lado contra tu voluntad; más aún, te ayudaré con todo lo que esté en mi mano para que ocupes el lugar que te corresponde.

En aquel momento, la noticia me conmocionó.

Era todavía demasiado joven como para entender los motivos que llevaban a las personas a actuar del modo que lo hacían y todavía creía que los matrimonios eran fruto del amor. Con el tiempo, supe que la vida era mucho más complicada de lo que en mi juventud podía siquiera sospechar.

No obstante, aquel día todavía reservaba más sorpresas para mí.

Antes de llegar a la puerta sureste del castillo, el infante don Juan Manuel guio su caballo hasta colocarse a mi lado.

—Álvar, algún día, si lo tiene a bien Dios, tendrás descendencia. Dios quiera también que tus hijos te honren. Hoy vendrás conmigo. Calla y aprende, pues, tal vez, algún día tú serás el encargado de parlamentar en una situación similar a esta.

Nada me había anticipado hasta ese momento las razones que nos habían llevado allí ni nada podría prepararme para lo que dentro de ese salón sucedería.

Tras el banquete obsequiado por don Juan de Haro, el Tuerto, señor de Cuéllar, para agasajar al infante don Juan Manuel y su séquito, solo cuatro hombres pasamos a otra sala más recogida. El ambiente distendido que había caracterizado el festín, se tornó tenso nada más cerrarse la puerta.

—Vienen tiempos difíciles, querido Juan —se permitió la familiaridad en privado el infante al retomar la palabra.

—Nunca hubo un invierno al que no siguiese una primavera —respondió el señor del castillo de Cuéllar.

—Bien sabes que no me refiero a eso. Las cosas en la corte están cambiando. Alfonso ya no es el niño que podíamos manejar como tutores. Su mayoría de edad no va a hacer otra cosa que causarnos problemas y lo sabes. Su vanidad es tan grande que dispone de su propio caballo destrero.

—No es más que un chiquillo —repuso don Juan de Haro, el Tuerto.

—Un chiquillo, sí. Un chiquillo arrogante que no dudará en ningunearnos si no actuamos a tiempo, no lo olvides. Tú mismo has

visto cómo desprecia nuestro prestigio nobiliario; cómo ha llevado a la Corte de Valladolid a petición suya a ese tal Garcilaso de la Vega y al infame Álvar Núñez Osorio. La Corte se está llenando de caballeros lisonjeros sin mayor mérito que su capacidad para bailarle las aguas. Solo busca tener a su lado gente que le deba a él su rango y posición en la Corte. Nos estamos convirtiendo en un estorbo. Tenemos que detener a esos embaucadores antes de que tomen más parte en el gobierno de Castilla.

Juan de Haro, el Tuerto, se puso en pie al escuchar aquellas palabras y comenzó a caminar por la estancia como si se hubiera incendiado algo dentro de él que le impidiera mantenerse quieto. En silencio, paseaba por la sala retorciéndose la punta de los bigotes; parecía que aquello le ayudaba a pensar.

—Debemos hablar con él.

—De nada serviría. Ese miserable de Álvar Núñez Osorio le tiene envenenados los oídos. De primera mano sé que ese maldito caballero segundón pretende hacerse con todos los títulos y cargos más importantes de Galicia bajo la pretendida excusa de limitar nuestro poder como nobles en esas tierras.

—¡Maldito sea!

—Estoy seguro de que su avaricia no se parará allí. Y lo peor de todo es que, para nuestra desgracia, no será el único. No dudo de que Garcilaso seguirá también sus pasos.

—Debemos hacer algo, ¿pero el qué? No podemos levantarnos en armas contra él.

—No debemos, pero sí podemos mandarle un mensaje que no podrá obviar. Tenemos que dejarle bien claro que si así lo quiere y no depone su actitud, nos tendrá enfrente, más unidos que nunca contra él.

—¿Pero cómo? Poner algo así negro sobre blanco sería una locura. Una declaración de guerra encubierta que no podría soportar.

—Lo sería. Por eso no lo haremos así. Le demostraremos que estamos unidos como una única familia. Si tú perdiste un ojo buscando la victoria mientras guerreabas al lado de tu padre, yo estoy dispuesto a cederte la mano de mi hija. Sellemos la unión de nuestras casas con este matrimonio como aval de mayor garantía.

Nunca seis leguas a caballo se me hicieron tan largas como las de nuestro viaje de regreso de Cuéllar a Peñafiel. Ni tan pesada una carga como la de saber que mi primita Constanza, sin ella ser consciente, se encontraba ya prometida a un hombre que ni siquiera conocía y que podía haber sido por edad su abuelo.

## VII. Mal de amores

Peñafiel, Valladolid
Señorío de Peñafiel
Reino de Castilla

A nuestro regreso a Peñafiel, encontré a mi prima Constanza, ajena a todo, jugando en el jardín del convento de los dominicos con mi hermana Inés. No podía dejar de mirarlas. La estampa que observaba entre la arcada del claustro a la luz de los últimos rayos de la tarde era preciosa. Mi prima sonreía de oreja a oreja mientras, con inmensa delicadeza, la cubría de cosquillas que hacían que mi pequeña hermana se desbordase en sonoras risitas infantiles.

Más que primas parecían hermanas.

Embobado, me mantuve oculto; quería atesorar aquel momento de felicidad para siempre. Veía en sus rostros la alegría plena que solo se puede mantener mientras aún se conserva la inocencia. Cuando todavía todo son juegos y risas.

—Constanza, déjala ya. Acabarás haciéndola vomitar. No ves que es muy pequeña —avisó Elvira, la Gallega.

—A ella le gusta —repuso la hija del infante.

—A la que le gusta es a ti —aseveró Gadea, la joven viuda que por clemencia había aceptado el infante don Juan Manuel como ama de cría tras su petición desesperada de amparo y que ahora ayudaba a Elvira con los cuidados de Inés.

—Y ¿qué tiene de malo? Mejor será morirse de risa que ahogarse en llanto, ¿no?

—Calla, anda, calla. Vaya ideas que tienes. Como te escuche tu padre…

En un acto inconsciente, Elvira, la Gallega, miró alrededor.

No pude evitar dar un respingo al verme descubierto.

—Anda, acércate —me invitó—. No te quedes ahí como un pasmarote. Ven.

—No quería molestar —dije mientras me acercaba.

—Pero ¿cómo vas a molestar, chiquillo?

—No quería interrumpir sus juegos —expliqué mientras agarraba a Inés por las axilas y la levantaba sobre mi cabeza—. Se las

veía tan felices —añadí en un suspiro.

—Bendita inocencia. Juventud, divino tesoro —sentenció el aya de Constanza—. Pero a ti te pasa algo. Te lo noto. No estás normal.

—Déjalo, Elvira.

—¡Cómo voy a dejarlo! ¡Ay, *feitiño*! Tú tienes mal de amores.

—No es eso, pero no puedo hablar.

—Gadea, ve con las niñas a las cocinas, que tendrán sed y hambre.

—Pero…

—¿Qué te he dicho, Gadea? No me rechistes. Ve, ve.

La joven viuda colocó a mi hermanita sobre la cadera como si llevase un cántaro y con la mano libre guio a la pequeña Constanza hasta la cocina para que nos dejasen solos. Solo un leve asentimiento de su cabeza sirvió de despedida.

—Dime, ¿qué pasó?

—Es Constanza.

—¡Ay, mi *neno*! ¡Que es tu prima! El infante te va a matar como se entere. ¡Cómo se te ocurre siquiera pensar en pretenderla!

—No, Elvira, no. No soy yo. Aunque si te lo cuento, tal vez don Juan Manuel sí que me mate.

—No sé si el señor te va a matar o no si me lo cuentas, lo que te aseguro es que yo voy a morirme, si no lo haces.

—Esta tarde el infante ha prometido la mano de Constanza.

—¡*Miña ruliña*! Tienes que estar equivocado, si solo es una niña —argumentó preocupada.

—Quisiera estarlo, pero es cierto. Tras el banquete que hemos celebrado esta tarde, don Juan Manuel se la ha ofrecido a Juan de Haro y este no ha dudado en aceptarla.

—¿Don Juan de Haro? ¿*El Tuerto*? —Quiso confirmar Elvira, incrédula.

—Sí, el mismo.

—*Pobriña*. ¡Cómo su padre puede entregársela a un lisiado que le cuadriplica la edad! —contuvo el grito pero no pudo contener el llanto.

—Don Juan Manuel me ha dicho que la razón tiene razones que el corazón no entiende.

—Habrán de pasar mil años y seguiré sin entenderlo —sentenció Elvira—. Si tan bueno era ese matrimonio, que se hubiera casado él con el lisiado. ¡Habrase visto, entregarle a nuestra niña!

—Yo tampoco puedo entenderlo —confesé—. ¿Dónde queda el amor puro y sincero, entonces? ¿Será que es imposible unir amor verdadero y matrimonio? ¿Para qué tantas bellas canciones que entonan los trovadores, si al final la vida es esto?: todo mentira.

¿Acaso no hay lugar para que venza un amor en el que se pueda unir lo pasional y lo espiritual?

—Álvar, no te engañes. Si acaso alguna vez dos amantes son capaces de conjugar a la perfección sus cuerpos y almas, solo podrán vivirlo de forma clandestina, de forma prohibida fuera de lo que nos venden como bendición del sacramento del matrimonio. Bodas por amor son para otros. Los que nada tienen, y diría más, ni esos.

—No te imaginas cuánto me afligen tus palabras. Yo, aunque para mí no lo quiera, podría soportarlo, pero por mi hermanita Inés daría lo que fuera por que ella no tuviera que sufrir un matrimonio en el que no sea amada.

—*Filliño*, casamiento y mortaja, del cielo bajan. Nada hay que hacer —dijo asumiendo la promesa de boda con tristeza.

Todavía resonaban en mi mente las palabras de Elvira cuando aquella noche me retiré a mi habitación. «Nada había que hacer», me había dicho. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, más me convencía de que aquello no podía ser cierto. Me retorcía en la cama, inquieto. Sentía dentro de mi pecho una fuerza que me obligaba actuar. Sin decir nada a nadie, salí de forma clandestina del convento y me dirigí a la casa de Leovigilda y Urraca.

Con discrección, interpreté con los nudillos sobre la puerta la musiquilla que Elvira utilizaba para llamar. Como siempre le sucedía también a ella, no obtuve respuesta. Desconocía la letanía que ella pronunciaba para sí antes de insistir, pero a fuerza de esperar junto a ella cuando la acompañaba, supuse cuánto debía esperar.

Comencé de nuevo a llamar a la puerta, pero antes de terminar la secuencia, Urraca la abrió y, agarrándome por la pechera, me arrastró al interior de la casa.

—Pensé que no ibas a venir tú solo nunca —dijo mientras besándome el cuello me empujaba contra la pared.

—Yo…

—¡Chsss! —me susurró mientras ponía sus dedos sobre mis labios para que callase.

Con dulzura la separé de mi lado.

—He visto cómo me miras cuando vienes con Elvira. A mí no me engañas. ¿Qué pasa? ¿Que no sabes si lo podrás pagar?

—No es eso.

—Claro que no —dijo mientras se acercaba a mí de nuevo.

—No me malinterpretes, Urraca. Pero no estoy aquí por eso.

—Y ¿por qué entonces?

—Necesito ver a tu abuela.

—¿Me cambias por una anciana? ¡Lo que me faltaba! —dijo, traviesa, fingiéndose más ofendida de lo que en realidad estaba.

—Necesito que Leovigilda me ayude.

Junto a la anciana y su nieta, hicimos el ritual que la hechicera me aconsejó para conseguir lo que yo le había pedido: «que tanto mi prima como mi hermana consigan llevar al altar a un hombre joven y apuesto que pierda la cabeza por ellas».

¡Qué ingenuo era entonces!

Por más que en aquel momento nadie me pidiera nada a cambio, ¿cómo pude ser tan iluso como para suponer que aquello nos saldría gratis? ¿Cómo iba yo a sospechar que, si alguien podía lograrlo, no sería otro que el demonio, y que él no me exigía pago pues sabía muy bien cómo iba a cobrárselo? De haberlo sabido, me hubiera cuidado mucho de hacerlo.

# VIII. Valías y privados

Valladolid, Corte Real
Reino de Castilla

Aquellos días, se vivían tiempos revueltos en el reino. El rey niño Alfonso XI de Castilla había pasado casi toda su niñez en Valladolid. Había llegado a la villa con solo tres años y durante los siguientes once había estado bajo la tutela de sus tutores y el amparo y educación de su bienamada abuela doña María de Molina. Pero eso no iba a durar mucho. Ahora que se acercaba su mayoría de edad, el joven monarca había dado una muestra de carácter extraordinario: había anticipado que quería ejercer el poder por sí mismo, haciendo dimitir a sus tutores de sus funciones en cuanto dejara de ser menor.

Con ello, había dado un golpe sobre el tablero que ponía en alerta a todos los tutores, privados y señores del reino. La coyuntura política era incierta. Nadie podía anticipar los posibles cambios que vinieran dados de la cercana declaración de mayoría de edad que solicitaba el temperamental rey. Por eso, los privados del rey se apuraron a combatir entre ellos. Era el momento de tomar posiciones no solo políticas, sino también militares. Debían de alcanzar la mayor cantidad y variedad posible de plazas fuertes que les garantizasen el poder e influencia antes de que el rey empuñara el cetro.

Consciente como era de ello, el infante don Juan Manuel se decidió a celebrar la reunión personal que durante tanto tiempo mi padre había evitado mantener con él.

—¡Dichosos los ojos! —dijo mi protector cuando vio aparecer a mi padre por el salón.

En su rostro, descubrí el mohín de aquel que se ve obligado a enfrentarse a lo inevitable. Con más cortesía que afecto nos devolvió el saludo.

—Enhorabuena por tu boda y el nacimiento de Fernán —felicitó el infante.

—Gracias. Ojalá pronto tengas la ocasión de conocer a tu hermano, Álvar.

No contesté, todavía me encontraba dolido por el detalle de que hubiera tenido que saber por terceras personas del enlace nupcial

y el nacimiento de mi medio hermano.

—Supongo que conoces la agitación que invade el reino —aventuró don Juan Manuel.

—Cómo no hacerlo —respondió mi padre—. No se habla de otra cosa en la Corte. El rey ha reunido el concejo de la ciudad y les ha dicho que, como ya es casi mayor de edad, quiere tomar medidas. Sabe de las diferencias que hay entre vosotros, sus tutores, y que por vuestra culpa se están destruyendo muchas villas y no hay justicia en el reino. Quiere ejercer su pleno poder de inmediato, pues ve cómo vuestros enfrentamientos están llevando al reino a la perdición mientras la amenaza mora en el sur crece sin que nadie lo impida. Por suerte, han conseguido convencerle de que no salga de Valladolid hasta que todo se tranquilice, que no encontrará lugar más seguro que tras las murallas de la villa. Incluso le han advertido de que si lo hace, si se marcha de aquí, puede arriesgarse a encontrarse con las puertas cerradas.

—Sin duda existe ese riesgo, pero no es el único que debe ahora preocuparnos. Es el momento de mover ficha por vuestra parte. Si queréis recuperar lo que es vuestro, no podéis retrasarlo. Quizá cuando don Alfonso XI ocupe el trono ya sea demasiado tarde.

—Don Juan Manuel, hago todo lo que está en mi mano aquí en la Corte por defender mis intereses.

—Poco es, por no decir nada. ¿Qué has conseguido hasta ahora? Debes dar ya el paso.

—Lo sé. No creas que no siento en mí ansias irrefrenables de venganza. Mi corazón está lleno de ira. Ahora mismo me enfrentaría cara a cara con el asesino de mi padre por recuperar nuestras posesiones. Pero la cabeza no me deja. Me aconseja templanza. Soy consciente de que poco puedo hacer yo solo frente al infante don Felipe. Mis huestes son insuficientes para enfrentarme a su ejército privado. Necesitaría ayuda.

Aquella petición velada quedó colgando en el salón sin una inmediata respuesta.

El infante don Juan Manuel era consciente de que mi padre necesitaría mucha más ayuda de la que en principio podría sospechar si no quería convertirse él también en una nueva víctima de aquel que había usurpado todos los títulos y propiedades a su difunto padre, mi abuelo.

—Pedro, sabes que no podría negarte mi ayuda. Los vínculos familiares que me unen a vuestra Casa, la de los De Castro, me exigen apoyaros en vuestras pretensiones de conseguir justicia. Sin embargo, he de confesarte que no soy el más indicado para ayudaros sobre el terreno. Otro hay más adecuado que yo. Hablaré con don Juan de Haro. Estoy seguro de que el prometido de mi hija os brindará su

ayuda. Déjalo de mi mano. Sé muy bien que don Juan estará encantado de contar contigo como comandante en sus luchas contra don Felipe.

El infante no se equivocaba.

Don Juan de Haro, el Tuerto, el prometido de mi prima Constanza, era el candidato ideal para darnos su apoyo a los De Castro en nuestra lucha contra el infante don Felipe, el asesino de mi abuelo. A mi padre y a su nuevo aliado no les unía una antigua amistad ni lazos de sangre ancestrales, les unía un vínculo que se presentaba como mucho más poderoso: ambos compartían un mismo enemigo común, el infante don Felipe.

*El Tuerto* se había enfrentado al asesino de mi abuelo durante los últimos años por ejercer la tutoría del rey niño don Alfonso XI y por el control exclusivo de Galicia. Enemigo irreconciliable de don Felipe, el señor de Haro no dudó en aceptar a mi padre como comandante de sus tropas señoriales en cuanto don Juan Manuel se lo recomendó. Contar con los servicios de mi padre le pareció un regalo caído del cielo. No podía creer que el destino hubiese puesto a un experto comandante en su camino con experiencia sobre el terreno en los dominios gallegos que quería controlar y con una motivación tan grande como la venganza como mayor acicate.

No tardaría en llegarle a mi padre la oportunidad de demostrar su valía y compromiso con el señor de Haro. Más pronto que tarde, llegó el día de medirse contra las tropas de nuestro enemigo.

El tiempo se acababa y, como en un reloj de arena que agota sus últimos granos, en el reino también se anticipaba que estaba a punto de llegar ese momento en el que todo se daría la vuelta.

Los tutores, privados y señores se apuraron en fijar posiciones. Era el momento. Debían dominar el mayor número posible de plazas fuertes; de ello dependería su poder e influencia una vez que el rey niño ocupara el trono libre de tutelas. Por eso, don Felipe se apuró a mandar heraldos a Segovia con acuerdos de sumisión mientras por la fuerza trataba de hacerse con León, Mayorga y Zamora.

Tras apoderarse de León, el infante don Felipe dirigió sus tropas a Mayorga, sin esperar que allí se encontraría con mi padre, don Pedro Fernández de Castro, como lugarteniente de *El Tuerto*.

A pesar de lo desigual de la batalla, mi padre consiguió rechazar el ataque del infante don Felipe.

La respuesta del infante don Felipe llegó de inmediato; tomó sus tropas y se apuró a apoderarse de la ciudad de Zamora, llave de León para la entrada en Galicia.

Con lo que no contaba don Felipe era con que los otros tutores del rey también fijaran sus intereses en la importante plaza fuerte que

acababa de conquistar y dirigieran sus ejércitos a rendir la población.

# IX. Esperas

Zamora
Reino de León
Corona de Castilla

Ilusionado como el joven escudero inexperto que todavía era, acompañé a mi protector, el infante don Juan Manuel, y sus tropas al asedio de Zamora con una sola idea en mente: lograr mi bautismo de sangre.

Allí, junto a las murallas de la ciudad, encontré a las tropas de don Juan de Haro, el Tuerto, comandadas por mi padre. Estaban, como yo, listas para la batalla. Poco sabía entonces de la guerra más allá de los entrenamientos en Peñafiel y de los ideales de caballería que había descubierto en las historias y andanzas que me narraban. En todas ellas, se hablaba de grandes hazañas y actos heróicos, pero nadie hablaba nunca de algo que, para mi desesperación, descubrí por mí mismo en aquellas circunstancias. Había una cara que casi nunca se mostraba en esas narraciones: la de las esperas desesperantes.

—Mi señor —me dirigí al infante don Juan Manuel—, hace días que estamos acampados frente a las murallas, pero no hemos hecho ni el menor intento de asaltar la ciudad. Y, la verdad, he de confesaros que no entiendo por qué.

—Álvar, todavía eres joven y, como muchos, confundes urgencia con precipitación. Cada cosa tiene su momento. Aunque te pueda parecer que perdemos el tiempo aquí, no es así. Si atacasemos ahora, nos equivocaríamos. Debemos esperar la llegada de nuestros aliados, los señores de Alburquerque, y la del infante portugués don Alfonso Sanches, para que se unan a nosotros en el asedio. Entonces, todos juntos tomaremos la ciudad.

¿Quién nos iba a decir que en aquellos momentos, tras las murallas de Zamora, al infante don Felipe le atormentaban las mismas preguntas que a mí?

El pasivo cerco al que le sometíamos estaba socavando la paciencia del infante don Felipe. Se sentía preso rodeado por nuestras huestes. El asesino de mi abuelo no iba a consentir que aquella situación exasperante se dilatase por más tiempo. Se enfrentaría a

nosotros, sus asaltantes, aunque para ello tuviera que hacerlo a campo abierto al frente de sus tropas gallegas en una batalla campal.

Así, llegó el día en que ambos bandos nos situamos frente a frente en los aledaños de Zamora. Durante horas, unos y otros mantuvimos invariables nuestras posiciones, a pesar de que el infante don Felipe estaba dispuesto a sacrificar cuantas vidas fueran necesarias por liberar la plaza fuerte del asedio.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no atacáis? —interpeló el infante don Felipe a sus comandantes, molesto, tras ver cómo avanzaba el día y no se iniciaba la contienda.

—Mi señor, como ejército sitiado que somos, no nos corresponde a nosotros atacar, sino a ellos, los asaltantes —respondió el lugarteniente—. Si alguien ha de dar el primer paso, deben de ser ellos.

—Si no atacan, lo haremos nosotros —propuso el infante.

—Lo siento, don Felipe, pero si puedo evitarlo, no ordenaré a nuestras tropas que inicien un combate que podemos evitar. No seremos nosotros los que demos comienzo a esa carnicería.

Lo que desconocían los jefes militares de don Felipe era que en nuestras intenciones no estaba comenzar el enfrentamiento en esos momentos, ya que mi padre no se encontraba allí con nosotros, sino que había acudido a la corte a petición del rey niño don Alfonso XI.

El joven monarca había hecho llamar a mi padre con la firme decisión de desbloquear la situación que se estaba produciendo en Zamora. Si tenía que negociar, lo haría, pero necesitaba la colaboración de mi padre para dar solución al enfrentamiento.

Al mediodía de la tercera jornada, una milicia compuesta por dos millares de caballeros llegó a las inmediaciones de Zamora. Mi padre regresaba de Valladolid al mando de aquel importante refuerzo. Al verlo aparecer con una fuerza de tal calibre, todos fuimos conscientes de que solo podía haberla logrado con el apoyo del rey.

Todos supusimos que la negociación debía de haber sido muy ardua, si el rey niño había decidido poner a las órdenes de mi padre una fuerza tan poderosa.

No nos equivocamos en cuanto a lo dura de la negociación, pero sí en los términos. Si espinoso había resultado aquel toma y daca en la Corte, la conversación a la que dio lugar entre mi padre y su anterior bando no lo fue menos.

—Don Pedro, explícadnos cómo habeis conseguido convencer al rey niño para que se una a nuestra causa y ponga bajo vuestras órdenes esa fuerza —pidió don Juan de Haro a su comandante nada más verlo entrar en su pabellón.

—Don Juan, bien dice. El rey niño ha puesto esta hueste bajo mis órdenes. Pero se equivoca al pensar que, con ello, el rey se une a

vuestra causa.

—¿Qué decís? —preguntó, incrédulo, el De Haro.

—Digo que, si comando estas tropas, no es para luchar en contra de don Felipe, sino para poner fin a este enfrentamiento. Las órdenes del rey niño han sido claras: o regreso con un acuerdo de paz o decanto el resultado de la batalla a favor del infante don Felipe.

—¡Lo que proponéis es inaceptable! —se opuso don Juan de Haro—. No firmaré una rendición sin presentar batalla.

—Señores, mantengamos la calma, por favor —pidió mi padre.

—Estoy de acuerdo. Creo que debemos serenarnos. Debemos esperar, dejar que el tiempo corra a nuestro favor y ver cómo avanzan los acontecimientos antes de precipitarnos tomando una decisión que no tenga vuelta atrás —propuso mi protector, don Juan Manuel.

—No voy a perder más tiempo, ya hemos perdido demasiado —argumentó don Juan de Haro, el Tuerto—. No permitiré que mis enemigos vean en mí una debilidad que no existe. Atacaré con vuestros pendones a mi lado o lo haré solo.

—Don Juan, no sois consciente de lo que decís. Nunca podríais derrotar Zamora en solitario —señaló don Alfonso Sanches, el bastardo infante portugués.

—Lo que no haré será quedarme aquí sentado esperando. Mañana partiré con mis tropas hacia el castillo de San Pedro de Latarce. Quien quiera unirse será bienvenido.

—Gustoso te acompañaría con mis tropas a sitiar la fortaleza que custodia ese infame de don Álvar Núñez Osorio, ya que, sin duda, sé que juntos no tardaríamos en hacerle claudicar —anticipó el infante don Juan Manuel—. Sin embargo, sé muy bien que nuestro lugar está aquí. No podemos abandonar el sitio ahora. Por eso, si tú quieres dirigirte allí, no te lo impidiré. Pero, eso sí, no pidas a don Alfonso Sanches que te acompañe. No debe abandonar el asedio o estaremos perdidos.

—Creo que estáis en lo cierto. Debéis permanecer a la espera, manteniendo el cerco a la villa, pero sin atacar, hasta que don Felipe responda a la propuesta del rey —aconsejó mi padre.

Tanto don Juan Manuel como don Alfonso Sanches y los señores de Alburquerque decidieron optar por seguir el consejo de mi padre.

Sin embargo, muy diferente fue la decisión de *El Tuerto*. Estaba convencido de que las murallas de hormigón y canto rodado del castillo de San Pedro de Latarce, a pesar de sus doce metros de altura y más de dos de espesor, no supondrían un obstáculo para sus tropas. Por eso, *El Tuerto* dispuso sus huestes listas para el asedio en las orillas del río Sequillo. Por más que Núñez Osorio intentase hacerse fuerte en la torre-puerta del castillo, sería cuestión de tiempo que la fortaleza

sucumbiese ante sus valerosas huestes.

No obstante, no serían los caballeros y peones ni las armas de asedio las que pondrían fin a los sitios de Zamora y San Pedro de Latarce. Sería la llegada de legados de Segovia los que acabarían por forzar el fin de la situación.

Para sorpresa de *El Tuerto*, el infante don Felipe abandonó la defensa de Zamora y don Álvar Núñez Osorio, la de San Pedro de Latarce. Ambos tenían ahora sus ojos puestos en otra plaza. Los mensajeros a los que habían recibido la noche anterior habían traido consigo muy buenas noticias para ellos: la propuesta presentada a la ciudad de Segovia había sido aceptada. Los vecinos ofrecían la ciudad al infante don Felipe de forma pacífica aceptando sus requerimientos para que esta quedara bajo el control del privado.

Ante esta nueva situación, las fuerzas del infante don Felipe partieron hacia Segovia acompañadas de su comandante, el leonés don Álvar Núñez Osorio, y escoltadas por las fuerzas de paz de mi padre, don Pedro Fernández de Castro.

Para sorpresa de todos, gracias a las negociaciones mantenidas con las distintas plazas principales de Castilla, mi padre había conseguido lo pactado con el rey niño sin que se derramase una gota en el asedio de Zamora y sin provocar que mi protector, el infante don Juan Manuel, se viera obligado a firmar la paz y renunciar a Zamora.

## X. Pago justo

Una sala del Alcazarejo de Valladolid
Valladolid
Reino de Castilla

La tensa calma lograda en el reino de Castilla se acercaba a su término. El fin del asedio a Zamora y la pacífica entrega de Segovia por parte de sus habitantes al infante don Felipe solo habían supuesto un entreacto en aquel juego de hostilidades. El estado de crispación se hacía cada día más patente según se aproximaba la fecha de la declaración de la mayoría de edad de don Alfonso XI. Todos los tutores del rey niño pretendían ganarse al monarca. Pero si había alguien en la Corte que, en especial, se esforzaba por envenenar los oídos del joven rey contra sus opositores ese era el caballero leonés Álvar Núñez Osorio.

Así, se demostró que el infante don Juan Manuel no se equivocaba. La noticia de la intención de unir en matrimonio su Casa, la de los Manuel, con la Casa de Haro no tardó en ser conocida por el rey. En lo que sí erraba era en las consecuencias que esto tendría.

—Majestad, he de hablaros de un asunto muy delicado —anunció Álvar Núñez Osorio.

—Adelante. No os demoréis si tan importante lo consideráis —respondió el monarca.

—Lo es, mi señor. Lo es. Se trata de vuestros privados el infante Don Juan Manuel y Juan de Haro.

—¿Qué sucede con ellos?

—Bien sabéis que ya os lo anticipé: desconfiad de don Juan Manuel. Y no me equivocaba. No duda en manifestar a todos su poder. No duda en hacerse llamar infante y recordar con ello a todos que como vos tiene sangre real. Se pasea con su espada Lobera ceñida a la cintura para que nadie olvide que él es, y no otro, el que la heredó del rey que unió los reinos de Castilla y de León.

—Nada que no sepa me contáis —dijo el monarca, decepcionado.

—Os advertí que tiene intereses tanto en Castilla como en Aragón, pues sus señoríos se extienden hasta Murcia.

—Bien lo sé y también sé que sin su ejército privado de más de mil caballeros, la lucha contra el moro sería una batalla perdida.

—Las batallas que me preocupan, majestad, están más cerca.

—¿A qué os referís? Hablad. ¿Qué sabeis que yo no sepa? —instó el joven rey.

—Que don Juan Manuel y el Tuerto, han unido sus fuerzas contra su majestad.

—¡No puede ser cierto!

—Lo es, y como más firme expresión de compromiso con esa alianza, el infante ha prometido a su hija en matrimonio. Un matrimonio de conveniencia que en nada nos beneficia mientras a ellos les hace más fuertes.

—Veo lo que planteáis.

—No podemos permitirnos que se unan a ellos otras viejas familias nobles que les hagan aún más poderosos.

—Y ¿qué proponéis, entonces?

—Prepararnos para lo que se nos viene encima. Es el momento de buscar apoyos y disponernos, si es necesario, a olvidarnos de reconquistas y centrarnos en hacer la guerra dentro de nuestras fronteras.

Álvar Núñez Osorio proponía el enfrentamiento abierto contra los dos señores a pesar de que resultaba arriesgado.

—Tal vez no sea necesario llegar a tanto —dijo el joven rey.

—Dios quiera que depongan su actitud, aunque lo dudo mucho. Las ansias de poder les ciegan y nada será suficiente para lograr calmarlas.

—Si han pactado un matrimonio que una sus fuerzas y les acerque al poder que ansían, yo les ofreceré una opción que nadie podrá superar. Que les hará avergonzarse de haberse propuesto unir sus casas.

—Majestad, permitidme dudar que haya señorío tan grande o título tan noble que pueda hacerles cambiar de opinión.

—Creo que no los conocéis. Si Juan de Haro está dispuesto a sellar alianza con un *infante* a cambio de la hija de este, ¿qué no hará por la hermana de un rey? —dijo don Alfonso XI de Castilla.

—Mi señor, entregando a la infanta doña Leonor a *El Tuerto* lo único que conseguiréis será convertir a don Juan Manuel en vuestro enemigo irreconciliable cuando se entere de que su hija Constanza ha sido repudiada por su prometido por culpa de su majestad.

—¡Cuán confundido estáis! Lejos de eso, lo convertiré en mi mejor aliado —señaló rotundo el joven monarca mientras una sonrisa maléfica se dibujaba en su cara.

—Quizá otro sí, pero ¿don Juan Manuel? El orgulloso infante no cejará en su empeño hasta cobrarse ese ultraje —le corrigió el

valido.

—Bien cobrado lo tendrá. Yo mismo me encargaré de pagarlo.

—No habrá oro ni plata que sirvan de pago para calmar su sed de venganza, mi señor. Ni castillos ni…

—Recibirá algo mucho más valioso que eso. Le daré a su hija Constanza un marido que haga a su padre olvidar mi afrenta —interrumpió el rey—. Lo haré mi suegro y, por tanto, mimás leal aliado. Compraré su lealtad con el pago que más podría satisfacerle: ser el futuro abuelo del rey. Ocúpese de prepararlo todo. Mandad los heraldos que sean precisos en secreto para comunicárselo. Haced todo lo necesario para que esa inconveniente boda entre esas dos familias nunca se lleve a cabo.

—Así será, mi señor —respondió Núñez Osorio.

Álvar Núñez Osorio había llegado a la Corte convencido de que el gesto de sus dos rivales, los privados Don Juan Manuel y Juan de Haro, acabaría beneficiándole, ya que supondría una ofensa al rey. Un antes y un después en las relaciones de estos con la Corona. Sin embargo, ahora que la abandonaba, dejaba atrás la esperanza de que su posición de poder junto al rey mejorase. Por ello, no dudó en ir al encuentro de su aliado Garcilaso de la Vega para, juntos, tratar de darle una solución.

## XI. Cencellada

Peñafiel, Valladolid
Señorío de Peñafiel
Reino de Castilla

25 de noviembre de 1325

Entre risas y juegos, los días habían ido pasando para Constanza e Inés. Elvira las miraba con la sentida devoción de quien veía cómo un amor fraterno, casi maternofilial, se abría paso entre las primas. Observaba satisfecha cómo la cara de Constanza se iluminaba con una sonrisa cada vez que, sentada en su regazo, Inés respondía con infantiles risotadas a los juegos que compartía con ella la hija del infante.

El ruido de nuestros pasos acercándonos desde el extremo del claustro sacó al aya de aquel momento casi onírico. Un nudo se le trabó en el estómago al vernos aparecer al infante y a mí. Aunque había tenido tiempo más que suficiente para hacerse a la idea de que aquel día no tardaría en llegar, rogaba noche tras noche a Dios que, si fuera posible, liberase a la pequeña Constanza de su compromiso con el señor de Cuéllar, don Juan de Haro, el Tuerto.

—Elvira, preparad a las niñas con sus mejores galas, nos vamos. Hoy es el día. Fuera espera ya el cortejo real que ha de llevar a Constanza a Valladolid —ordenó el infante.

—¿Cortejo real? ¿A Valladolid, mi señor? —cuestionó sorprendida el aya.

—¿Acaso estáis sorda? —preguntó don Juan Manuel.

—No, mi señor. Discúlpeme.

—Entonces, ¿a qué esperáis? Vamos. Confío en que seáis más diligente y juiciosa cuando estéis en la Corte. El aya de la reina, si por algo ha de caracterizarse, ha de ser por su discreción y prudencia. No hagamos esperar más al infante don Felipe y su esposa doña Margarita. Urge que emprendan viaje de vuelta a Valladolid. El rey espera a su prometida.

Elvira, la Gallega, no pudo evitar que su mandíbula se descolgase como si hubiera sufrido una parálisis. Incapaz de cerrar la

boca, las palabras le faltaban casi tanto como el aire. Tampoco hubiera sabido muy bien qué decir. Nada habría podido resumir a la perfección la alegría que sentía en esos momentos por *su niña* ni la sorpresa que le había producido aquella noticia que la llenaba de orgullo. Su custodia ¡reina de Castilla! ¡¿Quién podría haberlo imaginado?!

Se llevó la mano a la boca como si temiese que su alma se le escapase en ese mismo momento. Sus ojos se cruzaron con los míos y vi en ellos como un resplandor. Un brillo tal vez recuerdo de una juventud perdida en la que todavía creía en la magia del amor y, tras sus dedos, intuí que en su boca se dibujaba una leve sonrisa de satisfacción.

Un sutil gesto por mi parte le confirmó que yo también era consciente de lo que aquello suponía. Nuestra complicidad no necesitó más para hacernos entender. A pesar de que hacía un tiempo que yo conocía la noticia, las palabras de don Juan Manuel habían sido firmes. Después de cómo había enfrentado *La Gallega* el primer compromiso de la niña, aquel que ya no llegaría a realizarse con *El Tuerto*, don Juan Manuel había preferido mantener en secreto el acuerdo hasta que, como acababa de hacer con los enviados del rey, las capitulaciones matrimoniales estuvieran firmadas.

En cuanto las niñas estuvieron listas, el infante y yo nos unimos al cortejo nupcial que las acompañaría hasta la Corte.

Valladolid, Corte del rey<br>Reino de Castilla

Al llegar a Valladolid, la pequeña Constanza se sintió impresionada. Aquella ciudad, centro de poder del Reino de Castilla, que había sido el hogar del rey desde su más tierna infancia, la recibía engalanada. Bellos pendones y adornos decoraban los balcones y ventanas. La muchedumbre se agolpaba en las calles al paso del cortejo real para saludar y aclamar a la joven prometida que, tímida, les respondía con candorosas sonrisas. Mientras, las gentes de la corte se apresuraban a preparar todos los suntuosos festejos y banquetes que tendrían lugar tres días después, cuando las Cortes en solemne acto ratificaran el matrimonio.

La mañana del veintiocho de noviembre, la ciudad amaneció cubierta por la cencellada. La niebla heladora había dejado las calles

alfombradas de blanco y los árboles, con sus hojas decoradas por níveos cristales de hielo.

Aquella atmósfera heladora pareció colarse también en el interior del salón en el que se celebraba el enlace, ya que la boda fue un trámite frío.

Constanza y el rey Alfonso XI no se conocían. Llegado el momento, la joven niña se vio superada. Un nudo se le ató en el estómago. Su aya Elvira le había explicado con detalle cómo se realizaría el acto y las consecuencias que tendría: se convertiría en reina. En reina. Por eso, en el momento en el que fue consciente de ello, la responsabilidad cayó sobre ella como una losa.

Mi prima solo tenía nueve años. Nueve años.

Poco importaba que desde su más tierna infancia la hubieran preparado para enfrentarse a un matrimonio de conveniencia. Aquello la sobrepasaba. Una lágrima rodó por su mejilla que rompió el alma de su cuidadora.

Finalizado el acto notarial, ya como esposos, los contrayentes pasaron al salón de recepciones donde uno a uno desfilaron los invitados para obsequiar a los dos chiquillos recién casados con una cornucopia de presentes.

Entonces, el rey niño, don Alfonso XI, se levantó de su asiento y mandó acercarse al infante don Juan Manuel.

—Dios me bendice hoy con los mejores deseos y dádivas provenientes de mis vasallos. Nobles venidos de todos los señoríos del Reino se complacen en intentar superarse unos a otros en su generosidad. Sé que buscan cautivarme con sus presentes, sin ser conscientes de que ningún regalo podrá superar al que vos me habéis entregado: mi reina —dijo Alfonso XI mientras tomaba la mano de Constanza—. Por ello, yo también he de ser generoso con vos, don Juan Manuel, y nombraros, este día, Adelantado de Frontera. Pues en vos he de confiar tan comprometidos territorios en tiempos de guerra y paz.

El infante se sintió honrado por aquel importantísimo puesto que le situaba inmediatamente por debajo del rey, casi convertido en un virrey de esas tierras. Sin embargo, también era consciente de que en cierta medida suponía un enmascarado destierro. Para cumplir tan alto cometido, se vería obligado a guerrear contra el moro en la otra punta de la península, muy lejos de su amada hija, y lo que más temía, tan lejos de la Corte que perdería toda posibilidad de influir sobre el joven rey en el día a día, dejándolo inevitablemente en manos de sus privados más cercanos: el infante don Felipe, Álvar Nuñez Osorio y Garcilaso de la Vega.

Como no podía ser de otro modo, don Juan Manuel se deshizo en agradecimientos ante la generosidad de su yerno, el rey, que

decidió continuar con la entrega de otros cargos y títulos aprovechando la singular ocasión de su enlace.

—Sé que no es fácil dar con la persona idónea para tan altos cargos. Por eso, me satisface de manera excepcional contar en la Corte con algunos miembros de mi mayor confianza. Al igual que no podría encontrar en todo el reino a nadie más apropiado que vos para ocupar el Adelantamiento de Frontera al sur de mi reino —dijo el rey refiriéndose al infante don Juan Manuel—, no tengo duda de que dispongo de la persona adecuada para ocupar el puesto de Adelantado de Galicia y Pertiguero Mayor de Santiago.

Al escuchar la presentación de aquel nombramiento, sentí cómo algo se incendiaba dentro de mí. Aquellos habían sido los cargos que habían ocupado durante generaciones mis antepasados.

—Solo alguien de indudable honorabilidad, brillante conocedor de las artes de la guerra e inestimable consejero, podría desempeñar puestos así. Por eso, en reconocimiento a su buen hacer y a su vinculación a las viejas familias gallegas, concedo el cargo de Adelantado de Galicia y Pertiguero Mayor de Santiago, junto a varios señoríos en aquellas tierras, a don Álvar Núñez Osorio.

¿A don Álvar Núñez Osorio?

¿Qué burla era aquella?

Sentí cómo el anticipado orgullo que había presentido al suponer que por fin íbamos a ser atendidos en nuestra exigencia de ser compensados y revertida nuestra posición a la situación previa al asesinato de mi abuelo por parte del infante don Felipe se había convertido en un jarro de agua fría.

Las reivindicaciones de nuestro padre, lejos de ser atendidas, habían sido concedidas sin regateo al despiadado Núñez Osorio.

Don Juan Manuel fue consciente de lo que sucedía y de lo mal que lo había encajado yo. Por eso, no dudó en explicarme que, según él entendía, aquel inconveniente nombramiento había venido dado por la intención del joven monarca de ningunear a nuestra familia, la casa de Castro, tratando con ello de evitar que aumentase nuestra importancia tanto política, como social y económica. No quería permitirse el riesgo de que se despertasen en nuestro linaje ansias dormidas de independencia que llevaran a mi padre a erigirse como casi un rey en su tierra natal. No se equivocaba, como confirmó el siguiente nombramiento de uno de los mayores aliados de Núñez Osorio.

—Y vos, don Garcilaso de la Vega, prudente consejero real, nadie más apropiado que vos podría encontrar para ocupar el cargo de Mayordomo Mayor.

Tras recibir este nombramiento, don Álvar Núñez Osorio y don Garcilaso abandonaron la sala discretamente.

No volvería a verlos ni en el banquete ni en las justas ni en ninguno de los festejos que tendrían lugar en aquel día de celebración que se alargó hasta más allá del atardecer.

Con la entrada de la noche, llegó la hora de que los recién casados se retirasen a sus aposentos. Pero si frío fue el enlace matrimonial, más lo fue la noche de bodas, ya que a pesar de haberse ratificado legalmente, no pudo haber consumación. Alfonso XI, a pesar de ser rey, solo tenía catorce años, y Constanza todavía tendría que esperar tres más para cumplir la mayoría de edad. Entonces, llegaría el momento de que el rey la hiciese suya y el matrimonio fuese efectivo de pleno derecho. Hasta entonces, la hija del infante don Juan Manuel viviría en la Corte como una reina junto a su aya Elvira y mi hermana, su prima Inés.

Lo que yo no podía suponer era cómo afectaría todo lo sucedido ese día a mi destino.

# XII. Dádivas y regalos

El nombramiento de don Juan Manuel como Adelantado de Frontera de don Alfonso XI no sentó bien a Álvar Núñez Osorio puesto que, aunque alejaba al infante don Juan Manuel de la Corte, también era cierto que suponía destacar frente a los demás al infante y ahora suegro del rey.

Núñez Osorio no podía permitirse que, debido a este nuevo parentesco, los nobles más próximos al infante don Juan Manuel se vieran crecidos. Por eso, tras reunirse con su aliado Garcilaso de la Vega para valorar las diferentes posibilidades que se le planteaban, no tardó en concertar audiencia privada con el joven rey.

—Majestad, he recibido noticias de Portugal que me inquietan —informó con fingida preocupación.

—Contadme, don Álvar.

—Como bien sabe, no han dejado de sonar trompetas de guerra al otro lado de la frontera desde que Alfonso IV es rey. Los simpatizantes y defensores del bastardo Alfonso Sanches han tomado partido. No olvidan quién era el hijo preferido del rey Dionisio. Quién estuvo siempre a su lado. Quién fue su Mayordomo Mayor de Palacio y quién estuvo a punto de recibir la corona como legado en testamento.

—Y bien ¿a mí qué ha de preocuparme que se peleen allí ?

—Temo que más de lo que imaginamos. Ya es guerra abierta. El reino está dividido. Don Alfonso Sanches ha sido acusado de traición y ha sido despojado por su hermano, el rey, de todos sus estados y privilegios. Ni siquiera le ha permitido defenderse de las acusaciones en el proceso que ha instado contra él. Lo ha obligado a buscar refugio en el castillo de Alburquerque y eso ya si es problema nuestro.

—¿En qué sentido? —preguntó todavía sin comprender.

—Su hijo don Juan Alfonso, señor de Alburquerque, lo ha acogido en su castillo fronterizo de nuestra Extremadura. Poco debería preocuparnos, si no fuera porque he recibido informes de que tanto tropas levantiscas portuguesas como extremeñas se preparan para invadir Portugal desde nuestro lado de la frontera, lo que podría traernos problemas.

—Entiendo.

—Majestad, no podemos permitir que los nobles de nuestra corona vean en el ataque al reino de Portugal un ejemplo a seguir. Debemos impedir que la corona portuguesa se debilite. Los necesitamos como aliados en la lucha contra el moro.

—Bien es cierto.

—Además, de tener éxito la revuelta del De Alburquerque, nos exponemos a que no se conforme solo con lograr Portugal y mire más al norte, pues sé que también parece contar allí con partidarios. No podemos arriesgarnos a perder Galicia. Eso sin contar con que las negociaciones de *El Tuerto* para lograr una alianza con el reino de Aragón nos pudieran acabar pillando en medio, presos en una tenaza con dos ejércitos atacándonos desde el este y el oeste.

—¿Qué proponéis, Álvar? No podemos pretender tomar partido en la guerra portuguesa. Dudo mucho que el rey Alfonso nos dejase que enviásemos cuantiosas tropas a sus territorios sin una firme garantía y, además, mi capacidad de influir sobre las decisiones aragonesas en estos momentos es más que limitada.

—Dejadlo en mi mano, majestad. Yo he de ocuparme de ello. Han traído más treguas y paz las sábanas albas que las banderas blancas. Y, como bien sabéis, mi señor, los anillos son muchas veces las mejores alianzas. Sé bien que don Juan de Haro, el Tuerto, tiene negociaciones con el rey de Aragón para casar con él a su nieta. Sé cómo frustrarlas y volverlas a nuestro favor.

El cerebro de don Álvar Núñez Osorio trabajaba a pleno rendimiento. La maquinaria de su mente no paraba de buscar la manera de plantearle al monarca su intriga de manera que le resultase lo más atractiva posible al rey sin desvelar sus verdaderas intenciones.

Don Álvar Núñez Osorio, recién nombrado Adelantado de Galicia, deseaba encauzar las decisiones políticas del soberano hacia una alianza más estrecha con el Reino de Portugal. Pretendía con ello granjearse la ayuda y simpatía de la Corte portuguesa. Además, su mente astuta había dado con una opción que conseguiría enemistar de forma definitiva al infante don Juan Manuel, su mayor oponente en la Corte, y al rey Alfonso XI.

El medio de lograr ambos objetivos no era sencillo. Pasaba por que el recién casado joven rey don Alfonso se casase, esta vez, con la princesa portuguesa doña María de Portugal, hija del entonces monarca Alfonso IV de Portugal.

Conseguirlo era difícil, pero no imposible.

Pasaba por el repudio por parte del monarca castellano a su recién esposa doña Constanza Manuel. Una afrenta imperdonable hacia don Juan Manuel que solo podría limpiarse con su rebeldía. Por otro lado, exigía por parte del papa la nulidad del enlace previo

celebrado justo al cumplir su mayoría de edad en Valladolid.

Para completar el plan, Álvar Núñez Osorio había acordado casar también a la infanta doña Blanca de Castilla con el infante luso don Pedro, príncipe heredero de Portugal.

# XIII. Los Santos

Alcázar de Toro
Toro, Zamora
Corona de Castilla

Día de Todos los Santos, 1326.

Don Juan de Haro, el Tuerto, no había cejado ni un momento en su empeño de dominar sus territorios en contra del rey niño Alfonso XI. Más aún, la jugada de este de casarse con Constanza Manuel, la hija del infante don Juan Manuel, provocó que el señor de Haro dirigiese su interés a concertar un matrimonio con Blanca de Castilla, nieta del rey de Aragón. Con esta jugada pretendía unirse a la familia real aragonesa y desde esa nueva posición, incendiar los ánimos revanchistas del abuelo de su prometida. De esta forma, buscaba que el rey de Aragón atacase desde el este a su tan odiado rey Alfonso XI de Castilla.

Sin embargo, don Álvar Núñez Osorio, conocedor de las intenciones de *El Tuerto*, se apresuró a desmontar esas intrigas. Núñez Osorio sabía cómo vencerlo. Así, se apuró a comunicarle que el rey castellano, Alfonso XI, estaba dispuesto a ofrecerle como esposa a su propia hermana, doña Leonor, a cambio de la renuncia del noble rebelde a casarse con la nieta del rey de Aragón.

Había llegado el día.

Al final, don Juan de Haro, el Tuerto, había aceptado reunirse con el monarca en el Alcázar Real de Toro. A pesar de sus reservas previas, había tomado la difícil decisión de acudir a la reunión. Atrás quedaban las dudas y las cautelas, tras comprobar cómo la propuesta de enlace del rey niño Alfonso XI con Constanza, hija del infante don Juan Manuel, se había cumplido. Por delante, las promesas del rey y las buenas palabras de su privado. Según le había adelantado Álvar Núñez Osorio al noble señor de Haro, las negociaciones estaban avanzando en la buena dirección. Solo faltaba tratar algunos puntos

para que se pudiera preparar el enlace entre don Juan de Haro, el Tuerto, y la hermana del mismísimo rey.

Al entrar en el salón en el que estaba preparado el banquete, *El Tuerto* respiró tranquilo. Como había solicitado, Garcilaso de la Vega había abandonado el alcázar. A cambio, había aceptado que la reunión tuviese lugar a puerta cerrada con solo tres intervinientes por cada parte.

Juan de Haro, el Tuerto, decidió ir acompañado de dos de sus mejores caballeros, personas de su más alta confianza.

Sin embargo, le sorprendió que por parte del rey, solo entraron en la sala don Alfonso XI y Álvar Núñez Osorio.

—Don Juan, don Juan —dijo el rey nada más entrar en la sala —. Hoy os presentáis ante mí para negociar las condiciones de un matrimonio. Echo de menos a alguien en esta sala. Osorio, ¡hacedla pasar!

Se abrió la puerta y entró la joven Constanza con un bellísimo vestido. Juan de Haro, el Tuerto, no pudo reprimir que en sus labios se dibujase una incipiente sonrisa, al ver a la esposa del rey que en su momento llegó a ser su prometida. Ahora aquella chiquilla le parecía poca cosa comparado con lo que esperaba lograr.

—Constanza, quiero que asistas a este singular momento. ¡Qué lástima que tu padre no pueda estar presente! —dijo refiriéndose al infante don Juan Manuel—. Bebamos y comamos para celebrar este irrepetible día.

Bebieron y comieron, e inevitablemente llegó el momento que a todos les había llevado allí, pero que no todos esperaban.

—Aquí tenéis a Constanza, mi esposa, vuestra reina, a la que debéis pleitesía. Y, sin embargo, hoy venís a negociar conmigo el matrimonio de mi hermana contigo. ¿Acaso no recordáis que hace escaso año y medio acordabais con don Juan Manuel su mano? Mano que ni siquiera sois ya digno de besar. ¡Arrodillaos frente a vuestra reina, traidor! ¡Arrodillaos, os he dicho!

Don Juan de Haro, el Tuerto, no podía creer lo que estaba sucediendo, por eso, dudó un momento.

—¿No habéis oído? ¿Acaso estáis sordos? —dijo Álvar Núñez Osorio mientras, colocando su mano sobre el hombro, a uno tras otro les hizo humillarse, para acto seguido colocarse a sus espaldas.

—¿Majestad…? —intentó preguntar *El Tuerto*.

—No imploréis clemencia, traidores, pues no la merecéis. Quisisteis utilizar a esta niña inocente como garantía de vuestras canalladas contra mí y contra mi reino. Y, por ello, ha de ser testigo de cómo actos como este tienen siempre consecuencias.

Núñez Osorio desenvainó su espada y a dos manos propinó tal tajo en el cuello a *El Tuerto* que cayó muerto a los pies de Constanza.

Los dos paladines del degollado no tuvieron tiempo de reaccionar. Con un gesto rápido, el privado del rey atravesó el pecho del primero de ellos por la espalda. El segundo no tuvo mejor suerte. Un raudo giro sobre sí mismo hizo a Álvar Núñez Osorio propinar un golpe mortal al último de los invitados que aún seguía con vida.

Conmocionada, la joven hija del infante don Juan Manuel no dejaba de gritar.

—Osorio, llevadla a su celda —ordenó el joven rey sin ninguna muestra de apasionamiento—. Y ocupaos luego de que limpien esto y avisen al infante don Juan Manuel de lo que le ha pasado a *El Tuerto* y del presidio de su hija. Que tenga bien claro que tiene frente a sí al rey de Castilla y no al chiquillo al que un día tutorizó.

—Sí, mi señor.

Si la traición de don Juan de Haro, el Tuerto, había tenido funestas consecuencias para él y Constanza Manuel, muy contrario fue el caso para don Álvar Núñez Osorio, que fue recompensado por su crimen con los castillos de Belver de los Montes y Zamora, entre otras fortalezas y plazas fuertes. Incluso el propio escenario de su crimen, el alcázar de Toro, le sería también entregado como pago por tan homicida servicio.

Sin embargo, todavía no era consciente de hasta qué punto su aciago destino se uniría a este hecho y a estas ciudades.

## XIV. Cambio de hábitos

Álvar Núñez Osorio había recibido sus nuevos títulos y posesiones como una herramienta más para extender su codicia sobre los territorios del reino. Henchido de poder, aconsejó al rey que aumentase la presión fiscal sobre sus vasallos. Su codicia era inmensa, por lo que propuso incrementar los pechos territoriales e incluir a las Órdenes Militares entre los que debían pagar tributos.

Sin embargo, lo que él no esperaba era que sus vasallos no olvidasen cómo había logrado el señorío que ahora los ahogaba a impuestos y que aquello provocase que se enfrentasen a él y que las plazas principales de Castilla empezasen a sublevarse. Y mucho menos, que estos contasen para ello con el apoyo del prior de la Orden de San Juan, Fernán Rodríguez de Valbuena.

Núñez Osorio estaba convencido de que el alzamiento de la ciudad de Zamora, llave de León para la entrada en Galicia y el de la ciudad de Toro, solo podía haber venido instigado por el infante don Juan Manuel, socio del anterior señor de aquellas tierras. Por ello, solicitó al rey que enviase a su afín, el privado Garcilaso de la Vega, para que buscase el apoyo de otros señores dispuestos a enfrentarse junto a ellos contra el infante allá donde fuera necesario.

Así, De la Vega, acompañado de su hijo y de una veintena larga de caballeros, se desplazó a Soria para intentar negociar la unión de sus fuerzas con las de los venidos a esa ciudad desde los señoríos de Vizcaya. Sin embargo, nada más entrar en la ciudad, fue consciente del malestar que producía su presencia. La agitación fue creciendo hasta que se hizo insoportable. Corría por las calles el rumor de que los enviados por el rey, lejos de haber llegado con las mejores intenciones, solo pretendían replicar actos tan viles como el sufrido por *El Tuerto* en el alcázar de Toro.

No hubo tiempo para reunión alguna.

La plebe, enardecida, se agolpaba ante las puertas del convento de San Francisco de Asís en el que los cortesanos habían previsto hospedarse. El silencio que solía reinar en el interior del cenobio ahora parecía irrecuperable. Los gritos amenazantes se oían con nitidez a pesar del grosor de los firmes muros. No tardó en unirse al vocerío exterior el ruido de golpes de aquellos que de manera

contundente se esforzaban por violentar la puerta de entrada.

La cadencia de los embates era cada vez más corta y el sonido que producía más fuerte, como si con cada uno de los impactos se unieran más y más fuerzas a los implicados en el asalto.

La puerta no aguantaría mucho más, por lo que el prior de la congregación indicó a sus huéspedes —ahora ya refugiados— que debían dirigirse a la iglesia si querían tener alguna posibilidad de salvar sus vidas.

Encerrados en el templo, escucharon cómo la puerta principal cedía ante los asaltantes. Poco después sería la de la iglesia la que se abriría a su paso.

El prior, en el pasillo central de la nave principal, intentó detener a la turba. Les recordó que debían de respetar aquel lugar sagrado.

Pero de nada sirvió.

Por más caballeros curtidos en mil batallas que fueran, los de Garcilaso vieron cómo les flaqueaba el valor. Sus grandes espadas poco podrían hacer frente a esos cientos de cuchillos sedientos de justicia y de sangre.

Algunos, viendo venir el final, se arrodillaron frente al altar y prepararon sus almas para el fatal trance. Otros, más bravos, desenfundaron las espadas con la intención de vender caras sus vidas. Los más cobardes intentaron huir sin éxito, lo que les supuso ser los primeros y peor sacrificados de todos.

Entre los pocos caballeros que lograron ponerse a salvo estaba el joven que sería el encargado de contar todo lo sucedido a Álvar Núñez de Osorio. No había sido la cobardía ni la astucia la que le había servido, sino su capacidad para valorar en un solo instante lo apropiado de la oportunidad que se le presentaba.

La turba estaba fuera de control.

Por más que intentasen hacerse fuertes dentro de la iglesia y tratasen de impedir entrar a la horda enfurecida, nada evitaría que acabasen prendiendo fuego al convento con Garcilaso y sus caballeros dentro. Por eso, cuando unos pocos de estos vieron que el retén que habían formado sus compañeros no sería suficiente para contener la algarada y, viendo que, si se refugiaban junto al resto en la iglesia no tendrían mejor suerte que estos, decidieron escapar. Valoraron el ofrecimiento de uno de los novicios. Era arriesgado. Más aún diría, parecía una locura a todas luces, pero era su única opción. Así que no dudaron en hacer lo que les proponía. Dejaron atrás ropas, armas y armaduras. No tenían tiempo para avisar al resto y, por otro lado, tan desesperado plan no hubiera tenido éxito, si todos los de Garcilaso hubieran intentado llevarlo a cabo. Tal vez, nunca antes un caballero en tampoco tiempo decidió dejar las armas para tomar los hábitos y

llevarlo a cabo. Disfrazados con unas viejas túnicas de los frailes, se camuflaron entre ellos, hasta que, así vestidos y con algunas de sus mulas como único transporte, pudieron escapar de allí.

## XV. La reina viuda

Reino de Portugal

1326

Si terrible era la situación de inestabilidad política en Castilla, no era mejor la que se vivía al otro lado de la frontera. Las trompetas de guerra y el ruido de espadas y escudos resonaban también a lo largo del reino luso. La muerte de Dionisio de Portugal no solo había llevado la tristeza a la Corte lusa, sino que había desatado una cruenta guerra civil en la que se enfrentaban los hijos del recién fallecido rey.

Aquella era una guerra entre hermanos, pero también entre legítimos herederos del rey.

El reino se encontraba dividido entre aquellos que defendían a don Alfonso IV, hijo legítimo del difunto monarca, y los que se posicionaban a favor del bastardo, don Alfonso Sanches.

Los defensores del bastardo argumentaban que este, don Alfonso Sanches, tenía que heredar el reino y no su hermano, el recién ascendido al trono de Portugal, don Alfonso IV. Basaban sus reivindicaciones en que el bastardo era el favotiro del rey difunto, al que había reconocido como hijo legítimo, a pesar de su bastardía, y honrado nombrándole Mayordomo de Palacio. Más aún, afirmaban que, antes de su muerte, había valorado favorablemente dejarle el reino como legado en testamento.

Los favorables a don Alfonso Sanches sabían que este no era hijo de la reina. Sin embargo, defendían que, más allá de esto y en cualquier caso, lo que debía de primar en cuanto a la sucesión a la Corona era la voluntad del fallecido rey.

Con ese argumento en mente como única posibilidad de optar a ejercer sus derechos sucesorios, el bastardo legítimado instó a los notarios del reino para que le aportaran el testamento. Por más que don Alfonso Sanches se esforzaba por encontrar aquellas últimas voluntades, estas no aparecían firmadas y selladas en ningún documento regio. Si existía, debía de estar bien guardado bajo siete llaves.

Lo que sí encontró fue la respuesta de su hermano, el rey. Una

sola palabra lo puso en el centro de la diana: felón. Al declarar traidor a la Corona a su hermano bastardo, don Alfonso IV no solo conseguía apartarlo de sus pretensiones al trono, sino también despojarle de todos sus estados en Portugal.

Temiendo por su vida, don Alfonso Sanches no vio más salida que huir del reino. Como años más tarde haría mi hermana, encontró refugio en el castillo de Alburquerque, en la frontera de Extremadura con Portugal. Aquella plaza que le correspondía como señorío por su esposa sería el punto de partida para recuperar lo que él entendía que era suyo.

En aquel punto, don Alfonso Sanches ya era consciente de que solo si lo hacía por la fuerza podría defender sus derechos y recuperar las propiedades que le había arrebatado el actual rey. Por ello, con gran dolor de su corazón, organizó la invasión de su patria natal. Para ello dispuso dos ejércitos: el primero de ellos, mandado por él mismo, se adentró por tierras de Braganza en Tras-os Montes; mientras el segundo, mandado por su hijo Juan Alfonso de Alburquerque, lo hacía por Alentejo.

El monarca portugués, don Alfonso IV, preocupado ante el avance de las tropas de su hermano bastardo, que veía cómo cada vez lograba más partidarios de su lucha dispuestos a batallar en contra de la Corona, decidió alejar el conflicto más allá de sus fronteras. Así, envió a una parte del ejército real a repeler a los invasores mientras con el grueso de su fuerza militar llevaba la guerra al mismo señorío de los Alburquerque en tierras extranjeras.

El sitio y toma de la villa de Alburquerque y de su castillo, que sobre el papel se había presentado como una operación más que asumible, estaba costando. Las tropas de don Alfonso Sanches, el hermano bastardo del rey levantado en rebeldía, se resistían a entregar la fortaleza mientras que las que había mandado avanzar dentro del territorio portugués hacían mucho daño a los intereses del recién coronado rey.

Las bajas se acumulaban en uno y otro bando sin que ninguno de los dos diera su brazo a torcer. La victoria decisiva que obligase a uno u otro a aceptar la derrota se resistía a llegar. Parecía que aquella guerra de intenciones fratricidas no fuera a acabar nunca.

Aquella obcecación por negarse a perder la guerra estaba llevando a los dos hermanos a perder la cabeza.

Por suerte para ellos y para su reino, todavía alguien de la familia real mantenía la cordura. Doña Isabel de Portugal, la reina viuda de don Dionisio, padre de ambos contendientes, supo ver que, si ella no intervenía, la guerra civil no tendría fin hasta que ya fuese demasiado tarde y el reino, Portugal, sufriera de tal modo las consecuencias y se debilitase tanto que tal vez no podría llegar a

recuperarse.

No estaba dispuesta a ver cómo la sangre de sus súbditos se derramaba en una lucha carente de sentido sin ella hacer nada. Por eso, tras no lograr convencer de otro modo a sus hijos para que se reconciliaran, se dirigió al campo de batalla con una sola idea en mente.

Sin duda, era una medida desesperada, pero era la única que le quedaba.

Una vez allí, ante el asombro de todos, como una auténtica santa mártir, se colocó entre ambos bandos y comenzó sus rezos para lograr la bendición de Dios y que aquel conflicto acabara.

Unos lo atribuirán a que su intercesión conmovió la voluntad divina, que se vio persuadida a poner fin a la masacre. Otros, a que aquel acto sacudió las conciencias de sus hijos. Lo que sí es cierto es que su intervención finalmente llevó la paz al reino y reconcilió a ambos hermanos haciéndolos llegar a un pacto al que de otro modo difícilmente hubieran llegado.

Don Alfonso Sanches aceptó reconocer a don Alfonso IV de Portugal como legítimo rey del reino; a cambio, este devolvía a su hermano bastardo todos los estados que le había arrebatado en Portugal. Ninguno de los dos tenía intención de volver a enfrascarse de nuevo en una guerra civil, por lo que acordaron que el hijo de don Alfonso Sanches, don Juan Alfonso de Alburquerque, permaneciera en la corte de Lisboa como garantía de que todas la estipulaciones acordadas recibirían cumplimiento.

# XVI. Villena

Castillo de la Atalaya, Villena
Señorío de Villena
Frontera entre el Reino de Castilla y Aragón
Reino de Murcia

1327

Aunque las noticias del asesinato de *El Tuerto* y del presidio de doña Constanza Manuel solo tardaron en llegar unas jornadas, para don Juan Manuel supuso demasiado tiempo.

¡Cómo hubiera deseado haberlo descubierto antes! Tal vez entonces hubiera podido evitarlo.

Sin embargo, no era momento para lamentaciones. Era hora de actuar. Ya nada podía hacerse por el pobre don Juan de Haro, el Tuerto, pero sí por Constanza.

Por eso, al enterarme de lo sucedido en Toro, fui directo a hablar con mi protector para ofrecerme al rescate de mi prima Constanza y mi hermana Inés.

—Mi señor, aquí me tenéis para todo lo que sea preciso. Contad conmigo para liberar a Constanza y a Inés de su presidio. Daré mi vida si es necesario por ello. Seré punta de lanza en el asalto al castillo, si así me lo mandáis. O formaré parte de quienes se infiltren en la fortaleza, si esa es la forma de sacar de allí a las niñas.

—Álvar, siempre tan impetuoso. Agradezco tu fervor guerrero y valentía, pero ¿cómo pretendes hacerlo?

—Sitiaremos el castillo hasta que el rey decida liberarla. Y si no lo hace, lo asaltaremos por la fuerza.

—Siento tener que decirte que no podemos plantearnos algo así. Resultaría demasiado arriesgado. No podemos contar con una liberación rápida de forma violenta en una única maniobra. No podemos arriesgarnos a que las niñas resulten heridas o mueran durante el ataque.

—Pero si no hacemos nada, Constanza e Inés seguirán presas.

—Y quizá eso sea lo más seguro para ellas. En el fondo, Álvar, piensa que están custodiadas en una fortaleza. Y por lo que me han

transimitido mis informantes, sé muy bien que en poco se diferencia su vida en el castillo de Toro de la que llevaban en la Corte en Valladolid. No te preocupes, no podrían estar en mejores manos. Elvira y Gadea se ocupan de sus cuidados y de acompañar a las niñas —trató de tranquilizarme el infante.

—No alcanzo a entender, mi señor. ¿No vais a hacer nada por liberarlas?

—¿Quién ha dicho eso? Si es necesario, lucharemos por ellas con uñas y dientes, pero no las pondremos en peligro. Llevaremos la guerra a las puertas de los castillos de ese canalla y uno a uno sucumbirán hasta que se convenza de liberar a Constanza e Inés. Pero también tengo claro que no lanzaré un bolaño ni desenvainaré una espada contra una fortaleza en la que ellas se encuentren, si eso puede ponerlas en peligro. Esta será nuestra guerra y combatiremos por ellas, pero debemos hacerlo asegurándonos de mantenerlas al margen.

Si el rey así lo quería, no habría vuelta atrás.

Y así lo hizo.

Don Juan Manuel abandonó el Adelantamiento de la frontera y entabló en su propio nombre treguas con el nazarí Muhammad IV y en contra de los intereses del rey de Castilla. Sabía que aquello le suponía sublevarse y, por consiguiente, desnaturarse del monarca.

Pero eso ya no importaba.

Nada había que le uniera ya como vasallo a él con Alfonso XI. Por ello, no dudó en atacar con sus tropas Cuenca y Sigüenza ni en enviar heraldos a todos los alcaides de sus castillos para que fueran conocedores de la nueva situación.

—A partir de este momento, todas las tropas de mis castillos, con el de Peñafiel a la cabeza, tienen un solo objetivo: evitar por todos los medios que en las tierras de Castilla reine ese maldito y mucho menos la calma —me explicó—. Creo que las órdenes que he dado a mis alcaides están claras. Quiero que sometan sin descanso a rapiñas y algaras a todo territorio del rey que quede a nuestro alcance. Que todos teman la llegada de mis hombres a caballo y nuestros saqueos. Le obligaremos así a que deponga su actitud y libere a Constanza y a Inés.

—Pero, mi señor, si hacéis eso, si actuáis así, os arriesgáis a poner al pueblo en vuestra contra.

—Nada más lejos de la realidad, Álvar. El que ya tiene a buena parte del pueblo en su contra es él. Muchos de los castellanos me apoyan. Creen que no soy muy diferente a ellos y que yo también soy una víctima más del rey y de sus privados. Consideran que mi rebeldía es más que justa. Que soy un damnificado más por las conspiraciones de Núñez Osorio y del judío Yuçef, el tesorero real, más preocupados de su propio enriquecimiento personal que del buen funcionamiento

del reino. Esos inconscientes se creen que el pueblo está en sus manos. Tienen tanta influencia en el joven rey que ni siquiera se molestan en ocultar ya sus tropelías y enriquecimientos irregulares. Solo espero que algún día paguen caras su soberbia y avaricia.

Para bien de don Juan Manuel, no se equivocaba: el infante no estaba solo en su lucha.

# XVII. Valladolid

Invierno de 1328

Tras la muerte de Garcilaso de la Vega y su séquito en Soria, don Álvar Núñez Osorio veía cómo su posición en la corte se debilitaba. Necesitaba actuar y necesitaba hacerlo rápido. No podía permitirse que se retrasasen más los enlaces reales que había organizado. Una vez que se hubieran concretado, don Juan Manuel estaría, sin duda, en una situación de debilidad difícil de afrontar.

Por eso, Núñez Osorio no perdió la posibilidad de desatar la furia del joven rey. De nuevo, argumentó que una afrenta como el asesinato de Garcilaso de la Vega, el Justicia Mayor del rey, no podía venir de la mano de nadie más que de don Juan Manuel. Y que de ningún modo podía quedar sin respuesta. Herido en su orgullo, el rey de Castilla no dudó en escuchar los consejos de su privado Núñez Osorio y preparar un escarmiento al infante a la altura de su ultraje.

—Majestad, si don Juan Manuel quiere guerra, tendrá guerra. Uno a uno debemos arrebatarle todos sus castillos.

—Primero, tenemos que recuperar el alcázar de Cuenca. No lo olvidéis —recordó el rey a Álvar Nuñez Osorio.

—Así será, pero creo que debemos concentrar nuestros esfuerzos en tomar el castillo de Escalona —aconsejó el privado.

—No me explico el porqué de vuestro interés; según tengo entendido, don Juan Manuel no se encuentra allí. Deberíamos emplearnos en rendir primero otras plazas más interesantes y peor defendidas. Y una vez que hayamos reducido sus fuerzas y su moral, lanzar el ataque final.

—Majestad, aunque él no se encuentre en la fortaleza que le vio nacer, si conseguimos hacernos con ella, si la rendimos, será un golpe de efecto poderosísimo. Podríamos reducir esta guerra a un único enfrentamiento, en vez de vernos obligados a luchar uno a uno por tomar todos y cada uno de sus castillos. Estoy seguro de que don Juan Manuel, antes de sufrir la humillación de entregárnoslo sin presentar batalla, acudirá de inmediato a defenderlo en cuanto sepa que lo tenemos sitiado.

Así, movido por las palabras de Núñez Osorio que

envenenaban los oídos del rey, este dirigió el grueso de sus tropas contra las posiciones de mi protector, el infante don Juan Manuel. Una vez recuperado el alcázar de Cuenca por las tropas del rey, este puso cerco al castillo de Escalona con la esperanza de que su enemigo acudiera a enfrentarse con él.

Sin embargo, el rey se equivocaba.

## XVIII. Malas noticias

Castillo de la Atalaya, Villena
Señorío de Villena
Frontera entre el Reino de Castilla y Aragón
Reino de Murcia

Nada más terminar mi habitual recorrido por el paseo de ronda, me dirigí directo al encuentro de mi protector, el infante don Juan Manuel. Lo encontré en su sala como tantas otras veces enfrascado en la escritura de sus libros. A pesar de la inquietud que me invadía, esperé frente a la puerta abierta. Se le veía tan absorto en su misión de dejar por escrito sus enseñanzas para que estas no se perdieran, que no quise molestarlo. Sin embargo, no tardó en percatarse de mi paciente presencia, que no ocultaba mi preocupación, y en permitirme entrar.

—¿Qué sucede? ¿Qué te preocupa que traes esa cara?

—Mi señor, ¿son ciertos los rumores que recorren los adarves? Los vigías hablan de que ha llegado un heraldo desde Escalona con malas noticias. Según dicen, las tropas del rey de Castilla han sitiado nuestra fortaleza.

—¿Malas noticias? No será para nosotros.

—Mi señor, las habladurías dicen que don Alfonso ha desplegado una potente fuerza de asalto —comenté intranquilo—. Nuestros soldados creen que Escalona no resistirá si no les envíamos apoyo.

—No te preocupes tanto, Álvar. Y deja de dar oídos a los que no saben. Si quienes hablan del castillo lo conociesen tan bien como yo, estarían tranquilos. Más aún he de decirte: estoy tan seguro de que mis tropas allí acuarteladas cuentan con los recursos suficientes para resistir este asedio por sí solas que, en vez de acudir a liberarlas, vamos a aprovechar para atacar el castillo de Huete.

—¿No resultará arriesgado, mi señor?

—Sí, pero será arriesgado para el rey, no para nosotros. El castillo de Huete está mucho peor defendido que el mío. Si don Alfonso no quiere perderlo, tendrá que levantar el sitio al de Escalona y centrar todas sus fuerzas en rescatar su fortaleza.

Abril de 1329

Sin embargo, en esta ocasión, era el infante el que se equivocaba.

El rey no solo aguantó la amenaza, sino que, aceptando el reto que el infante le presentaba como algo personal, decidió dirigir por sí mismo el sitio al castillo de Escalona hasta que la fortaleza se diera por rendida.

Llegó en el mes de abril y acampó con la esperanza de que el asedio llegase a su fin más pronto que tarde.

Sin embargo, con lo que el rey no contaba era con que la plaza fuerte de Escalona hiciera honor a su nombre y soportase sin problema el sitio durante los siguientes meses.

Allí, sorprendió a don Alfonso XI de Castilla la llegada de los emisarios portugueses.

—Majestad, han llegado noticias de Portugal. Los heraldos han venido para ratificar los pactos previos matrimoniales —anticipó Álvar Nuñez Osorio—. Al parecer, don Alfonso IV se ha convencido de dejar a un lado cualquier tipo de recelos en cuanto a las intenciones que tenéis respecto a vuestra boda.

—Buenas noticias, entonces —se alegró el rey.

—Muy buenas. Don Alfonso IV consiente el enlace siempre y cuando se le entreguen las debidas garantías. Exige que se haga efectivo el intercambio de los castillos rehenes de dote acordados.

—No hay problema en ello.

—Además, ha insistido en que se le aporte la total garantía de que el matrimonio será considerado legítimo en cualquier caso, pase lo que pase, incluso si el papa decide no dispensar la consanguineidad.

El joven rey castellano negó con la cabeza. Sabía que conseguir la dispensa papal no dependía solo de él, pero aun así, aceptó.

—Osorio, preparad entonces todo. Agilizadlo, para que el enlace se pueda celebrar cuanto antes. Enviad heraldos a la Corte para que todo esté dispuesto a nuestro regreso.

—Me dispongo a ello —dijo ilusionado—. Prepararé nuestro viaje de inmediato.

Por fin todos los esfuerzos de Álvar Núñez Osorio por lograr desarrollar su política de enlaces parecían verse recompensados. Con lo que no contaba el casamentero era con la respuesta del joven rey castellano.

—¿Nuestro viaje? ¿De inmediato? —cuestionó el rey de Castilla—. No vamos a dejar Escalona hasta que esta caiga. Y me temo

que no será *de inmediato.* Preparadlo todo para que a nuestro regreso, cuando esto haya acabado, pueda casarme.

—Pero, majestad, es de capital importancia que acudáis a la frontera con Portugal lo antes posible en busca de vuestra futura esposa. No podemos retrasarlo.

—Pues habrá que retrasarlo. No pienso abandonar el cerco del castillo ahora, por mucho que esos heraldos hayan escogido el peor momento para traer el acuerdo final. No voy a darle el gusto a don Juan Manuel de abandonar ahora que su joya de Escalona esta a punto de claudicar.

—Majestad, insisto, no podemos retrasarlo.

—He dicho que de ningún modo, Osorio. ¿No me habéis entendido? De ningún modo.

—Tenemos que acudir a recibirla de inmediato, no podemos arriesgarnos a que todo se desbarate por retrasar la acogida a vuestra prometida.

—¡No! —Se opuso.

—Majestad, si vos me lo permitís, yo mismo me ofrezco voluntario para realizar este viaje y personarme allí a recibir a la futura reina.

—Osorio, si alguien debe de ocuparse de eso, está claro que ese no sois vos. Vuestro sitio está aquí a mi lado en la batalla. Juntos entraremos triunfantes cuando caiga la ciudadela de don Juan Manuel y hasta que eso ocurra, ni vos ni yo abandonaremos este cerco.

Álvar Núñez Osorio veía cómo todas sus gestiones peligraban por la tozudez del joven rey.

Por eso se esforzó en buscar una solución que pudiera convencer al monarca, pero le costó encontrarla. Muerto ya el Justicia del Rey, Garcilaso de la Vega, no quedaba la opción de que el aliado de Osorio se ocupase de ello. Tras mucho cavilar dio con la solución que permitiría al joven monarca que ambos continuaran asediando el castillo de don Juan Manuel y, a la vez, que alguien de su total confianza pudiera acudir a la frontera a por la futura reina.

—Majestad, Yuçef y vuestra hemana Leonor pueden ocuparse de ello.

# XIX. Rumores

Alcazarejo de Valladolid
Valladolid
Reino de Castilla

A regañadientes, el joven monarca se vio obligado a aceptar que tendría que enviar a las dos personas que, más allá de Núñez Osorio, contaban con su total confianza.

Así, el tesorero real Yuçef de Écija recibió la orden de ir a Valladolid con doña Sancha, el aya de Leonor, a por la infanta Leonor, hermana del rey. Tras recogerla, partirían acompañados por algunos prelados hacia Portugal para ocuparse de llevar a buen término el encargo de recoger a la prometida del monarca.

Sin embargo, lo que desconocían tanto el rey como Núñez Osorio era que, mucho antes de que llegara el almojarife Yuçef a la capital de la Corte, la maquinaria conspiratoria a favor de don Juan Manuel y en contra de los privados de don Alfonso XI ya había empezado a rodar. Los rumores sobre lo que pretendía el judío se le adelantaron. Doña Sancha, el aya de la infanta Leonor, se encargó de que antes de su llegada a la Corte de regreso desde Burgos, se expandiese por la villa de Valladolid la habladuría que acabaría provocando la desgracia de Álvar Núñez Osorio.

Doña Sancha, la custodia de la infanta Leonor, se encargó de difundir el falso rumor de que Yuçef de Écija, tesorero del reino y muy allegado al privado Álvar Núñez Osorio, había ido a Valladolid para llevarse del castillo a la infanta Leonor y preparar clandestinamente el matrimonio de la hermana del rey con el privado.

Los vecinos de Valladolid no dudaron en hacerse eco de los comentarios y darles credibilidad. Las noticias sobre la misteriosa llegada del judío Yuçef y sus oscuras intenciones no podían ser falsas. Proviniendo como provenían de la mismísima aya de Leonor, no podían ponerlo en duda. Y si era así, si aquellas eran las perversas intenciones del judío, ellos no permitirían que las llevaran a cabo.

Al atardecer, doña Sancha, vestida para viaje y a lomos de una mula, había cruzado las puertas de la villa sin problema acompañada por el discreto cortejo nupcial. A su lado cabalgaba el obispo de

Burgos al que también habían ido a recoger, su Canciller, y unos metros más atrás, el judío Yuçef y todo su séquito.

Sin embargo, todo cambió al acercarse a las puertas de palacio.

Quien salió a recibirles a su llegada no fue quien el almojarife esperaba. Una muchedumbre agitada se dirigió a su encuentro. A voz en grito, exaltada por las noticias que les habían envenenado los oídos, exigía la cabeza del judío.

Alertada por el griterío, la infanta Leonor no dudó en salir de palacio a intentar tranquilizar a los rebeldes. Trató de explicarles que se equivocaban; que estaban en un error. Pero las turbas encolerizadas no suelen mostrar mucha propensión a escuchar. Por eso, en cuanto vio aparecer la ocasión, aprovechando un momento de confusión consiguió colarse de nuevo en el palacio, y tras ella, su aya y todos los miembros del cortejo nupcial.

De inmediato, los soldados responsables de la seguridad de palacio se ocuparon de asegurar las puertas.

La muchedumbre bramaba en el exterior.

No tardaron en improvisar un cerco alrededor del palacio.

El cielo de Valladolid se incendiaba con tonos rojos y anaranjados. Los amotinados blandían antorchas y encendían fogatas alrededor del palacio. Poco después, ya contaban con escalas con las que trataban de acceder al interior del edificio.

La guardia real aconsejó a la infanta dirigirse a la parte más resguardada del palacio.

Doña Sancha tomó de la mano a la hermana del rey y la llevó consigo a un rincón de la sala.

—Debemos hacer algo y rápido. No podemos permitir que esta situación se complique más. Corremos serio peligro.

—Pero ¿el qué?

—Debéis darles lo que piden.

—Eso no puede ser, ¿no los habéis visto? No escuchan razones, no atienden a explicaciones.

—Por eso os lo digo. No van a desistir hasta que consigan a Yuçef. Están dispuestos a todo y cuanto más tarden en lograrlo, cuanto más les cueste conseguirlo, me temo que peor van a ser las consecuencias para todos, pero en especial, para él.

Por eso, a pesar de la oposición de sus protectores, la infanta decidió capitular ante la turbamulta. Su ofrecimiento fue sencillo. Ella les entregaría al judío Yuçef siempre y cuando le permitiesen trasladarse con toda su comitiva al alcázar viejo. Una vez en lugar seguro, ella se eximiría de todo lo que le pudiera pasar al tesorero del rey.

Los amotinados aceptaron la oferta; parecía razonable.

Confiaban en la buena voluntad de la infanta para cumplir su promesa, así que le facilitaron el paso hacia el alcazarejo de Valladolid mientras el grueso de los alborotadores se dirigía a cerrar las puertas de la villa para evitar la huida del judío.

Según lo acordado, el cortejo fue recorriendo las calles en dirección a la fortaleza. En la cabecera, la infanta montaba una mula con el judío Yuçef a pie a su lado. Aterrorizado, agarraba la falda de doña Leonor como un niño que temiese que le fueran a abandonar. Unos metros más atrás, les seguían sobre sus monturas doña Sancha y el Canciller.

Las puertas del alcazarejo se abrieron nada más verlos aparecer. Solo tardarían un instante en cerrarse de nuevo. El tiempo justo para permitir que al galope tanto doña Leonor como doña Sancha y el Canciller las cruzaran.

Yuçef sintió cómo el corazón se le paraba.

Entre los dedos se le escapaba la suave tela de la falda de la infanta y con ella, su protección.

Sabía que aquella era la señal.

Ese era el momento de correr como nunca hasta entonces había corrido. Y, sin embargo, no sabía si podría lograrlo.

Recorrer aquella distancia a caballo no sería nada para la infanta, pero hacerlo perseguido por una turba furibunda, quizá fuera demasiado para él.

Las pesadas puertas estaban a punto de cerrarse por completo cuando el judío consiguió dejar atrás a la horda.

Sin aliento cayó al suelo. Dos soldados de la guarnición del alcazarejo se encargaron de llevarle en volandas adonde se encontraba doña Leonor.

Hasta ese momento, los amotinados habían templado sus ánimos convencidos de que la infanta cumpliría su palabra, pero ahora tenían serías dudas de que cumpliese su acuerdo y les entregase al judío.

Las tornas habían cambiado para todos.

La situación de debilidad en la que antes se encontraba Leonor, resguardada en un palacio, se había convertido en posición de fortaleza al trasladarse al alcazarejo.

Tras el cambio en la coyuntura, no tardaron en surgir las divisiones entre los rebeldes. Algunos compartieron su temor a que, si aquella situación se enquistaba, en vez de ser Yuçef el que sufriera su furia, serían ellos los que padecieran la cólera del rey.

La infanta, consciente de que quizá no volviera a repetirse una oportunidad como aquella que le brindaba aquel momento de confusión, escogió entre los soldados que componían el séquito judío a los emisarios que clandestinamente deberían escapar y llevar, lo antes

posible, la petición de socorro al monarca.

Doña Leonor no fue la única que aprovechó el desconcierto reinante tanto en la fortaleza como en la villa. Doña Sancha también lo hizo. Salió, furtiva, a reunirse con los cabecillas de la revuelta. Los encontró desanimados y divididos, a punto de sucumbir. Necesitaban algo más que palabras para redoblar esfuerzos y mantenerse en la lucha. Esa motivación extra la encontraron en la propuesta que Doña Sancha, promotora de las falsas informaciones iniciales que habían desatado el motín, les traía. No estaban solos. El malestar con los privados del rey era generalizado. Si unían sus fuerzas con los rebeldes de otras poblaciones, tendrían el poder suficiente para presentar al monarca sus reclamaciones sobre el mal gobierno de Álvar Núñez Osorio.

Persuadidos por lo acertado de los planteamientos de la insurgente aya de Leonor, los sublevados decidieron seguir al pie de la letra sus indicaciones y ponerse en contacto con el prior de la Orden de San Juan.

Por su parte, el prior de la orden de San Juan vio una oportunidad de oro para llevar su rebelión contra el rey al siguiente nivel. Ya contaba con el apoyo de las ciudades rebeldes de Toro y Zamora, pero cuando vio que doña Sancha le ponía en bandeja conseguir la adhesión de Valladolid, Corte Real, no dudó en dirigirse allí.

Cuando a los pocos días los amotinados vieron aparecer al prelado acompañado de gran cantidad de caballeros provenientes de las poblaciones sublevadas, se convencieron por completo de que estaban haciendo lo correcto.

Las nuevas tropas comandadas por el prior hospitalario se beneficiaron de los conocimientos adquiridos por este durante su participación en las cruzadas al lado de los caballeros del Temple. Así, lo primero que hizo fue coordinar a los amotinados con sus tropas de refuerzo para asegurar la villa. Anticipándose a la más que probable reacción belicosa del monarca castellano, ordenó que las puertas de la muralla permaneciesen cerradas en todo momento y que se redoblase la vigilancia de las entradas y la defensa perimetral.

El sellado de la muralla se tornó inexpugnable.

Sin embargo, llegaba tarde para impedir que los emisarios de Yuçef dieran la voz de alarma.

Varios días después, tras cabalgar sin descanso, llegaban a Escalona. Al verlos aparecer, don Alfonso XI de Castilla no pudo imaginar las nefastas noticias que portaban.

En unas circunstancias como aquellas, solo cabían dos opciones. La primera, darse por enterados de lo sucedido en Valladolid, lo que exigiría de inmediato una respuesta por parte del

rey. O la segunda, decantarse por obviar la información recibida y continuar con el sitio de Escalona como si nunca hubiera llegado la apremiante información.

Núñez Osorio se decantaba por esta segunda opción. Prefería que el monarca aceptase perder al tesorero real Yuçef como contrapartida por la libertad de doña Leonor, antes que tener que cesar la lucha contra su declarado enemigo el infante Don Juan Manuel.

Don Alfonso XI tampoco quería renunciar al sitio de Escalona, pero sabía que el levantamiento de la villa de Valladolid le exigía abandonar el asedio de la población toledana para acudir con todas sus fuerzas a liberar a su hermana y al judío Yuçef. Consideraba preciso sofocar con vehemencia el levantamiento para que sirviera de ejemplar castigo para cualquier otra población con intenciones similares.

## XX. El nido de víboras

Real de Alfonso XI
Alfoz de Valladolid
Reino de Castilla

Julio de 1328

Al llegar a Valladolid, don Alfonso XI de Castilla se sintió extraño. Por primera vez en su vida, la villa de su infancia le cerraba las puertas.

Y, por la imponente imagen combativa que presentaba la villa, no tenían intención de abrirlas sin presentar batalla. Fernán Rodríguez Valbuena, el prior de la Orden de San Juan, había desplegado todo el aparato de guerra con el que contaba para su defensa. No había ni un solo punto de la muralla que no estuviera defendido por pertrechados guerreros. Las numerosas fuerzas se repartían por todas las torres, barbacanas y fortificaciones preparados para el asedio.

Don Alfonso valoró la situación y se resistió a tomarla por la fuerza sin darle una última oportunidad. El ataque a la villa de su niñez se le antojaba difícil, más aún a la vista de cómo se habían preparado los rebeldes. Sin embargo, con lo que los insumisos no contaban era con que, si bien los recuerdos de su infancia le frenaban a lanzarse al ataque, también hacían que fuese un gran conocedor de las debilidades y fortalezas de la misma, si se veía al final obligado a atacar.

El rey castellano decidió que merecía la pena enviar un caballero a las puertas de la muralla que demandase que estas fueran abiertas al rey. Este no tardó en regresar con las exigencias de los sublevados para permitir el paso al monarca.

—Majestad, la villa ha aceptado abrirle las puertas. Han insistido que para vos y los suyos nunca han estado cerradas.

—¡Malditos embusteros! —gruñó ofendido Núñez Osorio—. Si así es, ¿qué hacen pertrechados para la lucha como si esperasen al enemigo? ¡Deben abrir las puertas de la villa de inmediato! ¡No podemos admitir tal ofensa!

—Majestad, los amotinados no desean enfrentarse a vos. Así, lo han manifestado. Insistieron en dejar claro que las puertas están

abiertas para el rey y los suyos, pero no para vos —puntualizó el legado refieriéndose a don Álvar Núñez Osorio—. Aseguraron que, si prescindía para siempre de los servicios de Osorio, no tardarían en permitir la entrada a su rey.

—¡Miserables traidores! Ya os lo advertí en Escalona, majestad: venir aquí es meterse en un nido de víboras. Quieren apartaros de mí para que no pueda defenderos. Pretenden apresaros a vos también, como a Yuçef y a la infanta. Y si eso sucede, ¿quién va a protegeros? ¿Quién impedirá que revoquen vuestra mayoría y os obliguen a permanecer bajo su control hasta que cumpla los veinticinco?

—¡Eso nunca! —gritó airado don Alfonso.

Si al salir de Escalona el rey había albergado alguna posibilidad de evitar el enfrentamiento, acababa de evaporarse.

Agraviado por la respuesta dada por los sublevados al rey, Álvar Núñez Osorio ordenó a sus tropas actuar. Preso de la furia, quería que sus opositores tuvieran claro el mensaje, así que mandó quemar los campos, matar al ganado y destrozar todas las huertas que rodeaban la villa.

Don Alfonso XI de Castilla no creyó conveniente detenerlo. Esperaba que la cólera de Núñez Osorio se apaciguase tras aquel arrebato de violencia. Sin embargo, no fue así. La rabia del privado no dejaba de crecer ante la negativa de los villanos de abrirle las puertas.

La vorágine de violencia estaba cercana a desatarse, por lo que, conocedor como era el rey de las debilidades de la villa en la que se había criado, se propuso un ataque por sorpresa sobre uno de sus puntos menos fortificados con la intención de reducir los daños y bajas que pudiera suponer la inminente intervención.

Acompañado de su ejército y de los caballeros aliados venidos de los concejos cercanos, dirigió su ataque al Monasterio de las Huelgas. Para su sorpresa, no había sido él el único que había valorado la deficiente defensa de aquella zona. El prior de la Orden de San Juan, experimentado mando militar, también había detectado aquella y otras amenazas por lo que había redoblado el retén en aquellos lugares más problemáticos.

El asalto al convento se les resistía.

Los guerreros acaudillados por el prelado demostraban tal fiereza que las tropas reales empezaban a temer que no podrían lograr su objetivo. Cuando a punto estaban de replegarse, una última ofensiva consiguió dar la vuelta a la situación y poner en manos de los asaltantes el monasterio.

Las órdenes habían sido claras.

En el mismo momento en el que lo tomaran debían sacar el cadáver de la abuela del rey que allí se encontraba sepultado y reducir

a cenizas el edificio.

Al verlo arder, don Alfonso XI sintió una extraña mezcla de sentimientos. Por un lado, su victoria final se acercaba. Por otro, sabía que se acercaba un final que difícilmente podría considerar una victoria, si la villa al completo quedaba consumida por las llamas.

## XXI. Rendición

Real de Alfonso XI
Alfoz de Valladolid
Reino de Castilla

El asedio continuó durante días. Pese a los esfuerzos de los sitiadores, los hombres a las órdenes del prior hospitalario presentaban una resistencia numantina. Nadie podría imaginar desde fuera de las murallas que, a pesar de la heroica resistencia que estaban demostrando los sitiados, la división empezaba a surgir entre ellos. Unos defendían que había llegado el momento de tomar la iniciativa y salir a campo abierto a hostigar a las tropas de los asaltantes. Otros, más temerosos, creían que aquello era una locura y consideraban necesario conseguir el apoyo de las tropas de don Juan Manuel para poder dar el golpe final a los partidarios de don Álvar Núñez Osorio. Y, por último, no faltaban los que, por ser menos belicosos, proponían llegar a una nueva negociación con el rey castellano, que acabase con el enfrentamiento y permitirle la entrada.

Ante esta inestable situación, el prior de San Juan del Hospital de Jerusalén temió que los ánimos de los sublevados se volcasen hacia una deshonrosa rendición, por lo que, aprovechando que sabía que entre los caballeros del campamento real tenía partidarios de su causa en contra de Núñez Osorio, les solicitó en secreto que se hiciesen eco de la propuesta del prior como propia. Así lo hicieron.

—Majestad, traemos acuerdo de rendición de la villa de Valladolid —informó el caballero don Juan Martínez de Leiva, enemigo declarado de Don Álvar Núñez Osorio.

—¡Sabía que no tardaríamos en lograrlo! —se vanaglorió su enemigo.

—Nada habéis conseguido vos que no sea sembrar el caos a vuestro alrededor. Si por vos fuese, cuando se nos abriesen esas puertas solo quedaría humo y cenizas —le espetó el De Leiva a Núñez Osorio.

—Poco sería comparado con lo que merecen esos traidores. El fuego del infierno debería devorar sus almas.

—¿No os escucháis, Osorio? Solo sembráis odio a vuestro

alrededor. Hoy es Valladolid la que se enfrenta a vos; ayer, Zamora y Toro. ¿Cuánto tardarán en llegar las siguientes? Y entonces ¿qué haréis? ¿Arrasarlas como habéis hecho hasta ahora?

—¡Darles su merecido! —dijo Núñez Osorio ofendido dando un golpe sobre la mesa.

—Os recuerdo que el deber del privado de un rey es mantener el orden y la riqueza de su reino, no destruir todo a su paso. Cada vez necesitáis más impuestos para pagar tropas mayores que sofoquen las revueltas que provocan vuestras anteriores subidas. Todo por vuestro maldito orgullo. Por vuestra codicia insaciable.

»Majestad —dijo ahora dirigiéndose al rey—. Detengamos esta locura ahora que aún estamos a tiempo. Hoy, puedo ofreceros la rendición de Valladolid y la vuelta a la obediencia de Zamora y Toro. Mañana, no sé con qué contaremos. Mi señor, si tenéis a bien permitirme una súplica, apartad de vos para siempre y lo más lejos posible a don Álvar Núñez Osorio.

Desde los puestos de vigilancia de las murallas de Valladolid, los hombres a las órdenes del prior hospitalario estaban atentos a los movimientos de las tropas reales en el campamento. Tenían orden de salir en socorro del caballero don Juan Martínez de Leiva y de sus partidarios, si la situación se complicaba.

Uno de los vigías dio la voz de alarma.

—¡Se mueven! ¡Se mueven!

El desorden y la confusión se habían apoderado del campamento. Los cascos de los caballos levantaban nubes de polvo. Desde las murallas solo eran capaces de distinguir cómo un nutrido grupo de caballeros tomaba la delantera al resto y emprendía la marcha.

Entonces otro de los centinelas pudo reconocer el escudo de armas de los que partían hacia Simancas con el pendón tendido.

—¡Los de Osorio! —gritó el guardia—. ¡Son los de Osorio! ¡Se retiran!

El prior de San Juan del Hospital de Jerusalén, al escucharlo, se sintió aliviado. No obstante, pidió a todos que permaneciesen en sus puestos y mantuvieran la calma. No se fiaba de la aparente retirada de su enemigo.

Desde la barbacana, vio cómo se acercaban las tropas reales con un compacto grupo de caballeros al frente. En formación, escoltaban al rey Alfonso XI de Castilla. El caballero don Juan Martínez de Leiva, acompañado de varios de sus partidarios, abría la comitiva al lado del monarca.

—¡Abrid las puertas! ¡Abrid las puertas a nuestro rey! —ordenó de inmediato el prelado—. ¡Viva el rey!

—¡Viva! —gritó como respuesta uno de los vigías.

—¡Viva! —le respondió otro.

Sorprendió al monarca la reacción de la villa. A su paso, todos le aclamaban. Acompañado del prior hospitalario y del caballero don Juan Martínez de Leiva, se dirigió al alcázar donde aún permanecían custodiados la infanta doña Leonor, doña Sancha y el judío Yuçef.

A su llegada, lo recibieron con un banquete. Como símbolo de buena voluntad, los seis compartieron mesa. Aunque, como en un mal sueño, no tardaría en volver a la mente del rey Alfonso XI de Castilla la advertencia que le hiciera su recién defenestrado valido don Álvar Núñez de Osorio: si cruzaba las puertas de la villa sin la protección de Núñez Osorio, ¿quién evitaría que lo retuviesen hasta que cumpliera los veinticinco?

Por eso, abandonó la mesa sin dar explicación ninguna y mandó ensillar su caballo. Acompañado del caballero don Juan Martínez de Leiva y del prior hospitalario, recorrió en silencio una a una todas las puertas de la ciudad.

Al verlas abiertas, se convenció de que, apartando de su lado a don Álvar Núñez Osorio, había hecho lo correcto. Y se dispuso a enviar sin tardanza heraldos a todos los alcaides de los castillos que Núñez Osorio todavía controlaba para que se los entregase a la Corona.

El destituido caballero, al recibir las misivas del monarca, se negó a aceptar sus requerimientos. Aquellos castillos que todavía mantenía bajo su control se los había ganado bien ganados. Si se los había entregado el rey, había sido por propia voluntad y no estaba dispuesto a renunciar a ellos. No le daría esa satisfacción a don Alfonso, pero mucho menos a su declarado enemigo el prior de la Orden de San Juan. Estaba seguro de que más pronto que tarde las aguas volverían a su cauce y lograría contar con la gracia de su majestad. Hasta entonces, se refugiaría en el castillo de Belver de los Montes, que, aun habiendo pertenecido en su día a su víctima don Juan de Haro, el Tuerto, consideraba una de sus plazas más fieles. Allí tenía previsto permanecer hasta que recuperase el beneplácito de don Alfonso XI.

Un mal pálpito le vino al de Osorio al recordar a quién había pertenecido aquel castillo. Por un momento, pensó si ya habría alguien en la Corte aconsejándole al monarca que le diera a él el mismo final que Núñez Osorio aconsejó y ejecutó para *El Tuerto*.

Ante aquella terrible perspectiva, se aventuró a enviar un legado al infante don Juan Manuel para proponerle a su hasta entonces enemigo una desesperada alianza. A pesar de ello, en su corazón todavía albergaba la esperanza de retomar el buen camino con la Corona. Por eso, no le extrañó recibir días después la visita de un mensajero venido de la Corte.

—¡Vive Dios! —saludó el recién llegado.

—¡Vive! —contestó don Álvar Núñez Osorio.

—Tenga a bien, mi señor, darme asilo.

—¿A qué se debe vuestra súplica?

—A que a nadie más puedo acudir en estas tierras con la absoluta confianza de que mi reunión con él vaya a dar fin a esta locura.

—Decidme la razón.

—A ningún otro me atrevería a confesarle lo que he de deciros. Cuento con nobles y lacayos dispuestos a unirse a esta causa. La afrenta que mantiene con el de De Leiva y el prior de San Juan ha de ser resarcida. Su enfrentamiento con el rey no puede extenderse durante más tiempo. Pagará por ello.

—Decidme, pues, ¿con qué contamos? ¿Cuántos caballeros? ¿Con qué castillos y plazas fuertes?

—Solo con esto —informó Ramiro Flores de Guzmán mientras sacaba un puñal de entre sus ropajes.

—¿Qué pretendéis?

—Pretendo que el señor de este castillo siempre vaya a ser fiel a nuestro rey —no había terminado de decir esto cuando le clavo la brillante hoja en el pecho partiéndole en dos el corazón.

# XXII. El infiel

A pesar de que nuestro enemigo Álvar Núñez Osorio, encargado de concertar las bodas entre la corona castellana y lusa, había muerto asesinado recientemente en el castillo de Belver de los Montes, esto no supuso que los enlaces no se llevaran a cabo. Don Pedro Fernández de Castro, mi padre, se ocupó de que, gracias a su mediación, las bodas por aquel concertadas —la del rey Alfonso XI con la infanta portuguesa doña María, y la del Príncipe heredero portugués, don Pedro, con doña Blanca de Castilla, prima de don Alfonso XI— siguieran adelante por el bien de ambas coronas.

La Corte vallisoletana al completo se trasladó a la villa portuguesa de Alfayates para asistir a la fastuosa boda del joven monarca don Alfonso XI de Castilla con doña María, infanta del reino vecino. Tras el enlace celebrado con toda la regia pompa, antes de regresar a Valladolid, los invitados asistieron en Fuente Grimaldo al enlace entre doña Blanca de Castilla y el infante luso don Pedro, hermano de doña María.

Las celebraciones no se detuvieron al cruzar de regreso la frontera, sino que la nueva reina castellana fue recibida en Valladolid con un sinfín de celebraciones.

Pero poco duraron las mieles de los primeros meses de matrimonio para don Alfonso XI de Castilla y doña María de Portugal. Aquellos días fueron transformándose en tristes años de espera. La bendición de los hijos parecía resistírsele a la pareja que empezaba a ver cómo, por ello, su relación se deterioraba.

Don Alfonso XI dividía sus preocupaciones entre la falta de un heredero y la inquietante situación que se vivía en la frontera al sur de su reino.

Los moros andalusíes estaban recibiendo refuerzos desde el norte de África y si no tomaba medidas en el Al-Ándalus de inmediato, se arriesgaba a que la coyuntura se complicase hasta el punto de ser incontrolable.

Era imprescindible que el propio rey se personase en Sevilla para negociar con los musulmanes las necesarias treguas que apaciguasen la situación.

Sin embargo, el monarca traería consigo de Sevilla mucho más

que un armisticio. Los largos días en aquella ciudad daban para mucho más que solo negociaciones. También había tiempo para las recepciones y banquetes. Para desgracia de la recién casada reina doña María de Portugal, en uno de ellos, el rey conoció a doña Leonor de Guzmán, una joven viuda, muy rica y de muy buena familia. Hija de don Pedro Núñez de Guzmán y de doña Beatriz Ponce de León, solo sus encantos y hermosura rivalizaban con sus excelsos orígenes.

El joven rey, embelesado por la hermosura de la joven, perdió la cabeza. En vez de mantener la relación en la clandestinidad como ya había hecho en otros casos, relegándola a ser una amante más, no dudó en mostrarse en público con ella en Sevilla para lucir su belleza como si de un trofeo se tratase.

Lo que nadie podía esperar era que, a su regreso a Valladolid, una vez logradas las necesarias treguas que le habían llevado al sur, mantuviese tan irrespetuosa actitud: lejos de poner tierra de por medio y olvidar aquella relación, el joven rey regresó a Valladolid llevando a su amante doña Leonor de Guzmán consigo.

Tal gesto dejó claro a todos que aquella no era una aventura sexual más del monarca.

Y, por si a alguien le quedaba alguna duda al respecto, el joven rey don Alfonso XI las disipó todas cuando a finales de 1331, doña Leonor de Guzmán dio a luz al hijo natural del rey, y el monarca lo recibió con tal alegría, que tanto la Corte como la Villa celebraron fiestas con toda la pompa regia el alumbramiento del bastardo don Pedro. Pero no adelantemos los acontecimientos.

# XXIII. Primer caballero

Aquellos años fueron felices, al menos, para mi padre. El asesinato de don Álvar Núñez Osorio trajo consigo para él la ansiada reparación a nuestra familia. Recobró todas las posesiones y títulos que le habían sido usurpados y adquirió, además, una posición preeminente dentro de la Corte castellana tras ser el encargado de lograr que los matrimonios reales se llevaran a cabo.

Asistía como figura destacada a todos los actos que realizaba el rey. Por eso, no le llamó la atención que don Alfonso XI le pidiera que le acompañara en peregrinación a la catedral de Santiago de Compostela donde Juan de Limia, arzobispo de la diócesis, armó caballero al monarca con todo el boato posible.

Lo que sí que le sorprendió fue que, tras terminar la ceremonia, el joven rey se dirigiera a él en estos términos:

—Hoy me he armado caballero delante de Santiago ya que en su nombre levantaré mi espada para vencer al moro. Más pronto que tarde volveré a hacerlo en Burgos y, allí, tú y los tuyos frente al altar juraréis acompañarme y todos juntos prometeremos vencer al moro también en nombre de Castilla. Y tú, tú serás el primero en estar a mi lado.

Así lo hizo.

Ordenó al arzobispo compostelano que le acompañase en la repetición de la ceremonia que se realizaría en Burgos.

—Hoy, don Pedro, será un día que no olvidaréis en la vida —le anticipó el monarca.

—No lo dudo, majestad, pocos tienen el privilegio que asistir al nombramiento como caballero de un rey por dos veces.

—Hoy asistiréis a algo mucho más importante para vos que eso. Pero antes, quiero que tengáis el honor de sujetar los estribos del caballo que ha de llevarme desde la Corte a la catedral.

Aquel honor quedaría eclipsado durante el excepcional acto, cuando, después de que el rey fuera nombrado caballero, este se volvió hacia mi padre y con toda la ceremoniosidad que exigía el momento, le nombró a su vez como el primero de sus caballeros.

Al día siguiente, la ceremonia se repitió con otros nobles, que, como mi padre, serían también encargados de nombrar caballeros

entre los ricoshombres y nobles de menor categoría.

Don Alfonso XI sabía muy bien lo que hacía. Poco después, tendría que exigir sus servicios para luchar contra el moro en una de las batallas más decisivas de la historia de la Reconquista.

He de reconocer que agradecí la cordura que había mostrado don Juan Manuel a la hora de recomendarme el acercamiento a mi padre, aun cuando eso supusiese tener que alejarme de mi protector. Sabía del poder que estaba logrando acumular mi progenitor en la Corte y no quería que tuviera que renunciar a él.

Por eso, quiso que estuviera presente en aquella ceremonia y que ofreciera mis servicios a mi padre para luchar a su lado.

En aquel momento, no era consciente de cómo combatir en aquellas batallas cambiaría mi vida.

## XXIV. El corazón del guerrero

Real de Alfonso XI - campamento cristiano
Proximidades del Castillo de la Estrella, Teba
Al-Andalus
Reino de Granada

24 de agosto de 1330

Al salir del pabellón real, descubrí que el sol empezaba a ocultarse tras el horizonte. Sin embargo, solo él parecía tener la más mínima intención de poner fin a aquella jornada. Mi padre, Pedro Fernández de Castro, responsable del asedio al Castillo de la Estrella, parecía por contra empeñado en que ese día de lucha no acabase con el ocaso, sino que pretendía que los ataques de los trabuquetes se extendieran más allá del anochecer.

No quería imaginarme cómo estaría viviéndose ese brutal ataque desde dentro del castillo. Aquellos ingenios de guerra en forma de descomunales hondas activadas por pesados contrapesos proyectaban las piedras con tanta fuerza y a tal velocidad que el zumbido de las gruesas maromas resonaba al cortar el aire como un látigo desatado, empuñado por las manos de un gigante. A esa sinfonía marcial de cuerda, se unía el estruendo provocado por el impacto de los bolaños contra las murallas del castillo como enérgico ejercicio de percusión. Aunque desde mi posición en el campamento cristiano me encontraba a bastante distancia de la fortaleza, el estrépito que se escuchaba era considerable, por lo que supuse que cada nuevo ataque sobre los muros debía hacer que retumbasen en el interior de la plaza fuerte como la piel de un tambor.

Por suerte, otras notas más amables llegaron a mis oídos según avanzaba por el real. A despiadados pellizcos y rasguños, unas manos con más entusiasmo que talento arrancaban lamentos a una guitarra morisca. Se unía a ella la cascada voz de un desafinado bardo acompañada por otros no menos desatinados y entusiastas soldados que, como él, tenían más ganas de divertirse que de afinar. Sus cantinelas, al igual que casi todas las que fui escuchando conforme atravesaba el campamento, narraban hazañas épicas de caballeros y,

cómo no, historias de amor cortesano subidas de tono. Cambiaban las coplas, cambiaba la música, pero no las ganas de sus intérpretes de olvidarse de que a la mañana siguiente arriesgarían su vida en el campo de batalla.

Una idea que estaba en el aire por más que nadie quisiera verla.

Por lo menos aquellas tonadas les ayudarían a olvidarlo hasta que llegase el alba y tuvieran que enfrentarse a lo inevitable.

Un poco más allá, descubrí a algunos que, quizás con más prisa que esperanza, ya tentaban su suerte jugándose a los dados, a las cartas o a las damas lo poco que tenían, fuese esto un plato de comida, una buena bebida o sus últimas monedas. Otros, aun a sabiendas de que las peleas estaban prohibidas dentro del real, no dudaban en llegar a las manos por defender lo que ya habían perdido. En muchos casos, todo lo que tenían; en otros, el respeto que no habían conseguido hacerse ganar.

Al llegar a mi destino, comprobé que el ambiente en aquella parte del campamento resultaba más calmado. Se notaba que los ocupantes de aquella zona no eran peones de infantería ni mercenarios, sino aliados extranjeros que se habían unido a nuestra lucha bajo los ideales de la Santa Cruzada.

Entre todos ellos, distinguí a un caballero con el brazo en cabestrillo que lucía como sus compañeros un bello sobreveste azul con tres estrellas blancas. No podía tratarse de otro si no de *sir* William Keith de Galston. Y por la descripción que me habían dado, el que estaba a su lado, y que lucía una larga cabellera negra ensortijada debía de ser, sin duda, el célebre *sir* James Douglas.

*Sir* James «Black» Douglas había partido de Berwick en primavera camino a Tierra Santa. Tenía una importante misión que llevar a cabo. Una misión que de ningún modo podría lograr él solo. Por eso se hizo acompañar por seis valerosos caballeros, una veintena de escuderos y un nutrido grupo de ballesteros.

Su fama le precedía.

Todo el campamento se había hecho eco ya de los motivos que le habían embarcado en ese viaje que debía llevarle desde su Escocia natal hasta Jerusalén.

Incluso el rey Alfonso XI de Castilla había tenido conocimiento de las intenciones de «Black» Douglas, ya que, este, consciente de lo comprometido de la situación, había solicitado un salvoconducto a Eduardo III, rey de Inglaterra y primo del de Castilla, para que, de camino a los Sagrados Lugares, le permitiese recorrer sus territorios y unirse al rey castellano en su lucha cruzada contra el moro. Por eso, había ido yo a su encuentro. Don Alfonso me había ordenado que acudiese a buscarlos para que el escocés y su grupo de caballeros se

presentasen ante él antes de que entraran en batalla junto a sus tropas.

—¡Dios os salve y guíe vuestros pasos! Sed bienvenidos —dije a modo de saludo al grupo de escoceses que se situaban alrededor de la hoguera.

—Así sea también para vos —respondió en un castellano con fuerte acento escocés el joven caballero Alasdair Chilsholm mientras acompañaba sus palabras con un movimiento de su mano que me invitaba a unirme al grupo.

Me mostré agradecido ante su ofrecimiento y ante el hecho de saber que no tendría que contar solo con mis conocimientos sobre su lengua, aprendidos durante mi etapa de formación académica bajo el amparo del infante don Juan Manuel. Como me dijera en su día mi protector, los idiomas son una valiosa llave que puede abrirte muchas puertas, pero que, por desgracia, no puedes dar a otros como unas monedas o una espada, solo puedes hacer que lo aprendan o compartir con ellos tus conocimientos mientras tú estés presente. Puedes pedir que alguien te ayude a comunicarte con quien habla un idioma distinto que el tuyo, pero nunca olvides: *traduttore, traditore.*

No obstante, no tardó en surgir el idioma universal.

Sabía que no debía entretenerme, pero entendí que rechazar la oferta que me había hecho el joven caballero de compartir un trago con ellos antes de acudir a la cita con el rey no sería un buen punto de partida. Los gestos muchas veces dicen más que las palabras. Y rechazar su invitación hubiera sido una ofensa.

—¡Salud os dé Dios! —exclamé a modo de brindis al recibir la bebida.

—Tenga a bien dárnosla Dios, pues su Santidad Juan XXII parece que no nos quiere ni dentro de su Iglesia —dijo Alasdair mientras una media sonrisa se dibujaba en su cara.

—Eso no puede ser. El rey ha recibido una carta con vuestra petición de uniros a nuestra lucha bajo la bandera cruzada.

—Y bien cierto es, pero eso no quita que el papa y *sir* Douglas tengan distintos puntos de vista respecto a ciertos temas. Diferencias importantes, por decirlo de algún modo. Quizá hasta irreconciliables, si el Santo Padre decidió excomulgar a *sir* «Black» Douglas por hacer lo que todo caballero que se honre de serlo ha de hacer: cumplir la promesa que le hizo a su agonizante monarca en el lecho de muerte. Tal vez, cuando la cumplamos, Juan XXII cambie de opinión.

Las palabras del joven Alasdair Chilsholm me intrigaron y debía de notárseme, ya que no necesité preguntar para que este me siguiera contando.

—Al parecer, la forma de ver las cosas difiere bastante cuando se vive empuñando una espada o un báculo —prosiguió el escocés—. ¿Cómo va a entendernos el papa sentado en su trono rodeado de sus

cardenales en Aviñón ajeno a nuestra lucha por nuestras tierras de Escocia? ¿Cómo? Si al menos hubiera sido maestre o prior de una orden militar, tal vez pensase de otro modo.

El joven caballero estaba en lo cierto, solo quien viviera desde lo más profundo de su ser los valores de la caballería podría comprender y compartir esa forma de entender la existencia: el honor por encima de la propia vida. El honor como ley suprema.

Y si había algo que unía a ese grupo de escoceses era eso: el honor.

Su adalid era *sir* James «Black» Douglas. Un caballero singular que, con la intención de defender su nación y recuperar el castillo familiar de los Douglas que, como en mi caso, había sido arrebatado a su padre, ofreció sus servicios a Robert Bruce, el rey libertador de Escocia. Tal fue su empeño, valentía y lealtad, que tras aquel día acompañó al monarca hasta el día de su muerte.

Así, cuando el monarca sintió que, debilitado por la lepra que sufría, las fuerzas le fallaban y supo que su vida estaba próxima a llegar a su fin, le pidió que permaneciese a su lado, y rodeado de grandes señores y prelados en su residencia de Cardross, con todos ellos como testigos, el rey ordenó su postrero mandato.

Para mi sorpresa, Alasdair Chilsholm reprodujo las palabras del monarca como si de un credo se tratase: «Cuando yo estaba en mi prosperidad, decidí firmemente en mi corazón luchar contra los enemigos de Dios para salvar mi alma. Puesto que ahora él me lleva consigo, de modo que el cuerpo no puede cumplir aquello que decidió el corazón, yo quisiera que ese corazón, en donde se concibió ese propósito, fuera enviado allí. Así que os ruego a todos que me escojáis a uno de entre vosotros, que sea honrado y sabio y fuerte, y un caballero por sus hechos, que, cuando se hayan separado mi alma y mi corazón, lleve este a la lucha contra los enemigos del Señor».

Como me explicó Alasdair, fue *sir* «Black» Douglas, y no otro, el elegido para llevar a cabo el deseo del rey de que su corazón fuese llevado allí donde se luchaba contra los infieles. El cuerpo embalsamado del monarca yacía en Dumfermline, pero su corazón estaba ya camino hacia Tierra Santa, colgado de una cadena del cuello de *sir* Douglas dentro de la cajita de fina plata que este había mandado construir a modo de relicario.

Al conocer lo que ocultaba el brillante colgante no pude evitar mirarlo con interés.

No sé si fue mi indiscreto gesto o el repentino fulgor de las primeras grandes bolas de fuego que surcaban el firmamento iluminándolo en la anochecida las que hicieron que la conversación se detuviese en ese punto. Los bolaños habían sido sustituidos por proyectiles incendiarios. Las pacas de paja y brea dibujaban sus

trayectorias en la bóveda celeste dejando tras de sí largas colas humeantes como cometas lanzados contra la fortaleza.

—Será mejor que acudamos ya a la cita. No creo que sea conveniente hacer esperar a su majestad —señalé.

Con la confianza que da el desandar un camino ya conocido, recorrí junto a los escoceses el trayecto de vuelta hasta el pabellón real. En varias ocasiones, nos cruzamos con los vigías que con teas encendidas a pie lo recorrían en silencio atentos a que todo siguiera en orden. La actividad en el campamento se iba reduciendo conforme los pucheros se acababan y las bebidas dejaban de mojar los gaznates. Algo más allá, patrullas a caballo controlaban el perímetro del real e intentaban evitar que se produjeran escaramuzas al abrigo de las sombras de la noche.

Al llegar al alfaneque, nos anunció uno de los ballesteros de maza encargado de custodiar la entrada de la estancia real. No obstante, tuve a bien, debido a la importancia de los recién llegados, el presentarles personalmente.

—Majestad, *sir* James Douglas, *sir* William Keith de Galston, *sir* Simon Locard de Lee de Lanarkshire y *sir* Alan Cathcart y los hermanos Robert y Walter Logan, y Willie y John Sinclair de Roslin, y Alasdair Chilsholm, le presentan sus respetos.

—Sed bien recibidos y tenga a bien Dios el guardaros y daros salud pues veo que la necesitáis —dijo el rey poniendo de manifiesto que ya había visto el brazo en cabestrillo que *sir* William Keith de Galston no había tratado de ocultar—. ¿Qué os ha sucedido, *sir*?

—Ya se sabe, quien lucha a caballo y combate con armas… —resumió Alasdair Chilsholm actuando como intérprete de *sir* William.

—Poco podrá hacer con una sola mano en el campo de batalla. Mejor será que se quede aquí en el campamento lejos del frente —adelantó el rey mientras se ponía de pie.

*Sir* William Keith de Galston no parecía muy conforme con la recomendación de permanecer en la retaguardia. Aun así, nadie se lo discutió al rey. Aunque supongo que no fui yo el único que pensé que, cuando empezasen a chocar las espadas unas con otras en el campo de batalla, sería más decisivo un hombre con un solo brazo útil allí que con dos en la almofalla.

Con paso decidido, se acercó a la mesa en la que tenía extendido un mapa de la fortaleza y sus proximidades.

—*Sir* Douglas, según me han informado, pretendéis uniros a nuestra lucha bajo el amparo de la Santa Cruzada.

—Así es —dijo lacónico el adalid escocés que, si bien se mostraba parco en palabras, parecía entender sin dificultad nuestro idioma.

—Bien, entonces, así sea. Según me han informado, contáis

con la admiración y el respeto de los soldados ingleses, irlandeses y galeses. Al parecer, vuestra fama os precede hasta el punto de hacer que incluso los que hasta hace no mucho han sido vuestros enemigos, ahora estén dispuestos a luchar bajo vuestras órdenes por defender la cristiandad. Siendo de este modo, y como conozco la importancia del encargo que os ha traído hasta aquí, creo que debéis ser vos y no otro quien se encargue de acaudillar las tropas cruzadas extranjeras como hubiera querido vuestro rey Robert Bruce.

*Sir* Douglas asintió agradecido.

El resto de caballeros se mostraron igualmente entusiasmados cuando Alasdair Chilsholm les tradujo el encargo real de encabezar las tropas extranjeras bajo la bandera cruzada.

—No obstante, aunque no ponga en duda vuestro valor ni valía, he de recordaros que todas vuestras actuaciones quedan subordinadas a mis órdenes. No hay lugar para las iniciativas individuales. No estamos en Escocia y la conquista de Teba en nada se parece a las tomas de castillos que hayáis podido llevar a cabo en vuestra tierra. Olvidaos de que nuestros sitiados abandonen sus posiciones en el castillo para celebrar sus rezos y que podáis, así, entrar por sorpresa a tomar por la fuerza la fortaleza. Por más que os haya servido allá de donde venís, aquí no os va a funcionar. Ni tampoco os será muy útil esperar a que estén de celebración una noche para, amparados por las sombras y disfrazados de vaca, acercaros a las murallas del castillo sin llamar la atención para escalarlas y matarlos a todos por sorpresa. Será mejor que lo hagamos a nuestro estilo. Dejemos que nuestros trabuquetes sigan debilitando su moral y sus defensas antes de intentar lograr la victoria por otros medios.

—¿Trabuquetes? —preguntó Alasdair Chilsholm.

—Sí, las catapultas que sin duda habéis visto disparar piedras.

—Ahhh —respondió el joven.

—Entiendo que no los conozcáis, no son propios de vuestras guerras —dijo el monarca sin ocultar un cierto tono de superioridad.

—No, no. Si sí que las conocemos. Más aún, incluso alguno de nosotros las ha sufrido de cerca en el asedio al castillo de Stirling. Por suerte, yo no, pero recuerdo cómo los más viejos de mis compañeros me han contado que hasta allí llevó Eduardo I de Inglaterra, *Longshanks*, un artefacto de esos, pero mucho más grande que los vuestros. Debía de medir más de cien metros. Warwolf, creo que la llamaban. Solo su presencia intimidaba tanto, que mis compatriotas trataron de negociar la rendición al rey de Inglaterra nada más verlo montado. Sin embargo, tras haber dedicado medio centenar de personas y tres meses a su montaje, el «patas largas» no se iba a conformar con una rendición pacífica. Antes de desmontarla y

volverla a cargar en la treintena de carretas que la habían llevado hasta allí, la maquinaria de guerra desataría su furia y demostraría de lo que era capaz derribando gran parte de los muros de la fortaleza con los pesados proyectiles que lanzaba —replicó el joven escocés, inconsciente de que en cierta medida estaba ofendiendo con sus palabras a todo un rey.

—Creo que vuestros mayores exageraron con sus palabras las virtudes de ese arma. Mas en cualquier caso, si aún no ha caído Teba bajo nuestro asedio, no se debe a escasez de nuestra potencia de fuego como habrás podido ver, sino a que nos enfrentamos a un castillo soberbio.

El rey castellano no mentía. El recinto amurallado era el mayor de la provincia y contaba con más de una quincena de torres y tres puertas de acceso. Había sido construido a conciencia para soportar los más duros ataques. En la zona más elevada del interior se encontraba la fortaleza interna con su patio de armas y la torre del homenaje. Tampoco se había escatimado a la hora de desarrollar las defensas. Así, su constructor había decidido dotarla de una torre albarranada que sobresalía de la muralla y de una barbacana que dificultaría los asaltos del enemigo, llegado el momento, al dejarlo atrapado entre ambas murallas.

—¡Piedras, piedras y más piedras! Antes se les acabará a ellos la moral que a nosotros las piedras que tirarles.

Extendió sobre la mesa a la vista de todos otro mapa con una representación más amplia de la zona en la que se podía ver tanto el castillo de Teba como el de Turón y el río Guadalteba separando ambas fortalezas.

—Me preocupa más ese maldito Ozmín que aquellos que desde el interior de la fortaleza han pedido al sultán de Granada que lo envíe en su ayuda. Ese condenado viejo no ha dejado de hostigarnos ni un momento. Desde que estableció su almofalla en el castillo de Turón al otro lado del río Guadalteba, no ha habido día que acercarnos a la orilla no haya supuesto exponernos a un ataque. No hay forma de recoger agua para la tropa ni dar de beber a los animales sin arriesgarnos a vernos inmersos en una escaramuza. Debemos redoblar las cuadrillas encargadas de guardar el río. No podemos permitirnos más bajas en ese frente. Está empezando a afectar a la moral de la tropa.

—Así sea —dijo *sir* Douglas decidido—. Contad con nosotros para hacerlos frente. Si entre aquellas tropas hay sarracenos granadinos, todo lo que podamos hacer servirá para hacernos ganar honor y gloria al servicio de Dios.

—Uníos entonces mañana a primera hora a la guardia del Guadalteba. Si los informes de mis espías son correctos, toda fuerza

será bienvenida para defender esa posición y el campamento.

Sin ocultar un mohín de hastío, el monarca recogió los mapas.

—Ahora, será mejor que todos descansemos. Me temo que mañana será un día muy largo e intenso —dijo el monarca castellano mientras con un gesto de su mano invitaba a todos los allí congregados a abandonar el pabellón de campaña.

## XXV. ¡Douglas!

Real de Alfonso XI - campamento cristiano
Proximidades del Castillo de la Estrella, Teba
Al-Andalus
Reino de Granada

25 de agosto de 1330

El amanecer encontró al rey Alfonso XI a la entrada de su pabellón real pertrechado para la batalla. Inquieto, había decido ponerse en pie hacía ya unas horas cuando se convenció de que continuar esforzándose por dormir no tenía ya sentido. Mártir de las preocupaciones, solo había conseguido dormitar de rato en rato aquella noche. No era de extrañar. La evolución del asedio a Teba le estaba quitando el sueño y los soplos que había recibido de los espías no eran precisamente tranquilizadores.

Agosto descontaba sus últimos días sin dar visos de que el ejército cristiano lograse el objetivo que el rey se había fijado medio año antes para aquella campaña. En primavera, había tomado la firme decisión de que antes de que llegara septiembre caería la inexpugnable plaza fuerte de Teba, pero el tiempo se acababa. Lejos quedaban ya las razias y quemas de cosechas previas que habían arrasado las alquerías al principio de verano como anticipo al asedio y, sin embargo, parecía que el hambre todavía no había hecho mella en los sitiados musulmanes que ahora se agolpaban acampados en la explanada interior del castillo de la Estrella.

Tampoco los ingenios de guerra traídos desde Córdoba y Écija habían logrado el efecto esperado. Los días de asedio se acumulaban como los bolaños a los pies de las murallas cercadas, sin lograr que ni estas ni los sitiados se derrumbasen.

El entusiasmo inicial del rey se había tornado en preocupación. El sitio de Teba se estaba alargando peligrosamente y la situación no tenía visos de mejorar. Las provisiones de la tropa castellana se reducían por momentos como el ánimo de los soldados, al tiempo que se agotaba la paciencia del monarca cristiano.

En circunstancias como aquella, si al monarca castellano se le

hubiera presentado la posibilidad de un enfrentamiento frontal a campo abierto contra las tropas moras, no habría dudado en llevarlo a cabo. Sin embargo, Ozmín había demostrado con sus continuas escaramuzas que no tenía ningún interés en luchar de ese modo contra los cristianos.

El caudillo benimerín era un estratega experimentado. Si bien sabía que el ejército con el que había acudido al rescate de Teba solo una semana después de iniciarse el asedio era numeroso, también era consciente de que era muy inferior al cristiano y nada tendría que hacer frente a este en un enfrentamiento convencional. Todas sus posibilidades de victoria dependían de que lograse desgastar al ejército cristiano con pequeñas acciones rápidas y actuaciones por sorpresa. Sus opciones eran escasas. No contaba con refuerzos. El sultán de Granada, Muhammad IV, se lo había dejado claro. No enviaría ni un soldado más para defender Teba, ya que, en caso de hacerlo, si finalmente se perdía esa plaza fuerte, Granada quedaría débilmente protegida. Un riesgo inasumible.

Así, para tratar de lograr la victoria, Ozmín solo contaba con su ingenio y con las ventajas propias de la composición del ejército musulmán, que no eran desdeñables. El cuerpo de voluntarios de la fe con el que había acudido a socorrer a los musulmanes sitiados en el castillo, unos seis mil, se dividía en cohortes de jinetes muy autónomas en el campo de batalla, comandadas por capitanes. Combatían sobre caballos ligeros equipados con sillas de montar de estribos cortos, lo que les otorgaba un gran control del animal incluso a alta velocidad. Tampoco sus pertrechos les suponían problema alguno. Armados con sables y lanzas finas, y ligeros escudos de cuero con forma de corazón, su ligero armamento les permitía ser muy rápidos y efectivos en la batalla y desplazarse en un poco tiempo a largas distancias sobre sus cabalgaduras.

Inmerso en sus pensamientos, don Alfonso XI repasaba todo lo trasmitido por sus espías, ajeno a que ya el real despertaba a sus pies. Si sus informantes estaban en lo cierto, aquel día se libraría una decisiva batalla. Los infiltrados habían comunicado al monarca castellano las intenciones de Ozmín. Según los espías, el caudillo benimerín pretendía jugar sucio y desarrollar una estratagema que pillara desprevenido al ejército castellano. Planeaba dividir su fuerza en dos: una de ellas desarrollaría un falso ataque en el entorno del río Guadalteba con la intención de que, como respuesta, el ejército cristiano desplazase hasta allí la mayor parte de su tropa dejando desatendido el campamento mientras el ataque crucial sobre los desprevenidos ocupantes del real cristiano lo llevaría a cabo el grueso del ejército musulmán a las órdenes de Ozmín.

Sin embargo, con lo que no contaba el general musulmán era

con que el monarca castellano, llegado el momento, estuviera sobreaviso del ardid gracias a los soplos de sus confidentes infiltrados entre las tropas enemigas.

Don Alfonso XI desconocía cuál podría ser la reacción del caudillo benimerín. El moro era astuto en la estrategia y fiero en el campo de batalla, por lo que no sabía qué esperar de él. Tal vez, incluso don Alfonso corría el riesgo de que sus espías, presionados por los musulmanes, le hubieran mentido traicionándole, poniéndole en riesgo.

En un gesto inconsciente, se retorció dentro del peto de la armadura. El sol apenas levantaba unos grados sobre el horizonte y, sin embargo, ya podía anticiparse que aquel día iba a calentar. Las armaduras pesadas resultaban ser un aliado inexcusable contra los ataques, en especial los de flechas y lanzas ligeras, pero en una jornada como la que se planteaba, con los rayos del sol cayendo a plomo, se convertían en planchas ardientes capaces de cocer en su propio sudor a un hombre hasta provocarle un golpe de calor o hacerle caer muerto por deshidratación.

Don Alfonso XI se prometió que, si fallecía aquel día, lo haría por heridas de guerra y no por sed, agotamiento o calentura. No le daría el gusto a Ozmín de revivir una situación como aquella en la que, once años antes en la Alhambra, presidió la guardia de honor por los infantes cristianos difuntos en el desastre de Granada, don Pedro y don Juan de Castilla, muertos sin sufrir herida alguna, solo a manos del calor.

Tal vez, el viejo general bereber en aquellos momentos estuviese pensando algo parecido, pero lo que seguro no podría imaginarse era que solo unas horas después se encontraría frente a frente con el rey castellano.

Yo, por mi parte, lo que no podía quitarme de la cabeza era la historia de aquellos escoceses, que, por cumplir su juramento, estaban cruzando media Europa y luchando por la cristiandad. Con todos mis pertrechos listos para la batalla, cabalgué hacia el río Guadalteba. Allí tenía orden de unirme a la patrulla de guardia comandada por mi padre que acompañaba a la partida de los escoceses en sus labores de control de nuestra orilla.

Nada más verme llegar a la ribera, *sir* James «Black» Douglas me saludó levantando levemente el guantelete. Le devolví el saludo con una ligera señal de asentimiento. Me hubiera encantado acercarme en ese momento a conversar con los cruzados escoceses, pero antes de hacerlo debía presentarme ante mi partida. Además, la conversación no hubiera podido ser ni tan fluida ni tan despreocupada como la de la noche anterior; esta vez, Alasdair no podría participar ya que había tenido que quedarse acompañando al impedido *sir*

William Keith de Galston en el campamento, por lo que sin un intérprete como el joven Alasdair y con un interlocutor tan parco al conversar como «Black» Douglas, habrían acabando diciendo más los silencios que las palabras.

Desde nuestra posición, pude observar cómo las tropas de cenetes del ejército de Ozmín se desplegaban a la otra orilla del Guadalteba. Las unidades de caballería ligera del general bereber se movían como un enjambre sin aparente orden ni concierto.

Sin embargo, con ello, estaban consiguiendo lo que pretendían: llamar nuestra atención mientras, de manera inadvertida, el grueso de su ejército se dirigía hacia nuestro campamento con la esperanza de que todas nuestras tropas se centrasen en repeler el inminente ataque que ya se anticipaba en las riberas del Guadalteba.

Convencido del éxito de su estratagema, Ozmín había dado orden a los jinetes musulmanes apostados junto al cauce, de traspasarlo para provocar el enfrentamiento que sirviese de distracción para facilitar el ataque con el grueso de sus huestes al real cristiano.

Con lo que no contaba era con que las órdenes que nosotros habíamos recibido habían sido también claras: debíamos mantener la posición a cualquier precio sin posibilitar el ataque de nuestro campamento desde el río. Y lo que era aún más importante: no podíamos desatender esa defensa por más que viéramos la tentadora posibilidad de realizar un contraataque contra las tropas moras en caso de que estas emprendieran la huida hacia su refugio en el castillo de Turón.

Don Alfonso XI lo había repetido hasta la saciedad, una y otra vez, en cada ocasión que se reunía con los mandos militares antes de una batalla: cuidado con esos desalmados jinetes moros y su maldito *tornafuye*.

Aquella obsesión, lejos de ser una fijación maniática fútil, tenía una importancia patente. Gracias a aquella táctica bereber utilizada en los casos en que los cristianos atacaban con cierto desorden y en no muy alto número, los jinetes musulmanes se alzaban con la victoria en la mayoría de los casos. Así, las tropas moras fingían huir en una celada bien dispuesta, para terminar envolviendo y masacrando a los perseguidores como me había explicado en mi juventud el Infante don Juan Manuel, y dejado por escrito para que todos la conocieran a través del Libro de los Estados.

Mientras los cenetes cruzaban el cauce del Guadalteba, Ozmín y el grueso de su ejército atacaba el real cristiano.

Los jinetes berberiscos se lanzaron al ataque como poseídos por demonios. Entre gritos y alaridos intraducibles repetían una y otra vez sus ofensivas. Jugaban al gato y al ratón con nosotros. Buscaban

nuestros flancos mientras se movían como una masa informe tratando de evitar que pudiéramos cargar contra ellos con nuestras lanzas a lomos de nuestros pesados caballos de guerra. Cuando se encontraban tan lejos como para tener tiempo de reaccionar ante una posible arremetida de nuestra caballería, golpeaban sus alfanjes contra sus adargas como provocación.

Lanzaban al aire proclamas en árabe que desataban su locura belicosa.

Un nuevo ataque lanzó contra nosotros otra veintena de soldados moros cabalgando a la jineta. Subidos sobre sus sillas de montar, con las piernas flexionadas debido a la elevada altura de los estribos, su imagen nada tenía que ver con la nuestra, que nos obligaba a mantener una postura casi hierática erguidos sobre las monturas de guerra. Gracias a aquella postura forzada, los cenetes parecían auténticos centauros. Todo el trabajo a la hora de dominar al animal recaía en las rodillas, que al ir siempre presionando contra la silla de montar, daban mayor libertar a las manos para manejar las armas. El permanente control del animal, unido al carácter vigoroso de los caballos ligeros, les permitía hacer giros y maniobras impensables para nosotros sobre nuestras bardadas monturas. Así, conseguían atacarnos cuando menos lo esperábamos, y se retiraban de inmediato a continuación sin darnos casi tiempo a reaccionar más allá de improvisar una defensa.

Su constante movimiento nos impedía desarrollar las tácticas de carga habituales contra infantería u otros grupos de caballería pesada enemiga.

Solo el ímpetu, el valor y la inconsciencia de los caballeros castellanos más jóvenes y menos experimentados en el campo de batalla, les llevaba a acometer a las huestes de cenetes mientras estas hostigaban a algún otro grupo de cristianos. Por eso, me sorprendió cuando vi cómo una de aquellas arremetidas era llevada a cabo por una docena de hombres a las órdenes de *sir* James «Black» Douglas. A voz en grito, se habían aventurado al ataque lanza en ristre ante la posibilidad de ayudar a los caballeros atacados y dar una lección a los jinetes moros.

En cuanto los musulmanes fueron conscientes de lo que sucedía, emprendieron la supuesta retirada.

*Sir* James «Black» Douglas no dudó en perseguirlos convencido de que podría darles alcance y acabar con ellos antes de se unieran al resto de cenetes.

—¡No! —grité desgallitándome justo antes de picar espuelas a Flagelo, que ya estaba a punto de lanzarse a la carrera a mis órdenes.

Al ver el error que estaba a punto de cometer, los dos caballeros que tenía a mi lado me flanquearon con sus monturas y

trabaron las riendas de mi caballo para impedirme que siguiera el mismo destino que *sir* «Black» Douglas.

No sé si fue mi grito o un instante de cordura lo que hizo que el adalid escocés fuera consciente de que estaba solo; ninguno de los caballeros castellanos que defendía la orilla había seguido su estela en aquel ataque. Por ello, los cruzados extranjeros se dispusieron a volver grupas con la intención de regresar a su posición inicial.

Ya era demasiado tarde.

—¡*Black*! —gritó desesperado *sir* John Sinclair, al ser consciente del error que habían cometido y que los exponía al mortal ataque.

Sus perseguidos se habían revuelto convirtiéndose ahora en sus perseguidores. El movimiento de retirada de los escoceses había sido aprovechado por los cenetes para desarrollar la maniobra de contraataque *tornafuye*. Con sus cabalgaduras mucho más rápidas y manejables, los jinetes moros habían ganado la espalda a los cruzados extranjeros y se disponían a envolverlos en un ataque desde todos los frentes.

*Sir* James «Black» Douglas se detuvo de inmediato. Miró a su alrededor y cruzó su mirada con la de sus fieles caballeros. Un signo de asentimiento sirvió para que todos entendieran de inmediato lo que sucedía.

Dejó caer la pesada lanza al suelo.

Los caballeros a sus órdenes siguieron su ejemplo desprendiéndose de sus respectivas astas, para acto seguido situarse a su lado protegiendo también a *sir* John Sinclair de Roslin, que poco después de dar aviso había sido herido.

Los musulmanes entendieron este gesto como una muestra de rendición y detuvieron el inminente ataque.

Sin embargo, aquellos caballeros cristianos estaban muy lejos de aceptar la derrota con aquel acto. Lo que los moros habían identificado como muestra de sometimiento, no era sino la preparación para el asalto final. Los escoceses sabían bien que, si querían tener posibilidades de victoria contra el grupo de jinetes que los rodeaba, solo podían confiar en sus escudos y en sus espadas, mucho más versátiles para defenderse que las recién desechadas lanzas de carga.

Las manos de los cruzados sujetaban con fuerza las riendas de los nerviosos caballos que no dejaban de caracolear. Un solo gesto de *sir* «Black» Douglas bastaría para que las soltasen y se dirigiesen a empuñar las espadas.

Sin embargo, el adalid escocés no se apuró a desenvainar su acero.

*Sir* James «Black» Douglas no necesitó ni un segundo para

valorar la situación.

Estaban perdidos.

Los cenetes les superaban ampliamente en número y lo que era peor, los rodeaban a escasa distancia impidiéndoles realizar una carga con toda la fuerza de una galopada.

Juicioso, valoró que toda su esperanza se reducía a una arremetida con tal resolución que les permitiese cruzar las líneas enemigas y llegar más allá del río hasta la altura de las posiciones ocupadas por las huestes castellanas.

Pero aquello no dependería solo del ímpetu que consiguiesen desatar en los caballos, si no también en el furor que lograra insuflar en el ánimo de sus compañeros *sir* Simon Locard, *sir* Alan Cathcart y los hermanos Logan y Sinclair.

*Sir* James «Black» Douglas tenía la certeza de contar con algo que azuzaría más a sus hombres que los aguijonazos de las espuelas a sus caballos. Sabía que sus hombres le seguirían hasta el infierno, si fuera necesario.

Por eso, no dudó.

Echó mano a su pechera y se arrancó el relicario que siempre llevaba colgado del cuello. Ante la mirada atónita de todos, lo levantó al cielo sujetándolo firmemente en su mano derecha mientras empezaba a decir a voz en grito:

*—Oh, Braveheart! Now you are the first, as you used to be on the battlefield; and I will follow you, or else I will find death.*

«¡Oh, Corazón Valiente! Pasa ahora tú el primero, como solías serlo en el campo de batalla; y yo te seguiré, o bien hallaré la muerte».

No había terminado de decir esto cuando, para sorpresa de todos, lanzó el relicario de plata y esmalte más allá de las huestes moras. Acto seguido, con un movimiento rápido cientos de veces realizado, desenfundó su espada que, fulgente bajo los rayos de luz, resplandeció como si de ella irradiase un fulgor sobrenatural.

—¡Douglas!

En un solo grito, todos los caballeros escoceses se lanzaron contra el enemigo siguiendo la dirección que les había marcado *sir* James «Black» Douglas y el corazón de Robert Bruce.

Mis compañeros sujetaban las riendas de Flagelo, pero no habría habido correa que me retuviera a mí, si no hubiera sido por las enseñanzas que me diera el infante don Juan Manuel. Sabe Dios que le habría entregado mi cuerpo y mi alma al Altísimo aquel día, si hubiera valido de algo por defender de los moros a los cruzados escoceses.

Pero no pude. No pude.

No por falta de valor; no había en mí cobardía.

A punto había estado de desmontar y dirigirme a pie a morir

con honores junto a aquellos honorables caballeros que atesoraban todos los valores que siempre había admirado en la caballería.

Sin embargo, debía permanecer junto a mi patrulla. Mi responsabilidad era defender aquella orilla y a los miembros de mi guardia. En mi mente resonaban las palabras pronunciadas por el infante don Juan Manuel el día de la cacería del jabalí que casi acaba con la vida del montero y con la mía: «Hoy es un gran jabalí el que te ha sorprendido en retirada. Mañana puede ser una emboscada perfectamente urdida por el enemigo la que te ponga entre la espada y la pared. Y ese día puede que tú y los tuyos no tengáis tanta fortuna como hoy».

Aquel día que había ominado el infante, para mi desgracia había llegado y, como había predicho: si desatendía mi cometido y me dejaba llevar por mis impulsos, solo conseguiría poner en peligro inútilmente mi vida y a los míos.

Desde mi posición, fui incapaz de darles más apoyo que el furor que invadía mi alma. Alma que parecía tan prendida como la del valiente *sir* James «Black» Douglas que sobre su caballo lanzaba espadazos a diestro y siniestro a cada cenete que le atacaba. Con el escudo bien sujeto en su antebrazo izquierdo, desvió una nueva estocada lanzada por otro enemigo. De un solo tirón de las riendas, el caballero escocés intentó retirar a su montura de un nuevo ataque. Una mancha oscura pasó a su lado. Se giró con rapidez. Había sentido un fuerte golpe en el hombro derecho. No tan fuerte como para derribarlo, pero sí lo suficiente como para sentirse dolido. El caballo hizo un extraño y se puso de manos mientras emitía un afligido lamento. «Black» apretó los dientes y tiró de las riendas intentando hacerse con su cabalgadura. Las notó sueltas. En un acto instintivo, soltó la espada y se agarró con fuerza a las crines manchadas de sangre. El destrero se inclinó y cayó sobre el lomo. A punto estuvo de caer de espaldas sobre el jinete escocés que, aún así, no pudo evitar dar con sus huesos en el suelo. Solo armado con su escudo, «Black» se puso en pie y se dirigió hacia donde había caído su espada. Miró primero la espada enemiga, luego su hombro y de nuevo la espada.

*Sir* Simon Locard, desde su caballo, vio cómo uno de los jinetes musulmanes había fijado su objetivo en el adalid escocés y se dirigía hacia él a la carga por la espalda.

*Sir* «Black» Douglas solo fue consciente de cómo Locard arremetía directo hacia él. Se apuró a apartarse de lo que creía era una clara trayectoria de embestida. El impacto fue brutal. El destrero del escocés se había abalanzado con tanta fuerza contra el ligero rocín árabe que lo había derribado, al igual que a su jinete. Por desgracia, no habían sido los únicos en caer. Locard también había perdido su cabalgadura en el lance.

«Black» miró a su alrededor tratando de lograr una visión de conjunto de la situación.

*Sir* Alan Cathcart no había tenido mejor suerte que él y Locard, y a duras penas se defendía con su espada a dos manos hostigado por tres moros. De poco había servido que se apresurase a descabalgar en ayuda de los ahora fatalmente heridos hermanos Robert y Walter Logan que, tendidos sobre el terreno, se desangraban mutilados.

Por su parte, Willie sudaba sangre mientras con su espada *claymore* bregaba con uno de los despiadados defensores de la fe. Su hermano John Sinclair de Roslin, a pesar de haber sido el primero del grupo en resultar herido, enarbolaba su hacha de guerra amenazante cada vez que se aproximaba un enemigo y no dudaba en descargarla con todas sus fuerzas contra quien fuera necesario defendiéndose con uñas y dientes como un viejo león herido.

«Black» se inclinó para recoger del suelo su espada. En un movimiento reflejo tuvo el tiempo justo para protegerse con el escudo de un nuevo ataque.

*Sir* Simon Locard, confundido tras golpearse la cabeza contra el suelo en la caída, se giró ya sin tiempo para actuar. Uno de aquellos guerreros benimerines acababa de saltar de su caballo abalanzándose sobre él con un puñal sujeto entre los dientes. Nada más derribarlo, empuñó el arma como un experto asesino para asestarle al caballero varias puñaladas mortales bajo la axila izquierda, allí donde la armadura lo dejaba desprotegido. *Sir* Simon intentó estrangular a su atacante con sus propias manos, pero no pudo. El benimerín retorcía ya el puñal en el costado del escocés como si excavase en busca de su corazón.

El forcejeó cesó de inmediato.

Las heridas infligidas eran mortales de necesidad.

*Sir* James «Black» Douglas vio cómo su compañero agonizaba a manos del fiero guerrero de barbas negras. Con toda la furia desatada al descubrir la inminente muerte de *sir* Simon Locard, el adalid escocés le propinó tal patada al moro que el casco envuelto en el turbante azul que protegía su cabeza salió volando varios metros. El escocés no dejó que se recuperase del golpe. Con un espadazo extremo de su mandoble le partió en dos el cráneo.

—¡Douglas!

Su grito desgarrador sonó por toda la ribera.

Estaba agotado.

Sentía que por cada musulmán abatido en el combate, parecía que se unieran cinco más a la contienda.

De nuevo, miró en torno suyo para valorar la situación en la que se encontraban. Retiró la mirada al ver cómo entre los tres moros que habían estado hostigando a *sir* Alan Cathcart habían conseguido

desarmarlo y mientras uno lo prendía sujeto por la espalda otro se disponía a rebanarle el cuello.

Nada podía hacer ya por él.

De inmediato, se giró hacia donde solo unos instantes antes luchaban los hermanos Sinclair. El reflejo de la espada *claymore* de Willie se recortaba contra el cielo azul. Un brazo la enarbolaba, elevándola una y otra vez en señal de victoria. No tuvo que fijarse en el rostro de quien la empuñaba para saber el bando del vencedor; su curtida piel oscura no dejaba lugar a dudas.

*Sir* James «Black» Douglas fue consciente en ese momento de que era el único superviviente escocés en aquella desigual batalla campal. Como buen cruzado, estaba convencido de que luchaba en favor de Dios y que si este no disponía concederle en ese día la victoría, al menos, le daría una buena muerte.

Con fuerza clavó la espada en el duro suelo formando con el filo, los gavilanes perpendiculares y la empuñadura, una cruz. Hincó la rodilla un segundo y se encomendó a Dios.

Solo le quedaba esperar un milagro.

Al levantar la mirada, vio cómo justo sobre el pomo de su espada se superponía refulgente el relicario de Robert Bruce. La ilusión óptica lo inspiró, pues la cajita con el corazón del rey escocés todavía seguía tirada en el suelo tras las líneas enemigas, incitándole a seguirle en su lucha contra los infieles.

«Yo te seguiré, o bien hallaré la muerte», se dijo una vez más.

Arrancó la improvisada cruz del suelo y la empuñó de nuevo como lo que era: la espada que, junto al relicario, le permitiría pasar a la historia.

Con un grito que fui incapaz de descifrar, se lanzó a la carrera hacia nuestros enemigos.

Como si los espíritus de sus compañeros muertos en aquel combate le hubieran poseído, el adalid escocés luchaba con el arrojo de una docena de hombres. Pero ni cien hubieran sido suficientes para inclinar ya la balanza a su favor.

Metro a metro, recortaba la distancia que le separaba del relicario que conservaba el corazón de Robert Bruce. Agotado y herido como estaba, ya solo recuperar la reliquia le mantenía vivo. A cada paso que daba tenía que oponerse a los sucesivos ataques individuales de los cenetes que, sabiéndole vencido, se entretenían humillándole a golpes de espada como si de un estafermo se tratase.

Le costaba mantenerse en pie. Las antes luminosas estrellas blancas que decoraban su sobreveste se habían tornado de un rojo intenso cubiertas por la sangre que se derramaba por sus heridas. La espada se le escurrió entre los dedos. Solo dos pasos lo separaban del relicario cuando, tambaleándose, hincó la rodilla al suelo.

No podía más.

Al verlo, el capitán de la hueste mora que había masacrado a la partida escocesa se acercó al paso con su caballo. Cuando estuvo a su altura, descabalgó y recogió el relicario de plata del suelo.

*Sir* James «Black» Douglas alargó la mano tratando de coger de la del moro el relicario. No pudo conseguirlo ya que el infiel se apartó e hizo que el escocés cayera a cuatro patas, apoyado sobre las palmas de sus manos.

Un mohín de arrogancia se dibujó en el rostro del cabecilla benimerín cuando se giró para mostrar a sus subordinados la cajita de plata conseguida como botín.

Douglas escupió la sangre que le invadía la boca llenándola por completa de un desagradable sabor metálico. Apretó los dientes y echó mano a la daga que llevaba a la cintura.

No tuvo tiempo de desenvainar. Justo cuando iba a hacerlo, sintió cómo, agarrándole de su negra cabellera ensortijada, el cabecilla benimerín le obligaba a levantar la cabeza exponiendo su cuello.

Se cruzaron sus miradas.

*Sir* James «Black» Douglas vio la muerte acechándole, en los ojos de aquel asesino. Con un gesto rápido, intentó esquivar su destino ensartando su daga en el interior del muslo del moro.

Era ya demasiado tarde.

Intentó lanzar por última vez su grito de guerra —¡Douglas!—, pero su apellido se perdió en el gorgoteo de su garganta ensangrentada. «Black» entornó los ojos y cayó al suelo degollado. Solo un instante antes, el benimerín le había rebanado el cuello.

Mis ojos se enturbiaron. La angustia invadía mi pecho haciendo mi voz enmudecer. La frustración y el abatimiento se habían apoderado de mí al ver cómo las tropas enemigas procedían al expolio de los guerreros escoceses masacrados mientras nosotros nos manteníamos, a sus ojos, imperturbables.

Ante nuestra inacción, los guerreros benimerines recorrieron el campo de batalla en busca de su botín como buitres luchando por la carroña. Se apuraban en recoger las valiosas espadas y escudos escoceses y en cargar los cuerpos de sus anteriores propietarios en las caballerías que los llevarían hasta su campamento en el que tendrían ocasión de recuperar las preciadas cotas de malla y armaduras cristianas.

—No podemos permitir que mancillen los cuerpos —señalé cuando pude articular palabra.

—Álvar, eso ya no depende de nosotros. Las órdenes del rey han sido claras: debemos defender esta posición y proteger el real —me recordó firme mi padre como responsable de la patrulla de guardia.

Un estruendo terrible nos interrumpió. El tronar de centenares de cascos chocando contra la tierra nos hizo dirigir nuestra atención hacia la legión de jinetes moros que en tropel se aproximaban a nosotros desde nuestro campamento.

Los espías no habían mentido. El ataque al real se había producido como ellos habían anticipado.

Ozmín cabalgaba en cabeza seguido de un nutrido grupo de aguerridos jinetes, todos ellos miembros de su guardia personal. Tras estos, una diezmada turba de cenetes era perseguida por don Rodrigo Álvarez de Asturias seguido por una parte de los caballeros cristianos que el rey Alfonso XI había reservado para defender el campamento junto a los arqueros y peones castellanos.

A pesar de las precauciones tomadas gracias al chivatazo a nuestro bando, temí que el general bereber hubiera arrasado con la mayor parte de la caballería castellana dispuesta para la defensa del real y que aquellos caballeros que los perseguían fueran los únicos supervivientes cristianos. Si era así, la maniobra de retirada del ejército moro solo pretendería arrastrar a los castellanos hasta el cauce del Guadalteba donde, en una maniobra conjunta coordinada con la tropa de la otra orilla, los aniquilaría con un ataque en pinza desde dos flancos, gracias a la maniobra de *tornafuye*.

Sin embargo, en este caso era yo quien me equivocaba. No eran decenas ni centenas los perseguidores, sino más de un millar los que les acosaban.

Por eso, al llegar a la orilla, la hueste comandada por Ozmín, lejos de detener su escapada y dirigirse al contraataque, atravesó el cauce al galope como si las aguas del Guadalteba se hubieran partido en dos para facilitar su retirada. Sin mirar atrás, a uña de caballo se dirigió a su refugio en el castillo de Turón. Al parecer, tras el primer enfrentamiento con los advertidos defensores del real castellano, el viejo caudillo musulmán había valorado que, sin el factor sorpresa de su parte, sus posibilidades de victoria se habían esfumado.

Las tropas cristianas se detuvieron en seco junto al curso de agua mientras veían cómo sus perseguidos, lejos de unirse a los destacados en la otra orilla, huían en estampida.

Solo uno de los cabecillas de las tropas de Ozmín abandonó la huida para dirigirse hacia donde se encontraban los jinetes benimerines.

Galopó toda la línea de frente de aquella hueste con su espada enarbolada mientras con voz firme arengaba a los guerreros a, lejos de emprender la huida como había hecho el general musulmán, defender la posición para impedir que las tropas castellanas dieran alcance a su líder.

Desconozco qué palabras pudo pronunciar aquel que

enarbolaba la espada, ni si pretendía que las promesas que les había hecho se cumplieran en esta o en la otra vida. Lo único que sé es que solo necesitó picar espuelas y bajar su acero para que todos aquellos defensores de la fe islámica cruzaran las aguas del Guadalteba y se lanzasen contra nosotros como una única ola de violencia desatada.

Lejos de hacernos romper filas en una estampida caótica, su ataque no obtuvo el resultado previsto por el cabecilla moro.

Había llegado el momento que mi padre, don Pedro Fernández de Castro, había estado esperando desde que comenzase el asedio a Teba. Por fin, podría enfrentarse a las huestes benimerines en una batalla campal en la que pudiera aprovechar nuestra superioridad numérica.

A diferencia de la larga arenga que precisó su enemigo para instigar a sus tropas, mi padre, como Mayordomo Real, solo tuvo que gritar al cielo «Santiago y Castilla» y lanzarse contra su rival lanza en ristre para que todos los caballeros a sus órdenes siguieran el estandarte.

Como el más valiente de sus hombres, ocupé mi puesto en la primera línea de carga a la diestra de mi padre. Al galope nos dirigimos contra los enfurecidos cenetes formando dos hileras paralelas tan compactas, que más que caballería pesada parecíamos dos murallas que pretendieran pasarles por encima a rodillo. El impacto fue terrible, pero lo que vino después no lo fue menos. Cuerpos ensartados por lanzas, miembros amputados, cuellos rotos, tripas abiertas y cuerpos que habían perdido mucho más que el turbante, alfombraban el campo de batalla.

Una mirada alrededor me valió para comprobar que no quedaba ya ningún cenete sobre sus cabalgaduras. Todos los que aún seguían vivos luchaban a pie contra nuestros peones recién incorporados al combate, que, descansados como estaban, masacraban a nuestros diezmados oponentes.

Mi padre también había sido consciente de que nuestro cometido allí había acabado; ahora era trabajo de la infantería. Encaró su caballo hacia los restos de la polvareda que dejaban los jinetes de Ozmín en su huida y picó espuelas; si nos apresurábamos, tal vez podríamos darles alcance antes de que encontraran refugio en el castillo de Turón.

Conforme nos acercamos a la fortaleza, fui consciente de lo vana que había resultado nuestra carrera. Por más que nos habíamos apurado a seguirles a buen ritmo, los guerreros de Ozmín ya se encontraban a salvo tras las gruesas murallas que fortificaban el alcázar. Nada podíamos hacer ya allí. Plantear iniciar un asedio por nuestra parte a este otro castillo teniendo sitiado el de Teba era inconcebible.

Sin embargo, me equivocaba.

Sí había algo más que hacer, y no tardaron en demostrármelo los miembros de la tropa que nos habían acompañado hasta allí.

El ejército de Ozmín, antes acampado a los pies del castillo de Turón, había dejado el real abandonado a su suerte al buscar refugio apresurado en el interior del edificio amurallado. Los soldados benimerines no solo habían dado por perdida la batalla al abandonar el lugar del combate, sino que, con ello, también habían perdido el control del que hasta ese momento había sido su campamento.

Al verlo desprotegido, los cristianos no dudaron un instante en ejercer su derecho de despojo como bando ganador y reclamar su botín. Una a una cortaron las telas de las tiendas para, sin más demora, revisar su contenido. Unos con más fortuna, otros con menos, todos quedaron conformes con los objetos de valor que habían arrebatado. Todos menos yo, pues no había dado con el único que poseían los de Ozmín que podía interesarme. Ni todo el oro y riquezas de Teba ni lo que pudiera encontrar en Turón hubiera tenido para mí mayor valor que aquel relicario de plata.

El sol amenazaba ya con ocultarse tras el horizonte cuando mi padre ordenó nuestro regreso al campamento cristiano. De mala gana, los expoliadores aceptaron dar por terminado el despojo. No quedaba otra. Debíamos apresurarnos antes de que se hiciera de noche, si queríamos evitar vernos sorprendidos en una escaramuza nocturna.

Aunque los soldados se sintiesen pletóricos tras la apabullante victoria que les había otorgado aquel jugoso botín, el agotamiento del largo día de lucha aconsejaba evitar por todos los medios que aquellos guerreros que ahora se creían invencibles tuvieran que levantar otra cosa que no fuera un buen vaso de vino para celebrar el trofeo arrebatado y la vida conservada.

Mi padre y yo, por contra, no estábamos para celebraciones. Aún teníamos que rendir cuentas al rey Alfonso XI de Castilla antes de dirigirnos a disfrutar de nuestro merecido descanso.

De camino, aprovechamos para refrescarnos en un balde de agua y limpiarnos la cara y las manos. Nada más entrar en el alfaneque, encontramos al rey junto a una mesa de campaña repleta de comida y bebida, ataviado con una cómoda túnica de seda blanca. Él sí había tenido tiempo para desprenderse hasta de su cota de maya tras enfrentarse en el real a Ozmín, no como nosotros que ni siquiera habíamos podido dedicar un instante a librarnos de las pesadas armaduras con las que habíamos combatido.

—Majestad —saludamos ambos con un signo de respeto.

—Adelante, don Pedro. Adelante. Pensé que os había pasado

algo. Llegué a ponerme en lo peor. Pero por lo que veo, estáis mejor que nunca —dijo complacido mientras daba unas palmaditas a mi padre en el espaldar de su coraza.

Se sirvió vino en una copa y nos ofreció otra a mi padre y a mí. Gustosos, las aceptamos.

—Gracias, majestad. Ha sido un largo día de campaña, pero todo sacrificio parece poco cuando es en favor de un fin como el nuestro. Además, hoy sin duda Dios se ha puesto de nuestro lado, permitiéndonos salvar el real y vencer a Ozmín.

—¿Gracias a Dios? Gracias a Dios, a vuestro buen hacer y a la información de mis espías —se jactó el monarca—, ¡no lo olvides!

—Quiera Dios seguir amparándonos.

—Así sea. Contadme. ¿En qué situación nos encontramos?

—No quisiera pecar de optimista, pero diría que muy favorable, majestad. El apoyo de don Rodrigo Álvarez de Asturias ha sido decisivo para hostigar al diezmado ejército de Ozmín hasta el castillo de Turón. Les hemos obligado a abandonar la almofalla a su suerte, así que no hemos dudado en saquear el desamparado campamento. Tras tantos días de asedio y el duro combate de hoy, nuestras tropas tenían más que merecida esa compensación, que sin duda ayudará a mejorar su ánimo.

—¡Bien hecho, Pedro! Así aprenderá esa vieja rata de Ozmín a respetarnos. Vino a por lana y salió trasquilado —Levantó su copa en un brindis al aire—. ¡Que no se olvide nunca más de con quien está jugándose las barbas!

Levantamos nuestras copas.

—Supongo que ahora estará lamiéndose las heridas y lamentándose en su alcazaba mientras nosotros celebramos nuestra victoria —supuso don Alfonso—. Pero no debemos confiarnos. Ese maldito moro es como una bestia moribunda que ya nada tiene que perder. Debemos estar prevenidos ante un posible ataque desesperado. Hoy, él y yo nos hemos enfrentado cara a cara y en su rostro he visto el de la muerte. Pero no el de la mía, si no el de la suya, que no tardará en llevársele. Tengamos cuidado, no quiera conseguir en su última batalla un acto de heroicidad que lo convierta en leyenda. ¿Con cuántos hombres cuenta?

—No más de medio millar —estimó mi padre.

—Bien. Entonces actuemos con sensatez. Sus fuerzas son insuficientes para liberar el castillo de Teba, pero no para causarnos todavía problemas mientras intentamos capturarlo. Debemos prepararlo todo ya. No podemos demorarlo más.

—Majestad, sería conveniente que pospusiéramos el ataque al menos unos días. Debemos revisar y hacer mantenimientos a los ingenios de guerra antes de trasladarlos a su nueva ubicación en la

zona de ataque sobre la muralla norte.

—Imposible. No podemos arriesgarnos a que reciban refuerzos de Granada.

—No los recibirán. Muhammad IV no debilitará sus fuerzas granadinas para apoyar a Teba; si no, ya lo habría hecho. Además, no nos queda otra que esperar a que las armas de asedio estén listas en su lugar. No podremos superar las murallas sin el apoyo de los fundíbulos. Exponer a nuestras tropas a las flechas enemigas por intentar sobrepasarlas con escalas no parece la mejor idea. Si al menos tuviéramos la torre de asalto…

—Don Pedro, de nada sirve lamentarse ya por lo que no tenemos. Pensemos ahora en cómo evitar que algo así vuelva a suceder. Ocupaos de proteger los ingenios hasta que podamos comenzar el ataque y de estar listo para el asalto. En cuanto caigan sus defensas quiero que vos y vuestros hombres seáis la punta de lanza del ataque y toméis la alcazaba. Ese es vuestro único objetivo, no lo olvidéis. El resto dejádnoslo a nosotros. Don Rodrigo Álvarez de Asturias se encargará de protegeros desde la retaguardia mientras los caballeros escoceses apoyados por un par de batallones de infantería se ocuparán de defender el paso del Guadalteba.

—Me temo que no podremos contar con los escoceses, majestad —informó mi padre.

—¡Esos malditos cruzados de medio pelo! A la primera de cambio se ha visto de qué pasta están hechos. Los que decían que habían venido a estas tierras para cumplir su juramento y no por riquezas, en cuanto han visto a lo que se enfrentaban aquí, han tomado su parte del botín y han salido en estampida, ¿no? Ya estarán camino de su isla atesorando su trofeo mientras imaginan la historia que van a inventarse.

Al escuchar aquellas injustas acusaciones se desató mi lengua:

—Majestad, siento contradecirle, pero no será la cobardía la que impedirá a *sir* Douglas y los suyos acompañarnos mañana en el campo de batalla. No han desertado, han muerto todos como héroes. Pocos caballeros tan honorables como ellos he visto. En especial, *sir* «Black» Douglas, que Dios le dé eterno descanso, pues pocos pueden merecerlo más que él; no abandonó a sus hombres a pesar de ser sabedor de que habían caído en la trampa del *tornafuye* y de que aquella batalla estaba perdida. Luchó con todas sus fuerzas y hasta el último aliento por cumplir el juramento que le había hecho en el lecho de muerte a Robert Bruce. Como el noble vasallo que era, derramó hasta su última gota de sangre por el corazón de su rey.

—Un gesto que le honra, sin duda —dijo sin mostrar mayor entusiasmo—. Álvar, ocupaos de que le entreguen los cuerpos al escocés ese del brazo en cabestrillo y las soldadas necesarias para

asegurarles a él y a los suyos el regreso a casa; que nadie pueda decir que yo, don Alfonso XI de Castilla, no me hice cargo de quienes tanto esfuerzo pusieron por cumplir la voluntad de *su* rey.

—Con gusto lo haría, majestad, pero no hemos podido rescatar ni sus cuerpos ni el relicario. Nada tengo para entregarle a *sir* William Keith de Galston —comuniqué apesadumbrado.

—Entonces no hay más que hablar. Preséntadle nuestras condolencias y déjadle bien claro que no somos culpables de la muerte de *sir* Douglas. Que solo él fue responsable de su infortunio por atacar de por libre sin nuestra autorización.

—Pero…

—He dicho —pronunció don Alfonso, tajante.

Bajé la mirada.

—Ahora, lo mejor será que os apuréis a comunicarle lo sucedido al escocés. Que emprenda cuanto antes su viaje de vuelta. Con toda su compañía masacrada y paseándose por ahí con el brazo roto, nada tiene que aportar; solo puede convertirse en un incordio.

Con un gesto de su mano me indicó que me marchase a cumplir sus órdenes.

# XXVI. Diplomacia

Real de Alfonso XI - campamento cristiano
Proximidades del Castillo de la Estrella, Teba
Al-Andalus
Reino de Granada

Salí del pabellón real intentando controlar el malestar que me había producido la conversación mantenida con don Alfonso XI de Castilla. Todavía no era capaz de encajar que una persona de su alta categoría tuviera tan baja catadura moral.

Levanté mi mirada al cielo y busqué dentro de mí la fuerza necesaria para trasmitirle a *sir* William Keith de Galston la funesta noticia. Quise tomarme mi tiempo para encontrarla, pero no pude. Cuando ya me sentía con el suficiente arrojo como para enfrentarme a tan difícil situación, vi cómo ya se dirigían a mi encuentro *sir* William Keith de Galston y su joven acompañante Alasdair Chilsholm.

—¡¿Dónde está Douglas?! —me interpeló *sir* William exaltado mientras Alasdair se interponía entre nosotros intentando evitar que el caballero y yo llegásemos a las manos.

—*Sir* William, por favor —le rogué.

—¡¿Dónde están todos?! —me requirió de nuevo aún más enfurecido.

Retrocedí un par de pasos en dirección al pabellón real mientras intentaba con mis brazos extendidos mantener alejados a los escoceses.

El alboroto fue tal que hizo salir de su tienda a don Alfonso XI acompañado por mi padre y los ballesteros de maza encargados de la protección del monarca.

—¡Basta! —gritó el rey.

Alasdair se esforzaba con serias dificultades por controlar al encolerizado *sir* William que bufaba como un toro.

—¡Basta ya, he dicho! —insistió don Alfonso.

Di un par de pasos más hacia atrás y me coloqué tras la protección de los ballesteros de maza.

—*Sir* William, estas no son formas de presentarse aquí. ¿Qué pretendéis? —reprendió el monarca.

Alasdair, más tranquilo que su compañero, fue quien tomó la palabra.

—Perdónadle, majestad; *sir* William se encuentra muy afectado —dijo el joven, mostrando sus respetos—. Por las habladurías de los ingleses, hemos conocido el triste destino sufrido por nuestros compañeros y aún se niega a aceptarlo. Insiste en que hasta que no pueda ver con sus propios ojos los cadáveres, no podrá creerlo.

—Me temo que eso no será posible. Tendrá que asumirlo tal cual es. No podemos entregarle los cuerpos, no los tenemos.

—¿Dónde están? ¡Decídmelo! —exigió *sir* William—. Iré yo mismo a buscarlos y, si es necesario, recorreré palmo a palmo el campo de batalla para dar con ellos y con el relicario de Robert.

—De poco valdría. Los cenetes se los llevaron al castillo de Turón.

—¿Al castillo de Turón? ¿A qué estamos esperando entonces? ¡Vayamos allí de inmediato! Recuperaré sus cuerpos aunque sea lo último que haga. Aunque para ello tenga que asaltar de noche ese maldito castillo. Aunque tenga que entregar también yo mi vida por conseguirlos. ¡Si no hubiera tenido este maldito brazo roto habríamos conseguido juntos la victoria o hubiera muerto a su lado!

—¿Asaltar el castillo? —cuestionó mi padre—. Salvo que lo único que pretendáis sea que vuestros huesos se unan a los restos de vuestros compañeros, ya podéis iros olvidando de esa idea.

—Una docena de hombres. Doce de sus mejores hombres, nada más —demandó *sir* William—. Con eso bastaría.

—¿Para qué? ¿Para que tengan una docena más de cadáveres? Ni lo sueñe —refutó el monarca.

—Discúlpeme, mi señor. Nada hay seguro, pero tal vez, y si su majestad lo autoriza, podríamos intentarlo de otro modo —planteé.

—No hay modo. Olvidaos de artimañas o tretas. Si acaso consiguierais entrar en la fortaleza sin ser descubiertos, no habría forma posible de salir de allí con los cuerpos sin ser detectados.

—Salvo que lo hiciéramos a plena luz del día y con el beneplácito de Ozmín —argumenté.

—Habéis perdido el juicio, si pensáis que vais a poder doblegar por la fuerza la voluntad del viejo moro.

—No será fuerza, sino diplomacia, majestad.

—¿Diplomacia? Os equivocáis si creéis que a cambio de esto voy a cederle algo a ese viejo zorro.

—Si tenéis a bien, dejadlo en mis manos, majestad —propuse—. Os prometo que no tendréis que ceder ni un palmo de terreno ni un solo sueldo. Mañana a primera hora saldremos hacia Turón, Alasdair Chilsholm, *sir* William y yo. Si así lo quiere Dios, volveremos trayendo los cuerpos de los escoceses y el relicario. Si no, ruego a su

majestad me permita acompañar a *sir* William en su viaje de regreso a Escocia para dar testimonio junto a él de la valentía de sus compañeros. O en el peor de los casos, Dios no lo quiera, me entierre junto a ellos, si mañana allí encontramos la muerte.

—Volved sanos y salvos. Álvar, id con Dios.

## XXVII. La oferta

Real de Alfonso XI - campamento cristiano<br>Proximidades del Castillo de la Estrella, Teba<br>Reino de Granada<br>Al-Andalus

26 de agosto de 1330

El campamento aún no había despertado cuando *sir* William Keith de Galston, el joven Alasdair Chilsholm y yo emprendimos camino hacia la fortaleza de Turón. Cabalgábamos en silencio a buen ritmo aprovechando el frescor de las primeras horas. *Sir* William había sido partidario de no retrasar nuestra partida; era firme defensor de que lo que hubiera que hacer debía de hacerse lo antes posible. Cuando lo propuso la noche anterior, no pude estar más de acuerdo con él, pero, sin embargo, ahora a la luz del día, yo no lo tenía tan claro.

Conforme nos alejábamos de la seguridad de nuestro real y nos acercábamos al castillo ocupado por las tropas de Ozmín, era más consciente de nuestra situación de indefensión. Atrás habíamos dejado nuestras armas, escudos y yelmos. Solo la bandera blanca que enarbolaba el joven Alasdair podría darnos protección a partir de ese momento, más allá de nuestras cotas de malla.

Un trozo de tela.

¡Un maldito trozo de tela!

En eso habíamos depositado toda nuestra esperanza.

He de reconocer que en aquel instante me invadió la duda. Quizá había confiado demasiado en que los más radicales guerreros de las huestes musulmanas respetasen las más básicas normas de la caballería.

No tardaría en comprobarlo de primera mano.

Una nube de polvo me anticipó una visión que me heló la sangre. Al otro extremo del llano, vi aparecer un grupo de cenetes listos para la batalla.

—¡Alto! —exclamé firme.

*Sir* William Keith de Galston y el joven Alasdair se detuvieron de inmediato.

Mi instinto de supervivencia, espoleado por mis anteriores dudas, me llevó a mirar a mi alrededor buscando un posible refugio cercano. No pude encontrarlo, no había a nuestro alcance lugar donde ocultarse en aquel páramo.

Alasdair clavó sus ojos azules exigiéndome qué hacer.

—Quietos. Debemos mantener la calma. Si nosotros los hemos visto, sin duda ellos también nos habrán visto a nosotros. Huir no nos serviría de nada.

La columna se aproximaba hacia donde nos encontrábamos sin variar ni su ritmo ni su dirección. En solo unos minutos estarían a nuestro lado.

Según se aproximaban, fui capaz de valorar aquella fuerza. Se trataba de un centenar largo de hombres; como mucho, cuarto de millar.

Cuando ya los teníamos casi encima, comprobé cómo, ajenos a nuestra presencia, el grueso de la columna seguía su camino hacia el valle del Salado. Solo dos de los jinetes de la cabecera se detuvieron a nuestra altura a una distancia prudencial.

—¿Qué hacen? —me preguntó Alasdair, intrigado.

—No lo sé —confesé—. Supongo que están valorando nuestras intenciones y si pueden fiarse de nosotros o suponemos un peligro para ellos.

—Ahora me dejas más tranquilo —mintió.

Mantuvieron su posición hasta que terminó de pasar toda la columna. Entonces, otros dos jinetes, esta vez de la zaga, se unieron a los que habían abandonado la cabecera. Les bastó con intercambiar unas pocas palabras entre ellos para picar espuelas y dirigirse hacia donde nosotros estábamos. Al galope, dieron un par de vueltas a nuestro alrededor observándonos.

*Sir* William Keith de Galston frunció el ceño, apretó los dientes y sujetó con firmeza las riendas del caballo.

Yo hice lo propio al ver cómo el nerviosismo invadía hasta a mi tranquilo Flagelo. Respiré hondo tratando de mantener la calma. Ni siquiera a mí me resultaba fácil, ya que en mi cabeza bullía ya la posibilidad de tenerme que enfrentar inerme a aquellos guerreros. Por eso, me preparé para, si el combate se hacía inevitable, emprender una inmediata huida.

Para nuestra sorpresa, no fuimos nosotros los que tuvimos que espolear a nuestras cabalgaduras para salir de allí a toda prisa. Fueron ellos los que se retiraron a uña de caballo. Así, cada pareja de jinetes abandonó el páramo en una dirección opuesta. Los de la cabecera en dirección al Salado y los de la zaga, a toda prisa, hacia Turón.

—¿Qué hacemos ahora? —me preguntó Alasdair.

—Sigamos nuestro camino; no queda otra.

Cuando llegamos a los aledaños del castillo, ya no quedaba ni rastro de los dos jinetes que se nos habían adelantado. Por contra, lo que sí que vi con claridad fue a los miembros de la guarnición que defendían la fortaleza que, sin duda, estaban al tanto de nuestra llegada.

Con cuidado de no quedarnos a tiro de flecha, nos aproximamos lo más posible a la entrada. Desde allí, escuchamos con claridad una voz firme lanzando órdenes más allá de las murallas. Acto seguido se abrieron las puertas y salieron a nuestro encuentro los dos jinetes que ya conocíamos y que a partir de ese momento se encargarían de nuestra custodia.

Recorrimos el interior del castillo hasta llegar a una gran sala, sin saber aún si éramos acogidos como visitantes o como rehenes. En ella, rodeado por la penumbra, nos recibió recostado sobre unos cojines Ozmín. Ajeno a nuestra entrada, en la mano sujetaba a la altura de sus ojos el relicario de Robert Bruce. En silencio, lo observaba con gran interés como si fuera cosa de otro mundo. Casi como si aquel objeto hubiera caído del mismísimo cielo. Con cuidado, lo apoyó sobre una bandeja en la que descansaba el sobreveste estrellado albiazul de *sir* James «*Black*» Douglas. Con la ayuda de uno de sus guardias personales como intérprete, se dirigió a nosotros tras ofrecernos bebida y asiento:

—Contadnos. ¿Es cierto lo que dicen? ¿Es verdad que este es el corazón de un rey? —nos tradujo el guardia con un castellano de frontera más digno de lo que a priori podría suponerse.

—Así es. Ese es el corazón de Robert Bruce, el primer rey de Escocia —dije con un orgullo que se reflejó de inmediato en los ojos de *sir* William Keith de Galston y del joven Alasdair Chilsholm.

Los escoceses no tardaron ni un segundo, tras escuchar el nombre de su monarca, en cambiar su posición por la de firmes y bajar la cabeza para mostrar así sus respetos hacia los restos recogidos en el relicario.

—Y, por lo que veo, quien os acompaña son sus más fervorosos vasallos.

—Ahora no creo que queden otros más fervientes que *sir* William y Alasdair, pero estoy seguro de que, si conociese cómo lucharon *sir* Douglas y los suyos por cumplir el juramento dado a su rey, no dudaría ni un segundo en concederles también ese mérito.

—Lo conozco, lo conozco. Lo que hizo ese loco escocés ha ido de boca en boca por nuestra soldadesca. Muy grande tuvo que ser su rey para tener tan buenos vasallos. Capaces de abandonar sus lejanas tierras para dejarse aquí la vida luchando contra nosotros por cumplir su promesa.

—Por eso hemos venido a su presencia. No creemos que sea de

justicia que, aquellos que dejaron su vida aquí por dar cumplimiento a un juramento real, tengan que sufrir que sus restos queden lejos de su tierra para siempre.

Ozmín quedó en silencio mientras valoraba lo que acababan de transmitirle.

—¿Qué tenéis para ofrecerme? —preguntó pensativo, al rato.

—Nada puedo ofreceros que esté en mi mano.

Ozmín suspiró decepcionado.

—Entonces, ¿por qué creéis que debería hacerlo?

—Porque lo que puedo ofreceros vale más que el oro. Vale más que una victoria o una rendición.

—Explicaos entonces.

—Si nos entregáis el relicario y los cuerpos de los escoceses, prometo dejar a todos bien claro cuán magnánimo fue Ozmín en esta ocasión. Los hombres de Robert Bruce no volverán a levantar un arma contra vosotros y regresarán a Escocia extendiendo entre la cristiandad la historia de vuestra grandeza.

Entonces, como en una revelación, recordé la enseñanza que me diera el infante don Juan Manuel y añadí:

—Así se dará cumplimiento en vos a la sentencia: murió el hombre, pero no murió su nombre.

El general benimerín me lanzó una mirada que me heló la sangre justo antes de pronunciar una orden indescifrable para mí, pero que no tardé en entender cuando vi cómo su guardia personal iba directa hacia nosotros.

*Sir* William Keith de Galston se revolvió como un chiquillo a pesar de su brazo roto. Con una agilidad que no le sospechaba, le vi liberarse del cabestrillo. Entonces, temí que fuera a cometer una locura, que durante todo este tiempo hubiera ocultado una daga entre los pliegues de su vendaje y ahora, al ver que nuestra misión parecía próxima a fracasar, hubiera decidido vengar las muertes de sus compañeros.

Por suerte para todos, *sir* William solo ocultaba su maltrecho brazo bajo la venda. Aunque eso no nos libró de que acabaran echándonos del castillo como si nosotros fuéramos vulgares montaraces beodos arruinados, y aquella fortaleza, la más ruin de las tabernas.

Nada más que Alasdair recogió del suelo la bandera blanca, nos dirigimos hacia donde habían tenido a bien dejar atados a nuestros caballos.

*Sir* William Keith de Galston dirigió una última mirada al castillo antes de montar; dolorido, era incapaz de encontrar consuelo a la impotencia que sentía. ¿Cómo iba a volver ahora a Escocia?

Alasdair, sujetándole el estribo, le ayudó a subir a la silla.

Vencidos por las circunstancias, emprendimos el camino de vuelta al real cristiano.

# XXVIII. Murió el hombre…

Real de Alfonso XI - campamento cristiano
Proximidades del Castillo de la Estrella, Teba
Reino de Granada
Al-Andalus

Noche del 26 de agosto de 1330

*Sir* William Keith de Galston, Alasdair Chilsholm y yo cruzamos el Salado sin oposición alguna ante la atenta mirada de los cenetes que defendían la orilla. Durante todo el camino de vuelta desde el castillo de Turón, ninguno habíamos pronunciado palabra. Cabalgábamos al paso con la cabeza gacha mascando el dolor como si royésemos un duro hueso. Al llegar a nuestra margen, un par de caballeros a las órdenes de mi padre se dirigieron hacia nosotros para darnos protección hasta que llegásemos al pabellón real.

—Así llevan todo el día, quietos en el mismo lugar —nos explicó uno de los caballeros mientras nos acompañaba a ver a mi padre y al rey—. Solo han cruzado el río en alguna que otra escaramuza cuando nos hemos confiado y nos hemos acercado demasiado al agua. Al parecer, han estado dispuestos a respetar la tregua hasta que volvierais, pero no sabemos cuánto durará la calma.

—Me temo que no mucho —comenté con tan poco entusiasmo que se dio por terminada la conversación en ese mismo momento.

No tenía ninguna gana de hablar y mucho menos de dar explicaciones sobre lo que había pasado con Ozmín en el castillo de Turón. Sin problema, conseguí librarme de hacerlo frente al miembro de la guardia del Guadalteba, pero no me iba a quedar más remedio que exponerles lo allí sucedido a mi padre como Mayordomo Real y al mismísimo rey de Castilla.

—Álvar, ¿qué nuevas traéis? —preguntó don Alfonso XI de Castilla nada más que nos presentamos en su pabellón— Aunque, viendo vuestras caras, ya puedo suponer que no muy buenas.

—Bien suponéis, majestad, no son buenas nuevas las que traigo —dije apesadumbrado—. Ozmín no ha atendido a razones. No ha querido entregarnos ni el relicario ni los cuerpos sin recibir nada a

cambio. Y nada tenía yo que ofrecerle como vos bien sabéis.

—Álvar, Álvar —dijo mientras negaba con la cabeza—. ¿Qué creías que ibais a conseguir? ¿Ablandar el corazoncito de ese viejo chacal? Poco conocéis a Ozmín, si pensabais que ibais a poder convencerle con buenas palabras.

—Majestad, siento mi atrevimiento, pero pensé que Ozmín daría muestras de benevolencia en un caso como este. No hubiera sido la primera vez que se ha mostrado magnánimo en circunstancias similares. En su día, el infante don Juan Manuel me contó cómo el propio Ozmín había presidido la guardia de honor que el sultán Ismaíl I de Granada ordenó instalar en la Alhambra en homenaje de los infantes don Pedro y don Juan de Castilla, fallecidos en el sitio a su fortaleza.

—Un sultán de Granada rindiendo honores a los hijos de un rey que murieron mientras asediaban la capital de su reino, ¡ja! eso es una cosa. Una caballerosidad que dudo conozca ese perro de Ozmín. ¿Pero pretender que ese maldito mostrase algún tipo de compasión con unos cruzados extranjeros? Eso no puedo ni siquiera imaginármelo.

Don Alfonso se sirvió una copa de vino, pero no tuvo tiempo de degustarla.

—Majestad, tenéis que acompañarme a ver esto —dijo don Rodrigo Álvarez de Asturias, que acababa de entrar de forma precipitada en el pabellón real acompañado de uno de sus vigías.

—¿Qué sucede, don Rodrigo?

—Mi señor, será mejor que lo veáis con vuestros propios ojos.

Salimos de la tienda para contemplar aquello que exigía la inmediata atención del monarca castellano. Al verlo, todos entendimos que no era para menos.

Una hilera de luces cruzaba el arroyo Salado en dirección a nuestro real. Se trataba de dos filas de cenetes con antorchas en sus manos. Avanzaban despacio, al paso. Escoltaban a unos soldados a pie que actuaban como portadores. Cargaban sobre sus hombros unos tablones cubiertos por telas. Al frente de todos ellos, me pareció distinguir al guardia de Ozmín que nos había servido de intérprete durante nuestra reunión en el castillo de Turón. Junto a él, otro de los guardias enarbolaba bien visible una bandera blanca.

No había duda, eran ellos.

Un sentimiento extraño se apoderó de mi alma.

A un centenar de metros del límite de nuestro campamento, el cortejo fúnebre se detuvo. Los jinetes desmontaron de sus monturas y quedaron a la espera de que nos acercásemos hasta donde ellos se encontraban.

Con el permiso de don Alfonso XI de Castilla, *sir* William Keith

de Galston, Alasdair Chilsholm y yo fuimos al encuentro de los recién llegados.

Nada más bajar de nuestros caballos, nos saludaron con respeto los guardias de Ozmín para acto seguido, con profusa ceremoniosidad, ofrecerme el relicario con el corazón de Robert Bruce mientras me decía:

—«Murió el hombre, pero no su nombre», recordad vuestra promesa. No olvidéis que fueron Ozmín y el sultán Muhammad IV, y no otros, quienes os entregaron los cuerpos de tan honorables caballeros y este relicario. ¡Que toda la cristiandad conozca la magnanimidad de nuestro general!

—¡Así sea!

Emocionado, me giré hacia *sir* William y le entregué la cajita de plata y esmalte. En silencio, lo recibió el escocés con mano temblorosa. Una mezcolanza de sentimientos lo embargaba. Sus ojos se habían llenado de lágrimas, pero en sus labios se atisbaba el bosquejo de una tímida sonrisa de satisfacción. Al fin podría volver a Escocia con la frente bien alta para dar sepultura al corazón de Robert Bruce tras cumplir la promesa de *sir* Douglas.

El trujamán de Ozmín, con un gesto de su brazo, me pidió que le acompañara hasta el primero de los tableros que cargaban los porteadores. Con cuidado, lo apoyaron en el suelo. Al retirar la tela, descubrí bajo ella el rostro de *sir* James «Black» Douglas.

Uno de los cenetes se acercó para entregarnos el sobreveste del escocés y su espada. Alasdair Chilshol no pudo evitar que se le desbordasen las lágrimas al recibirlos, colmado de emoción.

Uno a uno, se repitió el mismo ritual con cada uno de los cadáveres de los caballeros de Robert Bruce, hasta que todos los cuerpos fueron entregados.

A la orden del trujamán, sus hombres montaron de nuevo y volvieron grupas hacia el castillo de Turón.

—Un día para nosotros, otro día para vosotros —se despidió el trujamán de Ozmín, parafraseando el refrán árabe equivalente al castellano «hoy por ti, mañana por mí»—. ¡Ojalá esa fecha sea lejana!

No esperó a recibir respuesta por nuestra parte.

## XXIX. La toma

Real de Alfonso XI - campamento cristiano
Proximidades del Castillo de la Estrella, Teba
Al-Andalus
Reino de Granada

30 de agosto de 1330

Tras la entrega de los cuerpos y del relicario, no recibí ningún tipo de rectificación o felicitación por parte de don Alfonso XI de Castilla. Tampoco la esperaba. Si algo había aprendido sirviendo al rey a la sombra de mi padre eran los defectos del monarca. Lo más parecido que obtuve fue el permiso para acompañar a *sir* William y a Alasdair durante los funerales y los preparativos de los cuerpos antes de su regreso a Escocia. Eso me bastó para sentirme más que honrado por parte de los escoceses, que aceptaron mi ayuda como uno más de los suyos.

Con el más sincero de los respetos, y ayudados por los cruzados que habían luchado años antes en Tierra Santa, procedimos a preparar los cadáveres como era costumbre en aquellas lejanas tierras. El viaje de regreso a Escocia era demasiado largo como para poder transportar los restos sin realizarles ningún tipo de tratamiento, pero el embalsamamiento no era una opción posible. Así que, uno a uno, les fue extraído el corazón y las vísceras. Sin demora, los cruzados hirvieron los restos durante horas hasta que pudieron separar la carne de los huesos con facilidad. Nunca olvidaré ese olor ni la sensación que me produjo ver ese amasijo de carne y huesos en el que se habían convertido los honorables *sir* James «*Black*» Douglas y sus compañeros.

A la espera de que *sir* William y Alasdair pudieran entregar los huesos a los familiares de los caballeros para enterrarlos allá en Escocia, buscamos un lugar aquí que sirviera de campo santo para los despojos que no podrían acompañarlos.

Solo años después, supe que aquella práctica de descuartizar y hervir los cuerpos para separar los huesos y la carne era causa de excomunión. Por suerte, quedé más tranquilo al saber que, en el caso

de Robert Bruce, *sir* James «*Black*» Douglas y sus compañeros, el papa Juan XXII, al saber la historia al completo con su trágico final, no había tardado en ordenar al obispo de Moray que levantase cualquier condena al respecto.

Me despedí de *sir* William y Alasdair con el convencimiento de que nunca más volvería a verlos y con la certeza de que, según ellos me habían hecho conocer, no todos los reyes eran iguales. A lomos de Flagelo, vi cómo se alejaban de la batalla que a punto estaba de comenzar, pero que ya no era la suya.

Sin embargo, yo estaba libre de la promesa que a ellos les impedía luchar aquella jornada contra el moro. Así que piqué espuelas y me dirigí raudo a unirme a las tropas comandadas por mi padre.

Lo encontré capitaneando el despliegue de los ingenios de guerra que llevarían el peso principal del asedio. Aquel día treinta de agosto había sido el elegido para el asalto final, ante la confirmación de que los cenetes de Ozmín habían dejado de plantar cara a las tropas cristianas en el entorno del Guadalteba.

El día anterior, Ozmín había intentado una última maniobra desesperada para que las tropas del castillo mantuvieran el ánimo y resistieran. Con las escasas fuerzas que le quedaban —no más de doscientos hombres—, se había dirigido al río, donde quinientos caballeros cristianos que se encontraban en las proximidades le hicieron frente a pie sin que don Alfonso lo ordenara. Ozmín trató de aplicar el *tornafuye* una y otra vez, pero tras conseguir solo medio centenar de bajas enemigas, tuvo que desistir. El rey don Alfonso XI, al conocer lo que sucedía, envió un refuerzo de caballeros para estabilizar la posición. Cada uno de los ejércitos dominaba una de las orillas del río, pero ninguno se decidió a atacar. Al llegar la noche, los musulmanes se retiraron al castillo de Turón.

El rey Alfonso XI, tras la experiencia de la última jornada y viendo que los cenetes no se presentaban por la mañana, organizó el ataque final contando con todo su ejército, tras convencerse de que los del general benimerín no acudirían esta vez al rescate de la fortaleza.

Los fundíbulos estaban preparados para castigar las murallas; el ariete, listo para atacar la puerta principal y, para orgullo de mi padre, los ingenieros habían podido terminar a tiempo la construcción de la torre de asedio encargada de sustituir a la perdida solo unos días antes.

El ejército cristiano al completo rodeó la fortaleza.

Siguiendo las indicaciones de mi padre, todos los fundíbulos concentraron sus esfuerzos en el mismo punto de la muralla. Como el redoble de un tambor, uno tras otro fueron chocando los bolaños contra el muro hasta que la parte superior de este no pudo soportar más el ataque y terminó por colapsar.

—¡Ahora! ¡La bastida! —ordenó mi padre señalando el punto exacto en el que había conseguido doblegar las defensas del castillo.

Los fundíbulos detuvieron su furia; ahora era el momento de olvidar las piedras.

Al ver el portillo provocado en el muro y cómo se aproximaba hacia él la torre de asedio, la guarnición mora concentró allí sus fuerzas. Desde el adarve volaban las saetas en un esfuerzo vano por detener el avance cristiano. Lejos de conseguirlo, solo lograron que desde las plantas superiores del ingenio les respondieran los ballesteros castellanos con sus propios proyectiles.

En un intento desesperado por repeler el ataque, los musulmanes dirigieron sus flechas incendiarias hacia el ingenio de guerra. Una tras otra, las cabezas ardientes se clavaban en las pieles mojadas que cubrían la estructura sin poder cumplir su cometido.

—¡Bajad el puente! —se escuchó gritar a una voz recia.

Una vez que este estuvo asegurado sobre los restos de la muralla, los soldados cristianos de su interior salieron a la carga en cerrada formación de ataque. Tras vencer la defensa de los arqueros, la lucha se recrudeció. Los sitiados no iban a entregar tan fácilmente la ciudadela en la que se refugiaban sus familias a los invasores. Con las adargas en sus antebrazos y empuñando las espadas, luchaban a brazo partido por defender la posición.

Ante las manifiestas dificultades que estaba teniendo el primer destacamento para superar aquel escollo, los caballeros abandonamos nuestras monturas y nos dispusimos a conquistar la fortaleza a pie.

Nuestro apoyo fue fundamental para doblegar la resistencia en aquel punto y hacer retroceder a la guarnición hasta la torre del homenaje.

La victoria de nuestras tropas era indiscutible y la rendición de aquellos que se habían amparado en el interior de la torre del homenaje, inevitable. Por eso, no nos sorprendió que el alcaide de Teba se mostrase dispuesto a rendir la ciudad a nuestro rey en las más lamentables condiciones: los habitantes de Teba saldrían de allí entregando la villa con todo lo que en ella hubiera, desde el pan a las armas. Lo que me sorprendió fue que, tras el gesto de magnanimidad que Ozmín había mostrado con los caballeros escoceses, don Alfonso XI de Castilla no siguiera su ejemplo. ¿Cómo era posible que un rey que decía luchar por la cruz acabara obligando a abandonar su villa a todos los tebeños —desde el más niño al más viejo— literalmente con lo puesto?

En aquel momento no lo sabíamos, pero quizá hubieran cambiado mucho las cosas, si aquellos días, Ozmín, en vez de estar en las postrimerías de su vida, hubiera tenido la fuerza de su juventud para hacer frente a don Alfonso XI de Castilla.

# XXX. Rebeldía

La victoria cristiana obtenida sobre los nazaríes por don Alfonso XI de Castilla y la posterior firma de la paz de Teba, seis meses después, lejos estuvo de llevar la paz al reino castellano. El infante don Juan Manuel y su aliado don Juan Núñez de Lara, supieron ver que aquella era una buena ocasión para alzarse de nuevo en rebeldía mientras el monarca castellano se esforzaba por combatir contra las tropas granadinas.

Con lo que no contaban los sublevados era con la reacción del joven rey castellano. Tras la batalla de Teba, reunió ante sí a sus comandantes para darles indicaciones sobre cómo actuar:

—No voy a consentir que se reactiven viejas rebeliones en mi reino. Si don Juan Núñez de Lara y el infante creen que pueden sublevarse, nos tendrán siempre enfrente. Don Pedro, vos y don Juan Alfonso —dijo dirigiéndose a mi padre y al de Alburquerque—, tomad los caballeros y peones que consideréis necesarios para sofocar esa rebelión. Vuestro trabajo aquí ha terminado; otros habrá que se ocupen de ello.

La decisión de dividir sus fuerzas entre la defensa del reino en Castilla y la lucha contra el moro parecía a priori arriesgada, pero no tardó en mostrarse acertada cuando comenzaron a caer en poder de las tropas reales las primeras fortalezas rebeldes.

No obstante, aquellos tiempos no fueron solo dedicados por el monarca a hacer la guerra; también tuvo tiempo para el amor como demuestra que en los años siguientes no solo tuvo un hijo, sino dos. Uno de ellos, de su esposa doña María de Portugal, el infante don Fernando, que, lamentablemente, moriría un año después de nacer. Y, otro, don Pedro de Aguilar, fruto de su relación adúltera con doña Leonor, al que el rey reconocería otorgándole el señorío de Aguilar de Campoo y dándole ese apellido.

Don Alfonso XI siempre había defendido su relación infiel con doña Leonor de Guzmán escudándose en la dificultad de la legítima reina para engendrarle un descendiente varón. Ahora, con la llegada de sus vástagos, encontraba resuelto ese contratiempo por partida doble. Sin embargo, en vez de encontrar una solución, lo que hizo fue multiplicar por dos el problema. Tendría que lidiar con el

inconveniente de críar a dos hijos, uno legítimo y otro bastardo, bajo el mismo techo. Don Alfonso trataría de darle solución encargando que se ocuparan de su cuidado sus privados. Sin embargo, poco durarían los problemas ya que los niños no vivirían más allá de los primeros años de infancia.

Para enojo del rey de Portugal, tras nacer los infantes, don Alfonso XI de Castilla, lejos de abandonar la relación adúltera que mantenía con doña Leonor de Guzmán, siguió compatibilizándola con su matrimonio regio con doña María de Portugal.

Todo eran problemas para el rey portugués, padre de la reina castellana. Si ya no era poco el dolor que sentía don Alfonso IV de Portugal por el trato que recibía su hija por parte del monarca infiel, a ello se añadía que el matrimonio organizado entre su hijo don Pedro de Portugal y doña Blanca se estaba demostrando un fracaso. La esposa del heredero de Portugal era una joven enfermiza que a ojos de todos sería incapaz de traer al mundo un heredero varón sano que garantizase la sucesión de la corona en el reino luso. Por todo ello, don Alfonso IV decidió que sería conveniente buscar una nueva esposa para su legítimo sucesor, aunque, a su pesar, para ello tuviera que invalidar las primeras nupcias contraídas con doña Blanca de Castilla.

Entre todas las opciones que podía plantearse, una lució como la más deseable: una bella joven doncella de contrastada buena salud, hija de una importante figura castellana de demostrada valía guerrera, solvencia económica e influencia política. La joven que reunía todas aquellas características no era otra sino mi prima Constanza Manuel de Villena, la hija del infante don Juan Manuel que don Alfonso XI todavía mantenía presa en el alcázar de Toro.

La mejor elección posible para el monarca portugués era, sin embargo, la alternativa menos deseable para el rey castellano.

Ni en su peor pesadilla podía imaginar que pudiera darse el caso de lo que ahora estaba sucediendo.

El heredero del reino portugués había puesto sus ojos en la misma joven que don Alfonso XI había desposado años atrás solo por evitar una temible alianza entre sus dos mayores enemigos de aquel momento. Lo que no sabía entonces es que aquella decisión solo le haría saltar de la sartén para caer en las brasas.

Don Juan Manuel y el infante don Pedro de Portugal habían llegado a un acuerdo prematrimonial y por ello, desde la Corte portuguesa solicitaban al rey castellano la venia para celebrar el enlace y permitir a doña Constanza su salida a Portugal. Si concedía la autorización, se forjaría una alianza mucho más potente de la que antes evitase entre don Juan Manuel y el asesinado don Juan de Haro, el Tuerto. Si la negaba, se enfrentaría a la oposición del monarca luso.

Por más que demorase dar una respuesta afirmativa o

negativa, algún día tendría que dar contestación.

Al final, fue su silencio el que habló por él.

Don Alfonso IV de Portugal entendió su tardanza como una velada negativa. Entonces, conocedor de que disponía de contactos próximos a él que tenían influencia sobre el monarca castellano, se decidió a mover algunos hilos. Se comunicó con don Pedro Fernández de Castro y le recordó su infancia compartida en la Corte lusa, el apoyo que había recibido de él en todo momento y la promesa de recompensarlo si conseguía convencer a don Alfonso XI. De igual manera procedió el monarca con su sobrino don Juan Alfonso de Alburquerque.

Sin embargo, no sería solo el rey portugués quien moviese ficha intentando hacer valer su influencia en la Corte de Valladolid. Por más que el monarca castellano hasta ese momento hubiera permanecido callado respecto al tema, eso no significaba que fuera a permanecer impasible. Así, para sorpresa de mi padre, un día le hizo llamar a su presencia sin previo aviso.

—Mi señor —se presentó don Pedro Fernández de Castro.

—Adelante, don Pedro.

—¿En qué puedo serviros, majestad?

—Bien sabéis el motivo de mi llamada —anticipó con gesto serio—. No lo esperaba de vos. ¿Quién me iba a decir que ibáis a conspirar a mis espaldas con la corona portuguesa? Del de Alburquerque podría sospecharlo, ¿pero de vos?

—Deben de haberos informado mal, mi señor.

—¿Acaso no os habéis reunido con don Alfonso en secreto?

—A veces, la discreción puede confundirse con la clandestinidad, y las mejores intenciones, con conjuras y conspiraciones.

—Entonces, no lo negáis.

—No podría negar lo que es cierto. Me reuní con el rey de Portugal, no lo niego. Mas nunca nadie tuvo mejores intenciones que las mías.

—¿Desde cuándo la traición a vuestro rey es una buena causa?

—No lo es ni lo ha de ser. Sin embargo, los que de mi reunión os han informado están muy equivocados. No fui allí con intención de beneficiar a Portugal en perjuicio de nuestro reino, sino todo lo contrario. Busqué aprovechar mi posible influencia sobre su rey a favor de nuestros intereses. Don Alfonso conserva conmigo un lazo de amistad desde que de niños nos criamos juntos. Por eso, consideré que si alguien podía hacerle cambiar de opinión ese era yo. Nadie más creo que pueda convencerle. Por más inconveniente que resulte el enlace, no pretende renunciar a doña Constanza. Está dispuesto a enemistarse con vos por casar al infante don Pedro de Portugal con

ella. Así me lo ha transmitido.

—Malos consejos ha recibido, si piensa así.

—Cierto es y así se lo dije cuando me reuní con él. Le hice saber que su obcecación en unirse con Constanza y, por consiguiente, con la familia de don Juan Manuel, solo le traería problemas. Que esa unión acabaría desatando la guerra entre ambos reinos. Algo que en nada beneficia a ninguno. Debemos mantener la cordura. No podemos llevar a los reinos a la guerra por esta causa.

—Don Pedro, entreveo en sus palabras la derrota. La entrega. No soy capaz de distinguir si quien habla por su boca es mi leal caballero o los intereses que este mantiene al otro lado de la frontera. Y eso, sin duda, me preocupa. Sé que ha de pesar también en vos la amistad que mantuvisteis con el rey de Portugal durante vuestra niñez. No dudo que se deberán favores; no muchos, espero. Y por si esto fuera poco, conozco que algunas de vuestras posesiones se encuentran más allá de la raya. Sin embargo, también sé que vos siempre me habéis sido leal. No olvido los lazos de familia que nos unen, y que espero pesen más que una infantil amistad.

—Don Alfonso, no lo olvido.

—En ello confío. Además, quiero que lo tengáis presente. Por más tierras e intereses que tengáis al otro lado de la frontera, vuestra lealtad debe de estar de este lado.

—Lo está, mi señor. Lo está.

—No lo dudo, pero tampoco quiero que vos lo dudéis. Por ello, por si acaso no fueron suficientes tanto las nuevas posesiones que he dado a vuestra familia como las que os habían sido usurpadas y os he devuelto, os prometo nuevas tierras y señoríos, si lleváis a buen término esta empresa.

—Majestad… —intentó interrumpir don Pedro.

—Mas sé que no todo en la vida son señoríos y castillos, cargos y posesiones. Si no me equivoco, tenéis una hija, ¿verdad, don Pedro?

—Siento tener que corregirle, majestad. Son dos.

—¿Dos? No tenía conocimiento.

—Inés, de diez, y la pequeña Juana, que acaba de nacer.

—Don Pedro, siempre os he tenido por leal. Sé que sois valeroso en la batalla y cabal en tiempos de paz. No olvido que compartimos la misma sangre. Nuestro abuelo, el rey Sancho IV de Castilla, vería con buenos ojos la propuesta que he de haceros. No podemos admitir que el matrimonio que nos preocupa se lleve a cabo. Hemos de impedir por todos los medios la unión de don Alfonso de Portugal y doña Constanza. Sin embargo, creo que este también es el momento adecuado para que la familia real y la de los De Castro se vuelvan a unir —se tomó su tiempo para darle toda la importancia que su ofrecimiento exigía—: me gustaría que mi hijo el infante don

Enrique se casase con vuestra hija.

—¡Pero si vuestro hijo, el infante don Enrique, es solo un bebé! —tartamudeó perplejo.

—Eso no ha de ser problema. Es una promesa a futuro que, si logramos evitar la boda de Constanza, llegado el momento, se ha de cumplir.

—Don Alfonso, me siento halagado.

—No quiero que creáis que son vanas ofertas a futuro lo que os hago. Promesas y promesas. Por tanto, para que tengáis certeza de que vuestro único interés ha de ser estar a mi lado, desde hoy quiero que ocupéis el cargo militar más importante del reino y, por eso os nombro Alférez Real.

—Dejad de mi mano hablar con el señor de Alburquerque. Yo me encargaré de que don Juan Alfonso no tenga dudas de a quién debe obediencia.

—Así sea.

Don Alfonso IV de Portugal, al enterarse del fulgurante ascenso militar de don Pedro Fernández de Castro y, tras comprobar que el señor de Alburquerque seguía a las órdenes del gallego, fue consciente de en qué bando se habían posicionado sus dos confidentes. Por si esto fuera poco, don Alfonso XI de Castilla seguía sin autorizar el traslado de doña Constanza y continuaba ofendiendo públicamente a doña María de Portugal debido a su prolífica relación adúltera con Leonor de Guzmán.

Si el joven rey castellano así lo quería, no le dejaba otra opción.

Si quería guerra, habría guerra entre ambos reinos.

## XXXI. El duelo

1336

Las ofensas por parte de Alfonso XI al monarca portugués no dejaban de sucederse. Su amante doña Leonor de Guzmán había tomado un papel preeminente en la Corte que la llevaba hasta a reunirse con embajadores extranjeros y asesorar en el día a día al monarca, llegando al punto en el que la reina, doña María de Portugal, fue relegada y excluida en el monasterio de San Clemente en Sevilla. Ante tal actitud del joven monarca castellano, la declaración de guerra del rey portugués no se hizo esperar. Los portugueses tomaron la iniciativa atacando la frontera gallega mientras los rebeldes don Juan Manuel y don Juan Núñez de Lara se unieron al bando luso con el que compartían intereses abriendo otro frente en Castilla.

No tardó en llegar la respuesta del rey castellano, que, acompañado de las tropas comandadas por mi padre, Don Pedro Fernández de Castro, y de Don Juan Alfonso de Alburquerque, sitió Lerma, plaza en la que se había refugiado don Juan Núñez de Lara.

No obstante, al poco tiempo, mi padre tendría que abandonar ese cerco por orden del rey. Sabedor como era este de que su enemigo don Juan Manuel se había hecho fuerte en el castillo de Peñafiel, envió a su Alférez Real al frente de una tropa de ochocientos caballeros gallegos con la intención de rendir nuestro castillo.

Nunca olvidaré la sensación que me produjo ver aparecer las huestes de mi padre dispuestas a asediarnos, pero mucho menos, la cascada de sentimientos que viví cuando, tras cercar nuestra fortaleza, mi padre pidió una reunión de urgencia. Para sorpresa de todos, había insistido en que solo parlamentaría conmigo y con nadie más. La propuesta que quería plantear a mi custodio, el infante don Juan Manuel, sabía bien que era inaceptable venida de labios de cualquier otro, pero transmitida de los míos era aún más sorprendente.

—Señor, traigo la oferta que mi padre os quiere hacer.

—Dime, qué se le ha ocurrido al gran Alférez Real.

—Perdonad que tenga que ser yo quien os la trasmita. Me ha dicho que ningún sentido tiene que se enfrenten vuestros ejércitos en batalla campal.

—Has debido entenderle mal o te confundes de hombre. Dudo mucho que tu padre haya venido hasta aquí para ahora expresar su renuncia.

—Me insistió en que, por el respeto que os tiene y, disculpadme, por la nunca suficientemente agradecida generosidad que vos tuvisteis al darnos amparo a Inés y a mí, no quiere que la tierra de Peñafiel se anegue de sangre. No cree que haya necesidad de sacrificar tantas vidas, cuando todo puede resolverse en un combate singular —me resistí a decir yo, consciente de lo que suponía, pero no pude dejar de trasmitir la oferta.

El infante don Juan Manuel sabía lo que implicaba aquel ofrecimiento. Si aceptaba el reto, tendría que luchar cara a cara contra mi padre, el mismísimo campeón de las justas de la Diócesis de Santiago. Una ordalía en la que, si bien Dios podía tener dudas de a favor de qué bando posicionarse, las opciones de victoria estaban claramente decantadas en contra del infante, mi custodio.

El tiempo se agotaba y el señor de Villena y Peñafiel debía dar respuesta al ultimátum. Desde la torre del homenaje, observaba las huestes alfonsinas rodeando su castillo. Se le acababa el tiempo y las opciones. Si aceptaba el reto de mi padre, tenía asegurada la derrota, pero mantendría las vidas de sus tropas y su honor. Si no lo aceptaba, solo tenía dos elecciones posibles: salir a combatir a campo abierto en busca de la victoria y el honor al considerar la propuesta inaceptable o permanecer en el castillo para proteger su vida a costa de su honor.

Mientras el infante don Juan Manuel se debatía entre tan difícil elección, desconocía los verdaderos motivos de la oferta de mi padre.

—Álvar, sabes que normalmente soy yo quien te da consejo, pero esta vez serás tú el consejero. Quiero contar con una segunda opinión y no encuentro nadie más apropiado que tú para dármela. ¿Qué crees que debería hacer?

—Don Juan —dije mientras miraba por la ventana—, son muchos los años que llevo a vuestro lado y muchas las enseñanzas que de vos he recibido. Y si algo he aprendido a vuestro lado es que todo ha de acontecer a su debido tiempo y que de la precipitación viene el error.

—No entiendo.

—No soy quién para daros consejo. Si acaso, y solo por esta vez, me permitiría decirle lo que yo haría.

—Eso es lo que necesito que me digas, qué harías tú en mi posición.

—Lo que haría sería mirar de nuevo por esta ventana y fijarme en lo que sucede a las puertas del castillo antes de precipitarme al tomar una decisión. Mire.

El infante se asomó. Su sorpresa fue mayúscula. Los ochocientos caballeros comandados por mi padre abandonaban en perfecta formación los campos aledaños al castillo.

Aguzó la vista tratando de comprobar si aquel movimiento se correspondía a una última provocación. Temía que mi padre hubiera mandado retirarse a todos los miembros de su ejército, con la intención de esperarle solo en el campo de batalla.

No fue capaz de encontrarlo.

Todos los sitiadores abandonaban el asedio.

Lo que no sabía don Juan Manuel era que aquella retirada no había sido casual.

Mi padre había recibido informes de la evolución del sitio de Badajoz por parte de las tropas portuguesas. Sabía que más pronto que tarde tendría que retirarse del asedio de la fortaleza de don Juan Manuel para acudir a la defensa de la ciudad extremeña. Enfrentar las tropas contra el infante en Peñafiel solo hubiera supuesto un desgaste inútil. Consciente de ello, tenía que buscar una solución que no contraviniese las órdenes de don Alfonso. La única manera de evitarlo que encontró era retar al rebelde don Juan Manuel a un duelo inaceptable por su parte con un ultimátum que hiciera que, al precipitarse la petición de auxilio de los pacenses, el duelo no tuviera lugar.

Y así fue.

Las tropas gallegas comandadas por mi padre se vieron obligadas a abandonar el asedio a petición de Alfonso XI para acudir junto a otras castellanas en socorro de la ciudad sitiada. Sin embargo, cuando llegaron allí, se encontraron con que el rey portugués había abandonado el asedio y se había retirado a su reino. La anterior derrota en la batalla de Villanueva de Barcarrota sumada a la noticia de que las fuerzas comandadas por mi padre se unían a la defensa de la ciudad aconsejaban al portugués un cambio a una estrategia defensiva.

Esa reacción fue interpretada por don Alfonso XI como una muestra de debilidad del rey luso, lo que llevó al monarca castellano a decidir ocuparse personalmente de la estrategia militar que se desarrollaría en esa guerra.

La invasión ya había sido decidida.

Tras los primeros éxitos logrados en el frente gallego por mi hermano Fernán Rodríguez de Castro, don Alfonso XI le enviaba el apoyo de mi padre y todo su ejército para dominar la invasión por el norte.

Mientras tanto, don Alfonso XI decidió que sería él quien se encargaría personalmente de la invasión del Algarve desde Extremadura.

Ante esta situación, don Alfonso IV de Portugal se retiró de la Extremadura portuguesa y se dirigió hacia el norte, a la frontera con Galicia.

Con su ejército reorganizado para la invasión, se enfrentó a las tropas comandadas por mi padre y por mi hermano sin excesivo éxito por ninguna de las dos partes.

Los sitios portugueses de las ciudades, como la de Salvatierra do Miño, no llegaban a cumplir su cometido de rendir las plazas cercadas.

Algunos comenzaron a criticar a los comandantes de nuestra casa. Decían que carecían de interés en atacar al rey portugués. Que a pesar de que mi padre había prometido fidelidad al rey castellano, aún pesaban demasiado los vínculos que tenía en Portugal.

Yo estoy convencido de que, más allá de eso, lo que tuvo mayor importancia a la hora del bajo «nivel» con el que se desarrolló el enfrentamiento fue que mi padre conocía la buena evolución de los intentos por parte de la reina Isabel de Portugal por fomentar un acuerdo de paz. Además, también sabía que a la tía-abuela de don Alfonso XI le apoyaba en sus gestiones tanto el rey de Francia Felipe VI como el papa Benedicto XII, quienes no dudaron en enviar con esta intención al arzobispo de Reims y al obispo de Rodes respectivamente.

De nuevo, mi padre era consciente de que los argumentos que traían ambos obispos eran razones más que suficientes como para plantearse al menos firmar una tregua como la que se rubricaría en Mérida en el 1338. No obstante, un armisticio temporal no bastaba. Era preciso un acuerdo de mayor envergadura. En abril de 1339, las negociaciones entre los embajadores de Portugal y Castilla, en relación al fin de la guerra, prosiguieron en la sede papal de Benedicto XII. Los dos reinos cristianos de Castilla y Portugal no podían estar enzarzados en una guerra cuando la amenaza de una invasión conjunta por parte de los benimerines africanos y los granadinos se gestaba en el sur. Ahora era más imprescindible que nunca la unidad de los dos reinos peninsulares. Necesitaban rescatar de nuevo el espíritu de las cruzadas y relanzar una nueva cruzada contra el moro.

Pero para vencer en esta nueva cruzada, era imprescindible aunar esfuerzos. Ambos reinos debían unir sus ejércitos como uno solo enfocado en la victoria. Y eso no podía apoyarse solo en una tregua pasajera; exigía una declaración solemne de paz como la firmada un año después, 1339, en Sevilla.

Una paz que, por otro lado, no solo conseguiría que los dos reyes colaborasen con sus ejércitos en la Reconquista, sino que logró lo que durante tanto tiempo habíamos ansiado el infante don Juan Manuel y yo: la liberación de mi prima Constanza y mi hermana Inés de su cautiverio en el castillo de Toro. Y, además, lo que supondría un

hecho singular en nuestra historia: permitió, por fin, que el infante don Pedro I de Portugal y la hija del infante don Juan Manuel, doña Constanza, pudieran celebrar al fin en persona su ansiada boda en 1340.

## XXXII. Reencuentros

Peñafiel, Valladolid
Señorío de Peñafiel
Reino de Castilla

No creo que sea necesario explicar a nadie cómo me sentí cuando por fin pude ver de nuevo a mi hermanita Inés. Las palabras no alcanzan a reflejar la emoción que me produjo aquel momento. Habían pasado quince años desde que la viera por última vez cuando aún era una renacuajilla de solo cuatro años. Ahora, al verla sentada junto a Constanza en el jardín del claustro del convento de San Pablo, donde tantas tardes habían pasado juntas riendo y jugando cuando aún ambas no eran más que unas niñas, sentí que se me había ido la vida guerreando sin ser consciente de que me habían robado su infancia.

Con sentida añoranza, observé cómo Inés había dejado atrás la niña que fue para convertirse en una joven de esbelta figura, largo cuello e interminable cabellera rubia. Sin duda, era ella; sus grandes ojos azules se clavaron en los míos cuando por fin cruzamos nuestras miradas. ¡Aquellos inconfundibles ojos garzos! Al verme, se acercó a mí. Agarró mis manos en silencio y se quedó observando con atención cada milímetro de mi rostro. Cada detalle, como si dudase de que yo fuera quien decía ser. No era consciente de hasta qué punto la vida me había cambiado. Poco quedaba en mí del imberbe joven paje que se preparaba para la vida en el patio de armas del castillo de Peñafiel quince años antes.

Con dulzura, llevó sus manos a mi cara y me acarició la mejilla. Colocó su dedo índice sobre mis labios y me mandó callar. Por sorpresa, tomó entre sus dedos uno de los extremos de mi bigote y con una sonrisa pegó un tirón de uno de los pelos. No pude reprimir un mohín de dolor ante el inesperado ataque. Entre risas, salió corriendo por el jardín mientras gritaba:

—¡El gran caballero Álvar Pérez de Castro, al que nadie se atrevería a tocarle un pelo, vencido por su hermanita!

Con un gesto rápido, solté mi cinturón haciendo que mi espada y mi daga cayeran al suelo y salí corriendo tras ella.

Di gracias a Dios en ese mismo instante, al comprobar que

nuestro vínculo de hermanos había sobrevivido a la distancia y al tiempo.

Yo fingía no lograr atraparla y ella fingía no darse cuenta de mi artimaña, hasta que la farsa no pudo ser mantenida durante más tiempo y nos fundimos en un fraternal abrazo que me llevó de vuelta a mi niñez.

—Inés, no hubo ni un solo día en el que al despertar el sol no me acordara de ti, ni una sola noche en la que no recordara vuestro encierro.

—Álvar, no me lo recuerdes. Eso ya quedó atrás, ahora somos libres. ¡Libres! —exclamó con el entusiasmo que solo puede dar la juventud—. ¿Entiendes? Nuestro lugar ya está muy lejos de aquí. En la Corte portuguesa donde a buen seguro nos espera una nueva vida.

Mi hermanita Inés estaba emocionada por las expectativas que le ofrecía acompañar a mi prima Constanza en esa nueva etapa de su vida; sin embargo, no tardé en descubrir que los años y el encierro en el castillo de Toro habían afectado de manera mucho más negativa a mi prima.

—Tal vez, hasta yo pueda conseguir en Lisboa llevar al altar a un hombre joven y apuesto que pierda la cabeza por mí —dijo Inés, emocionada, en un arrebato adolescente—. Nunca se sabe, si hasta mi prima la rancia ha conseguido uno para ella —rio mientras bromeaba con Constanza.

—Gustosa te cedería el mío. He pasado tanto tiempo encerrada, que hasta empiezo a ver con buenos ojos tomar los hábitos y recluirme en un convento.

—No seas tonta —repuso mi hermanita—. Seguro que seremos muy felices en palacio.

Mi prima Constanza no mentía.

Nada le ilusionaba menos en esta vida que su boda. Mi hermana veía en el enlace que estaba próximo a celebrarse entre nuestra prima y el infante Pedro de Portugal, una boda de cuento con un joven príncipe. Pero, por contra, Constanza, la protagonista, solo revivía una y otra vez en su memoria sus nefastas experiencias previas: la frustrada promesa de boda con *El Tuerto*, la fría boda con el rey Alfonso XI y su posterior repudio, el asesinato de *El Tuerto* y, finalmente, su encierro junto a mi hermana en el castillo de Toro por su exesposo.

Conforme se acercaba la fecha del enlace, veía cómo Constanza se mostraba más triste. Hasta el punto de que el día que tuvimos que abandonar Peñafiel, sus ojos se inundaron de lágrimas.

El infante don Juan Manuel me pidió que me ocupara personalmente de acompañar a la comitiva. El que había sido mi protector, en esta ocasión me pedía que me responsabilizara yo de

velar por la seguridad y bienestar de su hija.

Así lo hice.

Una vez que estuvo todo listo para emprender el viaje, ocupé mi puesto como guardia personal de Constanza hasta llegar a Lisboa.

## XXXIII. Enhorabuena, en buena hora

Lisboa, Corte del rey de Portugal
Reino de Portugal

24 de agosto de 1340

Al llegar a Lisboa, la Corte lusitana nos recibió con grandes fastos. No era para menos, nuestra comitiva les traía a la ansiada esposa del infante don Pedro de Portugal que, si nada lo impedía, estaba llamada a ocupar el trono.

Todo estaba ya preparado para el gran día. La catedral de Lisboa había sido engalanada para la ocasión. Solo faltaba que los contrayentes celebrasen de nuevo en persona el enlace que unos años antes solo pudieron formalizar por poderes mientras Constanza aún estaba confinada en el castillo de Toro.

La alegría invadía las calles de la ciudad del Tajo, pero no el alma de Constanza, que había languidecido durante años de cautiverio. Su rostro, aún joven —al día siguiente del enlace cumpliría los veinticinco años— se había acostumbrado a mostrar un mohín severo. Solo un atisbo de felicidad se reflejó en sus labios cuando, en la audiencia real celebrada por el rey Alfonso IV y su esposa la reina Beatriz de Castilla, fue presentada al infante don Pedro de Portugal.

Por un instante, sintió que quizás por esta vez la dicha llamaba a su puerta.

La ceremonia religiosa celebrada en la catedral congregó a toda la Corona portuguesa, desde el más noble hasta el más humilde infanzón asistieron al acto que sería comentado de un extremo al otro del reino. Aunque lo que ningún caballero ni gentilhombre quería perderse en realidad eran los banquetes que se llevarían a cabo después.

Uno a uno, fueron desfilando por las mesas fuentes y más fuentes de los más variados manjares. Entre plato y plato, los comensales eran deleitados con obras teatrales y la mejor música interpretada con trompetas, timbales y chirimías. Los mejores vinos fueron servidos en cantidades tales que primero deslumbraron a los asistentes y luego nublaron su conocimiento. Por suerte para muchos,

el baile llegó antes de que su pérdida de coordinación fuera tal que les impidiese disfrutar de la danza.

El infante don Pedro y doña Constanza Manuel abrieron el baile para regocijo de todos.

Una sonrisa se dibujó en los labios de mi prima. La vi resplandecer. Parecía que flotaba, como viviendo un sueño. Lo que ni ella ni yo sabíamos todavía era que aquel sueño estaba a punto de empezar a tornarse en pesadilla.

No podía imaginar lo que sucedería después.

Mi hermana me pidió que la acompañara como pareja en el baile. Agradecido por aquel gesto fraternal, no dudé un segundo en aceptarlo y nos unimos a la danza.

La alegre música envolvía el salón fomentando el jolgorio. Una a una, como habíamos hecho nosotros, se unieron otras parejas para disfrutar de la ocasión de danzar junto a los recién casados.

En seguida, el infante don Pedro se acercó a nosotros mientras aún bailaba con mi prima Constanza. Con un leve gesto de su cabeza presentó sus respetos a su esposa y se despidió de ella para continuar el baile con mi hermana Inés. Con una reverencia, recibí a mi prima y continuamos dando giros y pasos al compás de la melodía.

—Enhorabuena —felicité a la novia.

—Gracias, Álvar, Dios te oiga y quiera que mi casamiento sea en buena hora.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de mi prima; con todo mi cariño le devolví el gesto. Sin embargo, nada tenía que ver aquella natural sonrisa que le dediqué, con las que, para mi desasosiego, descubrí en esos momentos que mi hermana se esforzaba por disimular en la comisura de sus labios y con la de bobo que don Pedro era incapaz de ocultar.

Por un momento, quise creer que era el ambiente festivo y el alcohol que había inundado la celebración lo que provocaba aquellas muestras de gozo. Pero me equivocaba, no habían sido los vinos y licores los que habían incendiado los ánimos, sino la chispa que se había prendido en los corazones de Pedro e Inés los que inflamaban ya la incipiente pasión.

Años después, el infante de Portugal me confesó que desde la primera ocasión en la que vio a mi hermana se quedó prendado de ella. Más aún, ni siquiera en la misma noche de boda con Constanza había logrado quitársela de la cabeza.

¿Cómo iba a imaginarme yo entonces lo que aquel enamoramiento iba a provocar? ¿Cómo pensar que aquel galanteo iba a terminar como acabó?

# XXXIV. Coqueteos

Lisboa, Corte del rey de Portugal
Reino de Portugal

Los coqueteos entre mi hermana Inés y el infante don Pedro I de Portugal no fueron solo una desafortunada anécdota que pasase desapercibida para el resto de asistentes al banquete nupcial, sino que se convirtieron en escarceos amorosos clandestinos que se repetirían a la menor ocasión durante meses. Cualquier encuentro de los amantes por la Corte lusa prendía la llama de su furtivo amor, hasta el punto de que un día, su pasión desatada se desbordó nublando sus mentes: mientras pensaban que nadie les observaba, una de las jóvenes cortesanas vio cómo el infante tomaba las manos de mi hermana entre las suyas, para acto seguido hablarle al oído, recorrer su largo cuello de garza y, para sorpresa de la cortesana que los observaba, el esposo de mi prima Constanza quebrantó todos límites del decoro, apasionado, y besó los labios de Inés como si se despidiese de ella sin saber si volvería a verla más.

La joven cortesana no entendía lo que sucedía. Con gran agitación y pudor, corrió a contárselo a la esposa burlada. Constanza hubiera querido negarse a creerlo, pero no pudo. La noticia la hizo derramarse en un llanto inconsolable. Su dama le confirmaba de primera mano lo que mi prima había temido desde hacía tiempo. No eran nuevas sus sospechas sobre la infidelidad del infante, pero lo que no podía imaginar, era que mi hermana Inés, con la que se había criado como hermanas y la había acompañado durante su cautiverio, fuera la contraparte de aquella traición.

Mi prima se dirigió de inmediato a las estancias de palacio que compartía con el infante. Su alma se había incendiado con la doble traición. Fue directa hacia él con la intención de exigirle explicaciones y reprobarle sus actos. Tras buscarlo por toda la Corte, y temiéndose lo peor, lo encontró saliendo junto a mí y un nutrido grupo de caballeros de la capilla real. Habíamos acudido allí para prepararnos para el viaje que íbamos a iniciar y del que no sabíamos si regresaríamos.

Constanza quiso desatar toda su ira sobre el infante, pero no

pudo. Las palabras eran incapaces de brotar de su boca amarradas por el nudo que tenía atado en el estómago. Lloraba desesperada. Apenas conseguía mantenerse en pie sujeta por sus damas.

A ojos de todos, desconocedores de la infidelidad, la desgarradora escena se debía a que la recién casada era incapaz de asumir la inminente partida de su esposo a una guerra de la que no sabía si iba a volver.

El infante don Pedro abandonó la fila y se acercó a su mujer, en silencio le retiró una lágrima que se desbordaba por su rostro y la beso en la mejilla. Sin pronunciar palabra, continuó su camino junto al resto de los que uniríamos nuestras vidas en el campo de batalla.

Hay quienes opinan que no hay vínculo más fuerte que el de la sangre; están en lo cierto, pero lo que no saben es que esa sangre no es la que compartes con tu estirpe sino la que se derrama en el campo de batalla.

# XXXV. Consejo

Real de Alfonso XI - campamento cristiano
Valdevaqueros
Proximidades del arroyo Salado, Tarifa
Al-Andalus
Reino de Granada

29 de octubre de 1340

¡Qué lejos quedaban las celebraciones por el matrimonio del infante Pedro de Portugal y de mi prima Constanza mientras nos preparábamos en el real cristiano para la batalla! ¡Y aún más lejos sus amoríos e infidelidades con mi hermana!

Ahora solo había lugar para pensar en la batalla. En seguir vivo y lograr la victoria, para que la vida, con todo lo bueno y lo malo que traía consigo, volviera a la normalidad. Pero eso pasaba irremediablemente por arriesgar el pellejo en una nueva batalla contra el infiel.

A pesar de la importante victoria que habíamos conseguido diez años antes en la batalla de Teba y la posterior firma de la paz en la que el emir se había comprometido, a cambio de una tregua de cuatro años, a la entrega de parias a don Alfonso XI, los problemas no habían tardado en surgir de nuevo. La tensión en el sur no dejaba de crecer. Solo habían pasado dos años desde la firma del armisticio y los musulmanes ya habían recuperado por la fuerza la plaza de Gibraltar.

Y la situación no dejaba de complicarse día a día.

Las noticias que llegaban nos informaban de que la flota castellana en el Estrecho se mostraba a todas luces insuficiente para detener la entrada de tropas musulmanas desde el norte de África. Los últimos ataques benimerines a la escuadra castellana habían tenido un resultado catastrófico para los cristianos: solo cinco barcos habían podido refugiarse en Cartagena a tiempo; el resto habían sido destruidos por los musulmanes, que, no contentos solo con eso, acabarían decapitando al almirante Alonso Jofre Tenorio que habían hecho prisionero durante el enfrentamiento.

Como ya había advertido el papa Benedicto XII, el riesgo de

invasión de los reinos cristianos, si estos no permanecían unidos, era mucho más que una remota posibilidad; ahora era una certeza. Por eso, al conocer el desastre, don Alfonso XI no dudó en jugar su mejor baza para conseguir el apoyo del monarca portugués en la lucha contra el moro.

María de Portugal, a petición de su esposo el rey de Castilla, acudió hasta en dos ocasiones a solicitar ayuda a su padre, el rey Alfonso IV de Portugal. En un primer momento, este no estuvo dispuesto a concedérsela. Estaba resentido por el trato que su yerno le dispensaba a su hija. No admitía el desprecio al que la sometía al mantener abiertamente su relación de adulterio con Leonor de Guzmán.

Sin embargo, no pudo evitar darle la ayuda solicitada tras escuchar las razones inexcusables argumentadas por la joven reina de Castilla y recibir de puño y letra de don Alfonso XI el desesperado y humilde ruego de su colaboración.

Había costado conseguirlo, pero, gracias a Dios y a su empeño personal, había logrado, al fin, convencer al rey de Portugal de la necesidad de presentar batalla a los musulmanes.

A mediados de octubre, el rey castellano salió de Sevilla para liberar el cerco de Tarifa. Nosotros, desde Portugal, hacía ya días que nos dirigíamos con las tropas lusas encabezadas por el rey Alfonso IV y Pedro I a su encuentro.

Abu l-Hasan, al conocer nuestras intenciones, envió heraldos a ambos reyes para informarnos de que aceptaba enfrentarse a nuestros dos ejércitos, pero a campo abierto en las llanuras próximas a Tarifa, por lo que liberó a la ciudad del cerco que la mantenía sitiada. Dio orden de trasladar el campamento lejos de Tarifa a una posición que le resultara más favorable, alejándolo en lo posible de la zona de la batalla y protegiendo en él a sus mujeres e hijos pequeños que le acompañaban.

Por su parte, el otro contrincante por el lado musulmán, Yusuf, el rey de Granada, situó su campamento en una zona de más difícil acceso junto a un bosque.

A nuestra llegada a las inmediaciones de Tarifa, el rey don Alfonso IV, el infante don Pedro de Portugal y yo nos dirigimos hasta el enclave de la Peña donde nos esperaban don Juan Alfonso de Alburquerque y el rey Alfonso XI de Castilla. Desde allí podíamos componer una vista de conjunto del despliegue de las tropas del ejército musulmán.

El campo de batalla lo dividía el arroyo Salado. Aquella corriente de agua de poco más de seis kilómetros de longitud no merecía siquiera ser llamado río, pero su nombre tras aquel combate

se colaría para siempre en los libros de historia.

Su valle se ensanchaba según se aproximaba a su confluencia con el río Jara al llegar a la playa justo antes de desembocar en el mar.

Unos minutos después de nuestra llegada, apareció mi padre a lomos de su imponente caballo. Lo acompañaba Zuzunaga, un tránsfuga de entre los mercenarios cristianos que luchaban a sueldo de los musulmanes. Según supe más tarde, había decidido desertar tras encontrar un mejor pagador en los monarcas cristianos que en los caudillos moros. Sin más fe que el convencimiento de que tarde o temprano acabaría muerto sin posibilidad de perdón divino, ya solo servía al oro, no al moro ni a nuestro Dios.

—¿Cuántos? —interrogó mi padre.

—Unos setenta mil hombres —contestó el tránsfuga.

Mi padre observó con detenimiento las posiciones. Se alegró al ver que la zona elegida para el desarrollo de la batalla resultaría muy favorable para el uso de la caballería pesada ya que se trataba de una planicie próxima a la costa. Sin embargo, también fue consciente de que nuestro retraso al llegar a la zona nos había puesto en una posición para nada ventajosa. El ejército musulmán, al llegar primero al campo de batalla, había aprovechado la oportunidad y se había desplegado en una zona elevada, lo que hacía que el terreno trabajase a su favor. Cuando ellos atacasen, la inclinación del suelo haría que los caballos musulmanes ganasen con menor esfuerzo velocidad y su fuerza de ataque fuese mayor. Por contra, cuando fuésemos nosotros los atacantes, nuestros caballos tendrían que vencer primero la resistencia que les suponía subir las pendientes, y después, por más que picásemos espuelas, sería difícil que la velocidad de nuestras monturas rivalizase con la alcanzada por las monturas musulmanas.

—¿Setenta mil dices? Muchos me parecen —planteó mi padre.

—Mi señor, no menos de sesenta y cinco mil. No olvidéis que, además de la fe, también les mueve el oro y, sin ánimo de ofender y salvando lo presente, puedo aseguraros que pagan bien. Se dice que al menos cuatro mil mercenarios cristianos se han unido a ellos.

—¡Cuatro mil almas condenadas al infierno! Que si Dios me ayuda, no tardaré en mandar ante su presencia.

El tránsfuga tragó saliva, pues se sabía parte de los condenados.

—Aun así no me cuadran las cuentas —insistió mi padre.

—Yusuf cuenta con un importante ejército regular y no olvidemos que el sultán Abu aporta su numerosa caballería ligera de élite beréber y los arqueros turcos.

—Sí, lo conozco. Como mucho, otros veinte mil. Pero ni con ellos pasarían de los cincuenta mil.

—Creo que no habéis tenido en cuenta a los Voluntarios de la Fe.

—Esos malditos fanáticos que no saben ni coger una espada. Son corderos enviados al matadero. Si al menos fueran lechazos, tendría sentido matarlos. Así, solo merece la pena hacerlo para que no molesten.

Cuando mi padre obtuvo del tránsfuga toda la información que este podía aportarle, se despidió de él con una promesa:

—Ahora marchad de aquí. Espero que la próxima vez que os vea sea defendiendo un pendón cristiano, porque, si no, os juro que yo mismo os cortaré la cabeza y la clavaré en una pica en el centro del real para que al menos sirváis de ejemplo para el resto.

Regresamos a nuestro campamento de Valdevaqueros descontando ya las horas para el inminente enfrentamiento. Su localización era idónea: a una legua del campo de batalla y a una distancia prudencial de las tropas enemigas. Pretendíamos asegurarnos con ello una noche previa al combate exenta de sorpresas desagradables. Aunque nadie podía garantizarnos que aquella noche pasase sin percances, lo que sí podíamos hacer era planificar el correcto desarrollo de la batalla de la mañana siguiente para alcanzar la victoria. Por eso, no perdimos un minuto y nada más llegar al campamento, nos dirigimos a la reunión de los comandantes previa a la batalla.

## XXXVI. Vísperas

La reunión en el pabellón real se desarrolló con la inquietud propia de la víspera de una gran batalla.

Don Alfonso XI de Castilla desplegó varios mapas de la zona sobre una mesa de campaña. Sobre ellos, mostró las posiciones que cada uno de los allí congregados debería de ocupar durante el desarrollo del combate.

—Vos —dijo el monarca señalando a sus antiguos enemigos don Juan Núñez de Lara y al infante don Juan Manuel— ocuparéis la vanguardia. Vuestra misión será acabar con la del ejército musulmán lo antes posible. Tendréis que establecer una cabeza de puente al otro lado del Salado que nos permita asegurar el paso del resto del ejército. Sé que no será un paseo militar, por eso he creído conveniente que se unan a vosotros Alfonso Meléndez de Guzmán, maestre de Santiago, y la bien armada caballería de las milicias de los concejos de Sevilla, Jerez y Carmona.

—Sea —respondió conciso el infante.

—Por mi parte, yo me ocuparé del cuerpo central. En cuanto al ala derecha, os ocuparéis vos, don Álvar Pérez de Guzmán y vuestros donceles. Haced que vuestros jovenes jinetes demuestren a esos infieles que en Castilla también sabemos luchar a la jineta —continuó el monarca.

—Me parece bien, majestad. Así, será —contestó Álvar Pérez Guzmán.

—Como hemos acordado —dijo Alfonso XI dirigiéndose al monarca luso—, las tropas portuguesas a vuestras órdenes ocuparán el flanco izquierdo. No penséis, don Alfonso, que no he tenido en cuenta las dificultades que van a encontrar vuestras tropas en la zona debido a lo abrupto del terreno, ni creáis que no soy consciente del reducido número de vuestros efectivos. Por ello, he creído conveniente que se unan a vuestra ala las tropas comandadas por vuestro sobrino, don Juan Alfonso de Alburquerque, y don Pedro Fernández de Castro.

—No podría estar más conforme, don Alfonso —respondió el monarca luso.

—Don Gonzalo de Aguilar y los hombres del concejo de Córdoba se encargarán de la reserva. Por último, vos, don Pedro

Núñez de Guzmán, preocupaos de que todos aquellos peones que podáis equipar os acompañen sin retrasarse en exceso ni alejarse de mí y de mis hombres por si es necesario que acudan en cualquier momento también como reserva. ¿Entendido?

—Entendido, majestad —contestaron casi al unísono los dos encargados de los reservistas.

—Bien, entonces, mañana será el gran día.

—Majestad —interrumpió el infante don Juan Manuel—, creo que no habéis tenido en cuenta un detalle que en último término podría resultarnos decisivo.

—Don Juan, no os hagáis de rogar. Explicaos.

—Me refiero a que, como hemos comprobado, las tropas enemigas ya han levantado el sitio a la plaza de Tarifa dejando libre a nuestra guarnición.

—Y ¿bien?

—Si lo considerais conveniente, majestad, creo que resultaría oportuno enviar un destacamento a mis órdenes a Tarifa. Así, en el momento de comenzar la batalla, podría atacar el campamento benimerín desde aquella posición acompañado por la guarnición de nuestra fortaleza.

Don Alfonso se detuvo unos instantes a valorar la propuesta de su antiguo enemigo. Lo conocía bien. Sabía que era un gran estratega, y precisamente por ello, no quería tomar una decisión a la ligera. A priori, la propuesta del infante parecía acertada. Sin embargo, a la postre, también suponía que el infante don Juan Manuel abandonase la vanguardia de la batalla pasando a una posición secundaria en el enfrentamiento.

Con gesto pensativo, el monarca castellano recorrió uno a uno nuestros rostros.

—¿Cuántos hombres serían necesarios?

—Dos mil —respondió don Juan Manuel.

—¡Imposible! Dejaríamos debilitada la vanguardia, no podemos prescindir de tantos hombres.

—Podría bastar con mil quinientos.

Don Alfonso XI negó con la cabeza.

—Mil quinientos hombres… —valoró—. ¿Caballería pesada?

—Majestad, al menos una parte importante debería serlo, aunque completásemos con caballería ligera.

—Si me permite, majestad —se incorporó mi padre a la discusión para desbloquear la situación—, creo que la propuesta de don Juan Manuel no resulta para nada descabellada; más aun, podría darnos una importante ventaja.

—¡Sea! Como Alférez Mayor que eres, don Pedro, a vuestro buen entender dejo la composición de esa fuerza. Sin embargo, creo

que antes de que la forméis es conveniente que sepáis que don Juan Manuel ha de seguir al frente de la vanguardia en el combate de mañana, por lo que no podréis contar con él para comandar el destacamento que enviéis a Tarifa.

—Me ocuparé yo de ello, entonces —se ofreció mi padre.

—¡De ningún modo! ¡Vuestro lugar esta junto a las huestes portuguesas!

El rey castellano clavó sus ojos en los de el infante Pedro de Portugal para de inmediato cruzarlos con los míos.

—Creo que ha llegado su momento. Dejemos que los más jóvenes se ocupen de ello.

Al resguardo de la noche, el infante don Pedro de Portugal y yo, acompañados del destacamento que había escogido mi padre formado por algo más de mil hombres entre caballería pesada y caballería ligera y unos cuatro mil peones, nos dirigimos a unirnos a la guarnición de Tarifa para potenciar sus fuerzas.

# XXXVII. Armas y almas

Real de Alfonso XI - campamento cristiano
Valdevaqueros
Proximidades del arroyo Salado, Tarifa
Al-Andalus
Reino de Granada

30 de octubre de 1340

Aquella mañana de otoño, el amanecer encontró al ejército cristiano preparándose para el combate celebrando la eucaristía. Armas y almas debían ser ofrecidas a Dios antes de emprender aquella decisiva batalla contra el infiel. Sobre el altar castrense descansaban ya la espada y la daga de don Alfonso de Castilla esperando ser bendecidas por el vicario de los ejércitos, el arzobispo de Toledo, monseñor Gil de Albornoz.

Los allí congregados aguardaban con ansia la bendición de aquellos aceros que representaban los de todos. Ese crucial momento no llegaría hasta casi terminada la misa, y solo después de que el monarca prometiera ante todos apartarse del pecado y enmendar su vida, para, entre lágrimas, con inmensa humildad y devoción, tomar la comunión.

Don Alfonso recibió emocionado la bendición y sus armas de manos del que sería su compañero de batalla, ya que el cometido del prelado, lejos estaba de terminar allí.

—Majestad, pongo en vuestras manos estas armas benditas, con el pleno convencimiento de que Jesucristo, nuestro señor, guiará vuestro caletre y vuestras manos para llevarnos hasta la victoria bajo el pendón de la cruzada.

—¡Vive Dios que así será si el Altísimo así lo quiere! Y quiera Dios que vos seáis testigo cuando se logre la derrota del infiel. Por eso, no dudo de que estaréis a mi lado en esta cruzada portando armadura bajo vuestra capa de prelado como el valiente caballero que me habéis demostrado en más de una ocasión que también sois.

Una vez acabada la misa, todos se dispersaron. Debían apurarse para integrarse lo antes posible a sus correspondientes

destacamentos.

El primero en ponerse en camino fue mi protector, el infante don Juan Manuel. Mucho antes de la hora tercia, ya había abandonado el real en dirección a la vega del Salado encabezando su fuerza de vanguardia junto a don Juan Núñez de Lara y don Alfonso Meléndez de Guzmán, el maestre de la Orden de Santiago.

El sol, a pesar de que todavía apenas levantaba una cuarta y media sobre el horizonte, ya empezaba a calentar demostrando su fuerza. Por contra, aquel día, el fuerte viento de levante habitual en la zona parecía estar dispuesto a conceder a los guerreros una tregua.

—¡Bajad el ritmo! ¡Reducid el paso! —ordenó don Juan Manuel cuando ya llevaban buena parte del camino recorrido.

—No entiendo, mi señor. ¿Acaso no estáis como yo ansioso por llegar? Pensé que habíamos salido temprano para llegar los primeros al campo de batalla, ¿no?

—Bien decís, don Alfonso —confirmó el infante al maestre de la Orden de Santiago—. Siempre he defendido que es preferible ser el primero en llegar al escenario del combate, para así tomar las mejores posiciones y estar descansado antes de la batalla. Pero, sin embargo, hoy sin duda creo que sería un error. Mirad —dijo mientras con su mano señalaba la dirección en la que se encontraban las huestes moras.

El maestre de la Orden de Santiago colocó la palma de la mano a la altura de las cejas formando una visera, a la espera de que el infante le comentara qué le había pasado desapercibido.

—¿Qué véis?

—A esos malditos moros.

—¿En qué posición se encuentran?

—A levante.

—Ahora desenvainad vuestra espada.

Para empuñar con ella la espada, el maestre de la Orden de Santiago retiró la mano que le había servido para protegerse de los rayos del sol que brillaba tras las posiciones enemigas.

—Y ahora ¿qué véis?

Entonces fue cuando el maestre de la orden lo entendió todo. Al dirigir su mirada de nuevo al campamento enemigo, el sol le deslumbró por completo, cegándolo por un instante.

—¡Diantres! —exclamó el maestre retirando de inmediato la mirada.

—¿Lo veis? —preguntó don Juan Manuel, jocoso, antes de romper a reír—. Por más que según avance el día tengamos que soportar más calor, creo que estaréis de acuerdo en que no podemos presentarnos a batallar hasta que el sol esté más alto y nos sea favorable. Solo un loco se presentaría allí en estas condiciones

arriesgándose a tener que luchar casi a ciegas.

Ambos comandantes asintieron convencidos.

Al aproximarse al río Jara, los jinetes que ocupaban la cabecera se detuvieron. Uno de ellos desmontó para observar con más detalle el rastro que habían descubierto. Se trataba de huellas de cascos de caballo. Parecían recientes. Por ello y por su profundidad, lo más probable era que perteneciesen a una unidad de caballería ligera mora del destacamento de Abu Umar que la noche anterior patrullase la zona.

Decididos, se aventuraron a vadear el río Jara siguiendo aquel rastro como paso previo a ocupar su posición junto al arroyo Salado. Si aquel había sido el lugar elegido por los moros para atravesarlo con su caballería ligera, también sería bueno para ellos. Sin embargo, se equivocaban. El fondo fangoso de la cuenca estuvo a punto de convertirse en una trampa para los peones, pero, sobre todo, para los catafractos cristianos que, cubiertos por sus pesadas bardas, hundían sus pezuñas en el lodazal.

Aquel inconveniente, lejos de enfadar al infante, hizo que este diera gracias al cielo. En ese momento, don Juan Manuel había sido consciente de que, si se veían obligados a emprender la huida, aquel punto se convertiría en una ratonera. Con lo que aquel yerro, tal vez, sin ellos saberlo, quizá salvase sus vidas.

Nada más llegar al arroyo Salado, el infante don Juan Manuel comprobó que el sol ya no suponía un problema. Se había elevado lo suficiente como para no resultar molesto. Por eso, no tuvo dificultad alguna para distinguir con total claridad a la avanzadilla musulmana que defendía la otra margen del riachuelo.

Detuvo sus tropas en el lugar señalado junto a la orilla y quedó a la espera de que el resto del ejército cristiano ocupase sus posiciones tras él. Uno a uno, a su llegada, los distintos batallones cristianos fueron ocupando los lugares señalados según el plan la tarde anterior.

Así, el resto del ejército cristiano se desplegó sobre la orilla occidental del arroyo Salado siguiendo la común usanza: al frente, la vanguardia, seguida de un cuerpo central, dos costaneras y zaga.

La imagen de aquella fuerza era impactante.

Miles de hombres formaban bajo sus respectivas insignias. El colorido maremágnum de enseñas se extendía allá donde miraras en estandartes, sobrevestes, capellinas, gualdrapas y escudos. Las divisas se multiplicaban por doquier, ya que bastaba con que un caudillo llevara por vasallos a la guerra a un centenar de caballeros para que pudiera portar su propia seña cabdal y capitanear su tropa bajo su pendón cuadrado farpeado. Aquellas telas servían como distintivo, pero más aún, como símbolo de orgullo. Cada cual luchaba bajo el pendón de su concejo, orden militar o señorío, pero todos ellos en un

único frente común. Todos a las órdenes directas de sus caudillos, pero siempre en último término a las órdenes del rey.

Así, por encima de todas ellas, ondeaba el estandarte real, una gran enseña cuadrada sin farpas en la que se lucía el contracuartelado escudo real de leones y castillos. Pabellón de uso exclusivo del rey, tal vez muchos podrían pensar que en el bando cristiano no podría haber otra bandera de tal importancia. Sin embargo, dos rivalizaban con ella al mismo nivel. Una era el pendón de las cruzadas, enviado por el mismísimo papa Benedicto XII que acompañaba al arzobispo de Toledo, Gil de Albornoz, y que daba categoría de Santa Cruzada a aquella batalla. La otra, una preciosa bandera de color escarlata, decorada con una banda dorada engolada por dos cabezas de dragantes del mismo color, que en diagonal la atravesaba de parte a parte en sentido descendente. Aquella era la conocida como banda de Castilla, el guion que acompañaba al rey don Alfonso de Castilla solo durante la batalla dejando patente a todos que el monarca participaba personalmente en la contienda y que permitía a su guardia identificar su posición.

El ejército cristiano se mostró disciplinado y, a pesar de la euforia acumulada previa al combate, esperó en perfecta formación la señal para iniciar la contienda.

Prevenido, don Juan Manuel dispuso su hueste en tropel con los caballos muy juntos formando una masa compacta que facilitase penetrar en las filas enemigas.

Tras escuchar el aviso de entrar en batalla, el infante, al grito de «Santiago y Manuel», se lanzó junto a sus caballeros a cruzar el arroyo Salado.

Decididos, se dirigieron al ataque hacia la vanguardia benimerín. Las lanzas en posición. Los caballos muy prietos, unos junto a otros, cabalgando a marcha forzada.

La caballería musulmana se preparó para afrontar la acometida.

Primero vinieron los gritos. Luego los choques de lanzas y escudos, de espadas y yelmos. Los alaridos y lamentos. Y por último, la orden de retirada por parte del infante don Juan Manuel.

La oposición presentada por la vanguardia mora resultaba tan firme, que las tropas del infante eran incapaces de tomar la posición.

En ese momento, el infante don Pedro de Portugal y yo abandonamos el castillo acompañados por nuestras tropas de refuerzo y la guarnición de la plaza a las órdenes del alcaide de Tarifa, Juan Alfonso Benavides. Me hubiera encantado ver la cara de Abu l-Hasan, al descubrir nuestra numerosa citara abandonando la plaza sitiada

para unirnos desde su retaguardia al combate.

¡Lo que hubiera dado por haber conocido en aquel momento las ideas que debieron de pasar por su cabeza!

Supongo que le informaron mal del tamaño de nuestra fuerza o que quizás nos infravaloró al pensar que nuestra milicia la componían solo los efectivos de la guarnición sitiada. No encuentro otro motivo razonable para que, en vez de dirigir una parte importante de su hueste a enfrentarse con nosotros, depositara toda su confianza en que los guerreros de su zaga se ocupasen de mantenernos a raya.

Así, avanzamos sin encontrar oposición alguna entre los restos humeantes de los ingenios de guerra que Abu l-Hasan había estado utilizando contra los asediados. El sultán benimerín sabía que se jugaba todo en ese día y que la toma de Tarifa se decidiría en la vega del Salado y no contra las murallas de la plaza fuerte. Por eso, no le tembló la mano a la hora de ordenar a las tropas moras encargadas del cerco que destruyesen sus propias armas de asedio. Prefería que sucumbieran presas de las llamas antes de que, si los de la cruz nos hacíamos con la victoria, cayeran en nuestras manos y pudiéramos usarlas contra las fortificaciones musulmanas.

Desde nuestra posición pude ver cómo junto al arroyo Salado se sucedían las primeras escaramuzas sin éxito del ejército musulmán como respuesta a los intermitentes ataques de mi protector, el infante don Juan Manuel.

A los guerreros musulmanes se les complicaba la situación.

Estaban teniendo serías dificultades para desarrollar su táctica favorita, el *tornafuye*.

Sin embargo, tampoco la balanza se decantaba del lado cristiano.

A pesar del dominio de la situación por parte de las tropas castellanas, don Juan Manuel no había sido todavía capaz de consolidar una cabeza de puente en la margen enemiga que permitiese al grueso del ejército castellano alcanzar la orilla de levante.

Don Alfonso ordenó a don Juan Manuel que realizase un nuevo ataque, pero este, en vez de obedecerlo, solo mantuvo su posición. El rey castellano se impacientaba al ver cómo su plan se veía frustrado por la resistencia musulmana y la insubordinación del infante.

Entonces, decidió cambiar sus planes.

Dio orden a la caballería ligera situada en su ala derecha de que atacase. Álvar Pérez de Guzmán se lanzó a la batalla seguido por sus jinetes. Sus monturas, mucho más ágiles y maniobrables que las del infante, sí pudieron poner en aprietos a la vanguardia musulmana, hasta el punto de derrotar a la caballería encargada de guardar la

orilla mora.

El infante don Juan Manuel ahora sí aprovechó la ocasión para intentar cruzar el cauce y afianzar la cabeza de puente.

El sultán benimerín Abu l-Hasan, al ver que los cristianos avanzaban hacia su orilla, tuvo claro que no podía permitirlo y envió a las tropas de su ala izquierda que marcharan contra el avance cristiano. Los tres mil caballeros a las órdenes de su hijo Abu Umar lograron hacer retroceder de nuevo la posición cristiana hasta más allá del arroyo Salado.

Aquel cauce se estaba convirtiendo en una frontera inexpugnable.

Ante esta situación, don Alfonso XI no quiso supeditar el cruce del arroyo al éxito de la operación desarrollada por el infante don Juan Manuel, que aún se le resistía. Así que tomó la iniciativa y desplegó el ala derecha de su ejército hacia el tramo final del curso del Salado. Allí había un puente defendido por unos dos mil quinientos jinetes moros.

Su intención era clara.

Quería tomar ese puente por todos los medios, ya que someter, aquella posición podría, ser decisivo de cara a sobrepasar el cauce y con ello dominar la otra orilla.

La fuerza que lo defendía era considerable pero insuficiente para defender la posición ante el primer ataque de ochocientos caballeros enviados por el rey castellano y los mil quinientos de refuerzo que se les unieron cuando el monarca vio la posibilidad de hacerse con el paso.

Una vez ganado el puente, don Alfonso XI ordenó de nuevo a don Juan Manuel que cruzase el arroyo. Esta vez sí logró vencer la dura resistencia, y junto a las fuerzas de Juan Núñez de Lara y del maestre de Santiago, se enfrentaron contra las tropas de Abu Umar hasta que lograron provocar su huida.

Por su parte, el ala izquierda comandada por don Alfonso IV de Portugal, aunque había atravesado el arroyo Salado con escasa oposición, ya en la orilla estaba teniendo serias dificultades para imponerse a la tropa granadina. La hueste a las órdenes de Yusuf defendía con uñas y dientes la zona de combate. No estaba dispuesta a ceder un solo metro a las tropas cristianas. A diferencia de sus aliados, ellos no luchaban únicamente por una soldada o por la fe; luchaban por defender su reino.

# XXXVIII. Alcance

Proximidades del arroyo Salado, Tarifa
Al-Andalus
Reino de Granada

Mientras el grueso de la batalla se lidiaba en las orillas del Salado, el infante don Pedro de Portugal y yo avanzamos al frente de las fuerzas de Tarifa, alejándonos del campo de batalla principal.

No era cobardía, sino sensatez, lo que nos hacía actuar así.

El heredero al trono portugués y yo comandábamos de forma conjunta unos mil quinientos caballeros. Una fuerza importante, pero no suficiente, como para atacar al grueso de la caballería benimerín que ocupaba las lomas al otro lado del río de la Vega. Por eso, nos vimos obligados a retrasar el ataque y centrarlo en aquel punto en el que el sultán tenía su punto débil defendido por una fuerza de caballería más escasa.

Como me enseñó en su día el infante don Juan Manuel, debíamos suplir nuestro reducido número de efectivos con inteligencia, aprovechando el terreno a nuestro favor.

El lugar así elegido para nuestro ataque estaba a algo más de media legua y, aunque nos dejaba al descubierto durante toda nuestra maniobra de aproximación, por lo que carecíamos de factor sorpresa, para nuestra suerte, su posición se encontraba rodeada de escarpadas pendientes que impedían que pudieran cortarnos el avance hasta que tuviéramos controlada su retaguardia.

Muy diferente resultaba la situación para las tropas a las órdenes del rey de Portugal y de mi padre, que se batían el cobre al fondo del valle del Salado contra las tropas del granadino Yusuf.

Estaban en serios problemas.

El ala izquierda del ejército cristiano se encontraba inmersa en una serie de ataques y contraataques que se repetían sin descanso.

Las cargas de los catafractos cristianos chocaban con toda su fuerza y estrépito contra las filas de lanceros, que, arrodillados y protegidos por sus escudos clavaban los extremos posteriores de sus lanzas en el suelo convirtiéndose en una muralla de pinchos inexpugnable. Tras ellos, arqueros turcos y lanzadores de jabalinas

aprovechaban la cobertura de la infantería para atacar a los caballeros cristianos cada vez que estos se lanzaban en una nueva arremetida.

Las saetas y las lanzas moras volaban sobre la infantería buscando dar muerte al enemigo. Chocaban contra escudos y yelmos, corazas y gualdrapas. En ocasiones, las protecciones eran capaces de resguardar a sus portadores de los mortales impactos de las flechas. En otros casos, los daños provocados por las pesadas lanzas eran imposibles de evitar.

Las bajas eran incontables en ambos bandos, pues las adargas moras también se doblaban y resquebrajaban bajo los ataques enemigos.

Los de don Alfonso IV abandonaron de nuevo el ataque. Las empinadas cuestas trabajaban en su contra reduciendo la efectividad de sus arremetidas y agotando a jinetes y monturas.

La infantería mora rechazaba a pie firme las acometidas una y otra vez. Los bloques de lanceros, arqueros e infantería se abrieron creando unos pasillos por los que la caballería ligera musulmana emprendió el ataque a los flancos y la retaguardia portuguesa.

Pedro Núñez de Guzmán, padre de Leonor de Guzmán, la amante del rey castellano, desde su posición en la retaguardia cristiana, vio la fatídica situación en la que se encontraban las tropas del monarca luso. No tenía tiempo que perder. Si no se apuraba a prestar su ayuda, el fatal desenlace sería inevitable. Dirigió las tropas de infantería de reserva por él comandadas a proteger al rey portugués. Los peones castellanos de refresco enarbolaban sus picas con fiereza contra la cansada caballería granadina. El previsible éxito no tardaría en llegar.

Las tropas comandadas por el maestre de la Orden de Santiago y don Juan Núñez de Lara, al ver el movimiento de Pedro Núñez Guzmán, se unieron de inmediato al ataque enarbolando el pendón de la Vera Cruz.

Como si se hubiera obrado el milagro, justo al mediodía, cuando la batalla ya parecía perdida para los portugueses, se invirtió la situación.

La incorporación de las nuevas huestes desequilibró la contienda.

El ejército musulmán en aquella zona no disponía de unidades de reserva que pudieran unirse a ellos, por lo que tuvo que abandonar sus posiciones buscando refuerzos. Las tropas granadinas de Yusuf I, vencidas, emprendieron la retirada.

El maestre de la Orden de Santiago y don Juan Núñez de Lara, que acababan de incorporarse al ataque, observaron cómo su camino quedaba libre para asaltar el real benimerím al ver que los moros se replegaban y que la guarnición encargada de la protección del

campamento había tenido que salir a hacer frente a nuestro ataque conjunto con las tropas de Tarifa.

Nos enfrentábamos a una fuerza que nos triplicaba en tamaño, pero, a pesar de nuestro inferior número, estábamos poniendo en serios problemas a nuestros enemigos.

Al unirse a nuestra lucha los de la Orden de Santiago y los de Lara, la balanza se inclinó a nuestro favor, acercándonos a la victoria.

Una vez decantada la situación hacia nuestro bando, los santiaguistas y los de Lara, motivados por los recién conseguidos éxitos, dirigieron sus fuerzas hacia las de Abu l-Hasan mientras otra parte de las tropas cristianas, viendo la posibilidad de saquear el real, no perdió la oportunidad.

Ahora el terreno sonreía a los cristianos.

Aprovechaban la pendiente favorable para descender la cuesta matando enemigos a diestro y siniestro, acabando así, con la última resistencia de la retaguardia benimerín.

Abu l-Hasan, al descubrir que su zaga estaba siendo aniquilada desde las laderas del real, dio orden de detenerlos. Para ello, las tropas moras, que hasta ese momento habían estado concentradas en rechazar al grueso de la caballería de Alfonso XI, tuvieron que dividirse para atender el frente del Salado y la retaguardia.

A pesar de que cada vez eran más los guerreros cristianos que en un acto inaceptable de indisciplina abandonaban la contienda para hacerse con el botín del real, el grueso de la mesnada de don Alfonso XI supo aprovechar la oportunidad para tomar posiciones en la orilla mora. Las tropas gallegas comandadas por mi padre, que habían estado luchando junto a los portugueses, se dirigieron de inmediato a la carrera a unirse al monarca español en su ataque.

Aquel movimiento improvisado desató la confusión en las filas benimerines que se vieron superadas por el desconcierto.

Abu l-Hasan valoró sus posibilidades.

Tal vez aquella fuera su última oportunidad.

La codicia estaba provocando una sangría de efectivos entre los cristianos. Tenía que aprovechar esa puntual debilidad para lograr la victoria.

Para ello, concentró todos sus esfuerzos en un solo objetivo: capturar a don Alfonso XI vivo o muerto.

Si lograba arrebatarle la vida, o al menos hacerlo prisionero, ese acto pondría fin a esa batalla de la mejor manera posible. Con una victoria indiscutible que le haría vencedor también de la guerra.

Con esa única orden en mente, las tropas del sultán se dirigieron a la caza del rey castellano con Abu l-Hasan, espada en mano, a la cabeza.

Mi padre, don Pedro Fernández de Castro, como Alférez Mayor

del reino, anticipó la situación a la que tendrían que enfrentarse y mandó a todos los miembros de la Orden de la Banda que cumplieran su juramento de proteger al rey. Ruy Pérez Ponce de León acudió de inmediato y, junto a mi padre —su cuñado— se colocaron uno a cada flanco de Alfonso XI como última defensa del monarca.

Las unidades de caballería de los concejos de Écija y Córdoba, expertos en la lucha contra las unidades musulmanas, también acudieron a la señal de alerta y lograron mantener alejado el ataque en los primeros momentos.

Los jinetes benimerines se retiraron.

Entonces, Abu l-Hasan ordenó al caudillo turco que le acompañaba que cubriera el cielo de flechas y lanzas.

A su orden, las saetas iniciaron su homicida vuelo. Silbaban como graznidos de halcones prestos a capturar sus presas.

Los guerreros cristianos, alertados por el sibilante estrépito, se protegían tras sus escudos con mayor o menor éxito.

Mi padre y Ruy hicieron lo propio y levantaron los suyos sobre sus cabezas para proteger al monarca. Una ráfaga de flechas golpeó las defensas provocando un tamborileo metálico.

El rey castellano emitió un grito desgarrador, mezcla de furia e impotencia.

Una de aquellas endemoniadas saetas se había clavado en la parte delantera de su silla de montar, justo en el borrén, a pocos centímetros de su hombría. Con el pomo de su espada, rompió el astil descabezando la saeta que quedó presa en el cuero.

—¡¡¡Ahhhhhh!!! —gritó de nuevo el rey mientras enarbolaba la espada—. ¡Acabad con ese malnacido! ¡Cueste lo que cueste!

Siguiendo las órdenes de don Alfonso XI, mi padre y Ruy Pérez Ponce de León encabezaron la más decisiva carga de caballería pesada de aquella batalla. Picaron espuelas y pusieron lanzas en ristre; ahora eran ellos los que tenían orden de apresar al rey enemigo.

El caudillo turco a las órdenes del monarca granadino comprendió de inmediato que la vida de Abu l-Hasan corría serio peligro. No solo por la certeza del ataque inminente de la caballería pesada encabezada por mi padre, sino porque las tropas capitaneadas por el infante don Pedro de Portugal y por mí, junto a la guarnición de Tarifa, ya estábamos bajando por las laderas a punto de unirnos también al ataque.

Al sultán Abu l-Hasan solo le quedaba la deshonrosa opción de huir. Así que el caudillo turco organizó las fuerzas de que disponía en dos líneas, una interior en forma de círculo que rodeaba al sultán como última protección, y otra exterior en forma de cuña que, portando lanzas, pretendía ir abriéndose paso en su retirada hacia Algeciras.

El resto de tropas moras emprendió una huida sin orden ni concierto. Cada guerrero trataba de salvar la vida como podía. Algunos buscaban refugio huyendo hacia los cerros cercanos. Otros, de perdidos, preferían tirarse al río o adentrarse en el mar tras atravesar la playa para salvar la vida.

De nada servían aquellos desesperados intentos. Solo suponían retrasar la agonía. Las órdenes de Alfonso XI habían sido claras: persecución y destrucción total del enemigo. Así que los que no morían ahogados, lo hacían al filo de las armas.

Derrotado el ejército musulmán, las tropas de los dos Alfonsos, el de Portugal y el de Castilla, se unieron junto al río Guadalmesí para continuar la persecución de los huidos hacia Algeciras. El monarca castellano se negaba a dar por terminada la persecución. Sabía que aquella victoria no sería definitiva si no conseguía aniquilar por completo a las tropas de Abu l-Hasan o capturar al sultán vivo o muerto.

Sin embargo, para desgracia del rey castellano, no fueron los guerreros musulmanes los que le impidieron acabar en aquel momento con la guerra: fueron sus propios soldados los que desbarataron la cacería. Los combatientes cristianos tenían ya otros objetivos. A su entender, la lucha ya había terminado para ellos y ahora comenzaba la fase del alcance. Nunca mejor dicho, pues se esforzaron en coger todo lo que fuera de valor que encontraron y que quedase al *alcance* de su mano.

Como auténticas hordas descontroladas, los saqueadores invadieron el real musulmán. Hasta tal punto, que don Alfonso XI tuvo que enviarnos a pacificar la zona y mantenerla bajo control.

El infante don Pedro de Portugal, mi padre y yo nos dirigimos hacia el gran alfaneque granate que dominaba el campamento moro para cumplir las órdenes reales. Aquel pabellón bermejo, que por su rica factura destacaba sobre el resto, era el del sultán. La tienda más importante de todo el real. Si había que defender el contenido de alguna de ellas era esa, pues suponíamos que en su interior, además de los tesoros de Abu l-Hasan, también estarían refugiadas sus esposas e hijos.

Según nos acercamos a la tienda, fuimos conscientes de la gravedad de lo que allí había sucedido y aún sucedía. Los cadáveres de los guerreros granadinos encargados de la protección del campamento yacían por doquier desposeídos de sus armas y objetos de valor. Un poco más allá, algunos cristianos seguían con el pillaje. Cortaban con sus espadas las tiendas para, sin perder más tiempo, acceder por los huecos al interior.

Uno de los granadinos que había intentado ocultarse en el interior de una de las tiendas, al verse descubierto, salió corriendo

cargando sus pertenencias. Los saqueadores corrieron tras él a darle caza.

No llegó mucho más lejos.

Una treintena de pasos más allá había perdido ya la vida y su tesoro a manos de los saqueadores.

Al llegar frente al alfaneque real, sentí como si una fuerte garra se aferrase con violencia a mi estómago. La imagen que observaba me empañaba el alma. No podía creerlo. Una docena de cuerpos desbaratados yacía en un charco de sangre. El montón de cadáveres lo formaban las esposas del sultán y sus hijos menores. Sin mostrar ningún tipo de piedad, los saqueadores los habían pasado a cuchillo. Ni siquiera habían tenido clemencia de los más pequeños, que se desangraban degollados junto a sus madres. Tuve claro que quienes lo habían hecho no podían llamarse cristianos y, mucho menos, defender que luchaban en una Santa Cruzada.

Con el alma incendiada, entré en la tienda espada en mano. Como me temía, la masacre se extendía también por el interior, pero, para mi sorpresa, lejos estaba de haber llegado a su fin. Allí me encontré de bruces con los culpables de la matanza. Zuzunaga, junto a dos compañeros suyos, también mercenarios tránsfugas, intentaba controlar la situación. Apresaba por el cuello a un soldado cristiano mientras con la punta de una bellísima espada jineta amenazaba su cuello. A sus pies, yacían los cuerpos de aquellos otros moros y cristianos que le habían hecho frente.

Sus compañeros, por contra, libres de oponentes, habían envainado sus espadas y se esforzaban por rapiñar a manos llenas todo lo que pudieran llevarse consigo.

Al vernos entrar, los dos saqueadores desarmados dejaron caer su botín y echaron mano a las empuñaduras de sus espadas.

—¡Maldito Zuzunaga! ¡Lo sabía! —gritó mi padre a su informante nada más verlo.

—Hombre, el ilustre don Pedro Fernández de Castro también quiere su parte del botín. ¡Pensé que estas tropelías solo las hacíamos los que luchábamos por fortuna y no por honor! Al parecer, vos y yo no somos tan distintos.

—¡Rata inmunda! No oséis compararos conmigo. ¡Os lo avisé! ¡Cumpliré mi promesa de daros muerte, ya que no lucháis por defender pendón cristiano, si no por vuestra *mala* fortuna!

—¡Sea entonces!

Con un gesto rápido de su brazo hincó el filo de la jineta en la garganta del soldado que mantenía apresado. Un fuerte empujón le bastó a Zuzunaga para librarse de él y prepararse para el combate contra mi padre.

Dos de sus compinches se pusieron también en guardia

mientras otros dos huyeron despavoridos al verse sorprendidos por detrás de la tienda.

El infante don Pedro de Portugal tuvo la suerte de que le tocase el más viejo de los dos, un tipo más pasado de años que de kilos que, como descubrí después, si había llegado a tan viejo, había sido seguro más por saber escaquearse de los enfrentamientos que por su destreza en la lucha.

El mío, en cambio, era mucho más joven, ágil y fuerte. En su rostro se distinguían las señales de algunas viejas heridas de guerra. Una fea cicatriz cruzaba su frente dividiéndole en dos la ceja. Al ver cómo le miraba, clavó sus ojos en los míos mientras, en un alarde de bravuconería, exhibía su manejo de la cimitarra con giros de muñeca y cambios de mano.

Zuzunaga se lanzó hacia mi padre que, prevenido, le esperaba con una guardia alta. Sus compinches siguieron el ejemplo del cabecilla.

No pude prestar atención a cómo se desarrollaban los otros combates. Tuve que concentrarme por completo en el mío.

Por mi mente pasaron todas las técnicas que me enseñara mi instructor en el castillo de Peñafiel. El joven saqueador se dirigió hacia mí con la guardia alta. Identifiqué de inmediato aquella posición. Sujetaba su espada por encima del hombro derecho, dispuesto a lanzarme un mandoble descendente a la cabeza. Para su sorpresa, le respondí con mi tantas veces practicada guarda baja. Con la punta de mi arma casi rozando el suelo, lancé el filo de mi espada a la altura de su cintura tratando de sorprenderle. Tuvo el tiempo justo para reaccionar y parar mi golpe. Con un gesto rápido golpeó mi espada hacia arriba con la intención de desarmarme. No lo consiguió. Avancé hacia él haciéndole retroceder, al tiempo que yo recomponía mi postura.

Esta vez, usé una guardia corta como ataque. Con la espada en aquella posición a media altura, forcé su retroceso.

Sin embargo, lejos de amedrentarse, me lanzó un mandoble descendente que a duras penas pude detener, pero al que respondí con todas mis fuerzas. Mi oponente detuvo el golpe protegiéndose con su acero justo antes de sorprenderme con un ataque a media altura que chocó con estrépito contra mi coraza. El impacto me hizo retroceder un par de pasos. En un acto instintivo, me llevé la mano izquierda al torso esperando palpar la herida que me aquejaba. La afilada hoja había abierto un gran tajo sobre mi pecho por el que podía introducir mi mano. Por suerte para mí, había sido el sobreveste que cubría mi coraza el que había sufrido el desgarro y no mi carne. Aun así, la protección de metal sobre mi torso me había librado del corte, pero no del golpe.

Me dolía.

Sí, me dolía mucho, pero no tanto como mi maltrecho orgullo. ¿Cómo podía haberme dejado alcanzar?

Apreté los dientes y le dirigí una mirada llena de cólera. Me juré que no se volvería a repetir.

Tomé de nuevo mi posición de guardia baja. Él respondió de igual modo con su ataque descendente. Sin embargo, esta vez, después de detener su golpe, me giré y conseguí que la punta de mi espada le rasgase la mejilla derecha, añadiéndole una nueva muesca a su colección de cicatrices.

No pareció gustarle mi aportación a su nueva imagen porque no dudó en echar su mano izquierda enguantada a la hoja de mi espada para arrebatármela y alejarla de su rostro.

Estaba a punto de desarmarme, cuando con su mano derecha lanzó un espadazo descendente que, gracias a las extenuantes prácticas con mi instructor en el palenque, supe evitar. Con mi puño izquierdo golpeé su antebrazo desarmándole y con ambas manos me hice con su espada antes de que esta cayera al suelo.

Yo había perdido mi arma en sus manos, pero, gracias a mi pericia, en vez de quedar desarmado, había logrado intercambiar la mía por la suya.

Mi oponente, ante aquel cambio en la situación, lejos de darse por vencido, se recompuso y, armado con la espada que acababa de arrebatarme, volvió a la lucha incluso con más ganas de darme muerte.

No sé si fue la ira o la fatalidad lo que nubló su mente, solo sé que en aquel arranque cometió el error de bajar la guardia.

Mi ataque ascendente le tomó por sorpresa y no pudo evitar que la punta de mi espada le rebanase el cuello.

La sangre brotaba a borbotones por más que el joven saqueador se esforzase ahora en empuñar su cuello, en vez de su espada, para detener la hemorragia. De nada le valió su empeño; no tardó en quedar inerte.

Me agaché a recuperar mi espada sin quitar ojo al encarnizado duelo que mantenía Zuzunaga contra mi padre.

La intensa melodía del acero chocando una y otra vez no se había detenido ni por un momento. Para mi sorpresa, el traidor estaba causando más problemas de lo esperado a mi padre. La técnica del mercenario no era muy depurada, pero era innegable que la suplía con la experiencia acumulada dentro y fuera del campo de batalla. Por su forma de atacar y defenderse, quedaba claro que estaba baqueteado a base de luchas pendencieras y ataques al sálvese quien pueda.

Con más entusiasmo que tino, lanzó su espada a media altura contra mi padre, que le respondió de inmediato con un golpe

ascendente desde su guardia baja que desvió la espada del traidor por encima de ambos. Con un gesto rápido, mi padre sujetó el antebrazo de su rival por el interior tratando de evitar que le atacase de nuevo usando el filo de la espada. Mi padre no tuvo tiempo de lanzar su siguiente ataque. Zuzunaga hizo presa del brazo de mi padre y aprovechándose de la hoja de su espada consiguió hacer que mi padre cayese de rodillas.

Zuzunaga no perdió la oportunidad de propinarle un rodillazo en el pecho haciendo que cayera de espaldas sobre el suelo.

Mi padre, al caer, perdió la espada. Sin posibilidad de retomarla, lanzó su mano enguantada hacia la hoja de la de su agresor con la intención de detener el ataque de aquel que trataba de clavársela a la altura de la axila.

Logró retenerla y desviarla lo justo como para frustrar aquel ataque mortal.

Un grito desgarrador sonó dentro del alfaneque.

Ni Zuzunaga ni yo fuimos capaces de ver de dónde había salido la daga. Cuando ambos la descubrimos, ya la tenía clavada el traidor en la clavícula derecha. El apuñalamiento le llegó tan por sorpresa como la inmediata patada que le propinó mi padre en el costado y que le derribó.

Zuzunaga echó mano a la daga. De un tirón se la arrancó e intentó incorporarse, pero ya era demasiado tarde. Mi padre había girado sobre sí mismo y se había incorporado a toda prisa.

No dudó un instante.

No necesitaba otra arma.

Él solo se valía.

Dos pasos le bastaron para acercarse al desgraciado, y una patada en pleno maxilar para que perdiera algo más que el conocimiento: la vida.

Nada más acabar con Zuzunaga, mi padre y yo nos giramos hacia el punto en el que el infante don Pedro de Portugal luchaba con el último de los saqueadores que aún permanecía en pie.

El infante portugués, ante el siguiente ataque, consiguió con un primer golpe desviar la espada de su oponente, para en el acto rodearla con su brazo y sujetarla por uno de los gavilanes para arrancársela a su dueño de las manos.

El más viejo, al verse desarmado y en inferioridad numérica frente a nosotros tres, se sintió perdido y emprendió la huida corriendo todo lo que podía a pesar del cansancio de la lucha acumulada. Debió de confiar en que Pedro también estuviera agotado por la jornada de batalla y considerase las heridas que le había provocado como suficiente escarmiento por esta vez. Con lo que ninguno contábamos era con lo que el infante portugués nos

sorprendió. Conocía aquella técnica, me la había enseñado mi instructor, pero solo la había visto poner en práctica en situaciones desesperadas.

El infante don Pedro de Portugal avanzó unos pasos mientras sujetaba con el guantelete izquierdo la hoja de su espada apuntando hacia su objetivo. Tomó impulso y, con la mano derecha bien sujeta a la altura de los gavilanes, se la arrojó como si fuera un venablo.

El impacto fue considerable.

La espada se clavó en la espalda desprotegida del saqueador, que cayó desplomado al suelo herido de muerte.

Con paso lento avanzó hacia su oponente.

Ya no había prisa.

Don Pedro de Portugal recorrió despacio los metros que les separaban. Sabía que no había riesgo de que su enemigo huyera ya a la carrera. El gordo se esforzaba por respirar, pero no podía. Sus pulmones se estaban encharcando de sangre. Tosía en el suelo escupiendo esputos sanguinolentos. El infante portugués empuñó su espada con ambas manos y, antes de retirarla del cuerpo de su víctima, la giró.

Le siguió un último estertor.

Luego, el silencio de la muerte.

El infante portugués, mi padre y yo cruzamos nuestras miradas y asentimos. Por suerte para todos, todo había terminado ya.

Don Pedro limpió la hoja de su espada contra las ropas del desdichado y con el pie lo hizo rodar de un empujón hasta el lienzo del pabellón para que no estorbara.

Yo hice lo mismo con mi contrincante, para acto seguido hacer lo propio con Zuzunaga.

Mi padre, circunspecto, fue tomando una a una todas las joyas que los saqueadores habían intentado expoliar y que ahora estaban desperdigadas por el suelo pringadas de sangre. Con cuidado, tomó uno de los ricos manteles bermejos que cubrían la mesa de campaña del sultán y con él fue limpiando una a una las manchas de la vergüenza.

Como si le impusiesen un respeto excepcional, dejó las espuelas de oro del sultán para último término.

Sin necesidad de mediar palabra, el infante y yo nos dispusimos a colocar los cadáveres de la familia del sultán de manera más honorable. Uno junto a otro los tumbamos sobre el suelo formando una hilera y los cubrimos con las telas que encontramos a mano.

En ese momento, mientras trasladaba los cuerpos sin vida, fui consciente de la inquietante tranquilidad que nos envolvía.

El bullicio hasta solo unos minutos antes reinante en el real, se

había ido sosegando conforme quedaban menos posibilidades de rapiña, hasta convertirse en un rumor discreto y lejano.

Sin embargo, algo rompió aquella incipiente calma. Un ruido de pasos en el exterior del alfaneque nos puso de nuevo en alerta.

Nos incorporamos y echamos mano a las armas.

Dos ballesteros de mazas entraron en el pabellón real, y tras ellos, el rey don Alfonso XI acompañado de don Alfonso IV de Portugal, don Ruy Pérez Ponce de León, don Juan Núñez de Lara, el maestre de la Orden de Santiago y otros caballeros.

—Majestad. Majestad —saludó a ambos reyes mi padre al verlos.

—¿Qué masacre es esta? —interrogó don Alfonso de Portugal a su hijo.

—No hemos podido evitarlo, padre. Solo hemos podido dar muerte a tres de los asesinos; otros dos han logrado escapar. Pero para ellos ya era demasiado tarde —confesó el infante Pedro de Portugal mientras señalaba con el mentón el lugar donde habíamos colocado a las víctimas de los saquedores.

—¡Maldita sea! ¡Son las mujeres y los pequeños del sultán! —Negaba con la cabeza, con un remarcado gesto de fastidio en su rostro.

—Esos rufianes los han asesinado vilmente. ¿Qué clase de monstruo mataría así a unos críos indefensos? ¿Y todo por qué? ¿Por esto? —se cuestionó mientras cogía un bello copón de oro que relucía sobre la mesa—. Mandad patrullas en su busca. Que todo el real sepa lo que han hecho y el destino que les espera a esos bellacos —remarcó con firmeza.

Levantó la mano, apuntó hacia donde se encontraban Zuzunaga y sus compinches, y con un claro gesto de desprecio ordenó:

—Descuartizad a esos infames y arrojad los restos donde aves de rapiña, como ellos, los hagan desaparecer. Y tomad nota de que no quiero volver a escuchar ese apellido nunca más.

Pensativo, recorrió el lateral de la mesa en la que mi padre había recolocado el tesoro del sultán. Con cara apesadumbrada, fue sobrevolando con su mano las joyas. Al llegar a las espuelas de oro de Abu l-Hasan se detuvo en seco. Seguían manchadas de sangre. Las tomó entre sus manos y, dirigiéndose directamente a mí, me dijo:

—Álvar, nadie mejor que vos para entender lo que supone este gesto. Por eso quiero que os encarguéis personalmente de llevarlo a cabo. Me gustaría, si su majestad don Alfonso de Portugal lo tiene a bien, que, en representación de las coronas de nuestros dos reinos, el infante don Pedro y vos entregaseis los cadáveres de la familia real al sultán junto a este tesoro. Esforzaos en que el sultán Abu l-Hasan tenga bien claro que, si bien no pudimos salvar las vidas de su familia, no fue la codicia de Portugal y Castilla la que causó estas muertes.

El rey portugués aprobó la propuesta con un leve cabeceo.

—Así lo haremos —respondí con el apoyo del infante portugués.

Para nuestro asombro, don Alfonso XI tomó la tela con la que había limpiado mi padre el resto de joyas y comenzó a frotar con ese mantel las espuelas.

—Don Pedro Fernández de Castro, ¡el de la Guerra!

—Majestad —respondió mi padre.

—Don Pedro Fernández de Castro, el de la Guerra —repitió el monarca castellano como si estuviera en trance—, ¡mi más fiel paladín!

El rey de Castilla se quedó un momento en silencio mientras frotaba. Cuando se dio por satisfecho, levantó una de las espuelas para comprobar que estaba impoluta. Acto seguido hizo lo mismo con la otra.

—Don Pedro. Mi primer caballero. Mi más leal defensor entre los de la Orden de la Banda. El escudo que me protege cuando desde el cielo descargan las saetas como mortíferos rayos.

Mi padre, como todos los presentes, escuchaba atento e intrigado.

—¿Quién, si no vos, hizo que ganásemos esta batalla cuando estábamos a punto de perderla? ¿Quién, picando espuelas, se lanzó contra la guardia real del sultán Abu l-Hasan obligándole a huir? Solo vos.

Tomó las impolutas espuelas una en cada mano y se acercó a mi padre ofreciéndoselas.

—¿Quién con todas las riquezas del sultán a su alcance, solo tendría tiempo para esforzarse en limpiarlas del horror para que, inmaculadas, las recibiera su rey? Solo vos.

»Por eso, quiero que vos os quedéis con ellas. Que como miembro de la Orden de la Banda las luzcáis en vuestros tobillos junto a mí en el campo de batalla para que todos sepan que don Pedro Fernández de Castro, el de la Guerra, está a mi lado. Que me acompaña aquel que a mis órdenes picó espuelas en esta batalla para vencer al sultán Abu l-Hasan y como recompensa por su valor en la batalla consiguió la victoria y arrebatar al sultán sus espuelas de oro.

Mi padre las recibió honrado y agradecido.

Aquellas espuelas tenían mucho más valor para él que todas las ríquezas y títulos con los que el monarca le hubiera podido premiar. Eran un símbolo. Un distintivo singular que le identificaría solo a él y que les recordaría a todos quién era y la relación que tenía con él.

Y lo que para muchos seguro pasaba desapercibido: aquellos aguijones de oro harían que, inevitablemente, todos aquellos que las

vieran, tuvieran que bajar la mirada ante mi padre para mirarlas.

—Majestad, complacido las recibo de vuestras generosas manos y, como muestra de vuestra magnanimidad, las luciré con orgullo a vuestro lado en el campo de batalla hasta el fin de mis días.

Acabado aquel improvisado acto, me apuré junto al infante don Pedro a cumplir nuestro encargo de preparar la entrega de los restos mortuorios a nuestros enemigos y el tesoro personal del sultán.

Así, a la mañana siguiente, mientras los monarcas castellano y portugués se dirigían a Tarifa con la intención de ordenar que se reconstruyesen las murallas, el infante portugués y yo hicimos la fúnebre entrega según lo indicado por don Alfonso XI.

Para nuestra sorpresa, los monarcas moros no salieron a recoger los cadáveres ni las joyas. No recibimos el agradecimiento directo por parte del sultán Abu l-Hasan ni siquiera el de Yusuf. Fueron sus lugartenientes los que nos atendieron.

No era muestra de ingratitud la que había provocado aquel comportamiento, si no la imposibilidad material de llevarlo a cabo.

Para cuando llegamos a Algeciras con el cortejo fúnebre, ambos monarcas ya estaban muy lejos de allí. Ante el temor de ser cercados por nuestro ejército, no se habían demorado en abandonar la plaza en barco.

El destino de la galera de Yusuf sería Marbella, mientras el de Abu l-Hasan sería la costa norteafricana tras hacer escala en Gibraltar.

Nada más que don Alfonso tuvo conocimiento de la huida por mar de los dos monarcas musulmanes, ordenó que Pedro de Moncada interceptase con sus barcos a los de Abu l-Hasan y le impidiera la fuga. Sin embargo, una vez más, la indisciplina de los vasallos del rey le llevaría a perder la posibilidad de capturar a su enemigo. Don Pedro de Moncada, lejos de obedecer la orden, se opuso a su cumplimiento, ya que, si bien podía conseguir en el abordaje capturar al sultán, también se arriesgaba a que los moros prendieran los barcos castellanos cargados con las riquezas del rey castellano.

A partir de ese día, todos, incluso el rey, se refirieron a mi padre como *El de la Guerra* y aquellas espuelas siempre le acompañaron. No hubo un solo día, hasta que vino a visitarle la muerte, en que no las calzase tanto fuera como en el campo de batalla. Para desgracia de todos, aquella fecha llegaría más pronto que tarde.

# XXXIX. Aviñón

Tal vez pueda sorprender la actitud de don Alfonso XI al renunciar de motu proprio al tesoro personal del sultán Abu l-Hasan. Si bien era cierto que le correspondía como vencedor, con aquel acto pretendía ganar mucho más que el respeto de los moros vencidos, asombrándoles con su magnanimidad. Lo que buscaba era conseguir la admiración de los monarcas del resto de coronas europeas y su apoyo como el gran rey de la Santa Cruzada, y para ello no podía permitirse que la victoria lograda bajo el pendón de la Vera Cruz quedara afectada por las rapiñas y asesinatos cometidos en el real musulmán.

Quizá, a ojos de los guerreros que se afanaron en el saqueo del campamento moro, lo más preciado en aquella liza fuera el exorbitante botín logrado. Sin embargo, para el monarca castellano había algo aún más valioso que el oro y las joyas. Con su victoria, había conseguido unos trofeos que, a pesar de carecer de valor económico, tenían un valor incalculable. Había conseguido capturar los pendones de los caudillos y monarcas musulmanes contra los que estaba luchando en el nombre de Dios. Esa era la prueba que necesitaba: Dios estaba de su parte en aquella lucha. Y si el resto de reyes cristianos querían unirse a esa guerra santa contra el infiel musulmán, tendrían que hacerlo a su lado.

Don Alfonso XI de Castilla supo de primera mano que la misma noche en la que se había logrado la victoria sobre las tropas moras, su consejero real y compañero en la batalla, el arzobispo de Toledo, había escrito al mismísimo papa Benedicto XII para informarle de la victoria cristiana. Aquella carta era crucial, pues el rey castellano contaba con el beneplácito del sumo pontífice para desarrollar su guerra santa con importantes beneficios para los caídos. Pero sin duda, había una razón aún más importante, ya que conllevaba una diferencia sustancial: contar con la bendición papal suponía la posibilidad de embolsarse una buena parte de los impuestos eclesiásticos para dedicarlos a esa guerra.

Consciente de la importancia que tenía que el papa Benedicto XII se hiciera eco de aquella victoria, don Alfonso XI organizó una embajada que partiría a Aviñón para entregar al santo padre los pendones capturados a los moros vencidos.

El infante don Pedro de Portugal, como representante de la corona lusa, don Juan Martínez de Leiva, como embajador ante el pontífice por el reino castellano, y yo nos dirigimos a la sede papal en Aviñón para cumplir el encargo real. Salvo los que quedaron en la catedral de Sevilla y los cinco entregados al rey portugués, el resto irían con nosotros a Francia.

Tras semanas de viaje, una mañana nos sorprendimos al divisar por fin las murallas de Aviñón, la catedral y el palacio de los papas, pero aún nos asombró más la comitiva formada por cardenales, sacerdotes y multitud de fieles que salió a nuestro encuentro.

Las gentes se agolpaban a los lados del camino. Rodeados de curiosos, nuestra comitiva tenía serios problemas para avanzar. Tal era el gentío, que nos llegó la hora nona antes de que nos hubiéramos aproximado dos leguas a las murallas, y es que nadie quería perderse el acontecimiento de nuestra llegada. Ni siquiera el mismísimo papa Benedicto XII, que esperó a que cruzáramos el puente para salir a recibirnos a las puertas de la ciudad.

No era para menos. El espectáculo era digno de admiración.

Al frente de nuestra séquito iba don Juan Martínez de Leiva enarbolando el pendón de don Alfonso XI. Tras el embajador de Castilla ante el papa, desfilaban un centenar de moros apresados en aquella santa batalla conduciendo de la brida a otros tantos caballos de cuyos arzones colgaban las cimitarras y adargas de sus jinetes vencidos.

En posición privilegiada junto al pendón, desfilaba también Jaén, el imponente caballo del rey castellano, cubierto con su gualdrapa de guerra acuartelada de castillos y leones, como representación dignísima del monarca.

Tras el caballo destrero de Alfonso XI, caminaban veinticuatro moros con sus pendones colgados del cuello como símbolo de derrota y humillación. Podían verse las enseñas reales blancas con textos bordados del Corán, las banderas verdes de los voluntarios moros, incluso otras de seda de color amarillo anaranjado. Aunque nada comparable con la desmedida enseña de color verde de casi cuatro metros por tres de ancho con dieciséis medias lunas que todos los combatientes en la batalla pudimos ver ondear en el Salado.

Ahora, en aquella demostración pública del triunfo de la cristiandad sobre el islam a manos de la corona de Castilla, los versículos bordados en aquellos pendones parecían no tener mucho sentido. No había lugar para frases como «no hay otro Dios sino Alá», «Mahoma es el profeta de Alá» o «no hay vencedor sin Alá».

Solo había lugar para Cristo.

Así debió verlo sin duda el papa Benedicto XII, que, en cuanto don Juan Martínez de Leiva llegó frente al trono en el que el santo

padre se encontraba sentado, se levantó y tomó en su mano el pendón de don Alfonso XI que el embajador le ofrecía.

—*Vexilla Regis prodeunt: Fulget Crucis mysterium* —comenzó a entonar el santo padre.

No tardaron ni un instante en unirse a su canto arzobispos, obispos y el resto de clérigos.

«Las banderas del rey se enarbolan: resplandece el misterio de la cruz…». Conocía aquel cántico, se lo había escuchado a los cruzados, pero nunca como en ese caso rindiendo homenaje a un pendón real.

Aquella no sería la única demostración que descubriría esa jornada de que don Alfonso XI había logrado su objetivo de convertirse en referente europeo para la Santa Cruzada. Tras recibir el pendón real, Benedicto XII celebró una singular procesión y ofició personalmente una eucaristía en la que identificó a don Alfonso XI con el rey David, poniéndolo a un nivel equivalente. Pero, más aún, don Alfonso XI consiguió con su acto de entrega lo que él quería. Durante la homilía, el papa instó a que diariamente en todos los sermones y oraciones se recordaran los hechos logrados por el rey castellano en su lucha contra el moro.

¿Qué mejor promoción que aquella para conseguir combatientes contra el moro que le permitiesen lograr la Reconquista?

La gente estaba henchida de combativa religiosidad, como si un brote epidémico de locura colectiva los llevase a no ver más allá de aquella lucha.

Inmerso en aquella vorágine de exhaltación de los valores de la defensa de la cruz, pensé que no podía haber un motivo con mayor fuerza que ese para llevar al ser humano a la lucha. ¡Qué ingenuo era entonces! Solo años después descubrí que había un motivo aún más poderoso para tomar las armas que salvar almas.

# XL. Silencio atronador

Algeciras
Al-Andalus
Reino de Granada

Junio de 1343

De nuestro viaje a Aviñón, el infante don Pedro de Portugal y yo nos trajimos mucho más que el apoyo del papa y de los reyes cristianos europeos a nuestra cruzada; regresamos con una fortalecida amistad. Casi fraterna. Hasta tal punto fue así, que don Pedro de Portugal me pidió que le acompañara a partir de entonces en las batallas en las que participase. Yo, como hombre libre que era, no dudé en aceptar su propuesta.

Así, cuando Alfonso XI pidió ayuda para sitiar Algeciras como continuación de la Reconquista, don Pedro de Portugal y yo acudimos juntos a la llamada, como harían muchos otros caballeros de la nobleza y realeza europea.

A lomos de Tesón, no veía el momento de llegar al real castellano algecireño y encontrarme con mi padre.

Según nos acercamos al campamento, pude ver las enormes bastidas que había construido don Alfonso XI para proteger las máquinas de asedio con las que atormentaba la ciudad.

Un gran estruendo, como si el cielo se nos fuera a caer encima, me conmovió. El estrépito venía de las murallas algecireñas.

—Truenos —me informó el guía que nos acompañaba hacia el pabellón de mi padre.

—Diantres, más bien. Conozco de sobra los rayos, truenos y relámpagos y eso solo puede ser obra del mismo diablo.

—Mi señor, truenos son. O al menos así los conocemos todos aquí por el tremendo estruendo que hacen. Pero también creo que no se equivoca. Esas armas espantosas solo pueden ser auténticos artefactos del demonio. Lanzan imparables piezas de hierro, ardientes como si acabaran de salir del mismo averno. Dios nos libre de cruzarnos en su camino. Pobre del desdichado que lo haga. He visto a aquellos a los que les alcanzan esos proyectiles infernales; no hay

cirugía ni cura que pueda salvarlos. Desmembran los cuerpos como a cuchillo. De nada sirve limpiar las heridas ni cortar por lo sano. Esos malditos polvos que las impulsan deben de estar hechos de la mismísima muerte, pues las llagas que producen no tardan en corromperse y, por más que hemos intentado por todos los medios imaginables, la muerte de los heridos es inevitable.

Nuestro guía no mentía. Según avanzábamos por el campamento pude comprobar por doquier con mis propios ojos la carnicería que provocaban aquellas armas.

Ansioso por ver a mi padre, me dirigí junto a mi amigo el infante portugués a la tienda que, como Alférez Real, ocupaba en el campamento.

Lo que no podía ni imaginarme era lo que me encontraría allí.

Me sorprendió el silencio atronador que reinaba en su interior a pesar del número de caballeros allí congregados. Todos estaban en reverencial silencio. Solo cuando se apartaron para dejarme paso, pude ver a qué se debía su silente presencia. Tumbado en un catre de campaña, mi padre se debatía entre la vida y la muerte. A su lado, mi medio hermano, Fernán Ruiz de Castro, permanecía en silencio con la cara desencajada. Tras él, dos adalides velaban armas por su alma junto a la preciosa armadura de mi padre, su espada y sus espuelas de oro.

Me acerqué al catre temiendo que hubiera sido alcanzado por alguno de aquellos proyectiles infernales. Sin embargo, no descubrí en él nada que confirmase mi suposición. Más bien, parecía que las fiebres se hubieran apoderado de él. La calentura era patente.

Mi padre, al sentir mi presencia, abrió sus ojos vidriosos y con voz trémula se dirigió a mí:

—Álvar, traéme mi espada y, tú, Fernán, mis espuelas.

—Padre —quise oponerme.

—Traédmelas.

Fernán se sobrepuso a la cascada de sentimientos que le embargaban y dejó su lugar junto a mi padre para acercarle sus espuelas. Anticipaba lo que suponía que vendría después. Con todo el respeto, se las presentó. Por la expresión de su rostro, pude suponer que mi medio hermano esperaba que, en aquel momento, mi padre manifestara sus última voluntades y nos hiciera entrega de aquellos objetos a los dos.

Así lo hizo, pero solo en parte.

—Fernán, ajústame las espuelas. Y tú, Álvar, dame mi espada.

Obedecimos de inmediato. Fernán colocó en los tobillos de mi padre los aguijones de Abu l-Hasan. Y yo apoyé sobre su pecho la espada que no tardó en empuñar. Tumbado en el catre con ella sujeta sobre su cuerpo, no pude evitar ver en él la escultura yacente de un

caballero tumbado sobre su sepulcro.

—No quiero que nadie me las quite. Venceré esta batalla o moriré como el caballero que soy. Y si se me lleva la muerte, quiero pasar a la otra vida con los aguijones del moro en mis pies. Que nadie diga que esta vez no piqué espuelas para enfrentarme a ella.

Mi padre, don Pedro Fernández de Castro, que tan bien se había ganado ser conocido con el sobrenombre de *El de la Guerra*, luchó como un valiente su más dura batalla sin saber que unas tiendas más allá, en el pabellón real, se valoraba una posible tregua con el rey granadino.

Sin embargo, para él esta vez no habría tregua posible.

La lucha no fue fácil, ni corta la contienda.

La muerte acabaría por llevárselo unas semanas después. Lo que no había logrado la guerra, el segundo caballo del apocalipsis, por más veces que se hubiera enfrentado a él, lo lograba la enfermedad.

Al menos, mi padre podría llevar a gala en el otro mundo su sobrenombre, pues la guerra no había logrado derrotarlo. Así, cumpliendo ampliamente sus últimas voluntades, aunque no hubiera muerto por heridas de guerra ni en el campo de batalla, mi padre, *El de la Guerra*, fue enterrado con honores en el trascoro de la Catedral de Santiago de Compostela como Pertiguero Mayor de Santiago y acompañado por sus espuelas de oro ganadas al sultán Abu l-Hasan en la batalla del Salado.

Aquellos días fueron muy tristes para todos en el real castellano.

No solo la muerte no había estado dispuesta a dar tregua a mi padre en aquella ocasión, si no que, además, don Alfonso XI había demostrado que tampoco tenía intención alguna de ser benevolente con el monarca granadino.

Las condiciones ecónomicas presentadas por el granadino no eran malas, pero llegaban tarde. El rey castellano acababa de recibir veinte mil florines del papa para continuar con la Santa Cruzada, y el rey de Francia aportaba otros cincuenta mil. Don Alfonso XI cubría con ello con creces el agujero económico que los costes de la guerra le estaban suponiendo y contaba con recursos suficientes como para continuar batallando.

Ahora ya no era cuestión de pagos.

Don Alfonso exigía que Algeciras pasase a formar parte de Castilla para firmar la paz. La esperanza de poner un fin pacífico a aquella guerra parecía esfumarse.

Los sitiados tendrían que pasar diez meses más de cerco, para que, ya sin víveres para alimentar a los refugiados en la ciudad y con un número de tropas incapaz de protegerla, el rey de Granada envíase a Hassan Algarrafe al campamento cristiano con una nueva propuesta

de acuerdo, que el monarca castellano no dudo en valorar junto a su consejo real.

—El rey de Granada ha aceptado entregarnos la ciudad de Algeciras—comentó Alfonso XI a sus consejeros—. Solo ha puesto por condición: que permitamos que todos los allí refugiados abandonen la ciudad con todas sus pertenencias y cuenten con mi protección.

Los adalides del consejo se miraron los unos a otros intentando valorar en los rostros de los demás cómo encajar aquella oferta.

—Majestad, no creo que debamos aceptar una tregua en estos momentos —aconsejó don Pedro Ponce de León—. Solo les beneficiaría a ellos. Las tropas de refuerzo de los consejos de Sevilla y Toledo ya están de camino y, si no sucumben pronto por hambre, caerán por la fuerza. No creo que debamos aceptar la propuesta, cuando tenemos al alcance de la mano tomar la ciudad y la posibilidad de hacernos con la gran cantidad de doblas de oro que seguro allí ha de haber.

—Don Juan, el acuerdo también incluye una tregua por quince años y el pago durante ese tiempo de doce mil doblas anuales a Castilla. —informó el obispo de Toledo, Gil Álvarez de Albornoz, tratando de llevar al privado a su terreno—. En mi opinión, creo que es más que suficiente.

—Aceptar esa tregua es renunciar a lo que en Algeciras haya —insistió don Pedro Ponce de León.

—Lo sé, pero creo que bien pagada estará esta tregua, si con ella no solo acabo con esta guerra, sino también con la sangría económica y de vidas que está trayendo consigo. Además, no debéis preocuparos, don Pedro. Sé cuanto habéis colaborado en que este sitio llegue a buen término y, por eso, quiero que una vez me sea entregada Algeciras, vos seáis su alcaide.

—Majestad, no podría estarle más agradecido. Pero, en cualquier caso, no podemos aceptar una tregua tan larga. Quince años son demasiados —advirtió don Pedro Ponce de León.

—Estoy de acuerdo. No se hable más. Sean diez. Llamad a Hassan Algarrafe. Que no tarde ni un día en ir a Granada a comunicar que acepto a su rey como vasallo y le concedo la paz por diez años.

Así se ponía fin a un duro asedio de veintiún meses.

Acabado el sitio, don Alfonso XI cumplió su promesa y cedió la ciudad a don Pedro Ponce de León como alcaide de Algeciras. No sería el único en recibir nuevos puestos, pues el monarca también se dispuso a repartir los cargos que hasta aquel día había ocupado mi padre en la Corte.

La pérdida de mi padre nos hundió a toda la familia en una honda tristeza; pero más a mi hermano Fernán que a ninguno ya que, a pesar de que como hijo legítimo de mi padre fue él quien recibió en

herencia todos los títulos y posesiones que le legó nuestro padre, se sintió decepcionado ante la actitud del rey don Alfonso XI de Castilla. Fernán no podía imaginar que el rey le tratase así, tras compartir batalla junto a él y a nuestro padre. ¿Cómo podía humillarle de aquel modo, negándole todos los cargos que nuestro padre había ostentado hasta su muerte? ¿Cómo era posible que ahora no hubiera sitio en ninguno de los puestos importantes de la Corte castellana para él, el hijo de don Pedro Fernández de Castro, el de la Guerra?

Tal desprecio solo pudo provocar el más profundo malestar en mi hermano.

Por mi parte, tras la muerte de mi padre y el final del cerco a Algeciras, centré mis intereses en Portugal, donde cada día, gracias a mi amistad con el heredero al trono luso y su relación con mi hermana Inés, mi influencia en la Corona lusa se iba consolidando más y más.

# XLI. Mortal

Portugal

Doña Constanza Manuel era consciente de que la relación entre su prima —mi hermana Inés de Castro— y su marido, el infante Pedro de Portugal, excedía con mucho lo esperable de un cariño entre familiares próximos. Sin embargo, creía que poco podía hacer ella para evitar que esa llama del amor que mi joven prima Constanza nunca había sentido prendiese en los pechos de los dos amantes. Si alguien tenía la clave para darle solución ese solo podría ser Dios.

Así fue que, junto al obispo de Lisboa y con la aprobación de su suegro el rey don Alfonso IV, dispuso una artimaña que hiciese que el pecado cometido por los amantes fuera más grave todavía. El nacimiento del pequeño Luis le otorgaría la llave.

Esperó a la alegría del alumbramiento para por sorpresa solicitarle a Inés que no la dejase sola ni durante el parto ni después de él. Que quería que fuera la madrina de su primer hijo, el infante don Luis.

Con su mano bien prieta entre las contracciones no pudo negarse.

Unos días después, ante Dios y ante los hombres, se convertía en madrina del niño, lo que convertía su pecado en pecado mortal a los ojos de Dios.

Sin embargo, no duró mucho aquella presión añadida sobre la relación adúltera ya que, poco después de su nacimiento, el débil y enfermizo infante dejaría este mundo que ni siquiera había llegado casi a conocer.

A ojos de algunos, aquello podría haber sido entendido como señal de mal fario. Sin embargo, para mi hermana Inés y mi casi cuñado Pedro, lejos de apagar la pasión entre los dos amantes, la aumentó. Las habladurías hacía tiempo que, incontrolables, habían traspasado los muros de palacio.

El rey de Portugal no tuvo dudas sobre lo que sucedería si Inés seguía en la Corte portuguesa. No quería tener que pasar por lo mismo que padecían en la corte castellana, en la que su hija María de Portugal tenía que soportar que don Alfonso XI humillara día tras día

a su esposa dejándose ver con su amante en público. Ya era demasiado tener que sufrirlo como padre de la esposa despechada como para tener que también cargar con ello como padre del marido infiel.

Por eso, el monarca portugués decidió que la mejor manera de relajar las pasiones era poner tierra de por medio: doña Inés debía abandonar no solo la Corte portuguesa, sino el reino.

El rey había intentado poner límites al amor que vivían su hijo y mi hermana, pero lo que no tuvo en cuenta era que los dos amantes tendrían todo mi apoyo desde el primer momento. Así, le demostré a don Alfonso IV que su poder podía ser muy grande dentro de Portugal, pero yo podía hacer que se cumpliese su requerimiento de tal forma que los amantes no tuvieran que renunciar a su relación.

Moví los hilos necesarios para que mi hermana Inés no tuviera que alejarse demasiado de la corte portuguesa. Su nuevo hogar estaría en la misma frontera. Sería el castillo de Alburquerque. El señor don Juan Alfonso de Alburquerque no podía negarse a mi petición. Como tío del infante don Pedro I de Portugal y gran amigo de nuestro padre don Pedro Fernández de Castro y por los servicios que habíamos realizado a su lado tanto mi padre como yo en tantas batallas, accedió sin condición a ofrecer amparo a mi hermana Inés.

## XLII. La promesa

Castillo de Alburquerque
Señorío de Alburquerque
Frontera entre los reinos de Castilla y Portugal
Corona de Castilla

Octubre de 1345

Día tras día, semana tras semana, fue avanzando la fecha en el calendario hasta que un día, casi sin darse cuenta, Inés cumplió su primer año en el exilio.

Un año. Se decía pronto.

¿Cómo era posible que pasase el tiempo tan rápido? El recuerdo seguía vívido en la memoria de todos como si todo hubiera sucedido ayer: la promesa exigida por Constanza, el bautizo del niño, el entierro y el destierro.

Por suerte para mi prima Constanza, la vida seguía su curso y, aunque había heridas que nunca podrían llegar a cerrarse, la dicha de un nuevo embarazo vino a mitigar la ausencia del infante recién nacido.

Mi hermana Inés, por su parte, había sabido adaptarse a su nueva situación. Los meses de destierro en el castillo de Alburquerque pasaban para ella de manera mucho más agradable que en su encierro infantil en el castillo de Toro. Ahora no se encontraba prisionera, sino en un cómodo retiro, aunque obligado, lejos de los chismosos ojos y oídos de la Corte portuguesa. La habían forzado a marcharse lejos, pero no habían podido evitar las continuas visitas de su amado Pedro de Portugal, que mantenían viva su relación, ni tampoco las mías.

Por eso, no le sorprendió mi visita aquel día, pero sí el motivo que allí me llevaba. Traía orden de custodiarla en su regreso a palacio.

—Inés, prepárate. Traigo orden de llevarte conmigo a la Corte.

—Pero ¿por qué? ¿Qué sucede? No me asustes —preguntó mi hermana extrañada.

—Constanza lo ha pedido así y ha jurado que no admitirá una negativa por respuesta.

A regañadientes, mi hermana aceptó trasladarse a Santarem a

pesar de que no entendía lo que sucedía. ¿Por qué aquella prisa por hacerla volver a palacio? ¿Acaso el infante Pedro y ella no habían sido ahora en Alburquerque suficientemente discretos en sus encuentros clandestinos?

Castillo de Santarem
Portugal

31 de octubre de 1345

Nada más llegar a palacio, pudo intuir el motivo que la había llevado hasta allí. Gadea salió a nuestro encuentro.

—¡Deprisa, señora Inés! Acompañadme a los aposentos de doña Constanza.

A la carrera, los tres recorrimos los pasillos que nos dirigían a las estancias reales. Al llegar a la puerta de la habitación de Constanza, Gadea me detuvo. Lo que sucedía tras aquellas grandes hojas de madera me estaba vetado.

Aún así, la dama de cámara podría impedirme entrar, pero no que escuchase lo que sucedía dentro de la amplia habitación. Los gritos eran desgarradores.

Una joven azafata entró cargando una jofaina desbordante de agua tibia. Tras ella, otra dama cargada con paños suaves.

—Doña Inés —se dirigió Gadea a mi hermana—, la reina ha exigido que la acompañeis en este duro trance; por favor, sed comprensiva.

Mi hermana asintió antes de tomar aire y cruzar la puerta.

Lo que se encontró allí no era lo que se esperaba. Nuestra prima Constanza, tumbada sobre la cama, estaba cubierta de sudor. Doña Elvira le colocaba paños húmedos sobre la frente mientras, amantísima, intentaba sujetarla. La joven reina se retorcía como poseída, presa del dolor. Los alaridos eran cada vez más fuertes.

—¡Inés! —gritó la joven reina—. Inés, ven aquí.

Mi hermana corrió a su lado y, agarrándole la mano, se arrodilló junto a la cama. Las lágrimas se desbordaron de sus ojos garzos al compartir aquel sufrimiento que desde la distancia no habría sido capaz nunca de sentir.

—Inés, quiero que me hagas una promesa.

Mi hermana cerró los ojos temiéndose lo peor. Una nueva contracción supuso un nuevo martirio para Constanza y un insoportable apretón para la mano de Inés.

—Dime.

—Necesito que me lo prometas. Quiero que renueves tu compromiso. Quiero que, como hiciste con Luis, te conviertas también en la madrina de este hijo mío que está a punto de nacer.

Inés se quedó rota por dentro.

¿Cómo era posible? No podía creer que de nuevo Constanza quisiera repetir la misma jugada. Sin embargo, en una circunstancia como aquella no podía negarse.

—Constanza, estate tranquila.

—No, Inés. Prométemelo.

La sufriente parturienta se incorporó y acercó su rostro hasta que su frente y la de mi hermana quedaron una junto a otra.

—¡Dilo! —gritó mientras apretaba con fuerza la mano que mantenía presa dentro de su puño.

—Sí. Sí. ¡Sí!

Mi hermana notó cómo la presión sobre su mano desaparecía.

—Fuera de aquí —le ordenó Elvira mientras entre sus brazos recibía el cuerpo abatido de Constanza—. Aquí ya no tenéis nada que hacer.

Aliquebrada, Inés abandonó la habitación de Constanza acompañada por Gadea. Caminaba arrastrando los pies como sin alma.

Al verla salir así, y al dejar de escuchar los gritos de mi prima, me temí lo peor.

Don Pedro apareció acalorado en el corredor, todavía ataviado con sus ropas de montería. Tras las primeras contracciones que indicaban que el parto se adelantaba más allá de lo previsto, uno de los heraldos de palacio había salido a buscarlo. Pero aún así llegaba tarde.

Con lágrimas en los ojos, salí a su encuentro y lo detuve antes de que pudiera cruzar el umbral.

—No debéis entrar —le informé.

—¡Soy el hijo del rey! —repuso.

—Nada hay que vos podáis hacer ahí dentro.

—¡No puede ser!

A punto estuvo de tirarme al suelo en un forcejeó cuando un llanto infantil nos desarmó a ambos.

No tardó en abrirse la puerta.

—Ha sido un niño —Nos presentó Elvira al que sería el infante don Fernando.

Mi casi cuñado, el infante Pedro de Portugal, tomó en brazos al pequeño como un regalo caído del cielo.

—¿Y Constanza? —Me apuré a preguntar preocupado.

—Está bien aunque ha perdido mucha sangre y se encuentra muy débil. Ahora debe descansar y recuperarse —recomendó Elvira.

Tristemente, aquel nacimiento trajo consigo un bautismo y un

funeral. El maltratado cuerpo de Constanza no pudo soportar aquel parto que venía complicado. Al alumbrar aquella nueva vida, precipitó que la suya se apagase.

Don Pedro, viudo ya, decidió que, si bien hasta ese momento a buenas y malas había cumplido la exigencia de su padre de que mi hermana doña Inés mantuviera su destierro, ahora lo consideraba injustificable. Muerta doña Constanza, era libre para estar al lado de mi hermana, si así lo quería.

Sin embargo, el fallecimiento de doña Constanza no hizo que el rey Alfonso IV de Portugal viese con mejores ojos la relación que mantenían los amantes. Tampoco ayudó que, pocos años después, el heredero al trono y mi hermana formasen su propia familia trayendo al mundo a mis sobrinos Beatriz y Juan.

Lejos de calmar los ánimos del rey portugués, el nacimiento del pequeño Juan puso al monarca y a sus privados en alerta. Todos temían que la situación de la Corona pudiera llegar a complicarse.

La preocupación de don Alfonso IV llegó hasta tal punto que presionó al infante don Pedro para que buscase una esposa dentro de las casas reales europeas que le diese un heredero legítimo por si acaso fallecía el joven Fernando. La posibilidad presentada por el actual heredero al trono de que Inés acabase siendo esa esposa y sus hijos, esos herederos, solo conseguía enfurecer al monarca y enfrentarlo con él.

Por eso, don Pedro decidió que doña Inés no debía vivir en la Corte portuguesa, pero como compañera de él, tendría que hacerlo en Portugal. El lugar elegido por el heredero al trono fue el palacio de Santa Clara en Coímbra a orillas del río Mondego. Aquellas tierras le eran más favorables. En ellas tenía grandes amigos, nobles e hidalgos, compañeros de cacerías. Cuanto más al norte, más partidarios se mostraban los súbditos lusos de la relación entre el heredero del rey y la que ellos llamaban la joven gallega. Como yo, pensaban que, si bien en su primer matrimonio don Pedro no había podido escoger esposa, ahora ya viudo no veían impedimento para que lo hiciera y celebrara esta boda por amor.

# XLIII. Muerte y tristeza

Inmediaciones de Algeciras
Reino de Castilla

26 de marzo de 1350

Como le pasase a mi padre, don Pedro Fernández de Castro, el de la Guerra, le sucedió también al rey don Alfonso XI de Castilla. Tuvo el mismo destino en el mismo lugar a manos de la parca: siete años separaron sus muertes mientras trataban de vencer a los moros en un largo y duro asedio.

Don Alfonso XI, por más que buscó tratamiento entre los galenos cristianos e incluso los musulmanes, no logró librarse de la peste negra que se extendía por el campamento cristiano y que acabó por alcanzarle mientras luchaba por rendir Gibraltar.

Si la muerte de mi padre había traído la tristeza a la Casa de los De Castro, la muerte del rey de Castilla llevaría la pena y la desgracia a su familia y al reino.

Pedro I de Castilla, el joven heredero al trono de Castilla, todavía no había cumplido los dieciséis años y tenía que enfrentarse a una de las situaciones más complicadas de los últimos tiempos para la corona castellana.

Muerto su padre, las ansias de venganza de su madre, la reina viuda de Castilla, doña María de Portugal, se encontraban desatadas.

Vio claro su objetivo.

Nadie podría proteger a aquella que tanto le había hecho sufrir. Doña Leonor de Guzmán, la amante de su esposo, recibiría su merecido de manos del joven rey, si Dios no lo evitaba.

Doña María esperaba ansiosa el momento en el que la querida del rey acompañase al difunto en su cortejo fúnebre hacia Sevilla, para entonces apresarla. Sin embargo, no pudo aprovechar la ocasión. Doña Leonor de Guzmán tuvo un mal pálpito que le hizo evitar la situación, alegando que se encontraba enferma.

Los hijos bastardos del rey Alfonso XI fruto de su relación con doña Leonor temían por el destino de su madre a manos de su medio hermano. Por eso, uno de ellos, don Enrique de Trastámara decidió

reunirse con el heredero al trono, Pedro I de Castilla, para asegurarse de que no tenía nada que temer del rey, que su familia estaría a salvo y que contaba con la protección real si decidían trasladarse a Sevilla.

Convencido por las *buenas* palabras del joven monarca, su medio hermano decidió confiar en él, y doña Leonor de Guzmán viajó a la capital hispalense.

Sin embargo, don Pedro I de Castilla no tardaría en demostrar su verdadera personalidad. Nada más entrar doña Leonor en Sevilla la apresó en el Real Alcázar, faltando así a la palabra dada a su medio hermano.

Aquella ofensa, no obstante, no quedaría sin consecuencias. Tras conocer el hecho, varios nobles se encargaron de organizarse en contra del nuevo rey y, como aviso a navegantes, organizaron la boda entre el infante bastardo ofendido, Enrique de Trastámara, y Juana, la hija menor del dos años antes fallecido infante don Juan Manuel.

Aún más despechado, don Pedro I de Castilla, ante la actuación de su medio hermano y los partidarios de su familia, decidió endurecer las condiciones en las que mantenía a la examante del rey muerto y llevarla primero al alcázar de Carmona y después como trofeo de guerra a Valladolid en donde tenía previsto celebrar las cortes. Allí, la reina declaró a doña Leonor como instigadora de los rebeldes contra el rey, para de inmediato trasladarla bajo su control al alcázar de Talavera de la Reina, en donde, debido al nivel de desesperación al que llevó a doña Leonor, esta pidió voluntariamente ser ejecutada el verano de 1351.

Aquel acto de inmensurable maldad no podría quedar sin ser vengado por parte de los infantes bastardos, hijos de la torturada Leonor. Don Enrique de Trastámara, don Fadrique y don Tello no dejarían de conspirar contra su medio hermano el rey desde ese momento.

Don Enrique de Trastámara buscó refugio en Asturias entre sus partidarios.

El rey Pedro I de Castilla seguiría sus pasos hasta allí. Sin embargo, lo que encontró en aquellas tierras no fue el desquite de su ira, sino un romance apasionado con una noble de la zona, María Padilla. Desde entonces, serían amantes.

Don Juan Alfonso de Alburquerque, Mayordomo del Rey desde su infancia, fue consciente de los problemas que podría traer aquel idilio, por lo que se apresuró a negociar un matrimonio entre don Pedro I de Castilla y la joven princesa francesa doña Blanca de Borbón.

Sus gestiones fueron muy rápidas. En febrero de 1353, la joven ya se encontraba en la Corte vallisoletana y el 3 de junio del mismo año ya eran marido y mujer. Sin embargo, de nada sirvió tanta

premura. Dos días después del enlace, el rey ya había abandonado a su esposa para convivir de manera continuada con su amante doña María de Padilla, que para esas alturas ya le había dado un hijo.

## XLIV. Destino desconocido

Castillo de Alburquerque
Señorío de Alburquerque
Frontera entre los reinos de Castilla y Portugal
Corona de Castilla

Don Juan Alfonso de Alburquerque me hizo llamar a la sala del castillo de su señorío en la frontera castellana con Portugal. Allí había acudido a refugiarse temiendo las iras del joven rey castellano.

—Don Juan Alfonso —saludé.

—Pasad, pasad. Bien sabéis que confío en vos como no en otro. Hemos compartido tanto, que me permito hablaros sin ambages. Me encuentro en una situación comprometida. Necesito a alguien de mi más plena confianza.

—Aquí me tenéis para lo que sea menester mandar.

—Álvar, sabéis que las cosas están muy revueltas en la Corte y que poco ha ayudado el resultado de la boda que negocié para el rey.

—Algo conozco.

—No hace falta que te explique cómo se las gasta ni la razón por la que he decidido poner tierra de por medio y refugiarme aquí.

—Imagino.

—Ya. Sé que el malentendido con el rey pasará. Sin embargo, temo más a los parientes de la Padilla que al propio rey. No por lo que estos puedan hacerme, si no por cómo puedan influir en él. Sé que son ambiciosos y que buscaran enemistarnos, sembrando la desconfianza sobre mí. Tratarán de hacerse con todos los cargos importantes de la Corte, si no vuelvo allí para evitarlo. Pero no puedo hacerlo a ciegas. He de conocer a qué me enfrento antes de exponerme a una situación de peligro.

—Entiendo —asentí.

—Necesito que seáis mis ojos, mis oídos y mi lengua. Yo no puedo presentarme allí. Sé que ofendí al rey al afearle su conducta tras la boda que negocié con él. Sé que se ha escudado en sus propias razones para comportarse así. Pero también sé que esas razones que esgrime no nos valen ni a su madre, la reina madre, ni a mí.

—Entonces ¿contamos con el apoyo de doña María de

Portugal?

—Sí, eso parece. Tenemos una aliada. La reina viuda de don Alfonso todavía recuerda lo que vivió con doña Leonor de Guzmán. No permitirá que su hijo se comporté de este modo con doña Blanca. Creo que en cierto modo se identifica con la recién casada y no quiere que lleve, como hizo ella, una vida de humillaciones públicas.

—Es más que comprensible —apoyé.

—Álvar, sabéis que os recogí como a un hijo cuando vuestro padre falleció y faltó vuestro custodio don Juan Manuel. Sabéis que somos familia, pero para mí sois mucho más que eso. Si pudiera evitar que fuerais, lo haría. Pero en nadie más confio tanto como en vos. Por eso os pido que vayáis y me representéis, que habléis con el rey y con doña María de Portugal, que sé que os tiene en alta estima, y que, si es posible, consigáis para mí una reunión con garantías.

—Así ha de ser.

—Sea.

Salí de Alburquerque acompañado de don Álvaro González Morán, el segundo del señor don Juan Alfonso. Para la misión que teníamos encomendada nos valíamos y nos bastábamos nosotros dos solos. No tenía sentido una comitiva mayor. Además, sería más discreto.

Entre cabalgadas al paso, al trote y al galope, habíamos recorrido la mayor parte del viaje. Solo nos faltaban unas diez leguas para llegar a Valladolid, que nada parecían comparadas con las más de setenta que en los últimos días habíamos pasado sobre nuestras cabalgaduras.

Recorríamos los caminos de las tierras entre Medina del Campo y Olmedo cuando vimos acercarse desde lo lejos una partida de jinetes. No eran los primeros que nos encontrábamos en nuestra travesía, sin embargo, en este caso mi mente se puso a la defensiva.

Los jinetes que formaban aquel reducido grupo, que antes de vernos galopaban con trote despreocupado, picaron espuelas al hacer contacto visual.

No tuve que decirle nada a mi compañero. Álvaro González Morán, nada más verles emprender el galope hacia nosotros, hizo como yo. Con gesto rápido, se recolocó en el brazo el escudo, que hasta ese momento había llevado sujeto a la espalda, y preparó su espada.

No podíamos enfrentarnos a una carga frontal, no la soportaríamos; pero tampoco podíamos emprender la huida. Nuestros caballos llevaban a cuestas demasiadas leguas de viaje como para intentar escapar de un enemigo tan próximo.

Nos superaban en número a razón de cuatro a uno.

Nada bueno.

Al menos, por su aspecto no parecían maleantes, pero su conducta no era tranquilizadora.

Si tocaba tirar de acero, esperaba que González Morán fuera la mitad de valiente y hábil con la espada de como se había mostrado en las batallitas que me había contado durante las cabalgadas de los días anteriores.

Se acercaban rápido, pero, para mi sorpresa, mantenían las lanzas enhiestas apoyadas sobre los estribos derechos en posición de descanso y no sobre el ristre en posición de combate. Aquello parecía buena señal, pero si algo me había enseñado el campo de batalla era que ninguna señal era buena salvo escuchar el cantar del gallo en el jergón la mañana siguiente al combate.

Al verse rodeado por aquellos jinetes, el caballo de González Morán se encabritó. Mi caballo caracoleó nervioso.

Eran soldados del ejército real que escoltaban a un jinete. Con rudeza, ante la atenta mirada del escoltado, nos exigieron identificarnos: origen y destino y motivo de nuestro viaje.

Don Álvaro González Morán enmudeció de inmediato. Temía la reacción de los hombres del rey cuando recibiesen nuestra respuesta. Sujetaba las riendas de su corcel sin apartar su mirada de mí.

Justo antes de responder, reconocí a aquel hombre de edad avanzada, larga barba y cabeza despejada que se protegía tras la escolta. Si no me equivocaba, se trataba de Samuel Leví, el tesorero del rey de Castilla. Al identificarle entre la partida real, supuse que aquella no era una batida más ni tampoco esos soldados eran unos soldados cualquiera; debían de ser la propia guardia personal del judío.

—Álvar Pérez de Castro es mi nombre, bien lo sabéis —dije dirigiéndome al tesorero real—. Y si hasta aquí habéis venido a buscarme, creo que conocéis cuál es mi destino y razón.

—Así es. Conozco vuestro destino, pero creo que vos lo ignoráis. Si seguís adelante, solo os encontraréis con la muerte.

Álvaro González Morán me miraba pendiente de mi reacción.

—Dudo que el tesorero del rey haya salido a mi encuentro con la muerte a su grupa.

—Aún no comprendéis. Sabía de la bravura de tu familia, pero no creí que fuera para tanto.

—Ni diez ni veinte ni treinta hombres impedirán que llegue a mi destino —le contesté convencido.

—Vuestro destino, si no ha salido ya, estará a punto de salir de la corte y os aseguro que serán bastantes más de una treintena de hombres los que os busquen con la orden real de daros muerte.

—No puede ser.

—Lo es. El rey ha descubierto que os dirigís a la Corte y ha decidido asesinaros. De ningún modo permitiría que pisaseis palacio y mucho menos que os reunieseis con él o con su madre. Dadle gracias a Dios y apresuraos a huir, pues, si no hubiera sido porque sus intenciones se han escuchado por palacio llegando hasta oídos de la de Padilla y de la madre del rey, en vez de cruzaros aquí conmigo, os hubierais encontrado con la muerte. Huid ahora que aún estáis a tiempo; si no, la próxima vez que os vea en la Corte no podréis saludarme —auguró mientras con su mano hacía el gesto de cómo mis captores acabarían rebanándome el cuello.

Las palabras de Samuel Leví sonaban demasiado ciertas como para no tenerlas en cuenta. Solo un leve gesto sirvió para que Álvaro González Morán entendiera que debíamos volver grupas y salir de allí a marchas forzadas.

# XLV. Propuestas

Salamanca
Reino de Castilla

Sin duda, resultó muy acertada por nuestra parte la decisión de prestar oídos a la advertencia del tesorero real, Samuel Leví. Nos evitó caer desprevenidos en las garras de la guardia real y nos permitió contar con cierta ventaja en la huida. Nuestra rápida reacción y nuestro empeño en no tomarnos ni un solo descanso más allá del que nos exigían nuestras monturas nos llevó a divisar Salamanca antes de lo que esperábamos. A pesar de que nuestros cuerpos acumulaban ya el cansancio de las largas galopadas y el maldormir con un ojo abierto y otro también, vivaqueando al raso, deseché la idea de inmediato de dirigirme a la ciudad del Tormes en busca de acomodo. ¡Lo que hubiera dado por descansar mis maltratados huesos, aunque solo hubiera sido una noche en un humilde jergón! Pero no era una posibilidad. Debíamos evitar las posadas para alojarnos; sabíamos que nuestros perseguidores intentarían seguir nuestro rastro a través de los hospedajes en los que pudiéramos alojarnos. Ni siquiera visitábamos juntos los mesones. Era demasiado arriesgado. Los hombres del rey estarían buscando a dos caballeros. Incluso comprar viandas podía delatarnos.

Don Álvaro González Morán bajó el ritmo y se retorció sobre su montura. Como a mí, debían de dolerle músculos que hasta entonces quizá no sabía ni que existían. Su rostro no engañaba. El cansancio estaba haciendo mella también en él. Se le habían quitado hasta las ganas de contar batallitas. Lo agradecí, prefería pensar en silencio. Y aquella situación necesitaba de toda mi atención. El tiempo para tomar la decisión acertada se acababa.

—Por mucho que queramos apresurarnos en huir, tenemos las de perder —compartí mis pensamientos con mi compañero.

—Álvar, no podemos darnos ahora por vencidos, sabemos lo que nos espera, si la guardia real nos encuentra.

—Lo sé, pero estoy seguro de que nuestra ventaja se acaba. Nuestros perseguidores seguro que cuentan con caballos de refresco. Por más que apretemos a los nuestros, no podrán competir con ellos.

Los pobres están agotados como nosotros.

—Mejor agotados que muertos —opuso mi compañero de huida—. Debemos seguir nuestro camino, Álvar.

—En eso estaba pensando.

—¿En qué? ¿En rendirnos y aceptar nuestro destino?

—¡Vive Dios que en eso no! Pensaba en que tanto nosotros como la guardia real nos dirigimos hacia Alburquerque y que, sin duda, si seguimos en nuestro empeño de llegar hasta allí, ellos acabarán por darnos caza antes de que logremos ponernos a salvo.

—No alcanzo a entender.

—Es sencillo; ellos creen que huimos hacia Alburquerque buscando refugio en el castillo de don Juan Alfonso.

—Y así es.

—Os equivocáis —le dije—. Eso es lo que nos beneficia que crean. Pero no es ni lo que debemos ni lo que vamos a hacer. Ahora lo que tenemos que hacer es dirigirnos a jornadas forzadas directos a la raya de Portugal. Debemos seguir la marcha, sin demora, hacia Ciudad Rodrigo. Confiemos en que ellos sigan hacia Alburquerque por Béjar, Plasencia y Cáceres. Ojála para cuando quieran darse cuenta de su error estemos más allá de la frontera.

Coímbra
Reino de Portugal

Gracias a Dios, así fue.

Pues más tarde supe que en varias ocasiones, cuando huíamos por tierras salmantinas, a punto estuvieron de alcanzarnos las patrullas de búsqueda organizadas por el Justicia Mayor del reino a petición del rey.

Ahora, por suerte, me encontraba ya en Coímbra bajo el amparo de mi casi cuñado, el infante don Pedro de Portugal.

Don Álvaro González Morán volvió a Alburquerque a través de tierras portuguesas para informar de nuestro fracaso a don Juan Alfonso, señor del castillo. Las noticias que le llevaba González Morán pusieron sobre aviso al de Alburquerque acerca de lo que no tardaría mucho en acontecer.

La ira del rey de Castilla llegó hasta las mismas murallas de la fortaleza. Dos hermanos bastardos del rey, don Enrique de Trastámara y don Fadrique, maestre de la Orden de Santiago, sitiaban al señor de Alburquerque en su alcázar a petición del monarca castellano, al que se habían visto obligados a prestar obediencia a pesar de sus más que profundas diferencias debido a su comportamiento.

La situación era insostenible.

No obstante, creí tener en mis manos la solución a ese problema. Tras tratarlo con mi casi cuñado, el infante don Pedro de Portugal, y mostrarse entusiasmado con la propuesta que le había presentado, salí hacia Alburquerque con premura convencido de que las negociaciones llegarían a buen fin.

Castillo de Alburquerque
Señorío de Alburquerque
Frontera entre los reinos de Castilla y Portugal
Corona de Castilla

La reunión no se hizo esperar tras mi llegada.

Don Enrique de Trastámara y don Fadrique asistieron interesados. La propuesta que les realicé en un primer momento les sorprendió. Pensaban que don Juan Alfonso les había enviado requerimiento para parlamentar con la intención de llegar a un acuerdo que evitase a todos llegar al enfrentamiento bélico. Sin embargo, lo que les presentaba era mucho más importante que eso.

Mi presencia allí no se limitaba a mostrar mi apoyo al señor de Alburquerque, sino que traía las palabras del infante don Pedro I de Portugal.

—Sabéis los lazos que me unen al infante don Pedro y que, por ello, me permiten hablaros como he de hacerlo ahora —dije dirigiéndome a los hermanos bastardos del rey—. Don Pedro es conocedor del malestar que existe en el reino de Castilla por culpa de vuestro hermano, el actual rey. Le hubiera gustado mantenerse al margen, pero no puede. Sabeis tan bien como yo que no es don Juan Alfonso, aquí presente, el único que no ve con buenos ojos la conducta de vuestro hermano. Muchos otros nobles han mostrado también su descontento, hasta el punto de proponer al infante portugués don Pedro que se proclame como rey de Castilla con sus apoyos y así darle una solución a esta situación. Por ello, vengo hoy a transmitiros que don Pedro va a aceptar la propuesta de ocupar el trono del reino de Castilla. Ahora en vuestra mano está uniros a él o enfrentaros en batalla.

Tras comentar los términos y valorarlo mucho, salí de allí camino a Coímbra. Cabalgaba ligero, aunque no viajaba de vacío. Llevaba conmigo quizá la carga más valiosa que hubiera podido transportar nunca antes. Traía la respuesta afirmativa de los hermanos

bastardos del rey castellano. Habían aceptado la propuesta. No solo la aprobaban, sino que reconocían a don Pedro I de Portugal como rey de Castilla y así querían que se lo hiciera saber a mi casi cuñado lo antes posible.

# XLVI. Escalofrío

Palacio de Santa Clara, residencia de Inés de Castro
Monasterio de Santa Clara-a-Velha
Coímbra
Reino de Portugal

Ilusionado por las noticias que traía conmigo, me dirigí directo al Monasterio de Santa Clara. Sabía que allí encontraría a mi casi cuñado don Pedro. Así fue. Lo encontré junto a mi hermana Inés y a mis sobrinos Beatriz y Juan, y su aya Gadea. Ajenos a mi llegada, mi hermana y el heredero al trono portugués conversaban animados mientras los niños jugaban en el jardín al cuidado de su custodia. Don Pedro no le quitaba ojo a los pequeños, ni Inés a su amado.

Detuve mis pasos a la entrada del claustro.

Al observar la escena, dudé de si aquel era un buen momento para interrumpir. Mi hermana y don Pedro habían dejado de hablar y, ahora, Inés apoyaba su cabeza en el hombro de mi casi cuñado mientras con su dedo índice jugaba haciendo caricias con la yema sobre la mano de su amado.

Tenía que hablar con el heredero al trono de Portugal y propuesto rey de Castilla lo antes posible, pero a quien veía ahí no era a un príncipe. No veía a un futuro rey. Veía solo a un buen padre y amantísimo compañero de su amada, disfrutando de un momento en compañía de su familia.

Sentí un respeto casi reverencial. El corazón se me desbordó y una sensación de indescriptible felicidad inundó todo mi ser. Pensé que la petición que hiciese veinticinco años antes a la vieja Leovigilda se estaba haciendo realidad, para bien, en mi hermana. Aunque no había conseguido llevar al altar al hombre joven y apuesto que perdiese la cabeza por ella, al menos tenía a su lado a un hombre que, como demostraba Pedro día a día, la quería de verdad.

Por un momento, hasta pasó por mi mente esa idea tantas veces desechada por mí; por primera vez, me planteé que quizá algún día también yo podría formar mi propia familia.

Una sonrisa se dibujó en mi cara.

Ya habría tiempo para aquello, si mi destino así lo quería.

Ahora no era momento para pensar en esposa e hijos. Ahora lo que importaba era la buena nueva que tenía que trasmitir a la que, sin duda, era mi familia. Y qué mejor que compartirla en una circunstancia tan idílica como aquella.

Con paso decidido, me dirigí hacia ellos. El ruido de mis pisadas me delató y sirvió de presentación:

—¡Álvar! —corrió gritando mi hermana de inmediato nada más verme a darme un afectuoso abrazo.

Don Pedro, con una sonrisa de oreja a oreja, la dejó hacer.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Ya te habías olvidado de tu familia? —preguntó juguetona.

—No seas idiota, Inés. ¿Cómo podría olvidarme de vosotros? ¿Dónde están mis sobrinos preferidos, Pedro? —requerí mientras saludaba con un fuerte abrazo a mi casi cuñado.

—Gadea, haz el favor de acercarte a la cocina. Trae algo de beber y de comer para mi hermano —le indicó Inés a el aya de los pequeños que, solícita, salió a cumplir su recado.

—No os esperaba tan pronto —confesó el infante don Pedro.

—No me extraña, pero no he querido retrasarme en traeros la respuesta.

—Y por la sonrisa bobalicona que puedo ver en vuestra cara, entiendo que son buenas noticias.

—No podría haberlas mejores, Pedro.

Inés nos miraba intrigada sin entender nada.

—¡Los hermanos bastardos de Alfonso XI os apoyan! ¡Quieren que seáis su rey! ¡Que seáis rey de Castilla!—exclamé entusiasmado.

—¿Rey? ¿De Castilla? ¿Pero qué locura estáis diciendo? —cuestionó Inés.

—Sí, Inés. Rey de Castilla —le confirmé.

—Sí, Inés. Seré rey de Castilla y, a la muerte de mi padre, también rey de Portugal. Así, no habrá problema: Fernando, el hijo que tuve con tu prima Constanza, tu ahijado, seguirá siendo legítimo heredero al trono de Portugal cuando yo muera, y nuestro hijo, el pequeño Juan, el heredero de Castilla. Y tú serás lo que siempre quise que fueras: mi reina. Nadie podrá impedirme que seas mi reina, aunque para que puedas serlo ya, tengas que serlo de Castilla.

—Calla. No digas tonterías, Pedro. Ni yo necesito ser reina, ni mis hijos corona alguna. Me basta y me sobra contigo. No necesitamos más.

—No, Inés, no. No es que lo necesites. Es que lo mereces. Y por eso te juro por nuestros hijos que serás mi reina, aunque sea lo último que haga en la vida, o reinarás después de muerta.

Un escalofrío recorrió todo mi ser cuando escuché de nuevo aquellas palabras que Leovigilda, la hechicera de Peñafiel,

pronunciase veinticinco años antes como marca de un destino inquebrantable. El juramento de Pedro resonaba en mi cabeza con el eco de la voz de la bruja.

Se me mudó el color.

Temía hasta qué punto podría llegar mi casi cuñado por cumplir su promesa. Sabía que era valiente y arrojado en la batalla, y que no habría enemigo tan grande que pudiera hacerle incumplir su más importante juramento. Sin embargo, aún no podía ni imaginarme de lo que sería capaz.

Gadea apareció por un extremo del claustro trayendo una bandeja con viandas y bebidas.

Pedro se acercó a mí y, hablándome al oído, me dijo:

—Álvar, mi siempre fiel Álvar. Os veo preocupado, pero puedo aseguraros que no tenéis por qué. Ya sea en Castilla o en estas tierras, siempre tendréis un sitio a mi lado.

»Ahora, brindemos para celebrarlo —dijo mientras levantaba una de las copas que acababa de traer Gadea.

# XLVII. Oposición

Palacio de Santa Clara, residencia de Inés de Castro
Monasterio de Santa Clara-a-Velha
Coímbra
Reino de Portugal

Para nuestra desgracia, poco duraría la alegría.

Una tarde, al regresar de nuevo al palacio de Santa Clara en Coímbra a visitar a mi hermana, me crucé con dos ricoshombres que abandonaban la sala del infante Pedro. Allí lo encontré sentado junto a la mesa, decepcionado.

—¿Qué sucede, Pedro? ¿Quiénes eran esos? ¿Y qué noticias traían que tanto os han afectado?

—Déjadlo, Álvar.

—¡Cómo dejarlo! ¿Os habéis visto cómo estáis?

—En serio. Déjadlo. Nada podemos hacer más que aceptarlo.

Me temí lo peor.

—No me asustéis. ¿Qué ha pasado?

—Solo que se acabó. Las órdenes son claras y contra ellas nada podemos hacer, Álvar. Da igual que yo pueda ser el próximo rey de Castilla. Aquí, quien manda ahora es mi padre, el rey de Portugal. Y a través de sus consejeros, me lo ha dejado claro: no permitirá que lleve a su reino a la guerra contra Castilla por nuestras *graaaandes* ideas.

—Pero ¿entonces?

—Entonces, nada. Me ha insistido en que nos olvidemos de todo. Que lo dejemos pasar y que no dé respuesta a los infantes castellanos, como si tu reunión con ellos nunca hubiera tenido lugar.

No pude ocultar mi malestar.

—Quizá sea mejor así —continuó el infante don Pedro de Portugal—. Quizá sea mejor que mi padre se olvide cuanto antes también de este tema.

Don Pedro me pedía imposibles. Si la petición que hacía el monarca portugués era difícil de cumplir para el heredero al trono, para mí, resultaba imposible. ¿Cómo podía pretender que echase en el olvido la primera ocasión que teníamos de unir Portugal y Castilla bajo su corona? Hacerlo suponía renunciar a la primera oportunidad

de formar una única potencia económica y militar capaz de dar estabilidad a ambos reinos y hacer frente al final de la Reconquista.

Sin embargo, las desgracias no habían hecho nada más que comenzar.

# XLVIII. Bodas, burlas y ataúdes

Coímbra
Reino de Portugal

Tras la muerte del rey Alfonso XI y de mi padre, don Pedro Fernández de Castro, la promesa que aquel le hiciera de un futuro enlace entre mi medio hermana doña Juana de Castro y el infante don Enrique de Trastámara cayó en el olvido.

Por suerte, a Juana, como a Inés, no le faltaba hermosura y no tuvo problemas para encontrar un buen marido entre los De Haro, señores de Vizcaya. Pero, en ocasiones, parece que la vida se burla de nosotros, pues, a pesar de estar bien casada, su felicidad poco duró, ya que la muerte no tardó en llevarse a su marido, Diego.

Y no acabarían ahí sus desgracias.

Retirada a su castillo de Cuéllar, mi medio hermana Juana tuvo la terrible desgracia de recibir la visita del infame don Pedro I de Castilla de viaje por aquellas tierras.

¡Cuán felices hubiéramos sido todos, si nunca se hubieran cruzado sus caminos!

Sin embargo, como correspondía a una noble castellana, mi bien amada hermana recibió al rey con toda su amabilidad y cortesía. Don Pedro se prendó de su belleza y se creyó correspondido, confundido por aquellos gestos de atención. Nada más conocerla, pretendió sus favores, sin tener en cuenta que mi hermana no era una chiquilla dispuesta a entregarse al rey a su primer galanteo. Su negativa, lejos de hacer que perdiera su interés por mi hermana Juana, hizo que don Pedro I de Castilla se obsesionara con ella. Como un chiquillo malcriado al que nunca se le ha negado nada, no estaba dispuesto a renunciar a su capricho. Con lo que no contaba era con que mi hermana Juana de Castro tuviera una voluntad tan firme como su moralidad: no se entregaría a un hombre sin antes hacerle pasar por el altar. Y así se lo hizo saber al monarca con la intención de dejarle las cosas claras. Si no había matrimonio, podía olvidarse de todo lo demás.

Para su sorpresa, la respuesta que recibió del rey fue afirmativa. Si tenía que pasar por el altar antes de hacerlo por el

tálamo, lo haría costase lo que costase, y así se lo hizo saber a mi hermana.

Don Pedro I de Castilla quiso comprobar aquella misma noche si las promesas de boda habían sido suficiente para aligerar la moralidad de su pretendida. Pero el revolcón que obtuvo no fue el que él pretendía. Juana no era tonta y sabía que era difícil que aquel matrimonio precipitado llegase a celebrarse en realidad. Aunque don Pedro I de Castilla vivía separado de su esposa, a la que había repudiado por doña María de Padilla, Juana sabía que aún se encontraba casado con ella y, si volvía a casarse de nuevo, sería bígamo a ojos de la Iglesia. Por eso, le exigió que le demostrase que, como le había asegurado el rey, no había ningún impedimento legal para la boda.

El pérfido rey no estaba dispuesto a darse por vencido.

Si mi hermana Juana quería papeles y una boda, él se los daría. Para ello, hizo ir a los obispos de Ávila y Salamanca a la Iglesia de San Martín de Cuéllar donde se celebraría la ceremonia, y allí les hizo firmar la *aprobación* eclesiástica previa al enlace. Presionados por el monarca, oficiaron la falsa boda y le dieron aparente validez.

Entonces, mi burlada hermana Juana no pudo negarse a unirse en matrimonio al despreciable soberano ni a consumarlo aquella misma noche como tanto había ansiado el falso novio.

A la mañana siguiente, como si de un ruin bellaco cualquiera se tratase, el soberano recién casado abandonó el *lecho conyugal* y a mi hermana para no volver nunca más. Vil compañía del ahorcado, una vez que se llevó más que su honra, huyó como un perro callejero. Zalamero hasta que hurta el alimento que ansía; luego, esquivo.

Sin embargo, el despreciable rey no contaba con que su artimaña no le saldría gratis. Más bien, al contrario. Los De Castro nos encargaríamos de hacérsela pagar muy cara.

Seguir rindiendo vasallaje al rey que había burlado de forma tan deleznable a nuestra hermana era algo inconcebible para Fernán y para mí.

Yo hacía ya tiempo que me encontraba libre de aquel compromiso, tras la orden real dada al Justicia Mayor de acabar con mi vida. Sin embargo, mi hermano Fernán tuvo que manifestar su ruptura. No dudó en cruzar la frontera con Portugal y romper vasallaje públicamente en Salvatierra de Miño.

Nuestra casa, los De Castro, clamaba por un desagravio.

Había llegado el momento de mover ficha y reactivar antiguas alianzas. Don Juan Alfonso de Alburquerque no dudó en unirse a nosotros cuando junto a mi hermano le pedí su apoyo para enfrentarnos a don Pedro I de Castilla. Tras él, no tardó en sumarse a la causa el hermano bastardo del rey, don Enrique de Trastámara, que,

para mayor garantía de su alianza, nos prometió casar a su hermana con mi hermano. Acompañado de su ejército de seiscientos caballeros y más de mil doscientos peones, nos dirigimos a Ponferrada donde se nos unirían sus aliados desde Extremadura y Asturias. A nuestro paso, las tropas rebeldes encabezadas por mi hermano Fernán no encontraban resistencia. Más aún, no tardaron en unirse a nuestra sublevación otros nobles hasta que contamos con el apoyo incluso de los infantes de Aragón.

La posición del rey castellano se debilitaba por momentos conforme nuestras tropas se hacían más y más numerosas. El monarca, temeroso, abandonó la Corte castellana y buscó refugio en la plaza fortificada de Tordesillas donde la reina consorte de Aragón, doña Leonor de Castilla, le ofreció un acuerdo de paz. Se negó a aceptarlo. No estaba dispuesto a acatar el destierro de su amante, doña María de Padilla, ni el alejamiento de la familia de esta de la Corte que se le exigía.

Ante tal situación, don Juan Alfonso de Alburqueque se dirigió a la ciudad vecina de Medina del campo para sitiarla. Quería demostrar al rey que no se detendría la lucha hasta que se lograse que firmase el acuerdo. Sin embargo, fue don Pedro I de Castilla el que quiso que los rebeldes recibieran un mensaje inequívoco. El monarca castellano, con la ayuda de un médico italiano que trabajaba en secreto para el rey, se encargó de envenenar al señor de Alburquerque cuando le administraba en un jarabe una medicina.

La muerte de don Juan Alfonso de Alburquerque lejos estuvo de ser inmediata, lo que le hizo sufrir todos los rigores de tan canalla crimen. Pero, por otro lado, le permitió la ocasión de firmar testamento y declarar su última voluntad: no quería que lo enterraran hasta que el rey de Castilla fuera vencido.

Y así fue.

A partir de aquel día, don Juan Alfonso de Alburquerque acompañó a sus tropas en todas las batallas contra el infame rey, dentro del ataúd que le daría sobrenombre.

El envenenamiento ordenado por el rey de Castilla logró el efecto contrario al deseado por el soberano. Había elevado la figura de don Juan Alfonso de Alburquerque a la categoría de héroe mítico. Así, mientras las fuerzas fieles a don Pedro I de Castilla disminuían día a día, las de los rebeldes bajo la protección de *El del Ataúd* no dejaban de multiplicarse, hasta llegar al punto de que el monarca no vio mejor opción que plantear de nuevo una negociación de las condiciones que permitiesen su reconciliación con nosotros.

Tras el intercambio de propuestas por medio de heraldos, llegó el esperado día.

Quería mirarle a la cara cuando aceptase su rendición. Por eso,

cuando mi hermano Fernán me convocó como integrante de los cincuenta caballeros que representaríamos a nuestro bando en el parlamento, sentí una profunda satisfacción. Pensaba que nada podría superar aquella sensación.

Sin embargo, me equivocaba.

Los términos del acuerdo mediados por doña María de Portugal, reina viuda y madre del rey don Pedro I de Castilla, me hicieron sentir verdadero gozo. Los principales cargos de la Corte pasarían a ser ocupados por personas de nuestro bando. Mi hermano Fernán sería reconocido como Mayordomo Mayor de Palacio mientras a mí se me concedía la plaza fuerte de Salvatierra de Miño en la que mi hermano había celebrado a la vista de todos su ceremonia de ruptura de vasallaje con el rey que ahora me la otorgaba.

No fueron solo esos los sapos que gocé viéndole tragar. Hubo uno que me produjo especial regocijo, ya que traía la alegría a don Enrique de Trastámara y a mi hermano, al tiempo que hacía que a Pedro I de Castilla le llevaran los demonios. Con el acuerdo de paz, firmaba también de bordón la autorización del matrimonio entre Fernán y su hermana bastarda, con lo que, sin poderlo evitar se unían las familias de sus dos principales enemigos.

Tras asistir a la boda de mi hermano en la Colegiata de Toro, cambié mi participación en el cortejo nupcial por incorporarme a la comitiva que acompañaría a don Juan Alfonso, el del Ataúd, hasta el monasterio de la Santa Espina, donde, por fin, recibiría su más que merecida sepultura.

Antes de regresar a Coímbra, pasé por el monasterio de Dueñas en el que mi abatida hermana Juana había buscado refugió tras ser burlada.

Allí la encontré, desconsolada.

Se negaba a aceptar la realidad del engaño. No quería escuchar lo que yo le decía. Ni siquiera buscó sentirse satisfecha con el desagravio. No le importaba nuestra victoria. Solo repetía una y otra vez que ella era la legítima reina de Castilla. «Juana de Castro, reina de Castilla» se repetía una y otra vez mientras se acariciaba el vientre en el que ya se estaba gestando la vida de mi sobrino Juan de Castilla.

Frente a ella, mantuve la compostura, pero nada más salir del monasterio me rompí en llanto.

¿Qué sentido tenían tantas batallas? ¿Qué sentido, tanta guerra, si al final había acabado perdiendo a mi hermana Juana?

## XLIX. Frío

Castillo de Montemor-o-Velho
Residencia del rey de Portugal en Coímbra
Reino de Portugal

Don Alfonso IV de Portugal se acercó despacio a la chimenea que dominaba la sala. Estiró los brazos acercándolos al fuego buscando templar sus yertas manos. Con la mirada perdida, observó cómo en el amplio hogar se consumían unos gruesos troncos de encina que a duras penas eran capaces de templar la sala. Frotó sus manos y emitió un suspiro de abatimiento. Pensó que aquel diciembre de 1354 había venido más frío que los de años anteriores. Aquello no era bueno. Sin embargo, el monarca luso era consciente de que la causa no era solo esa. Aquel entumecimiento que se apoderaba de él, cada día de un modo más evidente, no solo se debía a la proximidad del fin del otoño, si no a lo avanzado del invierno de su vida.

El tiempo no perdonaba a nadie por más rey que fuera.

Miró sus artríticas manos cubiertas de manchas; las sintió ajenas. Agarró el atizador y, con dificultad, recolocó los leños. Aquellas antes poderosas manos fuertes como garras que empuñasen con firmeza tanto el cetro como la espada, ahora a duras penas eran capaces de manejarse con un vulgar utensilio para chimenea.

El agotado monarca se disponía ya a tomar asiento cuando, con la misma fuerza de un toro desatado, se presentaron en la sala los consejeros del rey, don Diego López Pacheco, don Pedro Coelho y don Álvar Gonçalves. Los recién llegados no se prodigaron en saludos ni reverencias más allá de las estrictamente necesarias; tenían su objetivo claro y no querían desviarse de él.

—Majestad.

—Sí, don Diego.

—Permitidme que os hable en mi nombre y en el de don Pedro Coelho y don Álvar Gonçalves.

—Hablad, Diego, hablad —le autorizó mientras se sentaba en el trono y se cubría con su gruesa capa de armiño.

—Sabéis que siempre os hemos sido fieles consejeros y hemos velado por vuestros intereses y por los de Portugal. Sin embargo,

hemos de confesaros que estamos muy preocupados por el destino de nuestro reino.

—Contadme.

—Hace ya tiempo que tanto Gonçalves como Coelho como yo insistimos a vuestra majestad en que no es conveniente para la Corona la situación en la que se encuentra el infante don Pedro.

—Así es majestad —no pudo evitar intervenir Coelho—. Hace tiempo que os advertimos, mi señor, de que era fundamental que el infante don Pedro volviera a casarse. Más aún, hasta le presentamos posibles candidatas a esposa provenientes de las familias reales más importantes de Europa. No podemos arriesgarnos a depositar todas nuestras esperanzas en Fernando como único heredero legítimo.

—No podemos, majestad, no podemos —insistió Pacheco—. Pero menos aún en las circunstancias actuales. Es impensable que asumamos el riesgo de que, Dios no lo quiera, el pequeño Fernando muera y que los únicos herederos posibles al trono de Portugal sean los bastardos hijos de Inés.

El monarca luso se revolvió en el trono.

—Don Alfonso, debemos ser cautelosos. No os debe temblar la mano cuando llegue el momento de demostrar vuestro poder —aconsejó Coelho.

En un acto inconsciente, el anciano rey cubrió sus manos con la túnica real.

—Debéis hablar con vuestro hijo, majestad, y explicarle la situación: ha de buscar una esposa que dé a la Corona otros herederos legítimos que sustituyan al pequeño Fernando si este falta —argumentó Gonçalves.

—Ya he hablado con el infante en demasiadas ocasiones, pero de nada vale —respondió el monarca—. No quiere oír hablar de matrimonio, si no es con doña Inés.

—Eso no puede ser —se opuso Pacheco sin ocultar su malestar—. No podemos consentirlo, majestad. No podemos permitir que don Pedro se case con ella.

—Más aún: el infante don Pedro debe abandonar a su amante y dar a la Corona nuevos herederos legítimos al trono de Portugal cuanto antes. Si no, corremos el riesgo de caer en las garras de los De Castro, mi señor —expuso Coelho.

—Don Alfonso, ha visto ya de lo que son capaces esa familia. Cómo han conseguido lo impensable. Han logrado doblegar a don Pedro de Castilla y le han hecho claudicar cediéndoles los mejores puestos de la Corte castellana y dejando en entredicho el poder del rey —advirtió Pacheco.

—No debemos dejar que nos pase lo mismo, don Alfonso. No podemos permitir que crean que su majestad es un rey débil. Hay que

evitar por todos los medios que la Casa de Castro ponga sus ojos sobre nuestra Corona. Tras la rendición de don Pedro de Castilla, su poder se ha reforzado más que nunca. Tienen cargos, señoríos y alianzas matrimoniales con miembros de la realeza castellana que, en caso de que pusieran sus sucias manos sobre Portugal, podrían hacer que nuestra independencia peligrase.

—Dejad que hable con mi hijo —pronunció el monarca luso antes de, con un gesto de su mano, indicar a sus consejeros que abandonasen la sala.

## L. El ultimátum

Castillo de Montemor-o-Velho
Residencia del rey de Portugal en Coímbra
Reino de Portugal

El infante don Pedro de Portugal acudió de mala gana al requerimiento de su padre. La relación entre ambos hacía ya tiempo que se había enfriado, y con cada nuevo desencuentro se distanciaban un poco más. Los consejeros de don Alfonso, a fuerza de envenenarle los oídos, habían conseguido hacer que el rey viera en su hijo a un infante necio cegado por la pasión y borracho de pretensiones a la corona castellana por culpa de la influencia de nuestra familia. Por contra, mi casi cuñado veía en su padre a un viejo decrépito que, manipulado por sus consejeros, solo veía peligros y males por todos lados, y que le estaba impidiendo ser feliz junto a Inés y convertirse en rey por sus propios méritos.

Al llegar a la sala del trono, el infante don Pedro encontró a su padre traspuesto, recostado sobre el sitial. Subió al estrado y, agarrando la mano del rey, lo despertó.

—Pedro. —Reconoció el monarca a su hijo a pesar de estar todavía un poco adormilado.

Se incorporó en el sitial y, tras unas mínimas preguntas de cortesía que buscaban más relajar los ánimos que conocer las respuestas, don Alfonso IV lanzó aquel requerimiento como un dardo:

—Hijo mío, como tu rey te lo ordeno. No como tu padre, pues hace ya tiempo que me has demostrado que desprecias mis consejos y desoyes mis peticiones. Lo hago como tu rey. Y quiero que sepas que tu desobediencia, si acabas por no cumplir lo que te pido, supondrá no solo un desplante a mi persona, sino una rebeldía formal hacia mí y una insubordinación a la Corona de Portugal. Ahora que ya lo sabes, solo me resta decirte que te exijo que, antes de que termine este año que está a punto de comenzar, tomes por esposa a una infanta europea que fortalezca nuestras alianzas y que engendre un heredero para nuestra Corona.

—De un rey podría esperar que me pidiera algo así, pero nunca de mi padre. ¿Qué mejor alianza hubiera podido tener Portugal

que la Corona de Castilla en mis manos? ¿Quién mejor madre de mis hijos que mi amada Inés? Nadie. Pero hay oídos que son sordos a los buenos consejos y ojos ciegos a lo que todos ven. Si los privados del reino que tantas veces me han insistido en que me case lo quieren, así lo haré. Y más pronto que tarde.

—Me parece bien —asintió el monarca

—Ahora, debo irme —dijo Pedro.

## LI. Digna de una reina

Iglesia de San Vicente
Braganza
Reino de Portugal

1 de enero de 1355

Mi casi cuñado, el infante don Pedro de Portugal, recibió aquel ultimátum de su padre como un aldabonazo. La influencia de los consejeros del rey —Pacheco, Coelho y Gonçalves— se hacía más patente que nunca. Don Pedro fue consciente de que debía apurarse a actuar antes de que fuera demasiado tarde. Por eso, se dio prisa en disponer todos los preparativos en secreto. Había decidido que no dejaría pasar ni un solo día de aquel año fijado como ultimátum sin cumplir el requerimiento de su padre. Quería demostrar, tanto al rey don Alfonso IV como a los conspiradores privados del rey, que era resolutivo. No estaba dispuesto a que llegase el final de ese día de año nuevo sin acabar con aquella situación.

Si el rey quería una boda, tendría boda.

Sin saber adónde nos dirigíamos, acompañé a mi casi cuñado a Braganza. Por más que insistí en conocer el motivo de nuestro viaje solo obtuve una lacónica frase por respuesta: «lo que hace tiempo debí haber hecho».

Cuando en el pórtico de la discreta Iglesia de San Vicente nos recibieron los obispos de Guarda, Lisboa y Oporto supuse el motivo que nos había llevado hasta allí. Acompañé a don Pedro hasta el altar mientras los prelados ocupaban su lugar para concelebrar la inminente ceremonia.

Poco después, todo quedó en silencio.

El crujir de los goznes de la puerta principal nos hizo volver a todos la mirada hacia aquel punto en el que las dobles hojas se abrían para permitir el paso de la novia.

La luz del exterior inundó la oscura nave recortando a contraluz una silueta. El tiempo se detuvo por un instante hasta que unas meninas vestidas con ricos ropajes se adelantaron a la novia alfombrando de pétalos de violetas el camino hacia el altar. El

fragante aroma de las flores llegó nítido hasta nosotros envolviéndolo todo.

Caminaba despacio. Dos azafatas se apuraban a sujetar los bordes del precioso vestido de terciopelo granate brocado en oro, plata y azabache que lucía y que hacía destacar aún más su alba tez con la que ni las níveas perlas ni las piedras preciosas que la engalanaban eran capaces de rivalizar. El manto de exquisitas pieles de armiño con el que cubría su espalda completaba aquella vestimenta ostentosa digna de una reina.

Levantó su mirada hacia el altar y la cruzó con la del novio. En aquel momento, supe que don Pedro muy pronto dejaría de ser mi *casi* cuñado.

Embargados por la emoción, los ojos de Inés se estaban tornando vidriosos como los míos.

Por fin se iba a cumplir la petición que hiciera a Leovigilda veinticinco años antes: estaba siendo testigo de cómo mi hermana llevaba al altar al hombre joven y apuesto que perdiera la cabeza por ella.

## LII. Intenciones

Castillo de Montemor-o-Velho
Residencia del rey de Portugal en Coímbra
Reino de Portugal

6 de enero de 1355

La noticia del recién celebrado matrimonio entre el infante don Pedro y mi hermana tardó en llegar al rey menos de lo que nos llevó a nosotros regresar al Monasterio de Santa Clara en Coímbra.

Entonces no lo sabíamos, pero nada más acabar la ceremonia, uno de los concelebrantes del enlace, el obispo de Oporto, se había encargado de que un mensajero partiese a uña de caballo hacia la Corte. El heraldo debía informar de inmediato a los privados consejeros reales de la boda del heredero al trono.

La reacción por parte de los privados del monarca luso no se hizo esperar. Fueron al encuentro del rey sin ocultar su enfado.

—Majestad, su hijo lo ha hecho. ¡Lo ha hecho! —informó Pacheco.

Don Alfonso IV dejó sobre el plato la tajada de jabalí que estaba comiendo y lo apartó a un lado junto a los cubiertos.

—Majestad, el obispo de Oporto nos ha informado a través de uno de sus heraldos de que se ha visto obligado a celebrar la boda entre don Pedro y doña Inés. Afirma que no ha podido evitarlo. De nada le habría valido negarse, pues el infante había congregado allí para oficiar el acto también a sus afines los obispos de Guarda y Lisboa.

—Debéis estar equivocados. Es imposible que mi hijo haya celebrado esa boda sin que yo me entere. No hay iglesia en todo Coímbra en la que hubiera podido hacerlo a mis espaldas.

—Por eso seguro que, aconsejado por los pérfidos hermanos de Inés, ha sellado su traición en Braganza, muy lejos de su control, majestad, y en uno de los lugares de Portugal más próximos a los señoríos de la Casa de Castro.

—Toda una declaración de intenciones —apuntó Gonçalves.

—Mi señor, debemos poner fin a este matrimonio de

inmediato, antes de que se haga público y ya sea demasiado tarde —continuó Coelho.

—El tiempo juega en nuestra contra —advirtió Pacheco—. El obispo de Oporto nos ha avisado de que, si bien doña Inés salió de inmediato hacia Coímbra tras la boda, don Pedro, al parecer, se ha dirigido con el hermano mayor de Inés a un emplazamiento desconocido. Nos arriesgamos a que los De Castro, henchidos de poder como ahora deben sentirse, acaben por organizarse contra vos e intenten derrocarlo.

—No creo que mi hijo fuera capaz de algo así.

—Majestad, siento contradeciros, pero creo que ahora don Pedro ya no es quien vos creéis. Como ha demostrado, está dispuesto a todo. Hasta llegar a desobedeceros celebrando la boda que a vos más os podría molestar.

—Debemos poner fin a esta situación de inmediato —apremió Pacheco.

—Hablaré con mi hijo. Intentaré que deponga su actitud.

—¿Hablar con vuestro hijo, majestad? No servirá de nada. ¿O acaso no lo véis? Don Pedro ya no os escucha, solo tiene oídos para doña Inés y los De Castro.

—Entonces, hablaré con doña Inés para que lo convenza.

—De nada valdrá —insistió Pacheco—. Majestad, siento tener que ser tan firme con vos, pero debéis poner fin a ese matrimonio como sea, aunque para ello tengáis que poner fin a la vida de ella. Si no, más pronto que tarde don Pedro y los De Castro acabarán con vos.

—¡Maldita sea, Pacheco! ¡Maldita sea!

Don Alfonso abandonó el comedor dejando todas las viandas sobre la mesa. Tanto se le habían atragantado las palabras de sus privados, que no pudo probar un solo bocado más.

De urgencia, mandó a su guardia real que trajeran a su presencia al obispo de Oporto, para que le confirmase en persona lo que los privados Pacheco, Coelho y Gonçalves le habían trasmitido.

—Así es, majestad. Y, como ellos, yo también os aconsejo que pongáis fin a este disparate, antes de que se convierta en una tragedia mayor.

Don Alfonso mandó ensillar los caballos y partió hacia el monasterio de Santa Clara acompañado de su guardia real, sus tres privados y el obispo de Oporto.

## LIII. ¡Piedad!

Palacio de Santa Clara, residencia de Inés de Castro
Monasterio de Santa Clara-a-Velha
Coímbra
Reino de Portugal

Bajo la atenta mirada de su aya Elvira y de Gadea, mis sobrinos Juan y Beatriz jugaban despreocupados con sus barquitos de madera en el agua de la fuente del jardín. Como tantas veces antes lo hicieran mi hermana y su ahora esposo don Pedro, sus hijos utilizaban las pequeñas naves para enviarse el uno al otro mensajes escritos en trocitos de papel.

¡Cómo hubiera deseado Inés poder compartir ese momento con su marido! ¡Cómo echaba de menos aquellos clandestinos mensajes de amor de su amado!

Aún rememoraba esas tardes de complicidad, cuando el resonar de más de un centenar de cascos de caballo la sacó de su ensimismamiento.

Don Alfonso IV, acompañado de sus privados, del Obispo de Oporto y de la guardia real, acababa de llegar a las puertas del monasterio de Santa Clara. Como si de una plaza enemiga se tratase, la escolta personal del rey cercó la residencia de mi hermana y su esposo. Nadie entraría ni saldría de allí hasta que el rey abandonase el hogar del heredero.

Mi hermana Inés vio cómo su criado Rodrigo guiaba a don Alfonso y a su séquito hasta donde ella se encontraba. En el rostro del monarca descubrió un mohín desconcertante. La preocupación se apoderó de ella. Aquella visita imprevista del rey, escoltado por lo más granado de la Corte, no podía anticipar nada bueno. Salió a su encuentro presintiendo lo peor. Una terrible imagen se había apoderado de su mente. Aquella situación no tenía ningún sentido para ella. Ahora que era la legítima esposa del heredero al trono, si la guardia real había rodeado su casa, solo podía deberse a que el infante don Pedro había sido asesinado y el mismísimo rey debía protegerla.

—Majestad, ¿qué sucede? ¿Pedro está bien? ¿Le pasa algo a mi esposo? —preguntó de inmediato, preocupada.

—Pedro, Pedro, Pedro —repitió don Alfonso, molesto—. ¿Vuestro esposo? ¡Mi hijo! —opuso digno—. El mismo que ha osado desobecerme con un matrimonio que pone en peligro a nuestro reino, solo por daros el capricho de ser reina. ¡Claro que mi hijo está bien! Aunque no sé si lo estará por mucho tiempo si mantiene esa actitud. Se comporta como un niño malcriado, sin ser consciente de que se debe a mí: a su rey. Y en último término, a nuestro reino, Portugal. Si de verdad lo queréis y no nublan vuestra mente las ansias de grandeza que vuestros hermanos han contagiado a mi hijo, anulad el infame matrimonio que acabáis de celebrar. Coged a vuestros hijos y abandonad el reino para siempre, olvidaos de quién es su padre y haced que vivan como si fueran hijos de un ricohombre cualquiera. Yo mismo me encargaré de que no les falte nunca de nada, pero a cambio tenéis que dejar libre a Pedro para que cumpla su deber como legítimo heredero al trono de Portugal casándose con una infanta que engendre la estirpe real.

—Don Alfonso, me pedís un imposible. ¿Cómo pretendéis que olvide a mi marido? ¿Que abandone a aquel que con solo verlo hace que mi corazón lata como si fuera a escaparse de mi pecho? ¿Cómo voy a privarles a mis hijos de su amantísimo padre? No encontraréis ansias de grandeza en mí, no os confundáis, majestad, me conformo con ser la esposa de Pedro. Del hombre. No quiero para mí reinos ni para mis hijos cetros ni coronas. Solo quiero que sepan quién es su padre y puedan compartir con nosotros su vida.

—¿Tan confundida estáis que no veis que el hombre al que amáis no es un mortal más, sino el heredero del rey? Como yo, se debe a la Corona y al reino de Portugal.

—Don Alfonso, os ruego por piedad que seáis clemente y consintáis, pues no podréis separarnos a don Pedro y a mí en vida, pues alejarnos al uno del otro sería como condenarnos a muerte.

—Tan necia sois que habláis sin pensar. Tan cegada en vuestra pasión estáis que no comprendéis que esa no es una opción. Vuestro matrimonio impide a mi hijo cerrar una alianza que nos fortalezca contra Castilla. Esta boda nos debilita como reino. Y mientras vos viváis y seáis esposa de Pedro, y vuestros hijos sus herederos, el futuro del reino estará en peligro.

Mi hermana cayó de rodillas sobre la tierra y rompió a llorar al ser consciente de lo que el rey le estaba diciendo.

—¡¿Qué pecado hemos cometido don Pedro y yo, si lo único que hemos hecho siempre ha sido amarnos?! ¡¿Qué falta tan grande es esta que acaba convirtiendo amor en muerte?!

Mis sobrinos, al ver a su madre derrumbada frente a su abuelo, corrieron a abrazarse a ella. Inés los rodeó con los brazos y, con la voz desgarrada, suplicó:

—¡Piedad, mi señor! ¡Clemencia! Sed consciente de lo que vais a hacer. ¿Acaso no es de la misma estirpe la sangre que corre por sus venas que la que corre por las de mis hijos, sus nietos?

El anciano rey vio cómo se derramaban las lágrimas por las mejillas de Beatriz y de Juan como dos ríos desbordados. Alargó su mano para colocarla sobre la cabeza del pequeño y, en ese mismo momento, fue consciente de cómo le temblaban los dedos. Con un gesto rápido la retiró y la escondió bajo su manto. Volvió la cara hacia sus privados y negó con la cabeza mientras entornaba los ojos.

Miró de nuevo a Inés y, con cara pensativa, asintió primero en silencio para acto seguido cabecear una negativa. Sin despedirse, desanduvo los pasos que le habían llevado a la fuente y se dirigió hacia el monasterio.

Gadea corrió de inmediato a consolar a mi hermana Inés mientras Elvira se ocupaba de los pequeños.

Rodrigo siguió los pasos de la comitiva real hacia el monasterio. En cuanto el rey lo abandonase, el joven criado tomaría el más rápido de los caballos de la cuadra para informarnos de lo sucedido.

## LIV. Lágrimas

Rodrigo, el joven criado del infante don Pedro, irrumpió a la carrera y sin previo aviso en el comedor en el que, hasta ese momento, mi cuñado y yo cenábamos plácidamente ajenos a todo lo sucedido.

Nada más verlo entrar en la sala con aquel aspecto, todos fuimos conscientes de que algo grave sucedía. Además, su desatado estado de excitación también lo apoyaba. Al ser consciente de ello, don Pedro se dirigió hacia él e intentó tranquilizarle mientras le sujetaba por la parte superior de los brazos.

Rodrigo traía la cara destrozada a golpes. Con la nariz rota, le costaba respirar. Parecía como si le faltase el aire. Sus forzadas boqueadas le impedían pronunciar palabra.

El infante le ayudó a tomar asiento mientras yo pedía que le trajeran agua para refrescarse. Con un gesto de su mano la rechazó nada más presentársela.

—Su padre, el rey don Alfonso vino a matar a doña Inés —consiguió decir al fin aún con respiración dificultosa. Le costaba encontrar las palabras, pero más aún pronunciarlas.

—¿Pero qué decís Rodrigo?

A duras penas, nos explicó lo sucedido.

Nada más conocerlo, montamos en nuestros caballos y regresamos al palacio de Santa Clara como alma que lleva el diablo.

Palacio de Santa Clara, residencia de Inés de Castro
Monasterio de Santa Clara-a-Velha
Coímbra
Reino de Portugal

Al llegar al palacio de Santa Clara, Rodrigo, el criado de mi cuñado, nos llevó a la carrera directos al jardín. Allí encontramos junto a la fuente a Gadea. Sentada en el suelo, lloraba desconsolada mientras abrazaba a Inés contra su pecho. No había ni rastro de el aya Elvira ni de mis sobrinos.

No podía creer lo que estaba viendo.

Gadea acariciaba insistentemente el rostro lívido de mi hermana sin respuesta. Con la boca abierta y sus ojos garzos ya vidriosos, Inés miraba al cielo que no la había podido proteger.

Sin dudarlo, me lancé a socorrerla.

Gadea quedó conmocionada cuando don Pedro le arrancó a Inés de sus brazos. Con cuidado tumbamos a mi hermana en el suelo. Entonces pude verlo con mis propios ojos: aquel mortal corte en su cuello que antes permanecía oculto por el brazo de Gadea.

No tenía pulso y había perdido demasiada sangre. Sabía por mi experiencia en el campo de batalla lo que aquello significaba, sin embargo, ordené a Gadea que se apurase en traer agua y gasas. Con las manos ensangrentadas, cubrí su cuello taponando aquella herida de la que hacía ya tiempo solo se derramaba un mínimo hilillo de sangre, hasta que regresó la joven con mi encargo. Me apresuré a limpiar la herida.

De rodillas a su lado, miré sus ojos y, desbordado en lágrimas, le pedí perdón. Con mano temblorosa, llevé mis dedos hacia su rostro y le cerré los párpados. Apreté los dientes, antes de proferir un juramento.

¡¿Cómo era posible que la vida fuera tan cruel?!

Yo, que tantas veces había ayudado a salvar a otros de las garras de la muerte curando sus heridas en el campo de batalla, ahora no podía hacer nada por mi hermana Inés.

Al ver que todo estaba perdido, don Pedro no pudo evitar apartarme y abrazar a Inés. Con desesperación, la cubrió de besos como si aquel gesto fuera a devolverle la vida haciendo que todos despertásemos de esa pesadilla.

Confuso, me puse de pie. Mi mente era incapaz de pensar con claridad. El inesperado asesinato de mi hermana había quebrado por completo mi entendimiento. Caminaba en círculos tratando de encajar lo sucedido, cuando, al levantar la vista, encontré frente a mí al joven Rodrigo. Él también se encontraba superado. Observaba petrificado el charco de sangre que se desbordaba hacia la fuente entremezclándose con sus aguas.

Volcado sobre la sangre acumulada, vi uno de los barquitos de mis sobrinos.

Entonces, fui consciente.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Aquel barquito me había hecho recordar las palabras del joven Rodrigo cuando, a duras penas, en el comedor, nos contaba lo que había sucedido.

Como una exhalación, salí corriendo hacia el interior del palacio. A voz en grito pronunciaba los nombres de mis sobrinos.

—¡Beatriz! ¡Juan!

—¡Beatriz! ¡Juan! —Se unió Rodrigo a mi búsqueda y mis llamamientos.

Recorrí el claustro a la carrera. Busqué en sus habitaciones sin éxito. Desesperado, revisé el comedor mientras en mi mente solo se repetían una y otra vez las palabras de Rodrigo.

El criado nos había contado cómo, tras dar por terminada don Alfonso la conversación con Inés, y cuando ya estaba a punto de marcharse del monasterio, sus privados habían detenido al rey para hacerle reconsiderar su decisión.

—Majestad, debéis poner fin a lo que habéis empezado —instó Coelho—. Ahora no podéis echaros atrás. ¿Cómo creéis que encajará vuestro hijo esta amenaza? ¿Cómo pensáis que actuarán los De Castro cuando sepan de nuestra visita? Si no acabáis ahora con Inés, viviréis para siempre bajo la amenaza de ser vos el asesinado.

—No soy ningún asesino. No seré yo quien ponga fin a la vida de la *esposa* —dijo masticando cada una de las sílabas— de mi hijo.

—Si manchar vuestras manos con esa sangre es lo que os preocupa, contad con las nuestras para cumplir su voluntad —ofreció Gonçalves.

—Acabad con ella, si es preciso. Yo no seré quien os lo impida. Pero a los niños —dijo mientras se le quebraba la voz—, a esos pequeños inocentes no les toquéis un pelo.

Rodrigo, al escuchar aquello, había corrido a avisar a mi hermana de lo que los privados del rey pretendían. Tan rápido como le habían permitido sus piernas, había acudido a proteger a Inés. Como un valiente se interpuso entre mi hermana y sus asesinos, pero, desarmado, poco pudo hacer. Dos lacayos de Pacheco lo tomaron uno de cada brazo y lo apartaron a un lado. Se retorcía como una culebra presa en las garras de un halcón buscando liberarse, pero todos sus esfuerzos eran inútiles. Uno de los lacayos de Coelho, al ver la situación, se unió a los de Pacheco para reducir al criado de mi cuñado. Con el puño cerrado le lanzó un puñetazo directo que le rompió la nariz; el siguiente golpe fue directo a su ojo izquierdo. El siguiente le partió en dos la ceja.

Uno tras otro encajaba los golpes sin darse por vencido. Se retorcía intentando liberarse para evitar lo inevitable.

Gadea, sin valorar el riesgo al que se exponía, trató de interponerse entre los asesinos y su señora, pero los lacayos de Gonçalves se lo impidieron.

Doña Elvira abrazó a mis sobrinos y les giró la cara para evitar que fueran testigos del fatal desenlace.

Con la visión ya borrosa a causa de los golpes, Rodrigo a duras penas distinguió cómo uno de los privados del rey se acercaba a Inés puñal en mano mientras otro sujetaba a su señora por la espalda. El

consejero del rey, como un vulgar sicario, cumplió el encargo de don Alfonso. Solo un movimiento rápido bastó para que aquel hijo del infierno clavase la hoja de acero en el costado de mi hermana. El privado del rey sabía lo que hacía aquel pinchazo por debajo de la axila; era mortal de necesidad.

Mi hermana se derrumbó hacia delante ahogando un grito. Las piernas no la sostenían. Su asesino, sin soltar el puñal, la agarró impidiendo que cayera al suelo. El que hasta solo un instante antes la sujetaba por la espalda, vio la ocasión para cumplir su parte. Levantó su daga por encima de la cabeza y, empuñándola con el filo saliendo por debajo de su puño cerrado, la hincó en la espalda de Inés hasta la guarda.

Un nuevo golpe hizo que Rodrigo perdiera por momentos la visión de su ojo izquierdo, pero aun así pudo ser testigo de aquel acto que nunca podría olvidar. El tercero de los consejeros del rey se acercó a Inés, a la que mantenían en pie sujeta los otros dos privados. Situándose por detrás de ella, le agarró el mentón y se lo levantó dejando el largo cuello de mi hermana expuesto al filo de la daga que acababa de desenvainar.

Rodrigo hizo un nuevo esfuerzo por liberarse. Fue inútil; la daga ya corría sobre la garganta de Inés.

—¡Asesinos! —gritó Rodrigo escupiendo sangre por la boca.

Coelho limpió el filo de su arma y dedicó una mirada de desprecio a Rodrigo.

Gonçalves ordenó a sus lacayos que liberaran a Gadea para que pudiera ocuparse de su señora.

Pacheco, con su arma todavía en la mano, dirigió sus pasos hacia el aya Elvira y los niños.

El último derechazo del lacayo de Coelho fue demasiado para Rodrigo que, tras encajarlo, perdió el conocimiento.

Al despertar, ya no estaban ni Elvira ni los niños. Gadea, abrazada a Inés, estaba demasiado conmocionada por lo sucedido como para articular palabra.

El criado de don Pedro, en cuanto pudo sujetarse en pie, se apuró a ensillar su caballo y venir a nuestro encuentro para informarnos de lo sucedido.

En mi mente, ahora solo había sitio para una pregunta: ¿dónde estaban mis sobrinos?

Y en mi corazón, solo albergaba un resquicio de esperanza. Me aferraba a las palabras de don Alfonso, «a los niños, a esos pequeños inocentes, no les toquéis un pelo», como si fueran realmente una garantía.

Sin embargo, no podía evitar que, con cada segundo que pasaba sin encontrarlos, una pena insoportable se apoderase de mi

alma. Sabía que la palabra de un rey valía lo que valía, pero la de sus malditos privados convertidos en sicarios no era salvaguarda de nada.

Recorrímos las caballerizas. Buscamos incluso en las cocinas. Revisamos uno a uno hasta el último rincón del Palacio de Santa Clara sin dar con mis sobrinos, hasta que, cuando ya estábamos a punto de darnos por vencidos, una voz infantil respondió a nuestros desesperados gritos.

—¡Tío! ¡Aquí!

La voz provenía del interior de la despensa. Sin dudarlo, salí corriendo hacia allí. Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver al aya Elvira acurrucada en un rincón protegiendo a los niños con un imponente cuchillo de cocina. Clavaba sus ojos en los míos. Tenía la mirada perdida, como si no lograra reconocerme.

Rodrigo se acercó a ella despacio.

—Elvira, ya pasó. Don Pedro y Álvar están aquí. Dadme eso antes de que alguien se haga daño —dijo mientras con un movimiento lento le quitaba el cuchillo de la mano.

Mis sobrinos corrieron hacia mí y me abrazaron. Sentí cómo sus pequeños cuerpecitos se aferraban a mí buscando protección. En aquel momento, fui consciente de que no volverían a encontrar refugio nunca más en los brazos de su madre. Me sentí culpable. Si don Pedro y yo hubiéramos vuelto con Inés en vez de retrasarnos, todo aquello se hubiera podido evitar.

Gadea vino a ocuparse de los niños en cuanto supo que habían aparecido. Yo, por mi parte, regresé a la fuente para reunirme con don Pedro y ocuparme de mi hermana. Sabía que ahora mi cuñado me necesitaba más que nunca.

Cuando llegué a aquella parte del jardín, no encontré a nadie. El infante ya no estaba y alguien se había ocupado de llevarse a Inés. Solo quedaba el rastro de sangre dejado por mi hermana y el solitario barquito de madera de mis sobrinos que había quedado olvidado en el charco. Lo cogí y, antes de guardarlo, me acerqué a la fuente para limpiarlo. Suavemente lo agité bajo la superficie del manantial. El agua se tiñó de un leve tono rojizo mientras diluía la sangre que cubría el juguete. Al disiparse la mancha, descubrí el otro barquito hundido sobre las piedras rojizas del fondo. Un arrebato de tristeza me invadió. Parecía que aquellas rubescentes lascas de piedra hubieran absorbido la sangre de mi hermana asesinada y la hubieran hecho suya. Como si quisieran con ello que quien se acercara a aquella fuente, desde aquel aciago día conocida como «de las lágrimas», no olvidaran el brutal asesinato allí cometido. Como si pretendieran conservar presente para siempre la sangre de mi hermana allí derramada.

## LV. La venganza…

Palacio de Santa Clara, residencia de Inés de Castro
Monasterio de Santa Clara-a-Velha
Coímbra
Reino de Portugal

No sé cómo aquella noche don Pedro y yo no perdimos la razón. Tal vez fuesen las ansias de justicia que sentíamos los dos las que nos retuvieron. Quizá también, que éramos conscientes de que de nada nos hubiera servido dirigirnos acero en mano a la Corte en busca de venganza. Solo hubiéramos conseguido añadir nuestros cadáveres al aciago resultado de aquella noche.

Con una pena en el alma que me impedía articular palabra, me dirigí a Galicia a darle la terrible noticia a mi hermano Fernán. Su reacción a nuestra propuesta fue clara. Si la burla del rey castellano a nuestra hermana Juana había supuesto una guerra civil en Castilla, el asesinato de Inés sería vengado aunque para ello tuviera que encharcar de sangre los campos de batalla portugueses desde Salvatierra de Miño a Sagres.

Nuestro ejército partió hacia el sur dirección a Oporto. El Obispo de la ciudad recibiría su merecido por haber colaborado en el cruento asesinato.

Oporto
Reino de Portugal

Mi cuñado el príncipe don Pedro de Portugal y yo, clamando venganza nos dirigimos con el grueso de nuestro ejército a sitiar la ciudad de Oporto. Sabíamos que en esa ciudad fiel al rey Alfonso IV se refugiaba uno de los asesinos de mi hermana Inés, el despiadado Álvar Gonçalvez. Nuestra intención era clara: no levantaríamos el cerco hasta que nos fuese entregado el asesino de mi hermana.

Tras más de dos semanas de asedio, y ya contando con las

tropas traídas desde Galicia a las órdenes de mi hermano Fernán, tuvimos noticias de que el rey don Alfonso IV se encontraba en Guimarães con su ejército real preparado para liberar Oporto.

Nuestra venganza se había convertido en una guerra civil a nivel nacional que amenazaba con desbaratar el reino.

Todos éramos conscientes de que, si nadie lo remediaba, el combate cara a cara entre mi cuñado y su padre era inevitable.

La noche previa a la inminente batalla campal, los caballeros partidarios al rey Alfonso IV se reunieron en un consejo a espaldas del monarca y de mi cuñado; cuando llegaron a un acuerdo, tuvieron a bien invitarnos a algunos de los caballeros partidarios del príncipe Pedro.

—¿Acaso hemos perdido todos la cabeza? —cuestionó uno de los fieles al rey—. ¿Por qué luchamos? Estamos enfrentándonos por las locuras del rey y de su hijo, que en vez de preocuparse por nuestro bienestar y por conservar la paz en nuestro reino, solo nos llevan a la confusión y la guerra. ¿Qué provecho saca nuestro reino de esta guerra? ¿Qué sentido tiene para nosotros?

Los gritos unánimes de apoyo reverberaron por todo el pabellón, antes de pronunciarse la propuesta que tanto temía yo escuchar:

—Si hemos de pelear, ha de ser por el provecho de nuestro reino, por nuestros intereses, y no por sus luchas familiares. Así, propongo exigir a ambos que pongan fin a esta guerra y acepten olvidar los motivos que los llevaron a ella. Y si alguno de los dos no lo acepta, luchemos por deponer al rey y evitemos por todos los medios que ni don Pedro ni sus herederos sean nuestros reyes. Si es necesario, Dios no lo quiera, busquemos otro rey que les sustituya, si no se atienden a razones.

Con gran pesar, entendí lo que aquello suponía. Si no conseguía convencer a Pedro para que firmase un armisticio, nos arriesgábamos a que aquella guerra civil terminase transformada en una insubordinación que acabase derrocando la Corona.

Nada más acabar la reunión, me dirigí al pabellón de mi cuñado para informarle de lo planteado en aquella reunión.

Al día siguiente, a la hora tercia, se presentaron los caballeros para negociar la paz. Finalmente, gracias a la intermediación de la reina madre portuguesa, doña Beatriz de Castilla, y del obispo de Braga, se logró un acuerdo aceptable tanto por el rey como por nuestra parte, y que permitiría poner fin a la guerra.

Así, el 15 de agosto de 1355 llegaría la tan ansiada firma.

A cambio de la paz, don Alfonso de Portugal cedía casi todos sus poderes reales en favor de su hijo. Sin embargo, aquella era una oferta envenenada. La renuncia al poder real por parte de don Alfonso

IV exigía a mi cuñado hacer tabla rasa sobre el asunto de la muerte de mi hermana, la esposa del infante don Pedro. Nos obligaba a renunciar a la venganza sobre todos aquellos que considerásemos culpables del vil asesinato.

Tras largas y arduas deliberaciones en privado, decidimos aceptar la propuesta siempre que fuera igual para ambas partes. Mi cuñado exigió a su padre que no se tuviera en cuenta nuestra participación en el alzamiento contra el rey. Así, tanto mi hermano Fernán como yo quedaríamos libres de cualquier cargo.

Aunque las ansias de venganza incendiaban nuestro ser, mi cuñado Pedro, Fernán y yo fuimos conscientes de que nuestra mejor opción era firmar esa paz.

Debíamos tener paciencia.

Aun así, los meses siguientes incubando una venganza de dimensiones hasta entonces nunca vistas no fueron fáciles para ninguno de nosotros. Habida cuenta de la delicada salud del monarca portugués, sabíamos que el tiempo de resarcirnos no tardaría en llegar. Sin embargo, eso no evitaba que cada día de espera fuera una condena. No veíamos el día de tomar represalias sobre los asesinos de Inés.

## LVI. … se sirve fría

Lisboa
Reino de Portugal

28 de mayo de 1357

El día había llegado.

Don Alfonso IV de Portugal había dejado este mundo y con él se llevaba la promesa que tanto su hijo Pedro de Portugal como Fernán y yo le habíamos hecho de renunciar a vengar la muerte de nuestra hermana Inés. De nada les serviría a los asesinos esconderse en lo más profundo del infierno. Nosotros daríamos con ellos y les arrancaríamos el corazón como ellos habían hecho con nosotros al arrebatarnos la vida de Inés.

No tuvimos que descender al averno a buscar a aquellos diablos. Estaban más cerca de lo que pensábamos. Aun así, tardaríamos tres años en localizar a dos de ellos. Don Pedro Coelho y don Álvar Gonçalves se refugiaban despreocupados en Castilla, sin saber que su tranquilidad estaba próxima a terminar. Solo hizo falta un buen acuerdo de repatriación para que don Pedro de Castilla nos entregase a los huidos a cambio de otros caballeros castellanos exiliados en Portugal.

A pesar de no haber podido capturar a don Diego López Pacheco, tercero de los viles asesinos, el ajusticiamiento de los otros dos culpables sería para nosotros una auténtica fiesta.

Santarem
Reino de Portugal

Marzo de 1361

Así, después de más de seis años del vil asesinato de mi hermana Inés, llegó el día en que mi cuñado tuvo ante él a dos de los tres asesinos de su esposa. Como había prometido, aquel día pasaría a la historia.

Para ello, organizó un banquete digno de una boda real. No escatimó en gastos a la hora de organizar ese acto convertido en celebración. Tampoco tuvo miramientos a la hora de elegir a los comensales. Miembros de las más variadas clases sociales acudieron invitados. Quería que todos recordasen ese día, no solo los cortesanos y los nobles más próximos a él.

Los más deliciosos platos desfilaron por las mesas entre vinos, risas y música hasta que, llegado el momento estelar, todo quedó en silencio.

Durante todo el festín, atados a unos rollos fijados sobre el patíbulo situado frente a la mesa presidencial, don Pedro Coelho y don Álvar Gonçalves habían estado esperando a que llegase su destino. Inquietos, los dos asesinos de mi hermana Inés miraron a su alrededor cuando vieron que el recién nombrado rey, con su corona ceñida, se acercaba al cadalso. Tras él, le siguió el verdugo encargado de ajusticiar a los reos. Portaba en su mano un imponente cuchillo.

Don Pedro se colocó frente al que estaba a su izquierda mientras que el sayón se colocaba tras el condenado.

—Maldito asesino cobarde. Ni siquiera tuvisteis el valor de mirar a los ojos a Inés cuando le quitastéis la vida. Miradme ahora a los ojos. Quiero que sea lo último que veáis cuando, por la espalda, como vos hicistéis cuando me arrebatastéis el corazón de Inés, vos también perdáis el vuestro.

Con su mano derecha sujetó el rostro del reo para que este no pudiera retirarle la mirada mientras el verdugo se esforzaba en sacarle el corazón por la espalda.

Mi cuñado dejó caer al ajusticiado al suelo cuando recibió en su mano izquierda el corazón caliente aún palpitante.

Horrorizado, el otro reo empezó a gritar cuando le vio acercarse hacia él. No podía imaginar cuál sería su fin, tras ver el que había sufrido su compañero.

No tardaría en descubrirlo.

—Y vos, no os creáis mejor que él, pues no lo sois. Sois aún más deleznable que ese desgraciado. Decidme, ¿cómo pudisteis mirar a la cara a Inés mientras le quitabais la vida? ¿Acaso no vistéis en sus ojos el brillo de su alma? No. ¿Cómo ibais a verlo, si vos no tenéis alma? No puede ser que en vuestro pecho lata un corazón de verdad, si fuisteis capaz de matarla delante de nuestros hijos.

—Majestad —imploró.

—¡No oséis dirigiros a mí!

—¡Piedad, majestad! ¡Clemencia!

—¿Acaso vos la tuvisteis con Inés?

A un gesto de mi cuñado, el sayón ejecutó la orden previamente acordada con él.

Sin piedad alguna, el verdugo introdujo el cuchillo en el pecho del reo retorciéndolo una y otra vez. El ajusticiado, desbaratado, cayó al suelo. Con sus propias manos, el verdugo abrió un hueco entre las costillas y, ayudándose con el filo del cuchillo, le arrancó el corazón.

Mi cuñado extendió su mano libre para recibirlo.

Con un corazón en cada una, se dirigió a mí:

—Álvar, sé que habéis ansiado este momento tanto como yo. Sé que, como hermano, quisistéis a Inés hasta extremos insospechados y que una parte de vuestra alma también se fue con la de ella. Por eso quiero, como hizo el rey de Escocia Robert Bruce con *sir* James Douglas, pediros que cumpláis por mí una promesa. No voy a pediros que llevéis mi corazón a Jerusalén cuando yo muera ni que luchéis en mi nombre ninguna Cruzada. Solo he de pediros una cosa: ocupaos personalmente de dar de comer estos inmundos corazones a mis perros y de quemar esos cadáveres. Que no quede sobre la faz de la tierra ni una sola ceniza de estos malditos asesinos.

—Así será —acepté gustoso.

## LVII. En paz

Coímbra
Reino de Portugal

Aquella misma noche cumplí el encargo real. A pesar de que a los perros de mi cuñado les supo a poco, a mí aquel acto me sirvió para calmar mis ansias de venganza. Sin embargo, alguien más, aparte de los alanos del rey, no se daba por satisfecho todavía.

Regresaba de las perreras de palacio limpiándome la sangre de las manos, cuando salió a mi encuentro mi cuñado.

—Ya está hecho, Pedro. Todo ha terminado.

—No, Álvar, no. Aún queda mucho por hacer.

En su rostro vi aquella mirada que tan bien conocía ya. Era la misma que tantas veces descubriese en sus ojos justo antes de lanzarse al ataque en el campo de batalla. Aquella que me decía sin palabras que nada iba a pararle hasta que lograse su objetivo, aunque le fuera la vida en ello. La misma con la que me indicaba que debía seguirle sin preguntar.

—Cambiaos de ropa, os espero en cuanto estéis listo a la puerta de palacio.

Poco a poco, fui descubriendo aquello que atormentaba su alma. A su entender, aún faltaba mucho para alcanzar el total resarcimiento que exigía para su esposa asesinada y aquella misma noche iba a empezar a darle solución.

Sabía que don Pedro tenía una espina clavada en el corazón que le reconcomía por dentro. Me lo había comentado en numerosas ocasiones. Tras el asesinato de mi hermana, mi cuñado no había podido celebrar el funeral real que siempre había querido para su amada. Aquello era algo con lo que vivía, pero que no se perdonaba. Por ello, había mandado construir el sepulcro más bello para su difunta esposa. Un túmulo monumental a su altura, digno de una reina, que ocuparía el brazo sur del crucero del panteón real del Monasterio de Alcobaça y en el que, como haría don Pedro en el que había mandado tallar para él, esperaría el día de la resurreción para volver a la vida uno al lado del otro.

Era cierto que no había tenido otra que renunciar al funeral

real mientras su padre, el rey Alfonso IV, había estado vivo. Sin embargo, ahora que él era el nuevo rey y dos de los asesinos habían sido ajusticiados, me había anticipado que planeaba aprovechar el traslado del cuerpo de Inés a su nueva sepultura para rendirle todos los honores que ella se merecía.

Sin embargo, no podía imaginar que fuera de aquella manera como pretendía llevarlo a cabo.

Acudí a su requerimiento nocturno, sin ser consciente todavía de que iba a acompañarle en el duro trance de exhumar a Inés. Amparados en la noche, acompañados de los sepultureros, como vulgares ladrones de cadáveres, pensé que pretendíamos llevarnos su cuerpo a hurtadillas.

Al sacar su féretro del sepulcro, a uno de los sepultureros se le resbaló de las manos la caja de madera y esta se resquebrajó dejando ver el cuerpo en descomposición que ocupaba su interior. No podía creer que aquella fuera Inés. ¡En qué se había convertido!

El enterrador se apuró por recomponer el ataúd y cubrirlo con un paño. Con él en andas lo llevaron con cuidado hasta el carruaje mortuorio. Una vez que el ataúd estuvo en su interior, el cortejo fúnebre emprendió la marcha.

Entonces entendí que quizá no había sido tan mala idea realizar la exhumación, como habíamos hecho, sin nadie más que nosotros presentes.

Supuse que la intención de mi cuñado era evitar el trance de que alguien más la viera así durante el traslado a su nuevo lugar de descanso eterno.

Me equivocaba, aunque solo a medias.

Saltaron todas mis alarmas cuando con mis propios ojos comprobé cómo la comitiva mortuoria que acompañaba el cuerpo en silencio portando antorchas encendidas redirigía sus pasos hacia el palacio real.

—Pedro, ¿qué sucede? —cuestioné preocupado.

—Nada, no os preocupéis, Álvar —dijo con una sonrisa—. Está todo bien. Solo quiero que mañana todos mis súbditos se despidan de su reina como ella se merece.

Tras saber lo que el rey había preparado, aquella noche fui incapaz de pegar ojo.

A la mañana siguiente, por orden de importancia según su cargo dentro de la Corte, hizo pasar al salón del trono uno a uno a los vasallos que oficialmente había congregado.

Todos y cada uno de ellos enmudecieron al ver lo que yo en primicia había visto al despuntar el alba.

El rey don Pedro I de Portugal esperaba a sus súbditos de pie.

A su lado, sentada en el trono, mi hermana Inés, ataviada con el vestido granate que luciera en su boda clandestina, los esperaba con la corona real ceñida sobre su cabeza.

A pesar de su incredulidad ante lo que sucedía, el rey hizo que uno por uno, todos los congregados rindiesen pleitesía a la reina muerta besándole la mano.

Así, hacía que reconociesen de facto la legitimidad del matrimonio secreto que ambos habían celebrado y, lo que para él era aún más importante: cumplía aquella promesa que le hiciera: «serás mi reina, aunque sea lo último que haga en la vida; o reinarás después de muerta».

Una vez satisfecho el deseo del rey, nos dirigimos con el cortejo fúnebre desde Coímbra hasta el Monasterio de la Alcobaça como estaba previsto.

Al recorrer la nave principal del templo cisterciense, me invadió una calma nunca antes experimentada por mí. La amplitud de sus naves, unida a la altura que alcanzaban, me hacían sentir como si mi alma se elevase.

Frente al sepulcro de mi hermana, solo pude sentir paz. Por fin, sentía que mi espíritu se estaba liberando de la tan pesada carga de la venganza. Ahora que veía los dos sepulcros juntos, era consciente de que el amor de mi hermana y de Pedro, el rey de Portugal, sobreviviría a todos aquellos que quisieron ponerle fin.

# Nota final del autor

Lo primero de todo, quiero darte las gracias por haber llegado hasta aquí y haberme acompañado durante estas casi quinientas páginas en esta aventura. Espero que hayas disfrutado tanto como yo de esta historia que es parte de la HISTORIA con mayúsculas.

Cuando decidí escribir *Reinarás después de muerta*, supe de inmediato que suponía tener que retrasar la escritura y publicación de otras novelas cuyas tramas también exigían ser contadas. Sin embargo, desde el primer minuto, nada más conocer la historia de Pedro I de Portugal y de Inés, de la Casa de Castro, y todas las circunstancias que los rodeaban, tuve presente que esta y no otra era la historia que necesitaba contar. La historia que quería compartir con vosotros.

Así que no dudé en aceptar ese reto que me había autoimpuesto.

La historia de los dos amantes, el asesinato de Inés y la venganza de don Pedro me resultaba atractiva, pero más aún enmarcada en su época. Me llamaba la atención el contraste de aquellos años en que convivían los valores caballerescos y los actos más heróicos con las más viles traiciones, conspiraciones, asesinatos y actos de desgarradora crueldad.

Consciente como era de que los hechos reales sucedidos por sí mismos resultaban narrativamente interesantes, me propuse alejarme lo menos posible de las fuentes dejando volar mi imaginación solo para buscar la mejor forma de contároslos.

Mi intención siempre ha sido que quien lea esta novela disfrute con la trama que en ella se cuenta y con la historia que, a lo largo de estas páginas, descubre.

Supongo que te estarás preguntando entonces cuánto de verdad hay en esta novela, si la historia de don Pedro, Constanza e Inés es cierta; si el episodio de *sir* James «Black» Douglas sucedió así; si las espuelas de oro fueron reales o si Álvar Núñez Osorio practicaba la magia negra.

Primero deberíamos definir qué entendemos por verdad, pero como eso es una cuestión que ha ocupado a los filósofos desde la más remota antigüedad y no es mi intención hacer un tratado sobre dicha cuestión, la limitaremos a aquello que sucedió o que es tenido por

cierto. Aquí puede surgir el primer problema para muchos, ya que ¿dónde debemos poner los límites en cuanto a la veracidad de los testimonios históricos que tenemos, cuando, por más que quien haya escrito el texto intente ser objetivo, va a ser inevitable que nos narre los hechos con su particular sesgo?

A pesar de ello, intentaré dar repuesta a tu curiosidad sobre estos y otros temas, si me lo permites.

Empecemos.

Doña Inés de Castro, cuando todavía era una adolescente, acompañó como dama de confianza a su prima Constanza Manuel a la corte portuguesa. Allí se celebraría el enlace entre Constanza y el heredero al trono. La relación adúltera de don Pedro con la joven Inés es real. La petición de que fuese la madrina de sus hijos también se produjo.

El asesinato de Inés por parte de los tres consejeros con el consentimiento del rey está documentado que se llevó a cabo el 7 de enero de 1355, al igual que la guerra civil entre padre e hijo que este hecho provocó.

En cuanto a la boda secreta, existen dudas de si realmente tuvo lugar, aunque el rey don Pedro, para poder así nombrarla reina y legitimar su descendencia, el 1360, en la declaración de Cantanhede, argumentó que se había casado con Inés un año antes de que esta fuese asesinada. Algunos historiadores lo ponen en duda y creen que los testigos presentados mintieron.

Respecto al ajusticiamiento salvaje de dos de los asesinos de Inés, distintas fuentes coinciden en el hecho y en las formas (arrancándole el corazón por el pecho a uno, y al otro, por la espalda).

Don Pedro de Portugal instó el nombramiento de Inés de Castro como reina consorte a título póstumo, por lo que fue reina después de muerta. Así lo constata, además, el sepulcro que ordenó construir el monarca para ella, en el que mandó que fuera representada luciendo corona, y que puede contemplarse en el monasterio de la Alcobaça.

En cuanto a la ceremonia del besamanos, esta se pierde en los límites entre la historia y la leyenda. Si bien la tradición acostumbra a considerarla cierta basándose en la costumbre medieval de ritos de vasallaje similares habituales en las coronaciones, también es probable que solo forme parte del folclore.

Si bien es cierto que hay hechos y situaciones que se desdibujan y que son difícilmente demostrables ya, hay otras de las que sí existe información escrita por los propios protagonistas y que plantean posibilidades argumentales que sin ellas podrían parecer demasiado atrevidas.

Así, por ejemplo, me sorprendió descubrir en mi proceso de

documentación una referencia clara e inequívoca a unos personajes y a unos hechos que, de no haberlo leído con mis propios ojos, no lo hubiera creído. Ese documento que tanto me sorprendió hacía referencia a la práctica de magia negra y pactos demoniacos, y acusaba directamente a dos de los consejeros del rey de prácticas mágicas y encantamientos.

Quien así los retrataba lo hacía con nombre y apellido —Álvar Núñez (Osorio) y Garcilaso (de la Vega)—, y atribuía su desdichado fin —ambos fueron asesinados— a la práctica personal de la magia negra.

> *«Así perdió su vida y su alma aquel desdichado, por confiar en el demonio y obedecerlo. Pues debéis tener por cierto que jamás nadie, que haya creído en sus promesas o confiado en él, ha tenido buen fin; mirad, si no, a todos los que hacen agüeros, o echan suertes, a los adivinos, a quienes invocan al demonio, a los que hacen encantamientos o practican la magia, y veréis que siempre acaban muy mal. Acordaos, si no me creéis, de Álvar Núñez y de Garcilaso, que tanto confiaron en agüeros y en encantamientos, y de cómo terminaron para su desdicha».*

*[Transcripción del manuscrito (MSS/6376) del siglo XIV-XV del Conde Lucanor.*
*En él, puede leerse la referencia a Álvar Núñez (Osorio) y a Garcilaso en la décima y undécima línea respectivamente.*
*Fte: Biblioteca Nacional de España.*
*Puedes ver una imagen de alta resolución de este documento y consultar más información al respecto en mi web: www.javierdefrutos.com]*

Tal vez esa referencia no hubiera tenido mayor transcendencia, si no fuera por que la hizo el infante don Juan Manuel, insigne escritor y privado del rey, en una de las obras más importantes de la narrativa medieval, El conde Lucanor, y en ella acusaba a sus enemigos en la Corte, los validos del monarca.

Más allá de si creemos o no en este tipo de ciencias ocultas y prácticas rituales, lo que sí parece indiscutible es que don Juan Manuel consideraba reales sus efectos y no dudaba en señalar a sus practicantes.

Teniendo todo esto en cuenta, la posibilidad que aparece en la novela de que las desgracias que acabarían sufriendo doña Constanza Manuel e Inés de Castro pudieran tener un origen oscuro, podrían tener una base y atribuirse a los trabajos de magia negra y hechicería de los enemigos del padre de Constanza y tío de Inés, el infante Don Juan Manuel.

Siguiendo con don Juan Manuel, su figura me permitió

ahondar en un tema poco tratado pero muy interesante: la formación de los jóvenes nobles llamados a ser caballeros. Por fortuna para mí, pude contar con los libros escritos por el infante en los que afronta estos temas. Así, me resultaron de gran ayuda para entender mejor la visión caballeresca de la vida de la época algunos de sus libros como El libro del caballero y del escudero, El libro de los estados o el antes nombrado El conde Lucanor.

Si siguiera con las referencias utilizadas para poder preparar este libro, la lista sería inabarcable. Por ello, no podría estar más agradecido a todos aquellos historiadores de todas las épocas que, por su interés en conservar la historia, han logrado que esta llegue a nuestras manos. Solo querría destacar como punto de partida original los textos escritos o mandados escribir a instancias de sus protagonistas como La Crónica de Alfonso XI o los textos del propio Gil de Albornoz contando de primera mano la batalla del Salado.

Por otro lado, la Historia con mayúsculas no siempre me lo ha puesto fácil, pues ni siquiera en el caso de fechas tan importantes como el nacimiento de doña Inés de Castro son unánimes, ya que la sitúan en una franja de cinco años, de 1320 a 1325. Ni siquiera la fecha de la muerte de nuestro narrador, Álvar Pérez de Castro, es inequívoca ya que, aunque es habitual fijarla el 11 de julio de 1384, la Real Academia de la Historia fija su muerte un año antes. Lo que sí que podemos asegurar es que fue muy valorado en la Corte lusa hasta el final de su vida, pues en 1382 sería honrado con un cargo creado expresamente para él: Condestable de Portugal. Esta distinción le situaba como la persona más importante del reino solo por detrás del monarca. A pesar de que pueda haber dudas respecto a la fecha de su muerte, lo que sí queda claro es que está sepultado junto a su esposa —María Ponce de León, importantísima mujer de su época, hija de Pedro Ponce de León, Alcaide de Algeciras— en la capilla de Santa Catalina del convento de Santo Domingo de Lisboa.

Aunque en la novela nuestro protagonista se lamenta de que probablemente su vida no llegue a ocupar los libros de historia, lo cierto es que no fue del todo así. En el texto de Crónicas de los Reyes de Castilla: don Pedro, don Enrique II, don Juan I, don Enrique III, escrito por don Pedro López de Ayala (1332-†1407), se narra gran parte de la historia de Álvar Pérez de Castro. Por cierto, cabe destacar que en ese texto aparece reflejado el episodio en el que fue avisado, por intercesión de la reina de Castilla, María de Portugal, de que, si acudía a reunirse con el Rey, sería apresado y le darían muerte.

Supongo que también puede interesarte saber qué sucedió con el cuerpo de sir James «Black» Douglas. Sus restos fueron depositados en el panteón familiar de la capilla de St Bride, en Douglas, en el condado de South Lanarkshire, y el corazón de Robert Bruce,

enterrado solemnemente por Moray, el regente, bajo el altar de la abadía de Melrose en Escocia.

En cuanto a don Pedro Fernández de Castro y el asunto de sus espuelas de oro, solo quería comentarte que, aunque existían dudas sobre su lugar de enterramiento, en el siglo XIX fue examinada la sepultura del trascoro de la Catedral de Santiago de Compostela en la que se creía que reposaban sus restos mortales. Para sorpresa de todos, lo que encontraron allí fueron los restos de un cadáver acompañados por diversos objetos; entre ellos, destacó uno en particular porque permitía identificar los restos. Pues sí, como estás anticipando, junto a los huesos aparecieron unas espuelas de oro. Las mismas que se supone perdió el sultan Abu l-Hassan en la batalla del Salado.

Todos los personajes principales que aparecen en esta novela son personajes reales históricos (Álvar Pérez de Castro, Pedro Férnandez de Castro, el de la Guerra, Álvar Núñez Osorio, Garcilaso de la Vega, el Viejo, Juan de Haro, el Tuerto, Juan Alfonso, el del Ataúd, Pedro Coelho, Álvar Gonçalves, sir James «Black» Douglas…). En cuanto a los secundarios, todos son también personajes históricos reales salvo el ama de cría Elvira, la Gallega, Gadea, Leovigilda y su nieta Urraca, el joven criado Rodrigo y el traidor Zuzunaga.

Para terminar, quizá te resulte tan sorprendente como a mí conocer que, de los tres hijos que tuvo Inés de Castro —solo Beatriz y Juan aparecen en la novela, ya que Dionisio no había cumplido el año cuando fue asesinada su madre— ninguno de ellos ascendió directamente al trono a pesar de haber sido hijos del rey don Pedro I de Portugal y haber sido legitimados por su padre. Pero tal vez te resulte más sorprendente aún saber que, a pesar de ello, la estirpe de Inés de Castro acabaría ocupando los tronos. Así, Leonor de Alburquerque —nieta de Inés— llegaría a ser reina de Aragón, su bisnieto Alfonso, el Magnánimo, sería rey de Aragón y su bisnieta María de Aragón sería a su vez reina de Castilla. Te preguntarás si llegaron a ser reyes de Portugal. Pues sí, su bisnieta Leonor de Aragón llegaría a ocupar el trono luso. Por no extenderme más, solo comentaré que sus descendientes llegaron a ocupar el trono del Sacro Imperio Romano Germánico —Leonor de Portugal— y el ducado de Baviera.

Por último, tal vez te preguntes si todavía existen las estancias de palacio que ocupó Inés de Castro en el convento de Santa Clara-a-Velha. Lamentablemente, he de decirte que esas instalaciones —mandadas construir por la reina santa Isabel de Portugal, abuela paterna de Pedro I de Portugal, para su retiro tras enviudar— no se han conservado. Solo quedan algunas ruinas, pero se están intentando recuperar.

En cuanto a los jardines de *Matas das lágrimas* —el bosque de

las lágrimas—, donde se sitúa el asesinato de Inés de Castro y que pertenecían al coto de caza de Pedro I de Portugal, ahora solo quedan algunos restos de la Quinta do Pombal que usaba el príncipe en sus visitas a su amada. Allí, también se encuentra la *Fonte das Lágrimas* —la fuente de las lágrimas— que aparece en la novela y en la que en su fondo se pueden observar las manchas encarnadas.

Espero haber conseguido mi objetivo de entretenerte y hacerte disfrutar mientras leías esta novela.

Si ha sido así, me gustaría pedirte un favor: escríbeme y cuéntamelo. Me encantará leer tus comentarios y conocer tu opinión.

javier@javierdefrutos.com

Por último, si te apetece conocer más sobre mí y sobre mis obras, te invito a que visites mi página web:

www.javierdefrutos.com

Y, también, a seguirme en las redes sociales. Me encontrarás como @DeFrutosJavier en Twitter, @DeFrutosJavierEscritor en Facebook y defrutosjavier en Instagram.

¡Hasta la próxima aventura!

## Agradecimientos

### ¡Gracias!

Si estás leyendo este apartado de agradecimientos es que sin duda mereces estar aquí.

Como autor solo puedo decirte que eres parte fundamental de este libro; que sin ti a ese otro lado, publicar este libro no tendría sentido, ya que tú eres quien, en último término, has convertido estas manchas de tinta sobre el papel en la historia que has imaginado en tu mente.

Gracias por completar mi trabajo.

Espero que hayas disfrutado con todos y cada uno de los capítulos tanto como lo hice yo escribiéndolos. Si ha sido así, me doy por más que satisfecho y deseo que podamos repetir esta experiencia en una nueva ocasión.

Si te apetece compartir tu opinión en Amazon o publicar tus comentarios en alguna red social o portal literario, te estaría muy agradecido. Vuestras palabras son para mí la mejor motivación. Y vuestras opiniones en redes sociales y recomendaciones personales a familiares y amigos, mi mejor publicidad.

¿Me ayudas a que otros lectores conozcan esta historia?

Por otra parte, quiero agradeceros especialmente vuestras muestras de cariño y entusiasmo —¡sois los mejores!—, y, sobre todo, vuestra insistencia en que la cuarta entrega de Que Dios nos coja confesados vea la luz lo antes posible.

Ahora ya sabeis el porqué del retraso en su publicación.

Reinarás después de muerta exigía su turno.

Os prometo que la cuarta entrega de Que Dios nos coja confesados ya está en camino.

Y, por último, quiero darte las gracias, compañero de aventuras, por dedicar tu tiempo a leer mis historias y hacer que mis libros formen ya parte de tu propia historia.

Te agradezco especialmente que entre todas las opciones posibles de lectura hayas decidido elegir esta novela.

Antes de despedirme, solo quiero recordarte que, si te apetece, puedes escribirme un correo electrónico a javier@javierdefrutos.com o contactar conmigo a través de cualquiera de mis perfiles en redes sociales. Me encontrarás como @DeFrutosJavier en Twitter,

@DeFrutosJavierEscritor en Facebook y defrutosjavier en Instagram. Estaré encantado de comunicarme contigo.

¡Gracias!

El primer ejemplar de este libro
se imprimió en el mes de mayo de 2021.

Sirva como agradecimiento a todos aquellos autores que con sus libros se esfuerzan por evitar que las pequeñas y grandes historias caigan en el olvido.
Y también como recuerdo y homenaje a todos aquellos protagonistas de la historia cuyas singulares vidas no ocupan ni ocuparán ni una línea en los libros de historia.

Primera edición: mayo de 2021



Diseño de cubierta: Chevi Diseñarte

ISBN: 8511668284

ISBN-13: 979-85-11-66828-4